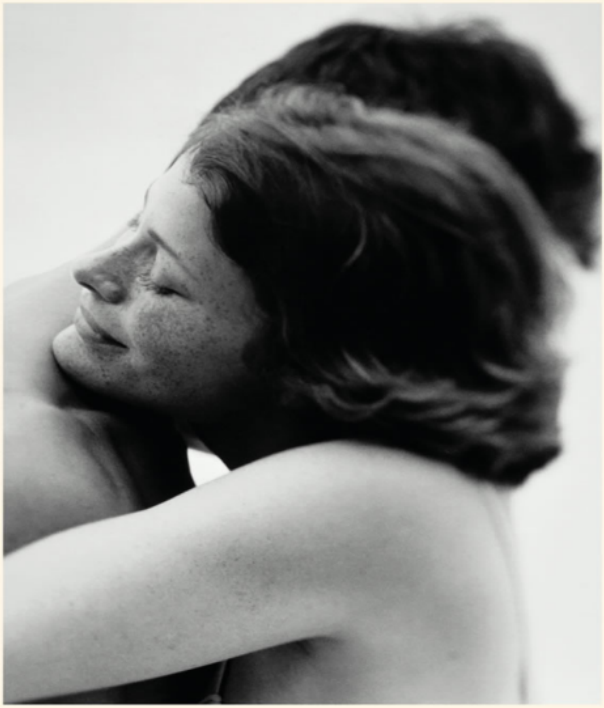
LOS AMANTES DE CONEY ISLAND

BILLY O'CALLAGHAN



narrativa
salamandra

Billy O'Callaghan

LOS AMANTES DE CONEY ISLAND

Traducción del inglés de
Rita da Costa

narrativa
salamandra

Para Richard, mi hermano pequeño,
que forma parte de esta historia y de nosotros, aún

1

El paseo marítimo

Aquí sopla un aire gélido. Ya hacía un día de perros viniendo de Manhattan, pero nada que ver con esto. Aquí reina la desolación más absoluta. La hora pasada en el tren ha sido una hora a resguardo del viento, y ahora es casi mediodía y parece que no tardará en nevar.

Michael y Caitlin avanzan deprisa, hombro con hombro, la cabeza gacha, la espalda encorvada. Salvo por una pareja de borrachos que se pelean por una botella en un portal —el viento silencia sus voces— y, un poco más allá de la Nathan's, en Surf Avenue, un anciano negro atado a un perro ridículamente pequeño por una cuerda de tender naranja, las calles parecen desiertas, cerradas a cal y canto. La mayoría de los comercios de la avenida también han bajado la persiana, algunos para lo que queda de temporada, otros dando el día por perdido, como una mala deuda. El trasiego de clientes, como la temperatura, ha caído en picado. Los pocos locales que se empeñan en seguir abiertos —una licorería, un 7-Eleven, una especie de tienda benéfica con libros de bolsillo desvencijados que se apilan en cestos de mimbre sobre el antepecho de las ventanas y, alineados en la acera, sacos de plástico verde repletos de ropa de segunda mano— lo hacen más por cabezonería que por sentido del deber. Aparte del 7-Eleven, que seguramente permanece abierto por obligación contractual, ninguno de estos comercios está por la labor de derrochar electricidad. Esta tarde Coney Island parece el fin del mundo, el

último bastión que se alza al filo de un profundo abismo, un lugar por el que vagan los condenados esperando su turno para desvanecerse en la nada.

En la medida de lo posible, avanzan a resguardo de los edificios. Las palabras salen entre dientes, sibilantes y operísticas, pero sólo respirar ya resulta doloroso, y hablar es peor aún. Con una mano, Caitlin se ciñe el cuello del abrigo en torno a la garganta. El viento sopla con tanta fuerza que se le saltan las lágrimas. Los azota y se arremolina en torno a ellos, levantándole el abrigo a Caitlin, que se alegra de haberse puesto bufanda, aunque tampoco le sobrarían unos guantes. Los bolsillos del abrigo son profundos, pero apenas alcanzan a templarle las manos.

Se anuncia una gran nevada, una tormenta en toda regla que descargará con fuerza, pero de momento el día aguanta, salvo por alguna que otra ráfaga de lluvia que duele como un puñado de piedras y deja magulladuras imaginarias en el aire y la piel. El cielo parece un lodazal, una amenazadora mole gris que engulle todo detalle y definición. Caitlin se arrima a Michael y aprietan el paso, correteando a trompicones. Porque no pueden hacer otra cosa, ahora que han tomado esa dirección.

Éste es el peor tramo, justo aquí, donde cruzan la calle desierta a la carrera, porque hacerlo los obliga a meterse de cabeza en el ojo de la tormenta. Avanzan casi abrazados, y el viento aúlla con tanta fuerza en sus oídos que ahoga hasta el sonido jadeante de su propia respiración. Y cuando por fin dejan atrás el paseo marítimo y salen al muelle, el viento sopla con renovada saña y los zarandea, azotándoles la cara y la ropa, alborotándoles el pelo en un revuelo. No les queda más remedio que correr hacia las casetas, los puestos que bordean el paseo marítimo, cerrados y abandonados hasta la siguiente temporada. Un refugio en el que buscar cobijo, un escondite.

—¡Santo cielo! —exclama Caitlin casi sin aliento, y en su risa

resuena algo parecido al pánico—. Parece una escena del Apocalipsis.

Sobresaltado al oírla verbalizar sus propios pensamientos casi con exactitud, Michael la rodea con un brazo y la atrae hacia sí. La necesita así de cerca. Ella inclina la cabeza hacia atrás para mirarlo. El rostro de Caitlin ha tomado el color de la harina, la palidez elevada a su máxima expresión. Se adivina un rastro de carmín en sus labios, un rojo cereza que lleva desde hace horas, pero tiene la boca pequeña y la cierra con fuerza a causa del frío, de modo que apenas se percibe su contorno aunque sonría. Michael piensa en las geishas; tiernas y delicadas muñecas enfundadas en kimonos azul celeste, el rostro empolvado de blanco y un diminuto capullo de rosa pintado sobre los labios, afectando un mohín. Arregladas para parecer aniñadas y modosas, pero dueñas de un fuego secreto que anida bajo la superficie o en lo más profundo de su ser, la clase de incendio imparable, devastador, que con una sola llamarada reduce los huesos a papilla. Atrapado en la mirada de Caitlin, que lo observa fijamente con ojos de animal asustado, hipnotizado por su expresión exhausta, Michael vislumbra por primera vez en lo que va de día un leve atisbo de quién es ella en el fondo, o tal vez sea, o podría llegar a ser. Una mujer nacida para el engaño, comprende de pronto. Una apariencia angelical que desmiente las terribles mentiras subyacentes. Y ése es uno de los detalles que más le gustan de ella.

—El fin del mundo no será así —repone Michael, con la boca lo bastante cerca para saborear su aliento, y para que ella saboree el suyo—. Cuando llegue, ni siquiera nos enteraremos. Estaremos vivos y una millonésima de segundo después no quedará nada de nosotros. Ni polvo seremos.

—¿Estás borracho? —pregunta ella.

Él niega con la cabeza y sonríe.

—Me siento demasiado feliz para estar borracho.

—¿Feliz?

—Desde luego. Cuesta creerlo, lo sé, pero eso es lo que siento. Porque mira dónde estamos. Mira con quién estoy.

Caitlin le pone una mano sobre el pecho, le da una palmada cariñosa. Él vence la corta distancia que los separa y la besa. Puesto que no hay nadie mirando, se demoran, cediéndose la iniciativa por turnos. Ella busca la lengua de Michael y la guía delicadamente con la punta de la suya, presionando la parte carnosa contra el borde de sus propios dientes superiores. Él se deja hacer de buena gana. La boca de Caitlin tiene el calor del té. Ella exhala a través de él, y él a través de ella. Es el toma y daca perfecto, como el vaivén de las olas, algo así como la esencia del sexo. Al cabo, se apartan dulcemente. Es ella quien incita la separación cerrando los labios de un modo sutil. Pero es una pausa temporal, concebida tan sólo para que pueda acurrucarse mejor junto a él. Michael apoya la espalda contra una caseta tapiada con tablones, un largo y estrecho cobertizo pintado de verde salvia con una emulsión resistente a la intemperie que, no obstante, acusa los estragos del tiempo, y ella se acomoda de nuevo entre sus brazos. Cuando él desliza una mano hacia abajo y abarca la discreta curva de su culo, nota cómo los labios de Caitlin dibujan una sonrisa, arrastrando los suyos hacia la carcajada, y cuando ambos cierran los ojos son como niños que juegan a estar enamorados. Ciertos recuerdos anidan justo por debajo de la piel, donde los cambios no pueden alcanzarlos.

Hacia abajo y a mano izquierda, la franja blanca se extiende sin solución de continuidad hacia el norte, como si enmarcara la gran atracción, el plano general, la inmensa extensión del océano que, visto de cerca, se revuelve y agita sin cesar.

Pequeñas cabrillas de espuma salpican una superficie rasa como el plomo mientras grandes olas de agua turbia golpean con fuerza la orilla. Mar adentro reina una peculiar sensación de calma, por lo menos a simple vista, una sutil triquiñuela de la distancia aliada a las perpetuas estriaciones condensadas del crepúsculo.

Pegados el uno al otro, oyen con una secreta y placentera punzada de terror el estruendo de las olas que embisten los pilotes del embarcadero y el feroz, lastimero, gimoteo del viento.

—Barb tiene cáncer —dice Michael en tono quedo, casi ausente.

Por un instante Caitlin se convence de que no ha oído bien, aunque percibe en su ademán el peso de la noticia. Escruta el rostro de Michael, que no la mira a ella, sino hacia el horizonte.

—¿Qué?

—De riñón. Hace tiempo que lo tiene, pero ya sabes cómo es. De las que no dicen esta boca es mía hasta que empiezan a mear de color negro.

Michael se estremece y frunce los labios, como si las palabras en sí resultaran dolorosas.

—Santo cielo.

Sólo entonces repara Caitlin en lo frágil que él parece de pronto. La piel de su rostro tiene el tono magullado y la textura de la masilla, y cuelga de sus facciones más fuertes, engrosando la nariz y lastrando las mejillas, que le dan un aire sensiblero. La boca también parece estar desvaneciéndose, sucumbiendo por fin al esfuerzo sostenido durante años de reprimir las cosas que piden a gritos salir a la luz. Michael acaba de cumplir cuarenta y ocho años. El 6 de enero. Cuarenta y ocho ya no es una edad respetable, no como era antes, pero la falta de sueño, sumada a muchos otros factores, le dan un aspecto avejentado.

Además, le sobran unos veinte kilos, y, por más que tenga una constitución robusta y una estatura de metro ochenta, ésa es la clase de lastre que acaba pasando factura. Cojea un poco al andar, como si sus articulaciones acusaran la primera punzada estacional de ciática. Anda cabizbajo, y de un tiempo a esta parte sus anchos hombros se ven más redondos y cargados. Caitlin sabe que el tiempo no pasa en balde, y que sus efectos salen a la luz de la manera más inesperada, pero lo que hace que todo resulte tan difícil de aceptar es que, para sus adentros, Michael sigue siendo un joven pletórico, el mismo hombre fuerte y afectuoso que se le acercó en un bar hace muchos años y le robó el corazón para siempre. De eso hace décadas. La particular naturaleza de su relación fomenta esa ilusión, claro está, porque sólo se ven una vez al mes pero todos los meses, el primer martes sin falta. Mantener en suspenso una parte tan importante de sus vidas ha permitido —e incluso propiciado— que la realidad se vuelva frágil.

Cuando ya no puede seguir eludiendo la mirada escrutadora de Caitlin sin sentirse incómodo, Michael la mira a los ojos y exhala una bocanada de aire, un profundo suspiro de cansancio. Y de pronto ella lo reconoce. En la forma de entornar los ojos, en el afilado contorno de los labios, en la sonrisa que siempre aflora de un modo tímido pero luego se desborda, iluminándolo todo. Ahí está. Así es él, su irlandés grandullón y desgarbado. Caitlin apoya la cabeza en la curva de su cuello. Ese suspiro es para ella, lo sabe. Todo lo hace para ella. Con cada estremecimiento, Michael se desprende del mundo que lo retiene para liberarse total y absolutamente, aunque sólo sea durante unas horas.

—De momento, le han sacado litros de sangre y le han hecho un montón de pruebas. Ya va por la segunda biopsia, y ahora quieren echarle un vistazo al hígado. La lleva un tal doctor Wylie, se supone que es toda una eminencia en lo suyo. Parece

un tipo decente. Por lo menos te mira a los ojos cuando habla, que es más de lo que hace la mayoría.

El corazón de Caitlin late desbocado, su martilleo sube como una oleada desde el pecho, anegándole la mente, y por unos instantes no sabe muy bien qué hacer, si apartarse de él o aferrarse a su cuerpo con más fuerza. Pero la presión del brazo de Michael sobre la parte baja de su espalda le ahorra esa decisión, así que vuelve a encajar el rostro en la curva de su cuello y cierra los ojos, como si eso bastara para dejar al mundo fuera y mantenerse a salvo. Tiene un nudo en la garganta y le resulta imposible hablar como no sea en susurros.

—Santo cielo —repite—. Qué horror. Lo siento.

—Lo sé —repone él—. Sé que lo sientes. Yo también lo siento. Pero con eso no basta. Wylie hace lo que puede, pero el pronóstico no es bueno. Creo que se teme lo peor. En un primer momento habló de operarla, pero las pruebas han sacado a la luz más cosas de las que esperaba. No lo dice a las claras, aunque va dejando caer palabras como «agresivo» y «metástasis», que no contribuyen precisamente a tranquilizarnos. Y de aquí en adelante sólo irá a peor. Le han programado cincuenta y cinco ciclos de quimioterapia, y no puedo ni imaginar lo mal que lo pasará. Lo más probable es que se quede calva, y nos han dicho que seguramente tendrá fuertes ataques de náuseas y mucha fatiga. He estado leyendo sobre el tema. La quimio se lo carga todo, las células buenas y las malas por igual. Así funciona. Es puro veneno para el cuerpo, lo que en mi opinión no tiene pies ni cabeza. Ella por ahora lo lleva bastante bien, pero creo que es porque sigue en estado de shock.

Las palabras brotan de sus labios sin la menor inflexión, y su mirada se ha quedado atrapada en algún paraje u objeto lejano, como el trance contemplativo de un boxeador al que han golpeado en la cabeza más veces de la cuenta, o de un borracho

que ha desistido de fingir sobriedad. Entonces Michael acaricia la columna de Caitlin en un movimiento ascendente hasta rodearle delicadamente la nuca y le planta un beso en la cabeza que, más que sentir, ella oye. El viento está por todas partes, inabarcable. Hasta la caseta tapiada que tienen a su espalda gime y temblequea. Caitlin lo estrecha con más fuerza, pegándose a él. En respuesta, Michael la ciñe con los brazos.

—Es culpa mía. Wylie nos dijo que el cáncer lleva ahí desde hace más de un año. Ésas fueron sus palabras textuales. Y me miró al decirlo. Como de costumbre, Barb me lo ocultó sin demasiado esfuerzo, pero después de tantos años juntos tendría que haber sospechado algo. No sé cómo no vi las señales, porque las tenía delante de las narices. A veces me despertaba a media noche y me daba cuenta de que se había levantado de la cama, y estos últimos meses ha perdido tanto peso que ya ni siquiera puede sentarse cómodamente. Se le empiezan a marcar los huesos bajo la piel.

Cuando Caitlin y Michael empezaron a verse, él tenía un segundo trabajo, cubriendo el turno del fin de semana en el taller mecánico de Jerry, un primo de Barbara. Sin embargo, entonces, como ahora, se ganaba la vida como agente comercial, la clase de trabajo que muchos envidiaban porque implicaba pasar la mayor parte del día sentado en una silla y hacía del traje algo obligatorio, parte del uniforme. Pero aquellas chapuzas de los fines de semana satisfacían una necesidad diferente. Era una actividad puramente física, propia de la mano de obra ilegal y escasamente cualificada. Michael era poco menos que una nulidad en todo lo relacionado con la mecánica, pero tenía dos buenos brazos y no se arredraba ante la idea de sudar. Le pagaban, claro está, y no poco, veinticinco o cincuenta dólares al día, o lo que quiera que pasara entonces

por una retribución aceptable. Pero en realidad no lo hacía por el dinero.

Lealtades familiares aparte, Jerry era un buen tipo y andaba muy necesitado de ayuda. No es que el hombre escurriera el bulto; trabajaba muchas horas y arrimaba el hombro como el que más, pero era la clase de persona que necesitaba tener a alguien a su lado, alguien que le echara una mano cuando sucumbía al pánico y se sentía desbordado. Era incapaz de llevar los libros, y los negocios no eran lo suyo. La solución al problema llegó finalmente de la mano de Wanda, una mujer que, con la treintena ya en el punto de mira, nunca había perdido cierto aire de niña. Era alta y delgada, de complexión enjuta, con un cuerpo terso y esbelto por el que cualquier bailarina, ya fuera exótica o de Broadway, se hubiese endeudado hasta las cejas. Mascaba chicle, lucía el pelo caoba muy rizado gracias a las permanentes y vestía pantalones cortos o minifaldas, alternando entre el vinilo negro y el rojo escarlata más lujurioso todos los días del año excepto en Navidad. Hablaba de béisbol como si le fuera la vida en ello y conocía palabrotas reservadas a los profesionales del bate. Además, como el amor no atiende a razones, tenía una profunda debilidad por Jerry. Más que competente en todos los sentidos, tomó las riendas del negocio, asumió el control de los ingresos, puso orden en el inventario y los libros contables, organizó los pedidos y la facturación y se encargó ella solita de transformar a Jerry en alguien medianamente digno de admiración como hombre y como mecánico. También se acostaba con él, le cocinaba y le limpiaba, le hacía la colada y, al cabo de un tiempo, se casó con él. Pero cuando Jerry empezó a venirse abajo aún quedaba todo un año para que Wanda entrara en su vida, así que el ingrato deber de socorrer a su primo político y mantenerlo a flote recayó sobre Michael.

La situación se deterioraba por momentos. Jerry se había

hecho cargo del taller —contra toda lógica y a costa de hipotecarse de por vida— unos dieciocho meses antes, y durante un tiempo se las había apañado a base de créditos y entusiasmo. Es imposible echar a rodar un negocio sin algo de capital, así que no le quedó más remedio que pedirlo prestado al banco: para comprar materiales, para pagar los salarios, para costear los frascos de café instantáneo y los bollitos Twinkies preenvasados que deglutía encorvado bajo algún capó abierto, saltándose el almuerzo en un intento de ahorrar tiempo y dinero. Fueron esos créditos los que, a la larga, lo pusieron contra las cuerdas. Y cuando la magnitud de la deuda acumulada salió a la luz, Jerry empezó a beber a morro de la clase de botellas envueltas en bolsas de papel que había que sostener con ambas manos, y bajo los efectos del whisky o lo que fuera estaba de un humor de perros y perdía los estribos a la menor provocación. Cuando todos a su alrededor huyeron en desbandada, lo que necesitaba, sobre todo los fines de semana, era alguien que lo conociera y le aguantara el mal genio, a ser posible alguien que supiera usar un gato, cambiar una rueda y manejar un torno sin que hubiese que chillarle o controlarlo de cerca, y que además se abstuviera de monsergas sobre las pausas para comer, ir al lavabo o salir a fumar, la tarifa de las horas extra o la paga doble de los domingos.

Michael cumplía de buen grado esas condiciones.

Seis meses después de haber enterrado al único hijo que tendría con Barb —su pequeño, James Matthew—, el mundo material había cambiado. Unos segundos de alegría y luego catorce semanas, dos días y cinco horas a la espera del inevitable final que meses y aun años más tarde seguía resultando tan devastador como un choque de trenes. Cada cual se enfrenta a su manera a semejante prueba. Los hay que abrazan la fe; otros, la psicoterapia. La manera de Michael consistía en escabullirse de la asfixiante dependencia

emocional de Barb para volcarse de lleno en el trabajo físico. Se sentía culpable por hacerlo, pero había tantas cosas que lo hacían sentir mal que, al cabo de unas semanas, ésa no era sino una más de su larga lista de faltas. Lo que necesitaba era trabajar como una bestia y sin pensar, y en el taller no había límites. Podía deslomarse hasta caer rendido, podía continuar dale que te pego hasta que le dolieran los brazos y la espalda amenazara con romperse en dos, y aun así seguir adelante, regodeándose en ese dolor, deseando sufrir de todas las maneras que sí alcanzaba a comprender. Era un dolor físico y viril, redentor en cierto sentido. Y después, cuando Jerry y él salían derrengados del taller, bien entrada la noche, y echaban el cierre a otro buen domingo, acostumbraban a dejarse caer por algún bar, la clase de local donde echaban algún partido por la tele, o bien, según su estado de ánimo, algún garito con iluminación tenue y jazz ambiental, el tipo de notas melancólicas que sólo se oyen en bares que dan a oscuros callejones o en locales sin licencia, de los que evocan el ambiente clandestino de una época en que el consumo de alcohol se regía por otras reglas. Una trompeta estridente, el lamento de un saxo que se abre paso hasta ese rincón situado más allá de las lágrimas donde la pena tiene cuatro muros sólidos, un techo y un suelo, allí donde el sonido puede crecer, desbordarse y rebotar.

Fue en uno de esos locales donde vio a Caitlin por primera vez. Por entonces ella era una cría de veintidós años y poseía una frescura que se había desvanecido hacía mucho de la vida de Michael. Ya estaba casada pero conservaba cierto aire juvenil, la levedad de quien todavía siente curiosidad por conocer los límites del mundo y una ternura irresistible. El estampado de flores amarillas y moradas de su vestido veraniego no pegaba demasiado con esa noche ventosa y otoñal, pero tenía el corte perfecto para lucirlo en un bar, pues

la humilde tela de algodón se ceñía a sus caderas, cintura y senos de un modo que acentuaba la delicadeza de sus curvas y se adaptaba al contorno de su culo como dos manos ahuecadas, algo que Michael comprobó cuando ella cogió las copas de la barra y cruzó el local para volver al reservado donde su amiga Sally la esperaba jugueteando con un mechero de plástico verde. Caitlin había pedido un brisa marina y un mojito, y a juzgar por cómo sonrió cuando lo sorprendió repasándola desde la barra, aquélla no era la primera ronda de la noche. La cabeza un poco gacha, pero la mirada directa y descarada, haciéndose la tímida sólo por coquetería. Una hora después, más o menos, cuando ella volvió a la barra, Michael había despachado suficientes cervezas y chupitos como para apearse del taburete, acercarse como si tal cosa y preguntarle si podía invitarla a una copa. Aún hoy recuerda el tono plateado de esos ojos inmensos, como el agua del mar un día de calima. Su piel parecía resplandecer incluso en la penumbra del bar y se esforzaba por mantener los labios cerrados, tratando de no sonreír, hasta que algo le hizo bajar la guardia. Ninguno de los dos recuerda qué contestó a las insinuaciones de Michael, ni siquiera qué palabras mágicas pronunció él para que ella decidiese darle una oportunidad, pero la imagen del rostro de Caitlin tal como era esa noche, esa noche de domingo, permanece grabada a fuego en su mente. Cuando por fin ella habló, lo hizo con voz grave y sensual, y mientras Coltrane, Parker, Ornette Coleman o quienquiera que fuese se dejaba el alma y luego el espíritu en un lamento agudo que traspasaba el techo del bar, Michael no pudo evitar inclinarse hacia delante para captar lo que aquella mujer le ofrecía, para beber sus palabras y respirar el aire que exhalaba.

Cerca ya de la medianoche, cuando habían ganado la confianza necesaria y esperado lo bastante, se conformaron con un baile allí mismo, en medio del bar. En brazos el uno del

otro, bailaban sin apenas moverse, o moviéndose como una telaraña mecida por un soplo de brisa nocturna, mientras las melodías se iban encadenando una tras otra. Michael notó el tacto caliente y húmedo de la sien de Caitlin contra su mejilla, inclinó la cabeza y le dijo en susurros cosas que nunca había compartido con nadie. Juntos se sentían completos. No es que saltaran chispas. Lo suyo fue nada más y nada menos que una fusión. Y poco después, cuando llegó el momento de separarse, Michael garabateó en un papel el número de teléfono del despacho y pidió a Caitlin que lo llamara al día siguiente, por la mañana, si podía. Ella no dijo nada; se limitó a leer el número con aire concentrado, dobló el papel en dos, volvió a doblarlo y lo guardó en el bolsillito del monedero. Se besaron una sola vez, un breve y casi somero roce de los labios, y luego ella asintió a modo de despedida, se desasió como si se le escurriera entre los dedos y corrió a reunirse con su amiga, que la esperaba al otro lado del bar. Él se quedó donde ella lo había dejado y la vio subir por la escalera adosada a la pared sin mirar atrás una sola vez, convencido de que no volvería a verla ni a saber nada de ella. En ese instante algo se revolvió en su interior y sintió un pánico atroz ante la perspectiva de verse obligado a pasar el resto de su vida lejos de esa mujer. Algo ridículo, teniendo en cuenta que acababan de conocerse, pero no por ello menos cierto.

—Hablemos de otra cosa —dice Caitlin ahora, en un susurro—. Por favor.

—¿Como qué?

—Lo que sea. Háblame del trabajo.

—¿Del trabajo?

Michael repite la palabra antes de comprender por qué lo dice. El trabajo es un tema seguro, como el tiempo o la política,

o lo que quiera que esté pasando en el plano económico, terreno abonado para charlas intrascendentes y reconfortantes que nunca llegan a rozar ninguna fibra sensible. A partir de los cuarenta, la naturaleza del deseo cambia y se recrea más en la comodidad que en la búsqueda de emociones intensas.

Michael esboza una media sonrisa.

—El trabajo va bien. Las pilas de papeleo habituales, los clientes que intentan apretarte las clavijas cuando toca renovar un pedido, el despacho lleno a rebosar de cantamañanas, traidores y ladrones. Lo de siempre. Estos días contratamos a grandes delincuentes recién salidos de los reformatorios de la Ivy League, con su acento de flauta nasal y su afición a esnifar mil dólares de coca a la semana. Pero te restriegan el diploma del máster o doctorado de turno como si fuera la mayor garantía de paz en los tiempos que corren, y lo usan nada menos que como una patente de corso. Últimamente apenas transcurren diez minutos de mi jornada laboral sin que me plantee mandarlo todo al carajo y largarme mientras aún me quedan fuerzas.

—Pero no lo haces.

Michael vuelve a mirarla, niega con la cabeza.

—No, supongo que no. Los hay que se levantan un buen día y se lían la manta a la cabeza, y algunos hasta se largan a la otra punta del mundo, como Gauguin, Brando o el Marco Polo de los huevos. Pero eso sólo se lo puede plantear un hombre joven. Cuando eres joven y el horizonte se extiende ante tus ojos, corres riesgos que más adelante se vuelven inasumibles. El tiempo nos vuelve temerosos. A lo mejor lo que pasa es que vamos cogiendo lastre por el camino. Yo tengo sueños, como todo el mundo, pero cuando era un chaval creía que un hombre de cuarenta años era un vejestorio. Ahora voy camino de los cincuenta y noto cómo los años se me han echado encima de golpe. La verdad es que no soy un hombre valiente. Estúpido

quizá, pero no valiente.

Caitlin se libera de su abrazo y se coloca a su izquierda. Con la espalda apoyada contra las casetas que los protegen, ambos tienden la vista hacia el mar. La línea del horizonte se ha difuminado y no hay nada, aparte de la vaga lógica de la sugestión, que permita distinguir el agua del cielo. A lo lejos, todo parece soluble.

Toma la mano de Michael, la estrecha entre las suyas y recorre delicadamente sus nudillos con las yemas de los dedos. Los huesos del dorso de la mano de Michael se abren como un abanico a ras de la superficie y las venas asoman, sarmentosas y azuladas, a través de la piel opaca. Es la mano de un hombre mayor cuyas fuerzas empiezan a menguar. Mechones de vello asoman por el puño de la manga, desmadejados y rebeldes, oscuros como tinta derramada. En respuesta a algún cambio sutil en las caricias de Caitlin, él abre y separa los dedos de la mano para atraer la de ella, apremiante. Se quedan así un rato, limitándose a contemplar el mar cogidos de la mano. Ella sonríe para sus adentros, él lo intuye de algún modo, y entonces se acercan y vuelven a besarse. Este beso cuenta más que el primero. Dura cinco o diez segundos, un instante de calidez que la oscuridad de los párpados cerrados transforma en otra cosa. Caitlin entreabre los labios y, tras una mínima vacilación que espolea su deseo, nota la delicada caricia de la lengua de Michael.

—Vámonos a la cama —le dice, atrayéndola de nuevo.

Se pregunta si ella alcanza a notar su excitación bajo tantas capas de ropa. La besa en las mejillas, despacio, y en los ojos cuando ella los cierra. Caitlin tiene la piel helada por el azote del viento, pero suspira con lo que parece satisfacción, y hasta cierto punto él comparte ese sentimiento. Allí fuera, a resguardo de la tormenta, casi se puede creer que el mundo existe única y exclusivamente para ellos, y que nada tiene la

menor importancia más allá de su felicidad.

—No sabes pensar en otra cosa —le dice ella—, ¿te das cuenta?

—Pues sí —concede él—, pero no me va mal del todo.

—Te lo tienes bastante creído.

—Motivos no me faltan.

—Cuánta humildad.

—Ya lo creo. Pero sabes que lo digo pensando en ti, cariño. No está el tiempo como para andar paseando. Me limito a sugerir una forma de conseguir que nuestros viejos huesos entren en calor.

—Lo de viejos lo dirás por ti.

La mano que reposa sobre la parte inferior de la espalda de Caitlin se desliza unos centímetros más hacia abajo y allí se planta.

—Ya sabes lo que dicen —repone él—. El buen vino mejora con los años.

—Y tú te consideras un gran reserva, ¿no?

—Bueno, hasta ahora no he tenido quejas.

Caitlin ladea la cabeza, fingiendo que duda, aunque por supuesto no hay nada que decidir. Él la observa, divertido, y siente que vuelve a enamorarse de ella como el primer día. Su expresión es la de una mujer joven, completamente inocente. Caitlin se lleva un dedo a la comisura de la boca con gesto pensativo, entorna un poco los ojos, y en ese instante él comprende que el tiempo no significa nada, que la edad no significa nada.

—A la cama.

—A la cama.

La risa de ella brota, súbita y recatada, un gorjeo alegre que estalla como una llamarada y se desvanece en el acto, pero cuya forma permanece en los labios, que dejan entrever los dientes y la punta de la lengua. Así son ellos. En aquel bar,

tantos años atrás, con el lamento del jazz rezumando por los altavoces, habían bailado de un modo parecido, no peor pero tampoco mejor que ahora. Ahí fuera, el aire que los envuelve les proporciona suficiente movimiento, y no necesitan más jazz que el silbido del viento enredado en la barandilla del embarcadero.

—Primero acabemos nuestro paseo —dice ella apartándose de él pero sin soltarle la mano—. Y luego ya veremos.

Todos los chiringuitos y las casetas de feria están cerrados, pero la triste realidad es que, incluso en temporada alta, ya sólo funcionan a medio gas. Y eso en el mejor de los casos. Porque Coney Island parece condenada al olvido. La decadencia se ha adueñado de todo. Y, sin embargo, en un día como ése todavía apetece estar allí, en ese lugar tan hecho a las cosas rotas que se ha convertido en su refugio. Es verdad que ha visto días mejores, pero conserva un aura romántica, y además conformarse es cuestión de voluntad. Les gusta porque está lo bastante apartado de donde se supone que deberían estar. Allí, lejos de la vasta claustrofobia de Manhattan, aún es posible aspirar a un trozo de cielo.

E incluso en tardes tan desoladas como ésta, tan desgarradas por el viento que sopla embarrado con la amenaza de nieve, los recuerdos del paseo marítimo en su época de máximo esplendor parecen muy cercanos. Una época en la que, desde marzo o abril, sin interrupción durante los tórridos y bochornosos meses estivales que transcurrían al ritmo del duduá y hasta bien entrado octubre, los puestos de perritos calientes y helados no daban abasto, cuando por una moneda de cinco o diez centavos, y ante tus ojos incrédulos y deslumbrados, kilos y kilos de azúcar se transformaban en grandes barbas místicas de algodón rosado, cuando tragafuegos

encaramados a un monociclo ejecutaban osados números de malabarismo con cuchillos, cuando la tarima del paseo temblaba y traqueteaba bajo los pies de los transeúntes, retumbando al paso de los niños que corrían en desbandada, cuando las campanillas de las máquinas tragaperras repicaban por todas partes. Entonces el aire sabía dulce y salado a un tiempo, entre el rumor de las olas y el olor a fritura, y todo, pero todo, se veía engullido por el ruido, un fragor sólido, puro e ineludible. Los gritos de júbilo de las chicas en biquini cuando sus novios se ponían a hacer el ganso y las cogían en volandas, las letanías que los músicos callejeros arrancaban a sus acordeones, los compases del último hit musical brotando al unísono de una docena de radiocasetes sintonizados en la misma emisora y, de vez en cuando, la estridente y vertiginosa melodía de organillo de alguna atracción cercana. Todo ello se mezclaba en la indisoluble cacofonía de un centenar de ruidos simultáneos que rivalizaban entre sí.

Incluso en un día tan desapacible, ir hasta allí sigue valiendo la pena porque les permite recrear su propio mundo de fantasía. Las casetas están cerradas a cal y canto, pero a Caitlin no le cuesta convencerse de que en realidad no están abandonadas, sino que se han entregado a una indolente hibernación. Y lo mismo podría decirse, e imaginarse, de los hombres que regentan esos puestos, los locuaces vendedores que sonríen como granujas de pura satisfacción porque les gusta lo que hacen y tanto o más porque hacerlo les permite exhibir su dentadura mellada o sus coronas de oro. Hombres que en otros tiempos habrían ejercido el oficio de piratas, que lucen camisetas tan sudadas y percudidas que es imposible adivinar su color original, que tienen demasiado pelo donde no toca y muy poco donde deberían tenerlo. Si ahora no están allí, se dice Caitlin, es simplemente porque respetan las reglas del trabajo estacional y sin duda han vuelto a la sombría ciudad

para ganarse la vida durante esos meses lúgubres en los que pasarán las horas encorvados sobre un martillo neumático o sirviendo platos combinados en algún bar, o incluso, Dios no lo quiera, enfundados en un traje de comercial. Pero son valientes, pese a las apariencias, y también sensatos, porque aceptan la realidad tal como es. Tienen el corazón de un lobo de mar y la tenacidad de un explorador, y por sus venas corren parejas la sal y la grasa. Aguantan lo que les echen, así que cuando vienen mal dadas aprietan los dientes y hacen lo que haga falta —cogen pico y pala, sudan ante los fogones, venden lo que sea— porque saben que el sol siempre acaba saliendo y, más pronto que tarde, la fortuna volverá a sonreírles y lo dejarán todo para regresar a Coney Island armados con generosas provisiones de azúcar, grasa y carne de dudosa procedencia para solazarse una vez más en el esplendor estival de una vida frente al mar.

• • •

Es posible extraer destellos de placer incluso de los momentos empañados por la tristeza. Se trata de cribarlos en busca de oro, y en ese sentido el paso del tiempo concede cierta clase de sabiduría. Los budistas aspiran a vivir así, en el presente más estricto. Caitlin sabe que ese día alberga oscuridad, y hay cuestiones que ambos deben abordar y que seguramente los empujarán al borde del temido precipicio, pero por ahora puede sonreír sin que le suponga el menor esfuerzo. Desde la noche en que Michael y ella se adentraron bailando en la vida el uno del otro, no ha habido un solo día compartido en el que ella no experimentara, al menos durante unos segundos, una abrumadora sensación de júbilo. Esos instantes pueden darse durante el sexo, pero la sensación nunca se ha limitado al plano físico, y a veces basta con que paseen cogidos de la mano, o

que él susurre su nombre de ese modo tan peculiar, como si se quedara sin aire. Cuando la asaltan la culpa o la duda, Caitlin llora, sin reservas y sin negarse nada, porque esas horas son contadas. De ese modo conjura la pesadumbre no bien se insinúa, y las lágrimas se convierten en algo ajeno a ella. Ha aprendido que es posible llorar y aun así sentirse bien. Está convencida de que esa clase de sensación sólo puede brotar del amor, y cada detalle del amor que comparte con Michael se ve intensificado por su propia destilación.

Ya no cuestiona sus sentimientos. Si tiene ganas de sonreír, sonríe. Uno aprende a sacar el máximo partido a cualquier situación, porque de lo contrario sólo queda la muerte. La noticia del cáncer de Barbara es terrible. Caitlin conoce esa enfermedad de cerca, pues a los diecinueve años no tuvo más remedio que ver cómo minaba el cuerpo de su madre hasta reducirla a un trozo de carne moribunda, incapaz de entender nada que no fuera el dolor. A lo largo de los últimos veinticinco años, más o menos, Barb ha estado siempre en la periferia de su relación con Michael, una presencia fantasmagórica, alta, delgada y escultural, primorosamente tallada y sin embargo envuelta en una especie de eterna melancolía. Bella, si circunscribimos la belleza a los rasgos cincelados y cierto aire románico, pero nunca menos que guapa a ojos de cualquier mortal. Siempre ha llevado el pelo rubio pajizo corto y con volumen, enmarcándole el rostro en una amplia gama de peinados —permanentes, melenas cortas, medias melenas y cortes a lo paje— que subrayan sin estridencias su elegancia natural. Pero las asociaciones acaban por erosionar la realidad. Cuando Caitlin piensa en Barbara estos días, su mente desentierra la imagen de una angosta habitación de hospital, idéntica a la que ocupó su madre, cuatro paredes desnudas sin más luz que la que se colaba desde el pasillo, impregnadas de un olor antiséptico concebido para enmascarar algo

infinitamente peor. En un jarrón de vidrio opaco languidecían flores de color desvaído, un gesto de buena voluntad que el ojo agradece a cierta distancia, dejándose embaucar por la ilusión de vida que generan el agua y un pequeño incentivo químico. Y en la cama contigua, dormitando bajo los veinticinco centímetros de ébano de un crucifijo que colgaba de la pared, un cuerpo marchito, poco más que polvo, un rostro irreconocible desde cualquier ángulo salvo como el rostro de la enfermedad, que sólo recobraba la apariencia humana cuando la luz del sol inundaba la habitación o cuando esos grandes ojos tristes de melaza parpadeaban y se abrían unos instantes.

• • •

Desafiando el viento, avanzan hacia el final del muelle. Michael tiene los labios entreabiertos y aprieta los dientes, con la mirada fija en un punto situado a cincuenta o cien metros de distancia, como si eso pudiera ayudarlos de algún modo a alcanzar su destino. Cuando llegan al final del muelle, la barandilla de protección los retiene como una barrera que les impide caer al vacío, porque hoy Coney Island es un precipicio. Los años y las décadas han ido formando una capa viscosa sobre la madera, la macabra pátina verdosa de las algas y el salitre. Aquí empieza el reino de los titanes, piensa Caitlin, intentando rescatar del olvido las lecciones de la escuela. Mitos, claro está, pero los mitos sólo lo son hasta que se demuestra lo contrario, y en el fondo creer o no creer es únicamente una cuestión de conciencia, de saber dónde trazar la línea que separa los tercos valores absolutos de la fantasía y la verdad. Y al contemplar el vaivén del mar que crece y se revuelve, siempre vivo, siempre respirando, que fustiga la orilla y luego se repliega para recuperar fuerzas en previsión de la siguiente acometida, Caitlin piensa en los titanes e imagina que

los miran como de pasada y, bien sea por distracción o ignorancia, confunden sus rasgos y expresiones con la marea, la larga estela del oleaje, la superficie acristalada del agua en la que se espejan la luz y el cielo, sin acertar a reconocer quiénes o qué demonios son exactamente.

—¿Estás soñando? —pregunta Michael.

Ella lo mira de refilón con la esperanza de encontrar cierto entusiasmo en su rostro. Pero ha malinterpretado el interés de Michael, cuyos ojos siguen escrutando el vasto océano. Hacia el este, a lo lejos, el agua parece una chapa de zinc ondulada cuyas lomas reverberan con el brillo pálido del acero empañado, mientras que en los canales anida la oscuridad.

—Creo que sí —repone ella en susurros.

—¿Con nosotros?

Caitlin vacila.

—Con nosotros y otras cosas.

Algo cambia en el rostro de Michael. El cambio se concentra sobre todo en las bolsas de piel que se forman alrededor y debajo de sus ojos entornados, y con una luz distinta casi podría pasar por un gesto de dolor. Pero no es fácil conservar la serenidad en medio de una tormenta.

—Con eso me doy por satisfecho —declara él—. Mientras haya un hueco para mí entre todo lo demás.

—Lo hay —le asegura ella, pero aparta la mirada para evitar hablar de lo que más falta hace.

El final nunca se le ha antojado tan inminente como ahora, pero, mientras les queden esas horas por delante, ya habrá tiempo para las palabras duras y los distintos sabores del adiós.

Deleitándose en la bruma marina que les rocía la cara, tienden la vista hacia la llanura de agua que se despliega hasta el horizonte y mucho más allá. Una superficie de miles de kilómetros que cubre como un manto incontables leguas de profundidad. E infinidad de secretos. El océano se parece un

poco al espacio exterior, en tanto que una inmensa parte de lo que permanece oculto es pura teoría. Está ahí porque debe estar ahí, como lo está Dios para los creyentes. O el diablo, o la nota perfecta, o la cara oculta de la luna. O el aire. Sólo hace falta tener fe. Ciencia y mito difieren de un modo extremo, encarnizado, pero tienen al menos eso en común. Y a dos metros bajo tierra, adonde no llegan la luz del sol ni los vientos más poderosos, hay toda una existencia distinta que funciona según un ciclo perfectamente organizado de nutrición, reproducción y muerte. Que va a lo suyo, pero a un ritmo muy diferente. Allá abajo, el bien y el mal no existen, y la tierra misma es la única divinidad que cuenta, la única capaz de perturbar la ilusión compartida.

Todo está cambiando. El cáncer de Barbara trae consigo nuevas posibilidades, pero a destiempo. Las mujeres bellas suelen envejecer mal, y por algún motivo, cuanto más se esfuerzan por ocultar su deterioro, más lo aceleran. Para otras, sin embargo, el problema es que se rinden al abandono. Michael dijo en cierta ocasión que la pérdida de su hijo fue lo que hizo que Barbara se atrincherara en su soledad. Siempre había sido un poco fantasiosa, pero la muerte de James Matthew la desplazó respecto a la realidad, sumiéndola en una especie de estado intermedio que nunca había abandonado del todo. Por más que uno estuviera en la misma habitación que ella, por lo general sólo podía acceder a una parte de su persona. Saberlo, y aceptarlo como un hecho, los ha ayudado durante décadas a mitigar un sentimiento de culpa compartido. Y es que, aunque el cáncer viniera ahora a desarbolarla por completo y deformarla hasta convertirla en algo monstruoso, seguramente sólo afectaría la superficie de su ser. En lo más hondo, si Michael está en lo cierto, hace tiempo que todo se desmoronó.

Caitlin cierra los ojos y se obliga a bajar a esa oscuridad más

controlada. Busca a tientas la mano de Michael y cuenta los segundos que pasan hasta que los dedos de él se cierran en torno a los suyos. Cuenta hasta cinco, luego hasta diez, y al no notar su tacto, una punzada de pánico le retuerce las entrañas, despertando toda clase de temores, todas esas cosas que llevan mucho tiempo latentes pero que últimamente parecen ir a más, cosas en las que odia pensar siquiera. Pero entonces, justo cuando está a punto de volver a abrir los ojos, la mano de Michael busca la suya. La estrecha con delicadeza, y poco a poco todo vuelve a su sitio. El tacto frío de su piel la tranquiliza, y un latido se insinúa desde algún lugar muy profundo.

Allí se quedan, cogidos de la mano y aferrándose el uno al otro, encadenados por ese simple contacto voluntario, formulando cada cual para sus adentros razonamientos que abordan el mismo tema desde perspectivas distintas. Los faldones del abrigo de Michael aletean zarandeados por el viento y, aunque resguarde a Caitlin con su cuerpo, el vuelo de la falda se le ahueca de pronto, inflado por una ráfaga de viento, y lo único que ella alcanza a hacer es ceñirlo contra las piernas, recoger los pliegues de tela que ondean y sujetar el dobladillo contra el muslo.

—De acuerdo —dice al fin, fingiéndose agotada—. Me rindo. Vámonos a la cama.

Michael le rodea la cintura con el brazo. Ella no lo mira, y tampoco reacciona cuando él la besa en la mejilla, bien arriba, cerca del ojo. Quiere imaginar que Michael está sonriendo, que es feliz. Dejan atrás el mar y el inmenso cielo encapotado y vuelven sobre sus pasos por el muelle, pegados el uno al otro, dando la espalda al cruel azote del viento.

2

En el limbo

Apenas llevaban dos años casados cuando Barb se quedó embarazada. Hasta entonces todo iba como la seda. Michael trabajaba a destajo, como sólo puedes hacerlo cuando la vida se despliega ante ti como una línea recta. Se moría por acumular ventas y por todas las cosas buenas que esas ventas traían consigo, como el pequeño pero acogedor piso de alquiler en New Rochelle, el Chevy Nova último modelo, limpio y tan bien cuidado que podría pasar por seminuevo, y la clase de liquidez económica moderada pero constante que garantizaba un endeudamiento mínimo.

El coche había sido su mayor capricho, una auténtica sangría, pero, puesto que el trabajo lo obligaba a ausentarse de la ciudad a menudo, tener vehículo propio le permitía no sólo llegar hasta los confines de Connecticut y Maine cargando la clase de muestras que nunca habría podido transportar en autobús, tren o avión, sino que además le ofrecía la posibilidad de pasar la noche al volante para desayunar en casa en vez de dormir a solas en algún motel frío y húmedo en mitad de la nada. Cuando empezó a trabajar en Jefferson's había intentado apañárselas con el transporte público y había sufrido la tortícolis y el dolor de espalda que acarreaban las largas y solitarias jornadas lejos de la comodidad de su propia cama. Al poco de casarse, sin embargo, Barb y él acordaron que valía la pena echar el resto para comprar un coche, pasar cinco o diez horas más en la oficina todas las semanas, entrar a trabajar

temprano y quedarse hasta más tarde haciendo llamadas, despachando el interminable papeleo, tratando de liberar para las ventas esa crucial fracción de tiempo que podía cambiar su suerte. Sacar adelante la carga adicional de trabajo no era fácil, sobre todo con una esposa joven y hermosa esperándolo en casa, pero incluso después de haber cumplido con todas sus tareas, siempre le quedaban fuerzas suficientes para celebrarlo con ella. Porque tenía veintitrés años y podía con todo.

Durante su primer año de casados apenas se percataban del paso de los días. La vida era difícil y exultante a la vez, abarrotada por el trabajo, las prisas, las palabras atrapadas al vuelo, un ritmo frenético y la sensación de existir solamente para el otro. Bien entrada la noche, se acurrucaban bajo las sábanas y descubrían que, en realidad, dormir no ocupaba siquiera el segundo puesto en su lista de prioridades. Eran tantas las cosas que parecían confluir en el presente que cada detalle, caricia, sonido, olor y sabor cobraba una intensidad inusitada. La oscuridad funcionaba como una cataplasma sobre el mundo, haciendo aflorar todos sus sabores. Y cuando dormitaba, Barb movía los labios de un modo especial, esbozando una sonrisita coqueta que lo hacía sentir como un globo inflado que suplicara el rápido y brutal pinchazo del alfiler. Era adorable, cariñosa y de risa fácil, una de esas risas francas y sonoras que no desentonan en ninguna circunstancia, pero que cobran pleno sentido una vez que las luces se apagan. Los detalles lo eran todo ese primer año, y vivir para Michael consistía básicamente en atrapar cada oportunidad que se le presentaba. Establecer contactos, trazar estrategias, regatear, llevar las negociaciones al límite, lamer infinidad de culos, prometer el oro y el moro, rebajar su tarifa a una décima o dos por encima del desastre absoluto como muestra de buena voluntad, en aras de la concordia y el intercambio justo y —las más de las veces— por pura desesperación. Y en medio de todo

eso y envolviéndolo todo, los instantes de puro júbilo que conseguía arañar; un desayuno con juegos de pies bajo la mesa, un almuerzo sobre la marcha, una cena de las de pringarse y chuparse los dedos, una botella o lata de cerveza que compartían a sorbos, despatarrados y molidos ante alguna vieja película que echaban de madrugada, algo que les hiciera reír, con Jimmy Stewart, por ejemplo, o Cary Grant: tan encantador y desenvuelto, siempre sonriendo con malicia, siempre tramando algo. Era eso o alguno de los tipos duros, Bogart, Lee Marvin, Mitchum. John Wayne. Esa clase de dureza. No la que daba la musculatura sino el aplomo. Hombres a los que golpeaban con una palanca de hierro en las rodillas y ni por ésas cambiaban el paso, sino que se mantenían firmes. Lo importante no era a quién ni qué veían en la tele, sino el hecho de tener un sofá, unas cervezas —o una botella de vino, si se terciaba— y el uno al otro. En la penumbra del salón, Barb solía sentarse con las piernas —por lo general desnudas— recogidas debajo del cuerpo, o bien apoyadas sobre el regazo de Michael. Sin apartar los ojos de la pantalla, él le seguía el juego, fingiendo no sentir interés por nada que no fuera el desenlace de la película hasta que, al cabo de veinte minutos o media hora, sus manos se movían casi por voluntad propia, sin poder resistir la tentación de acariciar las pantorrillas de Barb, sus pies, los huesos de los tobillos, y por último, cuando ya no podía contenerse, el resto de su cuerpo.

Y entonces, cuando llevaban unos catorce meses casados sin que la idea se les hubiese pasado siquiera por la cabeza, llegó la gran noticia. Lo que hasta entonces parecía el colmo de la felicidad palideció de pronto frente a un nuevo estado de pura euforia, como el banquete que llega tras el ayuno, como el primer rayo de luz después de toda una vida entre tinieblas. Embarazada. Sólo decirlo les cortaba la respiración. Michael y Barb no cabían en sí de contentos y se sentían al borde del

éxtasis, los dos en idéntica medida. Todo florecía a su alrededor. Todo.

El niño nació a finales de noviembre, el día 27, minutos después de que la tenue acuarela del alba diera paso a un cielo de plomo. Un varón, James Matthew, dos kilos y medio. El 27 de noviembre faltaban diecinueve días para que llegara a término, pero esa insignificante prematuridad no parecía más que un apunte anecdótico y nadie le dio importancia. Un hijo, un varón, quizá un poco aletargado, pero según les dijeron todos era algo que cabía esperar. Nada que no fuera a arreglarse andando el tiempo.

Una luz se había encendido en alguna parte, un sutil fulgor que revelaba contornos hasta entonces inadvertidos, que reajustaba los colores y les devolvía su esplendor original. Michael no podía parar de sonreír. Al cabo de un tiempo empezó a dolerle la cara de tanto hacerlo, y sin embargo su expresión no cambió, no quería cambiar. Sonreía y negaba con la cabeza a todas horas de puro asombro. Abrumada de alivio, Barb también sonreía. Perfecto como monedas en el fondo de un pozo, decía, y cada bocanada de aire que exhalaba venía envuelta en la clase de risa que cumple casi la misma función que las lágrimas. Perfecto, también, como el arcoíris y los mordisqueos en el cuello y la música country de la buena, anterior a la plaga del plástico y los sombreros gigantes, y como ese dulce abandono que se siente a veces, cuando un abrazo tiene la intensidad justa y funde de veras a quienes se abrazan, deteniendo el tiempo.

Más tarde, cuando aún parecía que todo iba bien, que todo era absolutamente normal, cuando Barb recibió el alta y pudo irse a casa para acabar de recuperarse, Michael y ella pasaban la noche tendidos en la cama, contando los minutos y las horas

que faltaban para que pudieran volver cabalmente al hospital y estar donde más necesitaban estar. Su vida se reducía ahora a recorrer los pasillos o permanecer sentados junto a la incubadora, admirando y contemplando maravillados su pequeño milagro hecho realidad, rezando por él, viendo cómo agitaba los deditos y movía los labios, cómo su estómago se inflaba y desinflaba al compás de la respiración, las curvas y los planos grisáceos de su cuerpecillo casi inmóvil, encapsulado en cristal bajo una luz ictérica. En la cama, Michael y Barb se arrimaban el uno al otro como si así pudieran compensar la ausencia de la pieza que les faltaba, pero no se movían —estaban demasiado cómodos y demasiado agotados para hacerlo—, sino que se limitaban a suspirar, sonreír y hablar en susurros, turnándose para intercambiar largas listas de cosas perfectas que no sonaban mal pero estaban a años luz de la cristalina perfección que, ya fuera por casualidad o alquimia, habían alcanzado.

A lo largo de los años, un día normal para Michael consistía en persuadir a sus clientes de que desembolsaran un dólar más del que se habían propuesto gastar, pero sólo ese dólar, no toda la cámara acorazada, resistiéndose a las ganancias espectaculares en favor de los ingresos más estables acumulados mediante el método de la sangría lenta. La labia le permitía ganarse bastante bien la vida, y cuando las negociaciones llegaban a buen puerto, traían consigo sus propias alegrías, sus propias satisfacciones. Pero siempre supo que eso era sólo trabajo, que la vida era otra cosa y que los instantes verdaderamente preciosos de cada día se producían cuando no pasaba nada, mientras iba conduciendo, por ejemplo, o se servía una taza de café cargado por la mañana, o se quedaba despierto en la cama contemplando arrobado los infinitos dones de su mujer dormida. Cuando tenía tiempo para sopesar el mundo y su lugar en él, para contemplar y

reflexionar. En esos instantes se permitía cavilaciones más profundas y se preguntaba si la existencia tenía sentido, propósito o incluso un destino, o si no había más orden en el universo que en el caprichoso azar de una mano de cartas. Lo que buscaba no eran tanto respuestas como ejercitar los músculos de la mente y sondear los deseos del corazón. Los hay que poseen un sentido práctico innato; otros, los soñadores de este mundo, necesitan esa sensación de sobrecogimiento tal como las plantas necesitan la caricia del sol. Michael daba vueltas a estas cuestiones, las estudiaba del derecho y del revés, se solazaba en ellas y se sentía feliz.

El equilibrio entre trabajo, amor y sueños había sido fácil de mantener, pero un solo latido bastó para desbaratarlo. Las palabras se hicieron carne y todo empezó a girar en torno a un nuevo e ineludible centro de atención. Lo único que importaba era James Matthew. Del día 27 en adelante, el universo y cuanto había en él se cerró como un puño alrededor de Michael, reducido desde ese primer llanto a una población de tres individuos y los escasos integrantes de un séquito periférico. El mundo devino una cama de matrimonio de segunda mano en un piso pequeño pero bien ubicado y una incubadora rodeada de máquinas, siempre en penumbra, en la planta de maternidad del hospital. Todo lo que quedaba en medio —cualquier cosa que pudiera existir entre ambos lugares: los kilómetros de calle, el metro abarrotado, la climatología— no era sino espacio en blanco, un vacío que había que cruzar a toda velocidad. En la cama, a oscuras, Barbara y él desgranaban sus sueños en susurros y de día retomaban la impotente espera, aferrándose a la esperanza y conjurando el fin a fuerza de rezar.

Hasta que por fin llegó el día, tal vez inevitable, en que su fe flaqueó por un instante, y eso fue cuanto bastó para romper algún delicado equilibrio. La culpa fue del cansancio, de la

resignación, de alguna forma de mal que se lo pasaba en grande repartiendo esperanza para luego arrebatarla sin miramientos. Que jugaba con ellos, que aceptaba sus oraciones y alargaba el argumento de un chiste que sólo podía acabar mal, engatusándolos para que siguieran adelante hasta llevarlos al borde del precipicio. A mediados de marzo todo había terminado. Catorce semanas vertiginosas, caóticas. Lo peor, en cierto sentido, fue que se enteraron de la noticia al llegar al hospital, una hora más tarde de lo habitual, por más señas, porque estaban tan agotados que se les habían pegado las sábanas, habían sucumbido al diminuto y delicioso consuelo de una cabezada accidental después de que uno de los dos silenciara el despertador de un manotazo para dormir cinco minutos más, sólo cinco minutos que por algún motivo inexplicable se convirtieron en treinta, en cuarenta y cinco. Se despertaron sobresaltados, se vistieron a la carrera y salieron en ayunas, cometiendo la temeridad de coger el coche en hora punta en vez de viajar en metro como solían, creyendo que así podrían recuperar el tiempo perdido, lo que vino a demostrar su absoluta ignorancia sobre cómo funcionan estas cosas en realidad. Llegaron al hospital temblando de rabia y miedo, pero aun así completamente desprevenidos. Esa hora de más lo había cambiado todo.

De pronto se vieron arrojados al vacío. La suya fue una caída imparable, digna de compasión.

«Tenéis que pasar página», les dijeron cuando el fulgor del duelo reciente empezó a desvanecerse. La gente tolera cierta dosis de sufrimiento, porque quiere e intenta mostrar comprensión, o al menos aparentar compasión y empatía. Pero esa tolerancia no es un cheque en blanco. Unos días de duelo entraban dentro de lo normal, una semana entera, acaso un poco más, pero todo lo que se alargara demasiado en el tiempo se topaba con una inapelable cláusula de limitación. La

amabilidad que los demás les dispensaban era sincera pero, según iba menguando su paciencia, dejaban entrever cierto hastío. Y todo el mundo opinaba sobre lo sucedido. Médicos, enfermeras, hasta la familia. Tenían la delicadeza de hablarles en tono afable y con gesto compungido, pero, cada cual a su modo, todos los instaban a ser pragmáticos. No había manera de cambiar lo sucedido, y sí, era una tragedia, lo peor que podía pasarle a nadie, pero el tiempo no se detenía. El mundo seguía girando. La conclusión era evidente: el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Pasad página.

Todos lo decían con la mejor de las intenciones, sin lugar a dudas, pero si podían expresarse en tales términos era sólo porque, en el fondo, James Matthew no significaba nada para ellos. Un fugaz sentimiento de pena, quizá, no tanto por la persona real de carne y hueso que había dejado de existir en cuerpo y alma como por el potencial insinuado y luego arrebatado de un modo tan cruel. Lamentaban la pérdida, les producía un gran pesar, pero no podían acabar de entenderla porque no incidía en sus propias vidas de un modo directo. Podían volver a casa por la noche y cerrar los ojos sin el tormento de recordar al pequeño dentro de esa incubadora con su cubierta de metacrilato, tan diminuto y amarillento, atrapado bajo una luz inclemente, amarillento porque su hígado sólo funcionaba a trompicones, con un tubo metido en la nariz y más tubos saliendo de las venas de ambas muñecas y demás puntos de incisión estratégicos que le habían hecho en el estómago, el pecho y la ingle.

«Pasad página» se convirtió en el mantra implícito repetido de mil formas distintas que se traducían en la misma solución genérica y simplista, un mantra que Michael y Barbara tenían que escuchar no sólo cuando estaban juntos y podían apoyarse el uno al otro, sino también cuando los atacaban por separado. Los enfrentaban entre sí, aprovechando al máximo su

vulnerabilidad e impotencia para asegurarse de que el mensaje no caía en saco roto. Y se esperaba de esta pareja en pleno duelo que asintiera y se esforzara por sonreír aunque se estuviese desangrando por dentro. Mientras el mundo ardía a su alrededor, se veían obligados a tragarse las lágrimas y murmurar palabras de conformidad. Tenían que mentirse a sí mismos y a todos los demás, y seguir haciéndolo hasta que las mentiras dejaran de serlo.

Esas semanas que siguieron a la muerte de su hijo podrían haber representado no sólo un final sino también una especie de nuevo comienzo, un período de transición entre distintas etapas de la vida, una progresión natural y todas esas sandeces. Pero, en vez de plantar cara a la pena y embarcarse en una suerte de cruzada curativa, Barb y Michael se rindieron sin más, de forma vergonzosa y sin apenas rechistar. Habían perdido la batalla y estaban agotados. Lo que siguió fue, de hecho, un tiempo muerto, tal como lo había sido el tiempo que lo precedió. Más aún, si cabe, porque ese período previo, esos meses que habían pasado encorvados al borde de una silla en una pequeña habitación de hospital esterilizada, invadida por una necesaria batería de monitores parpadeantes y máquinas que emitían toda clase de ruiditos, les había permitido al menos hacerse ilusiones y aferrarse a una esperanza a todas luces falsa. Y más tarde incluso, después de que se desvaneciera hasta esa brizna de esperanza, les permitió alargar la estratagema y les ofreció incontables maneras de intentar consolarse a sí mismos —y el uno al otro— con mentiras que tal vez fueran burdas y transparentes, pero sin duda bienintencionadas. Este nuevo vacío, sin embargo, no ofrecía nada a lo que agarrarse, ni siquiera un falso consuelo. En las semanas que siguieron a la muerte de su hijo, Michael y Barbara se descubrieron vagando a la deriva, confiando en que la corriente los devolviera a la orilla o los arrastrara hacia

abajo, engullidos por el diluvio.

• • •

Una de las cosas que más les costaron aceptar fue lo literal que resultó ser el fin. Alguien farfulló una disculpa y, acto seguido, tiró de un cable conectado a un enchufe. Así de simple. Fue como apagar una luz, visto y no visto. Michael habría estado dispuesto a reconocer que sí, fue un final definitivo y hasta cierto punto limpio, pero seguía habiendo algo demasiado rebuscado en todo aquello, como si el hospital actuara acatando una decisión suya, suya y de Barb, como si ellos, en tanto que padres destrozados, pudieran decidir u opinar al respecto. Lo que había pasado era que, en algún momento impreciso, a alguna hora intempestiva de ese borrón de semanas y meses, le habían dicho en un aparte que tenía que firmar un formulario, uno más de tantos. Nada por lo que tuviera que preocuparse, una exención de responsabilidad, un mero formalismo en casos como éstos, porque si bien, con los datos en la mano, había un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que todo saliera bien, el hecho de que hubiese siquiera la más ínfima posibilidad de que algo se torciera implicaba que los médicos debían andarse con pies de plomo y estar preparados para intervenir cuanto antes. Si firmaba ese formulario, todos quedarían cubiertos y tendrían las manos libres para actuar si surgía algún imprevisto. Y, llegado el caso, para hacer lo que quiera que se considerase necesario desde el punto de vista médico, para tomar la decisión oportuna basada en las décadas acumuladas de experiencia y pericia de todo el equipo. Se curaban en salud, por descontado, pero en el improbable caso de que se produjera una emergencia no podían desaprovechar un solo segundo. Era fundamental reaccionar deprisa, pues ésa podía

ser la diferencia entre el milagro y la tragedia. Michael se había quedado mirando el formulario y había dejado que los persuasivos argumentos de los dos médicos lo arrullaran como quien oye llover, incapaz de intentar comprenderlos. Al final, no le quedó más remedio que firmar. Se sentó en un sillón tapizado en piel que retenía la calidez del anterior ocupante, asintió mientras farfullaba algo ininteligible desde lo más profundo de su trance y, por último, cogió el bolígrafo que le ofrecían y garabateó su nombre junto a una diminuta equis en forma de lazo. Los médicos lo flanqueaban, y uno de los dos —el de más edad— señaló con un largo dedo índice el espacio en blanco donde debía estampar sus iniciales y la casilla que debía seleccionar. Ninguno de los dos se tomó la molestia de decirle que, en el fondo, lo que estaba haciendo era firmar la sentencia de muerte de su único hijo.

Nadie quiere ver sufrir a un niño, y mucho menos verlo morir. Pero ¿hasta dónde podemos llevar el límite sin que la definición misma de ética y moral quede en entredicho? La respuesta que recibieron Michael y Barbara a esta pregunta, expresada en una voz sin inflexiones, parecía cogida por los pelos: cuando nada funciona si no es gracias a las máquinas, cuando se han explorado y descartado hasta las más inverosímiles vías de recuperación, cuando el final se convierte en la única manera de paliar un sufrimiento insoportable y la única alternativa humanitaria es permitir que el cuerpo se consuma. Articulada a media voz, poco más que en susurros, pasando de puntillas por las certezas en las que se sostenía, era una respuesta, pero no abordaba la cuestión de cómo había que enfrentarse al momento preciso del final. ¿Cuánto tiempo tardarían en darse cuenta de que el corazón había dejado de latir, y cómo se suponía que iban a encajar algo así? Porque, incluso en el redoblar del último latido, la nada absoluta de la muerte se antojaba imposible. Que algo como la vida exista y

de repente, en un abrir y cerrar de ojos, la arrebaten parecía no sólo un maleficio, sino algo infinitamente peor, porque ni siquiera los hechizos más poderosos son permanentes. Todo el mundo tenía algo que decir, que aconsejar, que asegurar, pero ¿cómo podían aspirar siquiera a entender por lo que estaban pasando Michael y Barbara a menos que hubiesen estado en su piel, a menos que hubiesen notado el olor a piedra y tierra del último aliento de otro ser humano en los labios y la lengua? No hay palabras para algo así, como seguramente no hay nada que uno pueda hacer, ni en el instante en que ocurre ni en los que vienen después, salvo limitarse a estar e intentar no perder la compostura, no romper a chillar como un poseso.

De niño, a los siete u ocho años, Michael tuvo ocasión de ver a un artesano soplando vidrio. Un tío de su padre trabajaba para Waterford Crystal y, asegurándole que era algo verdaderamente digno de ver, organizó una visita a la fábrica. A Michael le hacía ilusión la mera idea de escapar de Inishbofin, coger el ferry y luego el autobús en Galway para emprender un largo trayecto campo a través que le daría la oportunidad de cruzar ciudades y pueblos, por no hablar de pasar una noche o dos en otra costa, en casa ajena, con gente a la que sólo conocía por los lazos de sangre que los unían. No cuestionaba su buena suerte, aunque a esa edad el vidrio no fuera más que vidrio, una sustancia que parecía existir sin más, desprovista de toda mística. Así que le sorprendieron sobremanera los detalles del proceso de soplado, que consistía en inflar y estirar enormes pompas de aspecto incandescente, la clase de moldeado elástico que desafiaba la gravedad con una osadía inusitada. Que su mente eligiera por algún motivo equiparar un día como ése con otro que vino mucho después, uno de tantos que pasó de pie en una habitación de hospital, viendo a través de una mampara de cristal cómo su hijo recién nacido avanzaba con paso lento y concienzudo hacia una

muerte del todo inmerecida, le pareció —al menos a un nivel superficial— asombroso e incomprensible a partes iguales. Viéndolo, esperando el desenlace y a partir de un momento dado, para su vergüenza, anticipándolo incluso, pese a lo cual el golpe lo sacudió como un mazazo. Aún notaba la violenta succión del vacío previo a la implosión cuando lo inevitable sucedió al fin.

La lógica no parecía tener nada que ver con esa asociación de ideas, sino que todo el conjunto evocaba la sensación de una escopeta disparada a ciegas en la oscuridad, una bala que viajaba de un punto a otro sin que nadie supiera a ciencia cierta dónde quedaba el primero ni el segundo, con una dirección aproximada pero sin nada que delatara una intención más certera. Dos pensamientos, dos experiencias separadas por un puñado de años y situadas en polos opuestos del espectro emocional, fusionadas y confabuladas de algún modo por un chisporroteo eléctrico que las hacía cobrar vida, convertidas en una suerte de ente simbiótico. Al reflexionar sobre ello, entonces y en los años sucesivos, intentando comprender lo ocurrido desde toda clase de perspectivas, Michael había identificado en ambos momentos un sentimiento esencial y compartido de sobrecogimiento, un mismo asombro paralizante y aterrador. El soplado de vidrio era un desafío mayúsculo para el sistema de creencias, la absurda fascinación de ver a un hombre moldear con su aliento una sustancia que parecía molecularmente inmutable. Incluso para una mente bisoña como era la suya entonces, eso equivalía a romper las leyes sagradas que determinaban lo que se consideraba verdad. Y luego, con un salto en el tiempo equivalente a una zancada cuántica de quince años, poco más o menos, se veía obligado a soportar la escena de la habitación de hospital que resumía la vida, la muerte y todo lo que media entre ambas, así como un momento específico pero más bien impersonal de entre los

miles, cientos de miles de instantes que pasó pegado a una mampara de cristal absolutamente inamovible, incapaz de ceder ni un milímetro en su implacable indiferencia. Tal vez fuera ése el vínculo, algún destello de lucidez subconsciente que viajaba desde el pasado para tocar el acorde preciso, la melodía justa, el lamento oportuno, mientras el aliento se le convertía en niebla ante sus propios ojos. Y justo enfrente, en ese espacio reservado a los casos perdidos que se niegan a aceptar lo evidente, el precioso y diminuto cuerpo de su hijo recién nacido, James Matthew, desnudo, amarillento y rodeado de tubos. Existente, pero apenas. Esa carita, aun crispada por las punzadas de dolor, esa nariz tan reconocible, calcada a la de Barbara, esos ojos siempre cerrados y el mentón que temblaba con algún que otro puchero; todo él carne de la carne de Michael, o la de ambos, la suya y la de Barb combinadas, un milagro que habían creado entre los dos, vivo pero intocable, vivo más que nada porque una máquina así lo decía, y porque era una máquina la que decidía. Y muerto, al final, exactamente por las mismas razones.

Michael no podía evitar preguntarse dónde estaba la mano del Redentor en todo esto. Barbara y él habían confiado y se habían dejado llevar de buena fe hasta una cima inverosímil, corriendo a ciegas en pos de una felicidad sin parangón. Y entonces, cuando no podían estar menos preparados, se descubrieron al borde del precipicio, y luego vino la caída, seguida de un impacto que lo hizo saltar todo por los aires. ¿Acaso había sido obra del Todopoderoso? Y de ser así, ¿en qué se distinguía la deidad del demonio?

Habían vivido catorce semanas como una familia. Pese a los muros que se alzaban entre ellos, se habían formado lazos. Y poco cambió durante la mayor parte de ese tiempo. Los días se sucedían mientras ellos se limitaban a observar y esperar, manteniendo el miedo a raya sólo porque el pronóstico era

invariablemente bueno y las palabras tranquilizadoras venían acompañadas de sonrisas cálidas con la regularidad de las mareas. Algunos días traían consigo un atisbo de esperanza, cuando las cifras que vomitaban los monitores eran más halagüeñas o la temperatura se mantenía constante, pero no había cambios evidentes, nada que pusiera fin a la espera. Y vivir así, sin bajar la guardia en ningún momento, pasaba factura al cuerpo y al espíritu tal como el viento erosiona la roca. Pocas existencias se viven de un modo tan concentrado, y pocas soportan esa situación durante mucho tiempo. Para algunos, un puñado de horas serían demasiadas. A Michael y Barbara les tocó pasar semanas apostados frente a la mampara de cristal, a veces turnándose pero la mayor parte del tiempo juntos. Hacia el tercer mes, habían dejado atrás la fase de negación. Las promesas se fueron haciendo cada vez menos insistentes y más espaciadas hasta desvanecerse por completo, dejando tan sólo pensamientos negros al filo del silencio. Seguían pegados al cristal por la sencilla razón de que no tenían adónde ir, y se obligaban a mirar hasta que los ojos les escocían y la mente parecía a punto de estallarles, debatiéndose entre la culpa, el alivio, el terror y la más honda y amarga de las penas. A menudo Barbara tenía que irse corriendo al lavabo para vomitar, y al cabo de un tiempo empezaron a llevar consigo una petaca de whisky, en parte para poder tragar el horrible café instantáneo de la máquina expendedora, y en parte, simplemente, para volver a sentir algo de calidez en su interior.

Los turnos, sobre todo hacia el final, traían consigo una especie de hipnosis visual meditabunda, interminables repeticiones de la nada más absoluta. Ése era el lugar al que ibas a parar cuando dejabas atrás la impotencia para adentrarte en la profunda desolación que había más allá. Y a medida que los últimos resquicios de esperanza se fueron desvaneciendo,

Michael aprendió a vivir pendiente de los detalles más nimios, preparándose para lo peor con cada nueva bocanada de aire que el bebé inhalaba, seguro —a un nivel en que los nervios afectan físicamente el tejido— de que esa inhalación era a todas luces distinta de las anteriores y tenía por fuerza que ser la última.

Parte del problema era lo poco que cambiaba el escenario. Lo más que podían hacer era permanecer en la misma postura: los hombros encorvados, los cuerpos rígidos como tablas en previsión de alguna caída, algún movimiento, cualquier cosa más allá del exiguo lapso de una respiración. Nada más importaba, ni lo que pasaba en casa, ni lo que pasaba en el trabajo, ni las aglomeraciones navideñas, la Nochevieja, los tejados espolvoreados de nieve o relucientes de escarcha, las calles barridas por ráfagas de viento del norte. En esa habitación en penumbra vivían al momento, temerosos ellos también de respirar mientras todo se desinflaba y estancaba hasta la inmovilidad. Esperando esa inmovilidad, debatiéndose por dentro entre todos los sentimientos que era posible experimentar, hasta que por fin la pequeña silueta carnosa que tenían delante volvía a llenarse de aire y los pulmones se expandían heroicamente para iniciar el ciclo una vez más.

Barbara se negaba a tirar la toalla. Convirtió la negación en una sustancia adictiva a la que se entregaba con el fervor de quien encuentra un oasis en medio del desierto. Cuando empieza la batalla, hay quienes dan media vuelta y echan a correr y quienes no pueden hacer otra cosa que lanzarse de cabeza al combate. El pronóstico de James Matthew, que durante lo que parecía una eternidad había sido supuestamente halagüeño, fue cambiando de forma paulatina hasta dar un giro de ciento ochenta grados y quedó estancado en un constante gemido. Los mismos médicos que antes les habían dado toda clase de garantías y disipado todo asomo de duda venían ahora,

día tras día, noche tras noche, a explicarles en voz queda lo sorprendidos que estaban de que la situación se prolongara durante tanto tiempo. Seguían la mirada de Michael a través del cristal y dejaban claro que, si bien ese despliegue de resistencia —o valentía, si prefería llamarlo así— era en muchos sentidos digno de admiración, desde el punto de vista médico no dejaba de ser también bastante desafortunado. Porque una cosa era albergar esperanzas, pero la situación del pequeño se había deteriorado hasta tal punto que su recuperación era del todo imposible. El final, por decirlo sin paños calientes, era inevitable, y lo único que podía traer consigo la resistencia era alargar el sufrimiento. Sus palabras de condolencia, que sonaban a discurso aprendido de memoria, no eran exactamente una disculpa, ni un reconocimiento de fracaso, sino su forma de dar por zanjada una parte de todo el proceso, otra casilla marcada, otro deber cumplido. Y Michael y Barbara hicieron lo que haría cualquiera en su lugar, cualquiera que hubiese sufrido siquiera un atisbo del suplicio por el que ambos estaban pasando. Escucharon, estrecharon la mano de cuantos se la ofrecieron y asintieron cuando tocaba para indicar que lo entendían. Su gesto anonadado alentaba la ilusión de que se estaban escudando de algún modo, lo que sugería que tal vez pudieran salir de ésta sin demasiados daños colaterales.

Pero cuando se quedaron los dos solos y sus defensas empezaron a desmoronarse, el dolor se adueñó de todo. Frente a él, Michael usó el silencio a modo de coraza y se apartó del mundo levantando un muro casi inexpugnable, pero Barb exhibía su desesperación a pecho descubierto, como un anhelo sin sentido. Hacía planes de futuro para la persona en la que habría de convertirse su pequeño, la clase de chica con la que se casaría y los nietos maravillosos que pronto les darían. Y lo completa que serían su familia y sus vidas gracias a él, en

cuanto hubiesen dejado todo esto atrás. Michael agachaba la cabeza, sin saber qué hacer ni qué decir, por lo que no decía nada. Hasta que un día, al volver al hospital con sándwiches de pastrami y mostaza de la charcutería de la esquina, la encontró en un estado que superaba con creces la histeria.

Las lágrimas le emborronaban la visión, de modo que, cuando él habló, cuando le preguntó qué había pasado, Barb tuvo que buscarlo a tientas y recorrer con los dedos el pecho y el hombro de Michael hasta encontrar su mandíbula. No fue capaz de articular palabra hasta que pasó un minuto, el minuto más terrorífico de la vida de Michael. Más incluso que aquella ocasión, en Búfalo, cuando dos hombres —uno blanco y el otro latino, a todas luces heroinómanos— lo habían atracado a punta de navaja. Tipos cobardes, nerviosos e irascibles, que siguieron blandiendo un cuchillo de carnicero con mango de madera y un palmo de temible hoja dentada incluso después de que él les diese la cartera. Entonces también había sufrido una gran pérdida, no sólo por el dinero del alquiler que llevaba encima y con el que seguramente podrían costearse una docena de dosis cada uno si sabían dónde comprarlas, sino también por la foto de Barb que habían tomado la noche de su primera cita, una Barb radiante y bellísima de rostro terso, joven y sonriente, con diecinueve años y toda la vida por delante. El atracador latino tenía dos diminutos agujeros por ojos y un tatuaje negro de trazo basto que le asomaba por el cuello de la camisa y reptaba hasta la mejilla, las llamas de un infierno que se transformaban en demoníaca serpiente de múltiples cabezas, y fue él quien le apoyó la punta del cuchillo en la carne blanda de debajo del mentón, presionando hasta que le hizo daño y sangró un poco, no mucho pero sí lo suficiente para convertir el atraco en una agresión o incluso en otra categoría delictiva de mayor relevancia. Michael se limitó a mirar al frente, con los dientes apretados, mientras el otro atracador, con el cráneo

afeitado y la cara blanca como la leche salvo por la sombra de una barba incipiente, botaba de aquí para allá apoyándose ora en un pie, ora en el otro, instándolo a voz en grito y con evidente regocijo a hacerlo de una vez, a clavarle el cuchillo en la garganta y cortarle la lengua a ese hijo de puta. Que empezara por la lengua. En ese instante Michael sintió la muerte muy cerca, como una presencia física palpable, y lo único que pudo hacer fue cerrar los ojos e intentar anular todo pensamiento consciente, aunque sus labios repitiesen sin cesar que se llevaran la cartera, y siguiesen haciéndolo incluso después de que se la hubiesen llevado, y sólo se estremeció cuando la punta del cuchillo rasgó su piel y lo hizo sangrar, y de nuevo cuando los asaltantes barajaron la posibilidad de violarlo, de arrastrarlo hasta el callejón y allí, entre la mugre y los orines, abrir en canal a ese gilipollas trajeado. Y en algún momento de los escasos segundos que transcurrieron entre ese instante y el siguiente, después de que ambos atracadores se dieran a la fuga, vio en su mente con toda claridad cómo sería la escena, cómo lo obligarían a enfilar el callejón para violarlo, turnándose para hacerlo no porque les apeteciera especialmente sino porque podían, y luego, cuando hubiesen terminado, cómo empuñarían el cuchillo y le coserían el pecho y el estómago a puñaladas o le rajarían la garganta de un tajo, uno de ellos tirándole del pelo hacia atrás mientras el otro deslizaba el filo muy despacio para hacer un corte limpio de oreja a oreja. Incluso después de que se alejaran corriendo a trompicones, rasgando la noche con su risa estruendosa, Michael no había podido desembarazarse de la sensación de muerte inminente. A veces dudaba que se hubiese desvanecido del todo alguna vez. Hasta que el estado de salud de James Matthew empeoró, ése había sido sin lugar a dudas el peor momento de toda su vida. Pero, por terrible que fuese de principio a fin, el hecho de que sobreviviera, de que por pura

suerte o sangre fría hubiese salido del trance temblando y un poco más pobre que antes, pero con el pulso y el culo intactos, lo cambiaba todo. Sin embargo, el pánico que sintió esa tarde en el hospital, viendo cómo Barbara se esforzaba por enfocar la mirada, por respirar, por hablar y explicar lo que le estaba pasando, fue una experiencia infinitamente más aterradora. Sin punto de comparación.

Cuando por fin ella logró articular un discurso inteligible, dijo que había estado pensando. Lo que en realidad quería decir era que se había estado fustigando. Por el papel que había desempeñado en todo lo sucedido, lo que quizá había hecho para que sucediera, o lo que quizá podría haber hecho de otro modo. Había tomado una copa. Más de una, en realidad. Unas cuantas. Lo había hecho antes de saber que estaba embarazada, pero la ignorancia no era una excusa. Y después de saberlo había tomado alguna que otra copa de vino por la noche, durante la cena o mientras veían el programa de Carson. ¿Y si todo había pasado por culpa del vino, o por esa punzada que había sentido un día, mientras estaba de compras, y a la que había restado importancia, achacándola al cansancio o a algo que había comido? ¿Y si era por otra cosa que había hecho o que habían hecho los dos, como alguna postura sexual que iba contra las normas?

Michael intentaba entenderla, pero nada de lo que decía Barbara tenía sentido. Las lágrimas volvieron a empañarle la voz, a desarmarla, pero ella seguía hablando y él siguió intentando comprender, preguntándose todo el rato si no se le estaría escapando algún detalle fundamental que pudiera aclararlo todo. Sólo al cabo de un rato comprendió que Barbara hablaba sin ton ni son, que estaba atrapada en una fantasía de autoflagelación emocional. En su búsqueda desesperada de alguien a quien culpar, se había descubierto a sí misma como el blanco más fácil.

«Estas cosas pasan», le dijo rodeándola con los brazos. No lo decía de corazón, no lo creía de veras, pero no por ello iba a dejar de intentarlo. Al otro lado del cristal yacía la diminuta forma inconsciente de su hijo, cada vez más inasible. Un día no muy lejano se extendería entre ellos la inmensidad de todo el espacio. De repente, el miedo que se había ido acumulando y amenazaba con asfixiar a Michael se desvaneció sin dejar a su paso más que una profunda y gélida desesperación. «No es culpa tuya, Barb», le dijo. «No es culpa de nadie. Esto no lo ha provocado una copa de vino. Es un golpe tremendo, lo sé, pero tenemos que sobreponernos. Tenemos que ser fuertes.»

La voz de Michael había perdido buena parte de su firmeza y no era más que un murmullo ronco. Barb apoyó la cara en su pecho y rompió a llorar, hasta que al cabo de un rato el llanto remitió, y entonces lo miró y dijo que ya estaba bien, que había sido un arrebato, un estallido pasajero. Él escrutó su rostro en busca de una confirmación y, tratando de eludir su mirada, Barb sonrió y se incorporó para darle un beso. Michael recordaría durante mucho tiempo la sensación exacta de sus labios, apremiantes, ansiosos por conectar. Sintió cómo los suyos se replegaban sobre los dientes de un modo que no resultaba cómodo pero tampoco doloroso, sólo intenso. Esa presión y luego, cuando Barbara exhaló, la invasión de su aliento caliente, una sensación que permaneció incluso después de que ella se apartara. Barb sonrió y él le devolvió la sonrisa, y tras haber alcanzado sin proponérselo la misma expresión desolada, se sentaron en las dos sillas de plástico rosa, colocadas una al lado de la otra, y se obligaron a comer los sándwiches.

Barb necesitaba desahogarse. Michael lo sabía, y pese a que esos momentos eran aterradores, aprendió a sobrellevarlos, a sabiendas de que pasarían deprisa y ella no tardaría en recobrar la compostura. Seguramente todo aquello era de lo

más sano, aunque sus fantasías amenazaran con salirse de madre de vez en cuando. Como la noche que Barb se despertó de una cabezada en el sofá y estuvo llorando durante casi una hora por la remota posibilidad de que su niño pudiera ser homosexual. Como si no tuviera nada más por lo que preocuparse. Su llanto no se debía a la hipotética orientación sexual de James Mathew, le explicó Barb cuando por fin pudo hacerlo, sino a que se sentía culpable por sus propias expectativas y, por qué negarlo, por su egoísmo. ¿Acaso no les bastaba con tenerlo en sus vidas, sano y feliz? ¿Qué más daba si resultaba ser gay? El deber de los padres era apoyar, alentar, cuidar y reconfortar a su hijo. El resto del mundo ya se encargaría de juzgarlo sin necesidad de que ella hurgara en la herida. ¿A qué venía, entonces, ese empeño en que le diera nietos, en etiquetarlo, en encasillarlo de por vida en una existencia que tal vez no quisiera o no pudiera vivir? Cuando eso ocurría, Barbara veía el mundo como un lugar en el que nada encajaba y se sentía perdida en un laberinto de espejos, una atracción de feria en la que todas las cosas tenían más de una cara y ninguna era exactamente lo que parecía. En tales ocasiones, lo único que Michael podía hacer era aguantar el chaparrón y esperar que pasara.

Pero cada cual se enfrenta a las crisis como puede. Esas pequeñas explosiones concedían a Barbara cierto grado de control sobre la situación, aunque no pudiera influir directamente en el resultado. Y la mayor parte del tiempo era ella la fuerte. Sus momentos de debilidad eran anomalías en un estado de ánimo por lo general estable, lo que tal vez explique que los abrazara sin reservas, entregándose a ellos en cuerpo y alma. Michael, en cambio, tenía una estrategia distinta. Se mantenía a flote gracias a una técnica represiva. De puertas afuera parecía llevarlo bastante bien, pero según iban pasando las semanas en el hospital, empezó a tomar cierta distancia

respecto a todo. Por dentro estaba en carne viva, pero no se le daba bien llorar, y al cabo de un tiempo una expresión nueva, ausente, se adueñó de su rostro. Notaba cómo los músculos se reorganizaban, tirando hacia abajo desde los pómulos, acomodándose alrededor del tenaz cierre mandibular. La falta de sueño tenía mucho que ver con esa nueva expresión, aunque no la justificaba del todo. Se debía por lo menos en la misma medida al esfuerzo de observar, especialmente cuando la esperanza empezó a desvanecerse. Era un mecanismo de supervivencia, un cierre de filas, el cuerpo anticipando un golpe violento y preparándose para el impacto. Ni su estrategia ni la de Barb podrían considerarse ideales desde el punto de vista psicológico, pero el instinto no atiende a razones.

Su mundo se redujo a ese pasillo de hospital donde pasaban largas horas frente a una mampara de cristal con la esperanza de captar los movimientos de su hijo, el ascenso apenas perceptible del pecho con cada diminuta bocanada, cada sorbo de ese aire purificado, estéril, y el inevitable murmullo imaginado de la exhalación. Lo observaban expectantes, seguros de que cada nueva inspiración sería la última, hasta que el vacío se agitaba de nuevo.

Michael apenas se permitía el menor atisbo de optimismo, y en los momentos de desánimo se preguntaba si James Matthew lo detestaría por rendirse tan fácilmente, o si lo haría Dios, si su pasividad se interpretaría como un acto de traición a la más estricta ley divina, la que afirmaba la naturaleza sagrada de la vida. ¿Acaso el mero hecho de que estuviera allí sin hacer nada significaba que se había entregado a la resignación? Porque sabía hablar, desde luego. Era un comercial, por el amor de Dios, tenía las herramientas, las armas. Lo suyo era hablar. No estaba conforme con las decisiones que se estaban tomando, y aun así se abstuvo de verbalizar sus objeciones, de insistir a los médicos, a las enfermeras, para que hicieran algo, lo que fuera,

para que siguieran intentándolo, a la mierda las teorías, las probabilidades y los resultados previstos, para que no desconectaran la máquina de respiración asistida, para que siguieran alimentándolo por vía intravenosa, tratando de estimular los pulmones, el hígado, los riñones para que hicieran viable alguna forma de vida. Pero en vez de alzar la voz, aceptó la condición de espectador y asistió a los hechos tal como los espectadores han asistido desde siempre al sacrificio de los inocentes en la hoguera, la horca o las cámaras de gas. O en las fauces de los leones.

¿Dónde se traza la línea que separa la compasión del homicidio? Tanto devanarse los sesos revelaba la fragilidad de una mente al borde del colapso parcial o total, pero cuando los hechos se vieron magnificados y elevados a la enésima potencia, la pregunta resonó con una insistencia implacable. Con cada segundo que pasaba, indiferente, Michael comprendía en muchos niveles distintos que estaba viviendo uno de los momentos cruciales de su existencia, algo que seguiría desgarrándolo por dentro cuando llegara su propio final.

El problema, o uno de los problemas, era que se le había agotado la adrenalina, dejándolo sin nada que hacer excepto regodearse en la desolación. Mientras Barb se aliviaba llorando y desgañitándose, él se enfrentaba al dolor y la duda encerrándolos en una caja y enterrándola lo más hondo posible. La pregunta sobre Dios o sobre la intervención de Dios en lo que estaba pasando tenía que ver con la fe, y la respuesta, fuera cual fuese, eludía la razón de un modo sorprendente y había que aceptarla sin más. Por emplear un eufemismo, la fe era como la alergia: o la sufrías o eras inmune a ella. Algunos, ante semejante tesitura, montaban en cólera contra la noción misma de Dios y desechaban tales pensamientos por inútiles, reemplazándolos por el afán de buscar su propio camino, para bien o para mal. Otros, en cambio, se volvían estúpidamente

devotos, escarmentados por el temor a sufrir nuevos castigos, muchos más, a no ser sino insignificantes motas de polvo en el gran orden del universo, sin más razón para existir que la de entretener a un dios todopoderoso que manejaba los hilos a su antojo. Y por último, los pocos que quedaban demasiado aturdidos para enfrentarse a ninguno de ambos extremos, tenían una tercera opción que consistía en aceptar los límites de una existencia circunscrita al presente inmediato, y si les daba por plantearse alguna de las grandes preguntas, sobre todo la que abordaba la naturaleza mítica o real de Dios, se cuidaban de no adentrarse demasiado en semejante lodazal. Esta tercera vía era la que, en opinión de Michael, ofrecía mejores probabilidades de supervivencia.

Ese último día, después de que algún miembro del equipo declarara que, por el momento, no había más trámites pendientes, Michael y Barbara habían abandonado el hospital en silencio. Sin saber cómo, habían perdido varias horas. La mañana dio paso a la tarde y las sombras ya acechaban, anunciando el crepúsculo. Los detalles lo habían empantanado todo: el ajetreo de los documentos que había que firmar, los impresos que había que recoger, rellenar, entregar en los departamentos correspondientes, fotocopiar, ordenar, sellar. El certificado de defunción, el permiso para la autopsia y la cita con un psicólogo especialista en duelo a la que se apuntaron con la mejor de las intenciones pero de la que desistirían al segundo o tercer intento, cuando ya no quedara margen para el autoengaño y se hiciera evidente que no había ninguna cura preestablecida, dijeran lo que dijesen, no para algo así.

Michael iba delante, haciendo un gran esfuerzo por no venirse abajo, y Barb se aferraba a su brazo mientras avanzaban por un laberinto de pasillos en penumbra buscando

una salida. En la mano libre llevaba una bolsita de plástico transparente que le rozaba a cada paso la tela áspera de los vaqueros y en la que guardaba las pertenencias de James Matthew. Un bodi de algodón azul primorosamente doblado y una chaquetilla amarillo limón, prendas que no había llegado a estrenar; los certificados de nacimiento y defunción; una sola polaroid erizada de reflejos a causa de las capas de cristal que los separaban, pero más valía eso que nada; y una pulserita de plástico verde con un nombre garabateado en letras mayúsculas de color azul. Esos retazos de identidad eran la única prueba física de que su hijo había existido, pero por algún motivo la sencilla concisión de la bolsa lo empeoraba todo.

Fuera, el día agonizante los recibió con un viento húmedo y cortante que soplaba del este y, en algún punto entre la puerta del hospital y el lugar donde habían aparcado el coche, ella le soltó la mano y rompió a llorar. Un pertinaz olor a desinfectante se aferraba a sus ropas, pelo y piel, resistiendo incluso al azote del viento. Lavarlo todo borraría ese olor, pero no en un solo lavado, y desde luego no borraría la huella de su recuerdo. Cuando Michael le abrió la puerta del lado del pasajero, Barb asintió y se subió al coche, pero las lágrimas seguían manando imparables. Al cabo de un par de minutos intentando en vano pensar en algo que decir, unas pocas y lamentables palabras de consuelo, Michael desistió del empeño, se sentó al volante y encendió la radio. A lo largo de los años siguientes, ese gesto suyo parecerá especialmente insensible, pero la verdad, en ese instante, era algo muchísimo más desolador, y tal vez más lamentable: no podía soportar el llanto de Barb, los sollozos que le sacudían el pecho y le cortaban la respiración, el gemido como una cuchillada que parecía arrancar de lo más profundo de su ser. La hemorragia de su alma.

Barb tenía la cabeza inclinada hacia delante, el rostro entre las manos para recoger las lágrimas, pero él resistió el impulso de mirarla y alargó la mano hacia el dial de la radio, que giró despacio, atravesando tramos de interferencias salpicadas por algún que otro guirigay de sonidos entrecortados hasta que sintonizó una emisora y la música inundó el coche: un sonido brusco y por momentos carente de forma, sin el murmullo sordo del motor para limar siquiera sus aristas. Tal fue su impacto que Michael sintió un nudo en la garganta y no pudo sino recostarse en el asiento y ver cómo las primeras ráfagas de lluvia acribillaban y luego mutilaban el parabrisas mientras la música lo embestía como rompen las olas contra los escollos. Primero Van Morrison, *You Make Me Feel So Free*, un tema recién estrenado pero que ya sonaba a clásico imperecedero, el rico gorgoteo del bajo y la alegría del saxo como una base rocosa para la expresiva y melosa resonancia de las voces que se elevaban hacia el éxtasis y luego retrocedían, saciadas, suspirando tiernas promesas.

La canción acabó, dejando a su paso un instante de nada: aire vacío y ausencia de sonidos, salvo por la tensa respiración de ambos y el tamborileo de la lluvia sobre el cristal, hasta que el silencio volvió a enredarse en el ascenso de otra melodía, más antigua esta vez, algo que sonaba ancestral, *Gates of Eden*, una masa continental que afloraba de nuevo a la superficie después de una eternidad sumergida, Bob Dylan rasgueando y cantando a pleno pulmón. Michael conocía bien esa canción, o creía que la conocía, pues durante años su copia de «Bringing It All Back Home», un vinilo rayado que compró de segunda mano, lo había arrullado por las noches cuando no estaba escuchando a Willie Nelson o algo más cercano al swamp rock, pero nunca había sonado tan despojada, la guitarra acústica sumida en un frenesí que más parecía un trance hipnótico, punteado por los ocasionales agudos de la armónica y, por

encima de todo, esa voz que lo abarcaba todo, inmensa, tallada en piedra, desconchada y agrietada pero imponente como las rocas que se yerguen solitarias y hermosas como pueden llegar a serlo las cosas que se alcanzan con esfuerzo, y tan rebosante de verdades incontestables como la tierra misma, vehículo de profecías o testimonio de las más surrealistas revelaciones. Palabras de pura pesadilla, también, que en las notas finales arrancaban a jirones la piel de la realidad para enseñar sin pudor todo lo que había debajo, dejando al oyente al borde de la locura.

Michael estaba exhausto, desangrado. Ambos lo estaban. Barb encontró en la guantera una caja de pañuelos intacta, pero no lograba contener el llanto. Seguía con la cabeza gacha, el puño cerrado en torno a un rebujo de papel suave, pero la música amortiguaba cualquier sonido que pudiese emitir y parecía hablar por ella. Sin saber qué decir, Michael cerró los ojos y escuchó la letra de la canción, que se elevaba por encima del martilleo de la guitarra, un poco más alta de la cuenta, lo bastante para anular todo pensamiento, llenando el aire como suele hacerlo la niebla. Las interrupciones de la armónica cobraban sentido de pronto, graznidos de cuervo que lloraban por todas las cosas perdidas, densas como la piedra de tanto sentimiento acumulado, resquebrajadas por una desesperación casi insoportable.

Cuando la canción llegó a su fin, Michael apenas podía moverse. Temblaba por dentro, presa de una gran agitación, pero por fuera había perdido toda sensibilidad. Apagó la radio y al cabo de un instante encendió el motor, que se puso en marcha pero se caló y sólo arrancó al segundo intento. Abandonaron el recinto del hospital y volvieron a casa cruzando el tráfico del atardecer. El silencio era peor que las palabras, pues crecía y fermentaba entre ambos mientras la luz se extinguía, sangrada como un veneno del día herido. Entre

accesos de llanto, Barb iba sentada a dos palmos de él, una pequeña y frágil ruina de grandes ojos que resplandecían bajo el fulgor ambarino de las farolas y las luces intermitentes del túnel. A sabiendas de que hablar no serviría de nada, él ponía toda su atención en la carretera como si anticipara un impacto inevitable, seguro de que vendrían más días como ése, pues no podía ser de otro modo. Sin moverse ni siquiera para respirar, intentando ser fuerte sin conseguirlo.

3

En la habitación blanca

La habitación es pequeña pero no tardan en hacerla suya. Caitlin es la primera en entrar y echa un vistazo a su alrededor, reparando en cada detalle. Su nuca queda al descubierto fugazmente, como una ladera blanca, hasta que vuelve la cabeza y la sencilla cola de caballo cae de nuevo sobre el cuello como una holgada cortina.

Michael apoya el peso de su cuerpo contra la puerta hasta que ésta se cierra con un chasquido. Se deleita contemplando a Caitlin, un hábito moldeado por el tiempo, una armadura para el día en que por fin se desvanezca o se vea arrancada de su vida.

Ella se adentra en la habitación y va hacia la cama, empapándose del entorno. Su rostro evoca una sensación de juventud perdida, los ojos alerta y casi temerosos, los labios apretados pero la mandíbula relajada, el cuerpo una vasija rectilínea, esbelta, rebosante de pasado. Bordea la cama y deambula hacia el otro extremo de la habitación, arrastrando a su paso el abrigo olvidado, intrascendente, que susurra al rozar la moqueta barata de nailon. Cuando se acerca a la ventana, la pálida luz neblinosa del mediodía la transforma. El efecto es asombroso. Su piel toma el aspecto vidriado y frágil de una pátina de porcelana ligeramente traslúcida que apenas permite adivinar la delicada estructura ósea que hay debajo, y el recuerdo de un sueño aletea en la memoria de Michael, un sueño antiguo y largamente olvidado pero que de pronto

vuelve con toda nitidez, bañado en esa misma luz que envolvía a Caitlin junto a una ventana muy parecida a ésta, desnuda de cintura para arriba pero con el pelo todavía largo y abundante de sus años mozos cayendo como una oscura cascada sobre los hombros y los senos pequeños. De perfil, con la cabeza inclinada, Caitlin contaba monedas, peniques de color cobrizo que iba cambiando de mano. Y lloraba.

—No está mal, ¿verdad? —pregunta ahora. No se vuelve para mirarlo todavía, y él sabe por qué.

—No —responde Michael, mintiendo por compromiso—. No está nada mal. Las hemos visto peores.

Es una habitación limpia y sencilla pero decididamente aséptica, de la que se ha eliminado a conciencia todo atisbo romántico, la clase de habitación perfecta para mujeres a la fuga, viajantes y todos aquellos que desean desaparecer un rato sin que nadie los encuentre, los que necesitan un tiempo a solas para pensar en una buena —o incluso mala— razón para no colgarse dentro del armario o abrirse las venas con una cuchilla. Pero el ambiente gélido de esa tarde le añade algo más. Algo que entra a raudales por la alta y estrecha ventana de guillotina, una luz blanquecina, densa, que espesa el aire, desdibuja las superficies y ralentiza hasta la rotación del mundo. Bajo esa luz, cualquier pasado y futuro posibles se dan de bruces y se fusionan.

Es más que distancia lo que los mantiene separados. Los ojos de Caitlin se posan sobre él como se posarían sobre un rincón, y su sonrisa también parece fatigada y distante.

—Bueno —dice ella—. Me gusta. No sé qué tiene este lugar, pero me dice algo. Aquí podría escribir, y hacía mucho que ni se me pasaba por la cabeza hacerlo. El aire está cargado de historias.

La inmovilidad de Caitlin suaviza los contornos de la realidad. A ojos de Michael, en ese instante, podría volver a

pasar por una mujer de veinticinco años, joven, atractiva, todavía delgada como un haz de cañas, la mujer de sus sueños, para bien o para mal, sonriendo pero con esa tristeza que nunca se disipa del todo y que siempre despierta en él una ternura inmensa. La habitación, decide, basta para cubrir sus necesidades, pero sólo porque ellos traen el amor consigo, en su interior. Por eso y quizá también por la peculiar cualidad de esa luz prodigiosa.

Michael se sienta en la esquina más cercana de la cama. El colchón tiene la firmeza del acero revestido, lo que no es de extrañar dado el trasiego que seguramente soporta. El grado de exigencia en materia de calidad se limita aquí a lo aceptable, nadie aspira a más. Las señales de desgaste y antigüedad asoman aquí y allá como pequeños alardes de resistencia, como los jirones de pelo animal que motean los zarzales de las cunetas en su tierra natal las mañanas lluviosas de octubre. Las paredes pintadas de un color crema deslavazado; los visillos de gasa deslucidos, reducidos por el uso al triste tono y la textura del polvo; las sábanas apergaminadas y la colcha de lana rosada como la piel de cerdo y pesada como una losa. A los pies de la cama, rompiendo la árida monotonía de la pared, un espejo de tamaño mediano, ovalado y sin marco, abarca el reflejo un tanto magnificado de Michael, sus hombros anchos y encorvados, su rostro cetrino surcado de un miedo visceral. Un rosario de burbujas eriza la superficie del espejo, pues el óxido supura como un acné salobre a través del azogue, pero estos defectos no hacen sino aumentar la fidelidad del reflejo.

En vez de resistirse a la contemplación de sí mismo, Michael se sienta y cultiva cierto estado de serenidad mientras se esfuerza por lograr que las piezas de la persona que realmente es encajen en las que ve reflejadas. Pero es demasiado consciente del paso del tiempo. Tienen una tarde, y las horas y minutos son finitos. Con el abrigo todavía puesto, y haciendo

gala de ese aire desmañado que se ha vuelto habitual en él, comienza a desatarse los cordones de los zapatos. En los últimos años se ha abandonado físicamente, y la postura encorvada no lo favorece en lo más mínimo. Una oleada de calor hace que la sangre se le agolpe en el rostro, ruborizando la piel, y su respiración se vuelve trabajosa al punto de que empieza a jadear.

Se quita los zapatos y los deja bien alineados al pie de la cama. Cuando levanta la mirada, Caitlin lo está escrutando: los hombros redondeados y apenas insinuados bajo la grasa, el tono rosado del cuero cabelludo que asoma a través del pelo entrecano cortado casi al rape, el primer atisbo de una calva. Que el tiempo no pasa en balde no puede sorprender a nadie; Michael ha dejado atrás el ecuador de la vida, y sólo los muertos y los obscenamente afortunados conservan el aspecto juvenil para siempre. Pero tal vez sea esa luz blanca y fría, la extraña y densa niebla que viene del mar o del cementerio, omnipresente en las leyendas irlandesas de aparecidos, la que aporta una nueva perspectiva o insinúa incluso la sutil e incipiente decrepitud de Caitlin, porque en ese momento su sonrisa se tensa de un modo perceptible. Aparta los ojos, pero éstos se topan con el espejo, y pese a que no quería ver nada más, lo único que consigue es verlo todo.

—Siento que no sea el Ritz —se disculpa Michael, hablándole al perfil de Caitlin. Sabe que el reflejo de su amante lo observa, que han convertido ese instante en un triángulo, pero esta visión oblicua no es más compasiva—. Te mereces el Ritz. Te mereces lo mejor que pueda darte.

—No necesito el Ritz —replica ella, y como por arte de magia la tensión se desvanece y recupera la sonrisa de siempre, hecha a medida de su boca y sus ojos—. Nunca he sido una de esas chicas. Me habrás tomado por otra.

—La buena noticia es que por lo menos no hay cucarachas.

—No —concede ella mirando al suelo de refilón, por si acaso —. Demasiado frío para ellas, diría yo.

Michael se ríe, porque es cierto, y Caitlin también rompe a reír. Cuando se le acerca, él se inclina hacia atrás para que ella pueda sentarse en su rodilla. Caitlin le rodea el cuello con los brazos, entrelazando los dedos sobre su nuca, y estudia de cerca todas y cada una de sus facciones. Luego, como quien sella una promesa, acerca los labios a los suyos. Este beso es distinto a los anteriores. La intimidad de la habitación los ha liberado. Caitlin se desplaza para acomodarse mejor y él nota cómo el cuerpo de ella se relaja y aligera a la vez. Con mucha delicadeza, atrapa su labio inferior entre los dientes y lo explora con la punta de la lengua.

—Bueno —interrumpe Caitlin—, ¿vas a decirlo ya o no?

—¿Decir el qué?

—Lo que sientes por mí. Lo importante que soy para ti. Que nunca has querido a nadie como me quieres a mí, y nunca lo harás. Que te enfrentarías a un león por mí. Que si necesitara un trasplante de corazón, no dudarías en darme un buen trozo del tuyo.

—¿Mi corazón? Para eso tendrías que devolvérmelo.

Ella vuelve a besarlo y se pega a él con un ansia creciente, enredando los dedos de una mano en su cabello, acariciándolo a contrapelo. Un temblor la recorre por dentro. Michael nota cómo todo su cuerpo se estremece y se congratula por ese despertar. Aparta la mano de la cadera de Caitlin y la sube despacio por el costado. Ella se vuelve, sutil pero resuelta, acomodando el cuerpo a las caricias de Michael para que vayan allá adonde desea sentirlas.

—Te quiero —le dice él con los labios pegados a su piel, como si deseara grabar la promesa.

A menudo demora estas palabras, mientras juega con Caitlin como a ella le gusta, como si hubiese llegado el día en que la

lujuria o la pasión le haga olvidarlas. Pero nunca las ha olvidado en todos los años que han compartido. Y hoy tampoco lo hace.

Ella arquea la espalda y su respiración se vuelve más intensa. Alrededor de su boca la piel enrojece, irritada por el roce. Es el mismo hombre al que conoce desde hace mucho tiempo, pero hay momentos en los que todo parece irreal y debe hacer un esfuerzo para convencerse de que él no ha cambiado. Caitlin abarca con la mano el mentón y la mejilla izquierda de Michael, y con la yema del pulgar seca la saliva que reluce en su labio superior. En un impulso, él abre la boca y la cierra en torno a su dedo.

—¿Me quieres? —pregunta ella en un susurro apenas audible —. ¿O sólo crees que me quieres?

Él la libera de la suave tenaza de sus labios y, al retroceder, la uña del pulgar de Caitlin se topa con sus incisivos superiores. Michael sabe que ese gesto no produce ningún sonido, y sin embargo cree oírlo. Percibe la vibración que se extiende a su lengua y al cielo del paladar.

—Tratándose de amor —le dice él intentando sonreír, intentando restar importancia a esa sensación—, ¿acaso hay diferencia?

Entre sus dedos, la mano de Caitlin parece la de un niño. Michael la estudia, inspeccionándola desde la cara interna de la muñeca hasta las medialunas blancas y primorosamente cortadas de las uñas. La piel es pálida y seca, delgada como el papel de seda pero no tan tersa, o sólo a primera vista. Los huesos tensan la superficie como los listones de un enrejado y allí donde los nudillos sobresalen la piel se arruga y oscurece, tomando un tono más definido. Él recorre los huesos de la mano de Caitlin con las yemas de sus propios dedos. Hay algo

en la infraestructura de su cuerpo que recuerda las galaxias, catedrales cuyos misterios escapan a su comprensión, y cada célula lo fascina.

En contraste con todo este detalle, la palma de su mano es lisa como la piel de calabaza. Las pocas líneas que se adivinan parecen tenues, como si el tiempo las hubiese borrado, tal como el viento alisa y pule la roca, aunque no se le escapa que eso tal vez se deba a su vista cansada. En el trabajo ya no puede pasar sin las gafas, que forman parte de su uniforme en la misma medida que la camisa, la corbata o los zapatos de piel acharolada. Sin ellas, los contornos se difuminan, y aunque se resiste a ponérselas delante de Caitlin, dos marcas rojas le ciñen el puente de la nariz. Ella lo sabe de sobra, pero, ya sea por el bien de Michael o por el suyo, no lo menciona. Él supone que, habiendo ya bastantes defectos a simple vista, no siente la necesidad de señalar otro más.

Michael abre la mano de Caitlin y la gira hacia la luz de la ventana, lo que ayuda. Las líneas se vuelven algo más nítidas, aunque siguen conservando intacto su trazado general.

Años atrás, dejándose llevar por un capricho pasajero, él había leído un libro sobre quiromancia. Hace tiempo que olvidó la mayor parte de lo aprendido, pero recuerda vagamente el significado atribuido a cada una de las tres grandes líneas. También sabe que esa mano, la derecha, es la dominante de Caitlin. Las líneas de la mano izquierda son, por lo menos según la creencia popular, marcas con las que nació y que hablan de su potencial como persona, de los dones y defectos con los que fue agraciada o maldecida desde la cuna. Pero su mano derecha revela quién es ahora, en quién se ha convertido por una combinación de voluntad y destino, y ésas son también las líneas que apuntan quién puede llegar a ser.

Esforzándose por recordar, Michael lee lo que puede, empezando donde siempre empieza todo el mundo, por la línea

de la vida, cuyo amplio arco cruza la palma desde la base del pulgar. Se trata de un simple juego, pero él se comporta como si fuera algo más.

—Interesante.

Ella sonríe. Él lo ve a través de sus dedos: los bordes de los dientes y, asomando apenas, la punta rosada de la lengua.

—¿El qué?

—Ah, nada. Sólo estoy destapando unos cuantos secretos.

—¿Y...?

—No te preocupes. Te daré la oportunidad de confesar.

Para quienes creen en la quiromancia, no hay detalle insignificante: la longitud y amplitud de las líneas, su profundidad e intersecciones. La línea del corazón de Caitlin, que determina no sólo la salud sino también la suerte en el amor, discurre airosa y segura desde el borde externo de la mano hasta la base del dedo índice, donde muere trazando una curva. Hay una bifurcación que arranca un poco más allá y se prolonga como una segunda línea que avanza paralela a la principal, acompañándola en un plano inferior hasta que se detiene de forma abrupta aproximadamente a medio recorrido.

El miedo se instala en su interior como un vacío inmenso. Para llenarlo, o impedir que aflore, Michael acerca la boca a la piel de Caitlin y rastrea con los labios las líneas de su mano, siguiendo su recorrido con la esperanza de alcanzar algún tipo de iluminación. Y se le ocurre que, después de tantos años, ha ido a dar con una parte de su cuerpo que nunca hasta entonces había besado.

Caitlin reacciona a sus caricias con breves estallidos de risa, pero la ansiedad tensa su mirada.

—¿Desde cuándo te dedicas a leer la mano?

—Soy medio gitano, ¿no te lo había dicho?

Michael sonríe y le acaricia la muñeca con los labios. Cree notar su pulso con la punta de la lengua, y sabe que lo imagina

pero no por ello le parece menos real.

Caitlin le da una palmada en el hombro con la mano libre.

—Serás tonto.

La sonrisa de Michael se ensancha, pero no ceja en su empeño. Va besando con delicadeza la cara interna de su antebrazo mientras ella lo observa, notando el tacto suave y húmedo de sus labios, seguido de cerca por el roce del mentón, en el que la barba empieza a despuntar. Mientras vuelve a hundir los dedos de la mano libre en el pelo de Michael, sonriendo complacida ante su concienzuda exploración, y le pellizca la oreja derecha tirando del lóbulo con aire juguetón, no puede evitar pensar en los chakras, los centros energéticos que recuerda de la única vez que flirteó con el yoga, y en particular el chakra de la palma de la mano. Ilustrado hasta la saciedad como un gran ojo jeroglífico con preciosas y larguísimas pestañas, se supone que funciona como un canal para dar y recibir energía curativa. La atención que Michael pone en la tarea, la determinación con la que intenta borrar con besos todas las inquietudes y temores de su amante, toda la carga negativa de su vida, la divierte y maravilla a partes iguales, y si bien la caricia en sí no resulta especialmente estimulante —no como puede llegar a serlo el tacto de la boca y la presión de los dientes de Michael sobre su nuca en tensión o sobre la parte baja de su espalda, o mejor aún entre sus piernas—, es un detalle exquisito en sí mismo. Una sonrisa se demora en los labios de Caitlin, incluso cuando algo se revuelve en su interior, desencadenando una súbita oleada de calor. Retira la mano y se acercan el uno al otro, fundiéndose en un abrazo. Caitlin desplaza el peso de su cuerpo y empieza a besarle las mejillas, los ojos y el pliegue de piel que se le forma justo por encima de la nariz, dándole un aire de intensa concentración.

—Bueno —dice ella con un suspiro—, así que me quieres. Si

te sirve de consuelo, me temo que el sentimiento es mutuo.

Pero mientras lo dice se aparta y se levanta de su regazo.

Michael la sigue con la mirada. En su rostro hay ahora una expresión juvenil, franca y desarmada, una inseguridad que lo hace palidecer.

—Pues supongo que no nos queda más remedio que aguantarnos el uno al otro.

Ella se encoge de hombros y reaviva su sonrisa, o ensancha la que ya le bailaba en los labios, vaga como el humo, y cuando las lágrimas amenazan con anegarle los ojos se agacha y lo besa una vez más, pero se aparta antes de que él pueda abrir los labios y se aleja de nuevo, bordeando la esquina de la cama para volver a la ventana.

En cuanto descorre los visillos, la tarde se difumina. La tela le deja una película de polvo —real o imaginario— en las yemas de los dedos, que frota con gesto ausente contra el muslo. Luego apoya los brazos en el estrecho alféizar y acerca la cara al cristal.

En el pasado, cuando Coney Island aún valía algo, los hoteles de la zona eran un derroche de seda y rosas, y existían como genuflexiones hacia el verdadero lujo. Los hombres lucían sus mejores galas para la ocasión y las mujeres, hasta las más casquivanas, se sentían flotar en una nube. El swing y la música de las *big bands* animaban los días y las noches, los negocios turbios generaban dinero a espuertas que pasaba de mano en mano en billetes de cincuenta y cien dólares y las copas se pedían en susurros con una mirada cómplice. Pero eso era antes, en otros tiempos. El paso de los años y las décadas se lo llevó todo por delante, junto con los flequillos, los relojes de cadena y boquillas de plata de ley, y lo poco que queda de esa época es elemental, utilitario, limpio a la manera fea y desangelada de las cosas viejas que se han lavado una y otra vez. Lo bastante bueno para pasar un par de horas, pero no

mucho más. Ahí los negocios se hacen en dinero contante y sonante, porque las tarjetas de crédito sólo sirven para complicar las cosas y tienden a poner en evidencia tanto a quien paga como a quien cobra. El dinero te permite comprar cuatro paredes y una cama, pero lo que cuenta es esta última y un pedacito de tarde para darle el mejor uso posible.

La tercera planta se eleva sobre un terreno baldío donde se yergue en precario equilibrio la maltrecha estructura de una montaña rusa abandonada desde hace mucho. Al parecer, las vistas van incluidas en el precio. Se diría que ante la escasa, por no decir nula, ocupación de esta época del año, los propietarios del hotel agradecen la llegada de cualquier huésped, por sórdida o efímera que sea su estancia. Ahí los ojos están acostumbrados a mirar de un modo superficial, sin recrearse, a sabiendas de lo que podrían desvelar, y nadie hace preguntas porque lo más probable es que las respuestas no sean de su agrado. Hoy seguramente se han dicho que lo menos que pueden hacer por Michael y Caitlin es regalarles esas vistas. A la izquierda de la atracción en ruinas, unos cien o doscientos metros más allá, se recorta sobre la línea del horizonte el exoesqueleto de una noria de colores pastel, como un animal prehistórico fosilizado. Y cerca de allí, invisible pero presente en cada poro de la tarde, el incansable vaivén del océano, que embiste la orilla y retrocede. El aliento de Caitlin empaña el cristal y forma una nube de vaho que se evapora al momento, añadiendo más textura al día. Cuando se da cuenta, dibuja algo parecido a una cara sonriente con un círculo rápido e imperfecto, dos puntitos a modo de ojos y un largo y alegre arco para la boca. La imagen sobrevive unos segundos y luego se desvanece.

—¿Puedes creer que haga tanto tiempo que venimos aquí?

—Demasiados años para llevar la cuenta, seguramente.

—A estas alturas lo conozco como la palma de mi mano.

Podría caminar por estas calles a ciegas sin dar un solo paso en falso. Y aun así, tiene algo que hace que cada vez que vengo parezca la primera. ¿Por qué crees que pasará?

—Porque siempre lo ves desde un ángulo diferente. Lo nuevo contrarresta lo familiar.

Caitlin se da la vuelta y apoya la espalda contra la ventana. Todavía sentado en la esquina de la cama, él sigue desvistiéndose con aire ausente. Se ha quitado el abrigo y la americana, y el cinturón de los pantalones cuelga desabrochado. Ha abierto unos pocos botones de la camisa, por la que asoma una camiseta interior blanca de cuello redondo, pero bien sea por apatía o distracción, sus dedos han perdido todo interés en la tarea. Las manos reposan, abiertas y relajadas, sobre las rodillas y su mirada se ha quedado suspendida en la media distancia.

—Bueno —dice ella—, a ti también te veo siempre desde un ángulo distinto. Pero no has cambiado en absoluto. Lo único que cambia es que te tengo muy visto.

El peso del silencio que se instala entre ambos despierta a Michael de su ensoñación. Regresa poco a poco, la mira y finalmente se encoge de hombros, sin entender la broma. Recortada contra la ventana, Caitlin parece haber quedado reducida a su propia esencia por la luz que la baña, como si ésta hubiese ido borrando capas. Michael sólo puede pensar en lo hermosa que es, en que los años transcurridos no significan nada. Es algo que lo maravilla y entristece a la vez. Tienen la tarde por delante y han disfrutado de muchos días como ése, pero sabe que deberían haber aprovechado mucho mejor el tiempo que pasan juntos, que deberían haberse empeñado más en recortar las horas que pasan separados. El problema, evidente en retrospectiva, es que han accedido sin apenas oponer resistencia a racionar sus anhelos y aceptar su suerte, y sólo ahora, en esta etapa de madurez, pueden reconocer que el

incesante girar del mundo les ha hecho perder un anclaje fundamental. Esas escasas horas arrebatadas al tiempo, antaño una reserva de amor o de algo consustancial al amor, se han convertido en un simulacro de satisfacción.

—Santo cielo —dice Caitlin—, aquí dentro hace un frío que pela. Ya podrían rascarse un poco el bolsillo para caldear la habitación. ¿Cómo esperan seguir a flote si hacen tiritar de frío a sus huéspedes?

Se frota los brazos con gesto enérgico desde los hombros hasta los codos, y luego ahueca las palmas de las manos y sopla para calentarlas. En realidad, no hace tanto frío en la habitación, aunque está destemplada, y su reacción tal vez sea exagerada pero no por ello deja de tener razón. El problema, por supuesto, es que el frío los ha seguido desde la calle.

—Café, creo. Para encender la llama.

Sobre el tocador, en una bandeja redonda, hay un hervidor eléctrico de plástico verde claro con forma de jarra y un par de tazas colocadas boca abajo sobre platillos casi a juego, un puñado de sobrecitos de azúcar y café y unas pocas cápsulas de sucedáneo de nata. El conjunto podría formar parte de una escenografía, una crítica contemporánea a lo instantáneo y lo artificial. El arte por el arte, una quietud desprovista de vida.

Michael se aplica de nuevo a la tarea de desabrochar los botones de la camisa. Ella ve cómo las gruesas yemas de sus dedos van bajando sobre el vientre y piensa que la postura sentada no lo favorece en absoluto.

—Necesitaré algo más que café para encender mi llama —dice él—. Con este frío, suerte tendremos si conseguimos que salte alguna chispa.

Concentrado como está en la tarea, se pierde la sonrisa de Caitlin y el ofrecimiento que encierra. Más allá de la ventana, el cielo se adivina turgente bajo la pátina nacarada de una inminente tormenta.

—Primero probemos con el café —dice ella—. Y luego ya veremos.

Caitlin llena el hervidor con el agua dudosamente fresca de una botella de cristal mediada, pero cuando pulsa el interruptor del asa, una luz roja centellea y se apaga al instante. Vuelve a pulsar el interruptor, y nada.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—El hervidor. Que no se enciende.

—Vuelve a probar.

—Ya lo he hecho.

—Sigue insistiendo.

—Lo he hecho. Lo estoy haciendo. —Con el pulgar, Caitlin enciende y apaga el hervidor varias veces seguidas—. Pero no funciona.

Michael se quita la camisa y la dobla con cuidado, sujetándola por el cuello con el mentón y estirando las mangas. La pulcritud es importante para él. Caitlin cree que raya en la obsesión. Barbara también lo cree, aunque hace tiempo que pasa de puntillas por el tema. Pero él no puede evitarlo. No es una cuestión de vanidad, sino de orden. La alternativa, el caos, le resultaría insoportable.

—Espera. —Caitlin levanta una mano.

—¿Qué pasa ahora?

—No lo entiendo. El piloto no se ilumina, pero parece que está calentando.

Caitlin se acerca un poco más al aparato. Aún tiene la mano alzada a un lado del cuerpo, suspendida en el aire. Michael deja lo que está haciendo y aguza el oído. En cuestión de segundos se insinúa un tenue pero inconfundible murmullo, un borboteo que rompe el silencio, y luego el vapor empieza a salir tímidamente por el pico del hervidor. La luz es informativa, está ahí para tranquilizar al ojo y no influye de

modo alguno en el funcionamiento del aparato, y sin embargo, por motivos que a ella misma se le escapan, su ausencia le ha despertado una peculiar inquietud.

—Se habrá fundido el piloto —apunta Michael, tanto para sí mismo como para ella, pero sus palabras no son sino la aceptación pasiva de un hecho conocido. Y hasta la Tierra era plana hasta que alguien decidió lo contrario.

Caitlin asiente en silencio, aunque le sigue inquietando la idea de que la ignorancia no es una bendición en absoluto, sino una temeridad.

Michael se quita el reloj, lo acerca al oído por costumbre y empieza a darle cuerda. Apenas quedan relojes de cuerda, pero el suyo es antiguo y pertenece a una categoría distinta. Puesto que era de su padre, su valor sólo puede medirse cabalmente en términos afectivos.

Lo había mencionado en cierta ocasión, hace unos años, estando en la cama con Caitlin. Ella había sacado el tema. Ese día celebraban alguna clase de hito existencial, tal vez un aniversario redondo de su relación, o puede que uno de los dos acabara de cumplir treinta y cinco o cuarenta años, una de esas efemérides que parecen muy importantes hasta que llega la siguiente y las vuelve obsoletas, y por entonces ya se conocían bien pero aún quedaba mucho por descubrir. Fundidos en un abrazo, cansados y satisfechos mientras el sudor de sus esfuerzos se enfriaba sobre la piel, charlaban en la voz queda de los sueños sobre las cosas que tenían, las posesiones materiales que no dudarían en rescatar del fuego.

—El reloj —reconoció él tras pensarlo unos instantes—. Sé que no parece gran cosa, pero tiene valor para mí.

Caitlin había alargado el brazo por encima del pecho de Michael para coger el reloj de la mesilla de noche. Un artilugio

revestido de acero, de fabricación barata y frío al tacto, con una correa de piel desgastada y una esfera tan rayada que, más que ver, había que adivinar la hora. Michael dejó que lo inspeccionara en busca de secretos y luego lo tomó de sus manos con delicadeza y lo contempló también.

—Siempre que lo miro —dijo entonces—, vuelvo a sentirme como un niño. Me parece estar viendo la vieja cocina con toda claridad: el transistor que mantenía el silencio a raya y mi padre sentado a la mesa, vuelto hacia la ventana para aprovechar la luz matutina o encorvado junto a la lámpara, forzando la vista mientras sus torpes dedos intentaban sincronizar la hora con el primer boletín de noticias. Ya entonces el reloj sufría una hemorragia de segundos, pero mal que bien cumplía su función, y llegó a aprender un poco sobre la vida y demasiado sobre la muerte. El viejo le daba cuerda y luego se lo acercaba al oído e inclinaba la cabeza en su dirección hasta convencerse de que tenía un ritmo estable. Era su rutina, pero también algo más. Era su forma de prepararse para lo que quiera que le deparase el día, ya fuera en el campo o en el mar. A veces se daba cuenta de que lo estaba mirando y también me lo acercaba al oído, y yo cerraba los ojos y escuchaba, o me concentraba mucho en su sonrisa. «Como el latido de un corazón», decía, y siempre supe a qué se refería, no tanto por las palabras en sí como por su forma de decirlo, con orgullo y un punto de compasión, y luego se levantaba, se llevaba una mano a la parte baja de la espalda y se estiraba para desentumecerse antes de coger el abrigo.

—Es un recuerdo bonito —había dicho ella—. Eres afortunado por tenerlo.

Pero Michael había negado con la cabeza.

—Es más vívido que un simple recuerdo. Es como si acabara de vivirlo o aún lo estuviera viviendo. Y puede que así sea, porque el pasado nunca pasa del todo para uno mismo, ¿verdad

que no? Yo creo que siempre está ahí, dentro de nosotros pero rozando la superficie. El reloj es una llave que abre una puerta en concreto, que es útil para acceder de nuevo a esa parte de mí mismo. Hay otros recuerdos que abren otras puertas. Es algo que me reconforta, en cierto sentido, pero también me vuelve un poco frío.

Basándose en lo que Michael le había contado y lo que ella había aprendido de su tierra natal a través de los libros, Caitlin sabía que Inishbofin era, por lo menos entonces, la clase de lugar donde los hombres envejecen antes de tiempo, castigados por la lluvia y las tormentas. Era también la clase de lugar que sólo se abandona del todo físicamente. Hasta hace unos diez años, cuando por fin comprendió lo morboso que era, Michael llevaba una pequeña foto cuarteada de su casa escondida en la cartera. Su padre se llamaba Seán, y él le había tomado esa foto un día soleado, cuando volvía del campo o de faenar en el mar luciendo una gorra de lana y un pesado abrigo negro abierto sobre lo que parecía un pecho robusto. Tenía cierto parecido con Michael, sobre todo en el gesto tímido y casi desamparado de la boca y en su forma de entornar los ojos para protegerlos del sol. Caitlin sabía lo mucho que le dolía que su padre hubiese muerto completamente solo, en el extremo occidental del terreno que había detrás de la casa, un atardecer lluvioso de finales de febrero, tras haber pasado horas arando la tierra para sembrar unas patatas tempranas. A buen seguro se había incorporado un instante y, como de costumbre, se había demorado contemplando la plácida inmensidad del mar, que ese día estaba sereno, una interminable extensión de plata y azul grisáceo que se alargaba hacia la invisible plataforma continental americana y un crepúsculo apenas intuido. Nadie se percató de su ausencia hasta la noche del jueves, cuando no se presentó en Hickey's para sus habituales dos pintas de cerveza y la partida de cartas, y no lo encontraron hasta el sábado por

la mañana, casi cinco días después de que hubiese muerto. Le había fallado el corazón y se había caído en una zanja, y cuando por fin lo localizaron —unos pocos vecinos que decidieron ir a echar un vistazo detrás de la casa, por si acaso, tras haber peinado la isla y los escollos de los acantilados más cercanos— sólo lo reconocieron gracias a la ropa y a la cuenta de un viejo rosario de madera de sándalo que sujetaba en la mano, porque los ratones y los cuervos ya se habían llevado la pulpa mantecosa de sus ojos y buena parte de la nariz, las mejillas y la garganta.

Áine había escrito a Michael para darle la noticia, aunque la carta había tardado lo suyo en llegar a su destino. Para entonces ya hacía casi dos años que se había marchado de casa, pese a lo cual la mayor parte de los días Inishbofin seguía pareciéndole lo único real. Nueva York no era en absoluto como él la había imaginado, pero hasta que recibió la carta seguía conservando ese último vínculo con su isla natal. Después de aquello no había regreso posible, ni mucho a lo que volver. Tenía trabajo, pero nada estable: tres o cuatro días por semana hacía de peón para un subcontratista de poca monta, un dublinés llamado Hallissey que le pagaba por debajo de la tarifa habitual pero en efectivo y sin hacer preguntas, así que iba trampeando. La habitación que tenía realquilada —lo único que podía permitirse por entonces— era un cuchitril y suponía un retroceso, se mirara como se mirase. El agua gemía y traqueteaba en las cañerías, cada dos semanas había que frotar grandes manchas de moho de la pared de la ventana y dos pisos más abajo vivía un joven chapero negro al que solía encontrar por las mañanas, o bien durmiendo la mona en el vestíbulo con los vaqueros bajados hasta las rodillas y una goma anudada en torno al brazo, o bien sentado en el último peldaño de la escalera, con los codos apoyados en las rodillas, meciéndose hacia delante y hacia atrás y llorando a lágrima

viva.

—Mi padre se habría muerto de todos modos —dijo Michael ante la insistencia de Caitlin—. Aunque yo hubiese estado allí. Según el informe, tuvo un infarto de miocardio agudo. Pero no fue instantáneo. Conozco ese terreno como la palma de mi mano. Estoy seguro de que buscó la zanja para descansar y esperar a que se le pasara el dolor. Debió de perder el conocimiento, pero tardaría una hora o más en dejar de respirar. Si yo hubiese estado allí, por lo menos se habría muerto con un poco de dignidad. Le hubiese cogido la mano tal como él hizo con mi madre, y no se habría ido a la tumba desfigurado. No tendría que haber estado solo.

—No es culpa tuya —le dijo Caitlin, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Eso es lo que siempre nos decimos, ¿verdad? Intentamos absolvernos de toda culpa, o al menos distanciarnos de ella. Pero es un error, porque nunca somos inocentes. Tenía una responsabilidad con él. Un deber.

—También tenías una responsabilidad contigo mismo. Y con todos aquellos a los que ahora amas. Sigues teniéndola. Todos la tenemos.

Podían hablar así, como una pareja recién formada, porque el espacio entre ambos aún no se había enturbiado. El hecho de compartir cama estrechaba los márgenes de su perspectiva y hacía que todo pareciera cercano. Con los contornos definidos de un modo tan inequívoco, su relativa juventud les permitía aferrarse a la ilusión de que un amor como el suyo era algo fácil y llevadero, poco más que una cuestión de elección. Ver a Michael, o tan siquiera oír su voz por teléfono, era cuanto le bastaba a Caitlin para sentirse exultante, pero ya entonces sabía que lo que veía y escuchaba no era sino una parte del hombre completo, poco más que su desastrado envoltorio. Así que avanzaban con pies de plomo, esperanzados y cautelosos

respecto a lo que el futuro podía depararles, y se iban descubriendo poco a poco, sobre todo después de hacer el amor, cuando la intimidad entre ambos era más intensa que nunca. Una y otra vez se arañaban la piel con sus preguntas, buscando la mejor manera de sondear las profundidades del otro.

Por entonces Michael aún lloraba la muerte de su hijo recién nacido, un golpe tremendo del que seguía intentando reponerse, incluso cuando los meses se convirtieron en un año, y los años fueron sucediéndose uno tras otro. Sólo a ratos bajaba la guardia, volviendo sobre los hechos como algo que apenas recordase. Su vida, su pasado, las personas que lo habían acompañado en el duelo. Hablaba de ello como restándole importancia, imprimiendo cierta ligereza a las palabras, acaso para templar el impacto de lo que revelaban, habiendo aprendido ya entonces por las malas a mantener ocultas ciertas facetas suyas. Pero las imágenes, como astillas del pasado, afloraban a la superficie y tomaban forma, exigiendo atención. Como el bultito que su padre tenía en la cara externa de la muñeca, un quiste ganglionar: después de haberse informado sobre el tratamiento más eficaz, el hombre estiraba la mano con la palma vuelta hacia abajo sobre la mesa de la cocina y, desoyendo los ruegos de su hija, ordenaba a Michael, que a la sazón tenía siete años, que le golpeara el bulto con una pesada Biblia encuadernada en piel. Porque tenía que ser la Biblia. Lo más increíble de todo es que el tratamiento funcionó; su fe se vio recompensada, pero de la manera típicamente perversa en que se ven recompensadas la mayoría de las preces, pues el quiste sólo desapareció durante un tiempo, engullido por una inflamación aguda causada por la fractura de dos huesos metacarpianos. Estaban también los baños libres de pudor que Áine y él se daban de niños, cuando los metían juntos en el agua, y la marca de nacimiento, como

una dedada de chocolate, que su hermana tenía en lo alto de la cara interna del muslo y que él vislumbraba cuando se sentaban frente a frente, con las rodillas dobladas, en la gran tina de hojalata verde que había que arrastrar desde el patio trasero y que, durante los meses de invierno, se colocaba delante de la chimenea encendida la noche de cada segundo domingo de mes. El agua se calentaba en ollas sobre los fogones, y mientras su madre enjabonaba los cuerpos menudos y delgados de los dos hermanos y su pelo enmarañado, ellos jugaban a pelearse, protestando a gritos por el frío, pataleando y salpicándose el uno al otro para recuperar unos escasos pero vitales centímetros de espacio. Luego estaba la mañana en que Áine y él habían encontrado el cadáver en descomposición de un delfín o marsopa que la marea había arrastrado hasta una de las desiertas playas de guijarros de Westquarter. El animal llevaba días muerto en el agua, por lo que no era fácil identificarlo, pero el daño afectaba sobre todo a la parte superior del cuerpo, mientras que la cola estaba casi intacta. Envuelta en algas, su piel oscura relucía con una iridiscencia evocadora bajo la brumosa luz primaveral, y la piel estriada de la aleta caudal tachonada de arena se desplegaba con la delicadeza de un abanico japonés o las alas de alguna criatura mitológica, por lo que no les había costado el menor esfuerzo convencerse a sí mismos —y el uno al otro— de que se habían topado nada más y nada menos que con el cadáver de una sirena. Por sugerencia de Áine, se habían arrodillado y le habían cantado con plañidos agudos y llenos de sentimiento en un gaélico chapurreado porque ninguno de los dos conocía la letra como para llevar la voz cantante. Luego, cuando dieron por finalizada la ceremonia fúnebre y tras proceder a una minuciosa inspección del hallazgo, arrastraron los restos del animal por la arena y procedieron a cavarle una sepultura a unos veinte pasos de la orilla, a salvo de la pleamar, él

hurgando con las manos, Áine usando un trozo de madera que había encontrado en la playa, habiendo decidido ambos que hasta las criaturas marinas merecían la dignidad de un entierro cristiano.

Caitlin escuchaba y aprendía a aparentar una serenidad que enmascaraba sus propias emociones mientras atrapaba al vuelo detalles dispersos, cada bocado un festín que permitía intuir todo lo que permanecía oculto. Cada estela de recuerdos revelaba algo más acerca de quién era Michael, y ella medía y comparaba las imágenes que tenía en su mente con las escasas fotografías que había visto. Cuando Michael hablaba de su padre, siempre había pesadumbre en su voz, un sentimiento de culpa desgarrador. Incluso después de tanto tiempo. Pero también había muestras evidentes de amor y una admiración inquebrantable.

Ella deseaba, a menudo en voz alta, haber podido conocer al anciano, sólo para estrecharle la mano, besarlo en la mejilla, sentarse con él y hablar sobre las pequeñas cosas que compartían sin saberlo, y también sobre las cosas que les eran únicas en el sentido más puro de la palabra. Mucho después de su muerte, estos recuerdos de segunda mano seguían fascinándola.

—La verdad es que no sé cómo se habría tomado lo nuestro —dijo Michael en cierta ocasión, ante la insistencia de Caitlin —. Hacia el final de sus días, los últimos dos años quizá, en todo caso antes de que yo me marchara, se reconcilió con la Iglesia. Tampoco es que se hubiese extraviado demasiado de la buena senda, y me sorprendería mucho que hubiese faltado a misa un solo domingo en toda su vida, pero, aunque tenía las enseñanzas bastante interiorizadas, no creo que la religión le importase de veras hasta que vio la muerte de cerca. Incluso entonces yo diría que era más un mecanismo de defensa que otra cosa, porque esforzarse activamente por mantener viva la

fe aporta cierto consuelo. Aun así, le habría costado encajar la cuestión de Barbara. Mi padre nunca fue de los que juzgan a los demás, y vivió lo bastante para comprender que el bien y el mal no siempre se distinguen así como así. Aunque estoy seguro de que te habría adorado. Si el viejo tenía un tipo, tú lo encarnas a la perfección. Pero luego están las circunstancias. Lo entiendes, ¿verdad?

Sí que lo entendía. Y también entendía lo que Michael callaba pero quería decir, y es que incluso en el terreno de la conjetura más inverosímil, ningún hijo desea quedar mal a ojos de su padre, ningún hijo quiere ser motivo de decepción. Lo que Michael y ella comparten bien podría calificarse como amor, pero también, por su propia definición, como adulterio. Quizá ellos prefiriesen definirlo de otra forma, pero no podían negar la realidad que representaba esa palabrita perversa. Y a saber si un viejo pescador habría podido o intentado siquiera comprenderlo.

Hay algo lamentable y enternecedor a la vez en la postura de Michael, que está sentado al borde de la cama mordisqueándose la comisura derecha del labio inferior. En los últimos años se le ha engrosado el torso. Los pechos sobresalen bajo la camiseta interior sin mangas que se tensa en torno al gran abultamiento del vientre, en parte debido a la postura, pero no sólo por eso. El reloj parece pequeño entre sus dedos, y sin embargo Caitlin lo tiene por un hombre que emplea las manos con delicadeza y respeto. Entonces, justo cuando el agua empieza a hervir, Michael se levanta, se desabrocha los pantalones y los deja caer al suelo.

La suya es una expresión de estudiado pudor. Sabe que ella lo está mirando. Caitlin quiere apartar la mirada por el bien de Michael, pero no puede. Su cuerpo no tiene secretos; ha pasado

de escultural a una categoría artística totalmente distinta, y ella ha acompañado esa evolución, o involución, por lo que le resulta tan familiar como su propio cuerpo. Pero el rubor de Michael no es fingido. Ahí está ella, observándolo y pensando en las cosas que podría decir, tales como lo mucho que lo ama, y lo mucho que disfruta con los detalles que hacen de él quien es, pero se abstiene de verbalizar esos pensamientos, no porque sean falsos, sino porque se quedan cortos, porque no abarcan toda la verdad. O por lo menos él así lo creería. Cualquier cosa que ella diga en ese instante sólo servirá para que él se sienta peor, así que Caitlin guarda silencio y no aparta la mirada porque hacerlo tendría un efecto similar al de las palabras.

Entonces la mirada de él busca la suya, y conectan. Ella lo ve tal como se presenta ante el mundo: ajado y vencido, cargado de hombros, el pelo que empieza a ralear, el rostro castigado por el paso de los años. Pero hay una segunda capa que aflora también, una capa que tal vez sólo ella sepa reconocer. Sigue ahí, imbricada en los detalles de sus facciones, en los surcos oscuros bajo los ojos, en el mohín cambiante de sus labios finos, y lo revela tal como es: un hombre inocente como un niño que la necesita como nadie la ha necesitado nunca, todavía fuerte en apariencia pero consumido por el temor de que algún día ella no vea en él sino al hombre en que se ha convertido y lo rechace por ello. Duele comprobar lo que el tiempo y la vida han hecho con él, la incipiente decadencia. Se acerca el día en que Michael dejará de formar parte de su existencia, pero incluso cuando se hayan distanciado y no sean más que recuerdos el uno para el otro, Caitlin sabe que la ausencia de ese hombre hará tambalear todo su universo. Lo mira y es como si se hubiese descorrido un velo, porque alcanza a verlo todo: los diversos pasados y futuros superpuestos sobre su persona física, estratificados como una sucesión de auras. Lo que Caitlin quiere decir es que, en vez de

sentir rechazo ante sus defectos, ve en ellos una especie de belleza elemental. Todas esas cosas lo vuelven real a sus ojos como nadie lo ha sido jamás para ella, y se descubre abrumada de nuevo por la poderosa llamarada de amor que Michael es capaz de desatar en su interior con su mera presencia. Se le forma un nudo en la garganta. Las lágrimas le arrasan los ojos, amenazando con desbordarse. Él no se da cuenta, o finge no hacerlo.

—Café —susurra Caitlin, sintiendo la necesidad de apartar los ojos.

Endereza las tazas sobre los platillos, abre un par de sobres de café y vierte el agua hirviendo. Sin preguntar, añade una cápsula de nata y dos sobrecitos de azúcar a la taza de Michael. Remueve y la mezcla se vuelve de color arena.

Cuando lo mira otra vez, Michael ha vuelto a sentarse, aunque se ha despojado de los calcetines y el bóxer. La camiseta interior, que sigue en su sitio, cubre la mayor parte de su torso, pero no todo. Caitlin baja la mirada y sonríe, entre divertida y descarada, porque no puede evitarlo y también porque la escena, ajena a los dictados sociales sobre la belleza, se le antoja de pronto inesperadamente tierna. Al otro lado de la ventana y las paredes el mundo aguarda, suspendido, pero por ahora ha dejado de importar. Ahí, entre ambos, no hay nada que esconder. Él la mira y ella se pregunta si lo sabe, si sospecha algo. Está segura de que sí. Ha llegado la hora de hablar, de decir lo que hay que decir y zanjarlo de una vez, acabar con todo. Pero no puede. Este momento es demasiado perfecto. Ahí está Michael, plantado ante ella, peor que desnudo. La camiseta interior marca la diferencia, ocultando su bochorno, mitigando su inseguridad por haberse abandonado físicamente. El mero hecho de usar el ambiente destemplado de la habitación como una excusa para no quitársela es en cierto sentido una forma de delatarse.

—Hace frío para que estés ahí medio desnudo —dice ella—. Vas a coger un resfriado.

Él busca su mirada y se echa a reír. Es una carcajada seca, que estalla y se consume al instante.

—¿Tanto se me nota? —pregunta Michael, y sin esperar la réplica de Caitlin se levanta y rodea la cama.

Con un desparpajo que raya en lo ridículo, enseñando durante uno o dos segundos el culo flácido, aparta las sábanas del lado más cercano a la puerta y se mete en la cama.

Toman el café casi por obligación. Caitlin se sienta al borde de la cama y le decepciona pero no le sorprende comprobar lo poco que cede bajo su peso. Como no podía ser de otra manera, el colchón es firme, ajeno a toda promesa de comodidad, dulces sueños o magia. Otro guiño más al pragmatismo, otra muestra más de la fría eficiencia que acoge a huéspedes como ellos. Por estos pagos, las promesas tienen la mala costumbre de no hacerse realidad, y las expectativas desmedidas han demostrado ser la perdición de muchos.

Michael le da un sorbo al café y hace una mueca. Lo intenta, pero sus ojos no saben mentir, así que abandona la causa con la taza poco más que mediada, la deja en la mesilla de noche y se recuesta sobre la pila de almohadas con las manos entrelazadas en la nuca. Disfrutando de saberse observada, ella sigue a lo suyo; se lleva la taza a los labios, sosteniendo el platillo con la otra mano, y bebe como lo haría un pájaro, a sorbitos, concentrada en absorber el calor. El café infecto le inunda la boca, y cada bocanada que se obliga a tragar arrastra consigo un regusto agrio, desagradable como suele ser ese instante cuando uno se ha acostumbrado a algo mejor. No hace tanto, el deseo físico de ambos no hubiese cedido ante una distracción tan insignificante como el café, pero el paso del tiempo ha

templado muchas urgencias.

Caitlin se siente diminuta a su lado, y no sólo físicamente. También se siente segura, protegida, y le complace saberse deseada. Michael no dice nada. Su paciencia parece inquebrantable, y es como si el tiempo se hubiese detenido para ambos. La luz de la tarde baña la cama, y su cruda blancura tiñe todas las superficies —las sábanas, las paredes, sus cuerpos— de una tonalidad jabonosa que apaga los colores. Recostado sobre los almohadones, él parece cómodo pero no sonríe. Sus brazos y hombros desnudos se ven firmes y tersos, como el mármol tiznado de ciertas chimeneas antiguas, privado de su prístina blancura por efecto del humo y, sin embargo, extrañamente limpio, con una especie de inmaculada permanencia. Caitlin siente un súbito y casi irrefrenable anhelo de tocarlo, no de un modo sexual, sino sencillamente para recrearse en el tacto de su cuerpo, de esa piel que desea recorrer con los labios, saborearla. Mechones de vello negro sobresalen de sus axilas, y dos frágiles círculos oscuros se insinúan a través de la camiseta allí donde los diminutos pezones presionan el fino algodón blanco. La divierte —y a la vez hace que se le encoja un poquito el corazón— que pese a los cientos de momentos íntimos que han compartido le siga dando tanto pudor quedarse en cueros ante ella. En el plano físico los años, sobre todo los últimos cinco o seis, lo han castigado bastante. Tiene sobrepeso, y su vientre, que era plano como una tabla cuando empezaron a salir, la presiona y embiste suavemente cada vez que se abrazan. El hecho de que eso le moleste mucho más a él que a ella, de que Caitlin disfrute incluso de esa cómoda cercanía, de la mullida seguridad que traen consigo esos kilos de más, no importa en absoluto. Ha intentado hacérselo ver a menudo, a ratos quitándole hierro, la mayoría de las veces hablando en serio, pero la inseguridad de Michael lo hace impermeable a sus

palabras. Cree que sólo lo dice para tranquilizarlo, así que decide no quitarse la camiseta.

Ella, por su parte, ha aprendido a no hacerle demasiado caso. La tontería no siempre tiene explicación, y a veces no queda más remedio que aceptarla. Sólo los afortunados alcanzan la sabiduría con el paso de los años, y en el caso de Michael la edad empieza a hacer mella y ha venido acompañada de un notable declive en su estado de salud. Aparte del inevitable deterioro externo, la vista cansada y las complicaciones derivadas del sobrepeso, se ha vuelto propenso a preocupantes ataques de bronquitis que parecen arrastrarse durante meses, y toma medicación a diario para una angina de pecho que por suerte se halla en los estadios iniciales, pero es una amenaza que la llena de inquietud. Evitan comentar estos achaques salvo cuando es imposible hacerlo, cuando los problemas invaden su pequeño reducto. Michael no habla del tema con ella, aunque lo ha mencionado en un par de ocasiones. La primera, hace año y medio, porque tuvo que posponer su cita una semana para acudir al hospital, y la segunda unos meses más tarde, cuando el tratamiento no surtió el efecto que los médicos esperaban y hubo que ingresarlo un par de días para someterlo a una batería de pruebas que permitieran ajustar la medicación. En ambas ocasiones se refirió a su angina de pecho como si estuviera hablando del tiempo, de un libro que había leído o de alguna película que había visto recientemente. Ella escuchó y asintió, encogiéndose de hombros cuando tocaba, muy consciente de hasta dónde podía presionarlo y hasta dónde se dejaría él presionar antes de que las grietas se abrieran paso hasta la superficie.

Caitlin sigue bebiendo el café a sorbos hasta que nota los posos atrapados como arenilla entre los dientes, y entonces devuelve la taza y el platillo al tocador y empieza a desvestirse con aire triunfal. En sus movimientos no hay el menor atisbo

de timidez. La familiaridad y una confianza ganada a pulso han servido para liberarla. Se desabrocha la blusa, se lleva las manos a la cadera izquierda para abrir el corchete y bajar la cremallera de la falda, con semblante más bien serio, concentrada en la tarea, aunque no puede evitar un amago de sonrisa cuando levanta los ojos por un instante y descubre la mirada atenta de Michael.

Los años la han tratado bien y está orgullosa de su aspecto, pero incluso cuando todo era novedoso, fresco y emocionante, nunca se sintió incómoda con su propia desnudez. Siempre se ha dejado guiar por el pragmatismo, hasta en su etapa de máximo esplendor, sin perder el sueño por sus puntos flacos y fuertes ni hacer la menor concesión a la hipérbole o la histeria. Su belleza siempre ha sido auténtica, pero tiende a lo ambiguo: está ahí, pero depende del momento y de quien la observe, y también de los ángulos, de una cadencia o latido preciso o de cierta cualidad de la luz menguante. Incluso en los días malos, cuando su belleza se ve mermada, ya sea porque está resfriada o porque ha ocurrido algo en casa que le enturbia el pensamiento, Michael sabe qué buscar y dónde encontrarlo. Porque siempre habrá un instante, aun en el peor de los días, en que Caitlin contestará a algún comentario suyo con una caída de ojos, o bien vacilará al filo de una promesa, entreabriendo los labios y dejando que la punta rosada de la lengua asome por encima de los dientes inferiores. A veces, en la cama, si él la acaricia como sabe en el momento oportuno, Caitlin arquea la espalda de tal modo que el entramado de su caja torácica se adivina con precisión por encima de la súbita depresión del estómago, y sus senos pequeños se estremecen con cada bocanada de aire y se expanden de algún modo, o por lo menos parecen acaparar toda la atención, reclamarla para sí mientras los pezones, ásperos y duros como bayas verdes, embisten la nada, insistentes, florecientes, pletóricos. Como

pareja, ambos han aprendido a vivir para esos instantes, esos segundos contados en los que cae un velo y Caitlin parece irradiar luz, y el resto del mundo deja de existir y sólo quedan ellos dos, juntos, no sólo unidos, sino fusionados.

Comparada con la languidez de Barbara —una mujer tan perfectamente formada que, más que de carne, parece hecha de gasa y marfil, o tal vez de cristal, alguna sustancia dura y resplandeciente, eterna a su manera—, la silueta de la propia Caitlin, menuda y esbelta, incluso un tanto andrógina, siempre ha salido un poco malparada. Y cuando llegaba el calor y la ropa se aligeraba, la distancia entre ambas era abismal. Sin embargo, cuando está desnuda o muy cerca de Michael, sin más atuendo que la lencería de satén rosado que compra y luce sólo para él y que siempre la hace sentirse irresistible, experimenta una abrumadora sensación de seguridad en sí misma que apenas nota ya en las demás facetas de su vida.

Tiene menos que ver con el amor en sí que con la intensidad de ese sentimiento. Con Thomas, su marido, comparte un amor templado, algo que el tiempo ha ido diluyendo hasta que ha dejado de ser suficiente. Thomas es un buen hombre —tal vez mejor de lo que ella se merece—, pero de espíritu eminentemente práctico, y para él el amor equivale a una batería de cocina por Navidad, o un juego de cuchillos; el amor para él es otro elemento más de una larga lista, nunca una prioridad. Es algo que determinadas mujeres considerarían aceptable, porque hay otras cosas que también valoran, a veces más incluso. Cosas como la seguridad, la comodidad conquistada con el sudor de la frente, el hogar y las posesiones, los anhelos de confort material alcanzados o por lo menos reconocidos. Todas estas cosas pueden ser producto del amor, pero sólo de una clase de amor.

Michael es distinto. Lo que hay entre ambos no es sólo físico. Con él, Caitlin puede ser la versión de sí misma que le gusta

creer que es la más auténtica. Le sale a cuenta soportar los defectos de Michael por lo que aporta a su mundo, por los sentimientos que despierta en ella, por cómo se siente respecto a sí misma cuando está en su compañía. Las feministas proclamarían a voz en grito que ninguna mujer necesita un hombre a su lado para sentirse realizada, pero, al menos las más militantes, se niegan a reconocer que no todas las mujeres son iguales, ni fuertes en todo momento. Para las mujeres como Caitlin, es en los pequeños pero explosivos estallidos de pasión cuando toda una existencia cobra verdadero sentido. Por encima de todo, es el absoluto respeto de Michael hacia ella, el hecho de que la vea y reconozca como una persona, entera y completa en sí misma, lo que más cuenta, lo que seguramente hace que todo valga la pena. Desde la primera vez que la tomó entre sus brazos entendió lo mucho que significa para él, lo mucho que valora hasta el más insignificante de los detalles que ella le ofrece.

Caitlin alarga las manos hacia atrás y se desabrocha el sostén, tomándoselo con calma para provecho de Michael, encantada de que él no le quite ojo, moviéndose despacio, arqueando un poco los hombros a modo de provocación, ofreciéndose sin disimulo. Han pagado su porción de día con esto en mente, aunque han aprendido a refrenar las expectativas. El baile no se acaba hasta el último paso. El termostato se hace rogar y la habitación sigue helada.

Ha llegado el momento de la música. Ambos sonríen al constatar que sus pensamientos avanzan en paralelo, como si fueran de la mano. Caitlin menea las caderas con gesto exageradamente sensual y él canturrea unos cuantos compases de algo subido de tono con profusión de gruñidos y una jerigonza hecha de sílabas lanzadas al tuntún mientras aparta las sábanas del otro lado de la cama. Ella corretea en su dirección y se abalanza sobre Michael, que la recibe con los

brazos abiertos.

A partir de ese instante, el sexo fluye sin más. Hay algo en la expresión de Caitlin que desata la reacción de Michael, una particular inclinación de los pómulos y el mentón que atrapa la densa luminosidad de un modo especial. Se besan con los ojos cerrados, con tanta fuerza que duele, pero ni se les ocurre parar. Se apartan momentáneamente y ella le cede la iniciativa para recuperar el aliento, tomando una bocanada de aire seca y brusca que se vuelve audible un latido antes de desvanecerse. Las manos de Michael recorren su cuerpo; primero los senos, que toma con delicadeza pero sin vacilar, erizando los pezones con pequeñas caricias y pellizcos, luego deslizando los dedos sobre las costillas hasta llegar a la protuberancia de las caderas. Habla en susurros que la traspasan, porque es una de las cosas que a él le gusta hacer y porque no puede evitarlo; necesita la ratificación de la voz. No son exactamente palabras lo que brota de sus labios, o no resultan inteligibles, pero las dice en un lenguaje que ella parece entender porque reacciona, o responde, inclinando la cabeza hacia atrás, y en ese instante siente cómo el corazón de Michael late en contacto con su cuerpo, a través de ella, no sólo en un punto sino por todas partes. Caitlin cierra los ojos y vuelve a abrirlos cuando nota que los dedos de Michael forcejean con la goma de sus bragas. Intenta ayudarlo, pero él le aparta la mano con delicadeza y se encarga de desnudarla. Acariciar su cuerpo desnudo se vuelve fácil en cuanto ella se deja llevar. Un juego en sí mismo.

Lo que sigue no se corresponde del todo con lo que dictan los manuales, pero los detalles carecen de importancia. Es bastante mejor que la mayoría de los encuentros de los últimos años, suficiente para que se sientan colmados. Los dos.

—Te quiero —susurra Michael de nuevo en algún momento álgido.

El sentimiento surge de un modo tan natural como una

exhalación, es la única verdad que vale la pena decir. Y ella responde rodeándolo con las piernas y deslizando las manos arriba y abajo por su espalda, recorriendo con las palmas y las yemas de los dedos las vértebras de su columna, que se arquean arriba y abajo, arriba y abajo. Unidos, sus cuerpos parecen hechos el uno para el otro, incluso las partes que han perdido su forma original y se han reblandecido, y hay movimientos que aún conservan todo su poder, trucos que ambos conocen porque han recorrido antes esa senda.

Pero nada dura para siempre.

4

Familias felices

Para Caitlin, la lectura siempre ha sido ni más ni menos que una especie de hechizo. Se pasó la infancia con un libro entre las manos, y ya en la preadolescencia se había convertido en una lectora tan voraz que las visitas dos veces por semana a la biblioteca del barrio apenas bastaban para saciar su apetito. Además de enseñarle cosas, los libros le ofrecían libertad y una vía de escape en todas las direcciones. Las islas desiertas y el espacio infinito se volvían tan reales como las calles de Brooklyn; así descubrió los jinetes sin cabeza y la navegación fluvial en balsa, el Londres victoriano y los perros que cruzaban continentes enteros para reunirse con sus amos, y conoció a piratas con pata de palo, detectives que fumaban en pipa y vaqueros que bebían como cosacos y buscaban pelea, pero querían a sus caballos más que a sus mujeres y valoraban el honor por encima de todas las cosas.

Tuvo clara su ambición casi desde el momento en que aprendió a hilvanar sus propias frases. A lo largo de los años habría de oír a menudo, a veces incluso de labios de sus profesores —señores atildados y llenos de amargura por el rumbo que había tomado su propia existencia—, que los de su clase nunca llegarían a escritores, que el suyo no era el mundo de los libros. Pero ya desde muy joven Caitlin sabía que se equivocaban, porque para escribir no hacía falta tener dinero, ni ir a la universidad, ni obtener un título, sino saber mirar, dar con las palabras precisas y desentrañar el sentido de las cosas.

El papel era barato —gratis, de hecho, en la biblioteca del barrio, por lo menos para ella, y siempre se lo daban con una sonrisa, tres o cuatro hojas de una vez— y podía pedir prestados bolígrafos y lápices. Para escribir tampoco hacía falta ser bueno, sino hacerlo y querer hacerlo. Sentir la necesidad de escribir. Ella tenía relatos en su cabeza, los tenía a montones, y estando tumbada en la cama, atenta a los ruidos nocturnos, viendo cómo las sombras reptaban por el techo y las paredes, arrancadas a la oscuridad por los faros de los coches, construía historias en torno a esas siluetas y fantaseaba con los libros que algún día inspirarían.

Sus primeros escritos eran como cabría esperar a su edad, intensos y exagerados, necesarios como aprendizaje pero por lo demás carentes de valor. Con el tiempo, su estilo perdió algo de esa pátina romántica y fue tomando una forma más madura, pero sólo cuando dejó atrás las risas y lágrimas de sus años infantiles empezó a escribir con una voz más reflexiva. El truco consistía en tomarse el tiempo necesario para observar y observarse atentamente, reconocer y aceptar los peculiares matices de las emociones que por entonces empezaban a aflorar en su interior, los anhelos y temores que seguramente siempre habían estado ahí de algún modo pero que nunca hasta entonces habían reclamado atención. Sentimientos respecto al amor, el sexo y todo lo que cabía entre ambos: llevar la casa, compartir intimidad, cocinar, limpiar, estirar el dinero, ir apurando los días. En eso consistía la vida, la faceta menos emocionante de la existencia que, no obstante, había que vivir con plenitud. Y, entre la confusión de tanta novedad, encontró un refugio en el par de horas que pasaba cada noche tumbada boca abajo en la cama, vertiendo primero pedacitos sueltos y, con el paso del tiempo, todo su ser, en las páginas de unos blocs de papel pautado amarillo, reinventándose en la piel de amas de casa de mediana edad, niñas que se perdían en el

bosque, soldados que libraban interminables y absurdas guerras, pescadores atrapados en tormentas infernales. Escribía a mano con una vieja estilográfica, un regalo barato pero bienintencionado de alguien, olvidado hacía tiempo, al hombre que Caitlin consideraba su padrastro, y que ella había encontrado después de que él pusiera pies en polvorosa. Con su deslucido revestimiento cromado, agrietado por el uso, y un plumín que sólo escribía si se sujetaba en un ángulo preciso, hacía pensar en oportunidades salvadas por los pelos y otras perdidas, y sin embargo encajaba a la perfección en su mano y funcionaba como una suerte de conducto, el misterioso medio por el que las palabras llegaban a las páginas, las palabras precisas, a las que había que persuadir para que se dejaran atrapar y luego dotarlas de sentido.

Para cuando cumplió diecinueve años, edad a la que su escritura empezó realmente a florecer, Thomas y ella ya estaban viviendo juntos. Arrejuntados, como decía su madre, y seguiría diciéndolo hasta el día de su muerte, aferrándose a esa palabra incluso después de que los votos matrimoniales la volvieran obsoleta, como si revelara algo de ambos, un profundo fallo en sus respectivas personalidades. «Arrejuntados», una palabra de regusto agrio que tensaba el gesto al más pintado, una sucesión de consonantes que, más que pronunciarse, se mascaban. Pero así era Madge Healy, no había vuelta de hoja. Es posible que en su imaginación hubiese reformulado su propio pasado hasta convertirlo en más presentable, o tal vez se tratase de algo generacional, algo que los irlandeses llevaban en la sangre y que empeoraba con la madurez, pero lo cierto es que ella, precisamente ella, debería haberse mordido la lengua antes de juzgar a los demás. Hasta que su corazón dejó de latir mientras hacía cola para almorzar en una cafetería de Brooklyn, cuando apenas faltaba una semana para que cumpliera cincuenta y seis años, Madge era

una mujer menuda y corpulenta, de constitución achaparrada, cargada de hombros, con senos voluminosos, brazos gruesos y cara ancha, enrojecida por el calor de las cocinas, por hacerlo todo a la carrera y pasar las noches trasegando whisky barato. Tenía los ojos del mismo verde agreste y húmedo de la hierba que crece alrededor de los estanques, y su boquita de piñón ocultaba unos diminutos dientes grises que apretaba en todo momento. Se cortaba el pelo ella misma, se compraba la ropa en tiendas de segunda mano y se deslomaba trabajando de sol a sol. Cuando intentaba cocinar algo sin limitarse a hervirlo, lo quemaba todo, y los sabores que habían marcado la infancia de Caitlin eran el beicon carbonizado, las patatas deshechas y la col reblandecida.

Madge sintió un rechazo instantáneo hacia Thomas y nunca aprobó que saliera con su hija. No era de fiar, tenía las manos demasiado frías, la mirada demasiado fija. Mirada de embaucador, al parecer. La primera noche lo había encontrado sentado en el sofá, acurrucado junto a Caitlin de un modo que prácticamente proclamaba a gritos su intimidad.

—No vale nada —sentenció cuando Thomas se hubo marchado—. Y además, no tiene ni gota de sangre irlandesa. No hay más que verlo para darse cuenta.

Su observación no tenía ni pies ni cabeza, pero era justo la clase de comentario que cabría esperar de ella. Además de las canciones y el acento cantarín, la idiosincrasia irlandesa se traducía, para Madge, en liarse a puñetazos por cualquier minucia y en la clase de pobreza material y emocional de la que sólo era posible escapar desertando sin previo aviso. La propia Madge debería renegar de esa idiosincrasia tras haberla sufrido en carne propia, pero se aferraba a ella como si fuera algo sagrado. Esa noche había ido al bingo y su hija había aprovechado esa ausencia para infringir una de las normas de la casa. Eran dos mujeres que vivían solas y no podían

arriesgarse a invitar a extraños. Él se había dejado caer en el sofá con las piernas escarranchadas, y cuando habló parecía regodearse en su propia sonrisa, algo que lo delataba como un gallito, la clase de chico que se creía el rey del mambo y despreciaba a los demás, incluidos los que se encariñaban con él. Puso la mano sobre la rodilla de Caitlin y allí la dejó, como si tal cosa, pese a que Madge lo fulminó con la mirada, y contestaba a preguntas que ni siquiera iban dirigidas a él con sonidos que, más que palabras, eran gruñidos displicentes. No se le escapaba que, en buena medida, lo que tenía ante sí era pura fanfarronería, un despliegue de falso aplomo propio de ciertos adolescentes, pero aun así tenía sus motivos para rechazarlo, por lo menos de entrada, motivos que tal vez pudieran cuestionarse pero en ningún caso negar.

—Te dejará preñada —advirtió a Caitlin unos días más tarde, cuando su hija llegó a casa sola poco después de la medianoche con la blusa desaliñada sobre el cuerpo delgado y un intenso rubor en las mejillas sudorosas.

Thomas y ella habían salido a tomar café y habían compartido una porción de pastel de zanahoria, aunque él se había dedicado sobre todo a la cobertura de crema de mantequilla. Caitlin creyó prudente no mencionar que a Thomas le gustaba más comer con los dedos que con el tenedor y ella lo había ayudado a lamérselos a la vista de todos. Su madre vivía esperando esa clase de traspié, la prueba de los defectos que ella intuía. Mientras se afanaba en la cocina, preparando un sándwich de queso y pepinillos que en realidad no le apetecía, Caitlin le relató la velada encogiéndose de hombros y dejando las frases a medias, en una especie de confesión informal que sólo transmitía la ilusión de transparencia. Sí, le dijo, él la había acompañado a casa y sí, de acuerdo, reconoció a regañadientes, se habían besado en un rincón oscuro del vestíbulo. Pero no fue más que un beso,

difícilmente contaba como pecado mortal y no convertía a Thomas en Jack el Destripador.

En su versión censurada de los hechos, Caitlin se había cuidado de omitir toda mención a los avances de Thomas, los insistentes ruegos para que se fueran los dos a algún sitio, con lo que en realidad se refería a ir a su casa, a la diminuta habitación del piso que compartía con uno de sus hermanos y un amigo. Le juró por su vida que tendrían la habitación para ellos solos, que nadie los molestaría; aun así ella se limitó a sonreír y negar con la cabeza porque no era no, pero también todavía no. En el vestíbulo, ella le soltó la mano, aunque no se despegó de él hasta que Thomas la besó, un beso largo y lento, algo nervioso al principio pero que fue ganando en confianza según se dejaban llevar, y tampoco se apartó cuando él empezó a desabrocharle algunos botones, pero sí cuando intentó ir un poco más allá.

—Eso es lo que pasará —insistió su madre torciendo el gesto en un rictus cruel—. Y si no, al tiempo. Te dejará preñada y luego si te he visto no me acuerdo. No serías la primera, ni la última.

En el brusco silencio que vino a continuación, las palabras que Madge quería decir de veras se quedaron flotando incómodamente en el aire, pero pareció darse cuenta de que era mejor dejar el resto implícito, así que frunció la boca y se limitó a observar a su hija, bufando por la nariz mientras ésta cortaba el sándwich en triángulos perfectos y los colocaba en un platito con el pico hacia arriba, tal como lo habrían servido en un restaurante.

Los de Madge eran los desvelos normales de cualquier madre soltera. Para ella, el amor siempre había sido una amarga decepción, una distracción efímera de sol y risa antes del inevitable naufragio en los arrecifes ocultos. En su vida también había habido hombres; dos de ellos, relaciones serias a

las que se había entregado en cuerpo y alma, siempre en vano. La primera había sido una relación fugaz con Brian, el padre biológico de Caitlin, al que ésta sólo habría de conocer de nombre y por su reputación; la segunda con Pete, un tipo hecho de otra pasta que, por lo menos durante un tiempo, se esforzó por estar a la altura de las circunstancias. Ambos desengaños le dejaron heridas profundas, y cuando Pete la abandonó, Madge levantó un muro a su alrededor, se encerró en sí misma y no consintió que el amor volviera a colarse en su vida. De puertas afuera, no parecía que se estuviera perdiendo gran cosa, porque era dura y competente. Pero nada se sabía de las incontables noches en que las notas graves y ahogadas de su llanto traspasaban la pared que separaba su habitación de la de Caitlin, que daba vueltas en la cama y se tapaba la cabeza con la almohada para evitar esa intrusión hasta que no le quedaba más remedio que encender la radio para ahogarla con música. Esas noches, a veces ya de madrugada, las pausas entre canciones se llenaban con el llanto inconsolable de Madge, que empañaba las propias melodías, hasta las que parecían más alegres, dándoles un aire melancólico.

Su recuerdo de Pete es un borrón hecho de insinuaciones y fabulación. Hay momentos en que alcanza a ver su cara tan nítidamente como si lo tuviera al alcance de la mano, y otros en los que su mente sólo acierta a evocar una silueta, la manera desgarbada y un tanto cohibida que tenía de llenar el espacio. De tarde en tarde, ese nombre se cuela entre sus pensamientos, pero siempre en la voz de su madre y pronunciado en un tono amargo, entre el reproche y la acusación, una estocada en toda regla. Pete compartió durante cerca de cuatro años el día a día de madre e hija, en cuyas vidas entró cuando faltaban pocas semanas para que Caitlin cumpliera tres años. Era un hombre

alto, enjuto, callado salvo cuando bebía, e incluso entonces era más propenso a llorar que a hablar. En sus días libres cogía a Caitlin de la mano y la llevaba hasta la esquina para comprarle una chocolatina, un helado, un puñado de caramelos duros de los de antes —las bolitas anisadas, los de menta a rayas blanquinegras, las grageas ácidas y los rollitos de clavo de olor —, que a ella le encantaban por la sencilla razón de que eran los preferidos de Pete. Caitlin se sentía pequeña, segura y feliz a su lado, correteando y dando saltitos para acompañar sus largas zancadas, orgullosa de que él hubiese aceptado o elegido ser su padre.

Pete era un gran aficionado al béisbol y podía pasarse horas hablando del tema en una especie de murmullo sordo, como si exhalara el aire con cada frase, que lo hacía inconfundible a oídos de Caitlin. Se diría que hablaba con una voz contenida, demasiado pequeña para su cuerpo, pero que prestó al tiempo que pasaron juntos una maravillosa sensación de complicidad. Caitlin no entendía apenas nada, lo que no empañaba en absoluto el entusiasmo de Pete. A ella le bastaba con el sonido de su voz, con su forma de insuflar aire a las palabras, mullidas como la tierra mojada. Más tarde llegaría a la conclusión de que Pete hablaba así porque su voz estaba hecha a otra lengua desde hacía varias generaciones, y aunque hubiese olvidado las palabras o las hubiese reemplazado por otras, no había perdido la esencia de esa peculiar melodía, de esa cadencia arraigada en lo más hondo de su ser. A veces, mientras paseaban, y sólo por diversión, ella cantaba *Take Me Out to the Ball Game*, tímida y espontáneamente, como un telón de fondo a la cháchara de Pete. Siempre que eso pasaba, él sonreía de un modo que a ella le encantaba por cómo la hacía sentir, entornando un poco los ojos al tiempo que despegaba los labios, y a la tierna edad de cinco o seis años Caitlin sabía que si alguna vez lo veía llorar, ésa sería justo la expresión de su rostro. Sólo había que añadir

las lágrimas.

Aún hoy le resulta difícil imaginar la atracción que debió de existir entre su madre y él. Sobre todo ahora, con la perspectiva del tiempo. Pero el amor es un lenguaje que se resiste a ser traducido. Pete no era apuesto. Tenía la cara demasiado alargada, las facciones achatadas, la frente muy ancha y la barbilla prominente. Se le adivinaban los huesos bajo la piel, amarilleándola allí donde sobresalían. Trabajaba en el metro, en la clase de obras o laboriosas tareas de mantenimiento que imponían turnos cambiantes, supeditados a los horarios de los trenes, por lo que tenía una noción bastante difusa del tiempo. Para él, eran las noches las que daban paso a los días, y cualquier clase de luz natural debía de parecerle un regalo precioso. Por insistencia de Madge, y sólo por preservar la ilusión de una vida familiar, comían gachas de avena a medianoche y cenaban a las diez de la mañana, col, nabos o coles de Bruselas recocidos, patatas que se descolgaban de la piel y se deshacían en el plato, carne en conserva de textura fibrosa o despojos —asaduras, corazón, riñones o hígado— cortados a trozos y refritos. Pete comía como si hubiese que pagar impuestos por las sobras, como comen los hombres recién salidos de la cárcel, engullendo la comida entre tragos de cerveza si el día de cobro no andaba muy lejos y con suero de mantequilla si a esas alturas de la semana no podían darse ningún capricho.

Quizá por su limitada exposición a la luz del sol, Pete tenía la piel muy pálida, salvo por las ojeras de insomne que subrayaban sus ojillos claros. Algunas veces, si hacía calor y salían a comer un helado, se quitaba la chaqueta barata y la llevaba colgada del pulgar por encima del hombro mientras caminaban, y en esos momentos se revelaba otra faceta suya que permitía a Caitlin vislumbrar a un hombre libre como el viento, capaz de cruzar el país haciendo autoestop por puro

capricho, pasar un mes sin afeitarse, durmiendo en los campos o debajo de los puentes, un hombre que no tendría reparos en batirse con otros, valiéndose de los puños o de algún objeto roto y puntiagudo, por llevarse algo a la boca. En sus mejores momentos era un buen hombre, siempre y cuando se mantuviera lejos de cualquier bebida más fuerte que la cerveza; y ésos debían de ser los momentos que tenían enamorada a Madge, aunque lo regañara por todo: por volver tarde a casa, por no sacar la basura o por dejar los calcetines sucios debajo de la cama. Cuando se ensañaba con él, Pete se limitaba a aguantar el chaparrón con la cabeza gacha, aunque las cosas podían torcerse si tenía a mano una botella de whisky. Caitlin recuerda mañanas, no muchas pero sí unas cuantas, en las que su madre se levantaba tan ronca que apenas podía hablar y se cubría la cara magullada con una toalla o un pañuelo, pero también recuerda haberse despertado una noche oyendo unos gemidos extraños, como el piar de un pájaro, y haber encontrado a su madre tumbada boca abajo en la cama con el camisón remangado sobre la espalda, mientras Pete, de pie y completamente desnudo, la embestía desde atrás, amasando y estrujando con las manos la carne blanda de los costados, regodeándose en esa abundancia. Los detalles han permanecido vívidos en la memoria de Caitlin, la visión de sus cuerpos relucientes como huesos descarnados y ese muro hecho de pequeños ruidos: el incesante golpeteo de la carne, la respiración jadeante de ambos, las palabras y medias palabras ahogadas, deformadas, y por encima de todo la absurda delicadeza de los gemidos que Madge soltaba involuntariamente con cada acometida, lamentos animales que la oscuridad se encargaba de amplificar, si no en volumen, sí en intensidad.

¿Sería amor? ¿Quién podrá saberlo nunca a ciencia cierta salvo ellos? De lo que no cabe duda es que, durante cuatro

años, Pete estuvo presente como padre, esposo y cabeza de familia. Hablaba de béisbol, por la mañana dormitaba sentado a la mesa después de otra larga noche en los túneles, pero luego se removía en la cama, incapaz de conciliar el sueño, apartaba las sábanas de una patada, se levantaba para abrir la ventana, para cerrarla, para beber agua, para empapar una toalla con la esperanza de disipar el hedor del verano en Brooklyn, hasta que por fin, a eso de las doce, se daba por vencido y se arrastraba hasta el bar de la esquina o, si andaba justo de dinero, hasta la escalinata de acceso al edificio, donde se acomodaba en el último peldaño, se recostaba contra el marco de la puerta abierta y cabeceaba entre charla y charla con los vecinos que pasaban. El día a día no era fácil pero se las apañaban, y mientras Pete mantuvo a raya sus apetitos, la risa nunca faltó en sus vidas.

Hasta que un buen día se desvaneció como por arte de magia. Caitlin aún piensa en ello a veces, cuando está a solas. Ocurrió a finales de verano, mientras la luz dorada se incendiaba, tiñendo de rojo las primeras sombras del crepúsculo. En la calle, unos chicos habían abierto una boca de incendios y se turnaban para saltar a través del chorro en forma de arco, chillando cuando el agua helada les cortaba la respiración. La acera resplandecía y los hombres apostados en las escaleras, en mangas de camisa o con una simple camiseta de tirantes, los miraban, sonreían con nostalgia y hablaban de sus propios recuerdos infantiles.

A eso de las seis madre e hija se sentaron a la mesa. Madge se limitó a esperar sin decir palabra, luciendo una blusa azul celeste sin mangas que viraba al azul marino en torno a las axilas. Una pátina de sudor le humedecía las sienes, formando gotas que de vez en cuando le corrían por las mejillas. La cena consistía en embutidos y una sencilla ensalada, y al principio Madge insistió en que esperaran a Pete, pero al cabo de un rato

—veinte minutos, media hora— dio su brazo a torcer y dejó que Caitlin comiera, aunque no tocó su propio plato. Allí se quedó, esperando, mientras los malos augurios daban paso a otros peores. Cuando el calor se hizo insoportable, se desabrochó la blusa y la dejó abierta. Sus voluminosos senos parecían querer escapar de las anodinas copas blancas del sujetador, y le habían salido unas manchas rojas en la piel que escocían como un sarpullido. Una hora después, cuando la luz del sol empezó por fin a menguar, aún seguía allí plantada.

A lo largo de los años, los diarios han recogido incontables historias de hombres que salen a por tabaco y nunca vuelven a casa. Como declaración de intenciones, es de lo más eficaz. Hasta hay un término para nombrarlo: «abandono del hogar», que se masca al pronunciarlo como si uno tuviese arenilla en la lengua y le dieran ganas de escupir, o por lo menos de torcer el gesto. Caitlin se apostó junto a la ventana mientras los últimos rayos de sol se desvanecían y volvió a hacerlo los días siguientes, contemplando la calle a la espera de entrever una silueta familiar. Intuía que sus vidas habían quedado destruidas para siempre, pero era demasiado joven para comprender la magnitud de lo ocurrido. No recuerda haber llorado por el abandono de Pete, pero sí recuerda una abrumadora sensación de desplazamiento, como si el corazón se le hubiese descolgado, dejando tras de sí un vacío inmenso. La extrañeza provocada por esa sensación la acompañó durante mucho tiempo y, en cierto sentido, es posible que aún perdure.

Hablar sobre lo sucedido era impensable. Mientras la herida seguía fresca no se le hubiese ocurrido intentarlo siquiera para evitar tensiones. Pero incluso más adelante, sus intentos de abordar el tema siempre se topaban con una especie de parálisis reaccionaria. Madge albergaba en su interior una ira inmensa, pero la más leve alusión a Pete bastaba para convertirla en una estatua de cristal. Era comprensible. Cada

cual se protege como buenamente puede. Hay quienes son capaces de hablar sin tapujos sobre la cara oscura del mundo, otros gritan o cantan sus penas y unos pocos logran incluso transformarlas en grandes obras de arte. La estrategia de Madge consistía en una especie de transustanciación inversa, un truco de magia alquímica que convertía la carne y la sangre en materia inerte. Aun ausente, Pete seguía siendo una presencia constante y sólida en sus vidas, pero Madge se cerraba en banda a las primeras de cambio, negándose a hablar de él, y esa actitud tuvo el efecto de erosionar poco a poco su esencia. Esa cerrazón era su forma de supervivencia, la herramienta o el arma que la ayudaba a sobrellevar lo que para ella había representado el descalabro más absoluto. Y, sin los detalles, Caitlin sólo podía elaborar conjeturas sobre la razón exacta de la ruptura.

Lo más probable era que la partida de Pete se debiese a alguna desavenencia entre ambos, porque siempre estaban como el perro y el gato y no podían pasar mucho tiempo sin discutir. Por la bebida, por alguna muestra de egoísmo, por Dios sabe qué. Pero el hecho de que esa riña en concreto fuera más destructiva que las mil anteriores abría la puerta a toda clase de especulaciones. ¿Acaso uno de los dos dijo algo que nunca podría retirar, unas palabras tan viles que su mero recuerdo resultaba insoportable? ¿Acaso fue algo que hizo? ¿O acaso lo que cambió fue que había una tercera persona implicada, otra mujer que tal vez le daba algo más a Pete, una vía de escape, tal vez incluso amor? ¿Fue eso lo que hizo que esa última discusión fuera tan diferente y definitiva? Quizá. Caitlin barajaba suposiciones, calculaba probabilidades, se recreaba en las posibles variables. Con todo, era un ejercicio inútil, y el paso de los años no ha servido para aclarar lo sucedido. Aún hoy, lo único que sabe a ciencia cierta es que Pete estaba allí, como lo estaban las paredes del piso, igual de

sólido y seguro, igual de fiable; hablando de béisbol, con su olor agrio, siempre pálido, siempre algo más que levemente triste, un hombre alto y flaco, con los hombros caídos y grandes manos que nunca parecían del todo cómodas o en reposo. Y de pronto, sin una palabra de explicación o tan siquiera un beso de despedida, desapareció de su vida. Era imposible saber si desde entonces había intentado ponerse en contacto con Madge. Tal vez la llamara o le escribiera en algún momento, porque el abandono total no encajaba con lo que Caitlin creía saber de él, y una palabra dicha o escrita la habría ayudado a comprender las lágrimas que marcaron las peores noches de la vida de ambas. Pero si alguna carta llegó a manos de Madge, no sobrevivió. Nada lo hizo salvo los recuerdos.

El amor todo lo complicaba. Conocer a Thomas añadió cierta volatilidad al mundo de Caitlin. Él le gustó desde el primer momento; le gustaba cómo le sentaban los vaqueros negros ceñidos y las camisas remangadas hacia los hombros. Y le gustaba aún más cómo la miraba, devorándola con los ojos como si no pudiera despegarlos de ella. Thomas no era un gamberro, no se metía en líos de pandillas y drogas, pero en su compañía Caitlin siempre tenía la sensación de que se estaba saltando la ley. A veces, cuando salían juntos, él la arrinconaba contra una pared y se la quedaba mirando fijamente como si quisiera atravesarla con sus grandes ojos oscuros. El silencio era cómodo por entonces, de un modo que nunca lo sería más adelante, pero en esa fase de infinita dulzura les bastaba con una mirada para comunicarse. Él la recostaba contra la pared, se acercaba a ella y escrutaba su rostro hasta que Caitlin sucumbía a una especie de trance, y mientras Thomas la besaba en los labios, le buscaba los senos ávidamente a través de la blusa o el jersey, temerario y desvergonzado, allí mismo, en

plena calle, a la vista de todos. Más tarde, ya de madrugada, ella recordaría ese instante tumbada en la cama, intentando evocar la sensación de estar viva que él había despertado, y al cabo de un rato llegaba a la conclusión de que Thomas le gustaba por muchos motivos, pero sobre todo por la inocencia del hombre que aspiraba a ser. Y era fácil dejarse llevar por su juego, contagiarse de su aplomo y convencerse de que lo que sentía por él era ese gran amor que sólo llega una vez en la vida.

Hacia el final de su primer año de novios, alquilaron un destartalado piso de dos habitaciones en Hudson Heights. Vivir bajo el mismo techo representaba un nuevo desafío, pero en plena efervescencia de una relación todavía floreciente y pletórica, nada podía alterar el equilibrio que había entre ambos. Además, Thomas se había criado en una familia numerosa, por lo que estaba acostumbrado a tener poco espacio y se movía como un bailarín. Ése era el truco, decía. Así se sorteaban los escollos. Por entonces se le daban muy bien los gestos románticos, la noción misma de romanticismo. Le cogía la mano cuando menos se lo esperaba y le encantaba besarla porque ambos vivían esos instantes con una intensidad inusitada. Caitlin aprendió mucho sobre él, desde el punto de vista emocional y físico, cosas que explicaban ciertos aspectos de su personalidad pero eclipsaban otros. Y creía que él también había aprendido bastante sobre ella, por más que se resistiera a hacer revelaciones demasiado íntimas.

En la cama, esos primeros meses, Thomas era infatigable. Se turnaban para devorarse el uno al otro; hasta estando dormidos su piel parecía reaccionar a alguna adicción o atracción magnética, ajena a todo pensamiento o consecuencia. Caitlin era feliz entonces, sonreía mucho y desde un lugar recóndito porque el entusiasmo de Thomas era contagioso. Pero una parte de sí misma permaneció inaccesible.

Madge, huelga decirlo, no aprobaba la relación. El tiempo le había dado la razón en ciertas cuestiones y se la había quitado en otras, si bien, al tener un acceso muy limitado a los pormenores de la vida de la pareja, sus prejuicios se mantuvieron inquebrantables. En lo que a ella respectaba, Thomas era una fuente de problemas, y lo que su hija estaba haciendo con él, eso de vivir sin pasar por el altar, era simple y llanamente pecado. Madge nunca hubiese sospechado que el tema de la boda se colaba con frecuencia en las conversaciones de los jóvenes amantes, casi siempre a instancias de Thomas, y que no se trataba de un diálogo circunscrito a los momentos íntimos, cuando la sangre bullía y se decían cosas sin pensar, sino un debate real y sostenido en el tiempo que se presentaba a la menor oportunidad, durante el desayuno, mientras tomaban café o una cerveza, llevándolos a ponderar la cuestión, a sopesar los pros y contras del matrimonio. Unos meses después de empezar a vivir juntos habían estado a punto de tener un hijo, pero se malogró el embarazo. Tal como vino se fue, sin grandes traumas, porque llevaba pocas semanas. Thomas estaba con ella cuando ocurrió, y la llevó al baño, la desvistió, la sostuvo en la bañera y la lavó, y ninguno de los dos lloró siquiera, aunque ambos tenían la sensación de que debían derramar unas lágrimas, de que eso hubiese sido lo adecuado. Tendrían ocasiones de sobra para hacerlo, le dijo él, entonces y más adelante. Y tal vez fuera mejor así. Caitlin le dedicó una sonrisa y no le sorprendió comprobar lo acertadas que sonaban sus palabras. No es que no quisiera tener hijos, porque sí quería, sino que ninguno de los dos se sentía preparado para tenerlos, no cuando todo era aún tan incierto entre ambos.

Por entonces, Caitlin había empezado a tomarse en serio la

escritura. Era algo que siempre había formado parte de su ser, pero ahora comprendía que no tendría el menor inconveniente en hacerlo de por vida. Eso suponía dedicar varias horas todos los días a la frustrante tarea de construir y desenmarañar frases, llenar páginas para luego cortar de aquí y allá, tratando de dar sentido a cuanto se le pasaba por la cabeza. Pero cuando la escritura fluía, cuando se dejaba llevar por la musicalidad de las palabras, algo la recorría por dentro y todo se iluminaba o cobraba una súbita nitidez. Nunca duraba demasiado, pero era un estado de gracia que merecía la pena perseguir. Lo que escribía, llegados a este punto, era aquello que necesitaba escribir. A esa edad, dieciocho, diecinueve años, sus ambiciones tendían a superar sus habilidades, pero esa constante sensación de no estar a la altura de las expectativas era un logro en sí misma. Había oído o leído las palabras de Beckett a propósito del fracaso y se aferraba a ellas, por lo que rechazaba la indulgencia. Ningún tema era intocable, ninguna herida demasiado sensible. Pensaba en Thomas y lo que había entre ambos, quién era él realmente además de quien fingía ser y adónde se dirigía, dónde acabaría. Y pensaba en la historia de su madre, las penas y sacrificios que tal vez justificaran tanta amargura. Aprendió a observar y ver más allá de la superficie, y se esforzaba mucho por ponerse en la piel de los otros. Las más de las veces erraba el tiro, aunque de cuando en cuando descubría algo valioso, algún instante revelador. Sin embargo, en lo tocante a Pete se sentía bloqueada. Con él, lo único que tenía eran recuerdos, probablemente medio inventados. Pete era una zona en sombra, un fantasma inseparable de las tardes calurosas de su infancia, cargadas de olor a alquitrán y cosas dulces, sonriendo entre el ruido del tráfico al oír la música que brotaba de alguna radio invisible; inseparable también de los momentos de tensión, cuando se quedaba sentado con gesto impasible, los ojos entornados, los labios apretados, mientras su

madre gesticulaba y se desgañitaba ante él.

Y entonces, una noche, otro recuerdo afloró a su memoria —un recuerdo largamente olvidado y tan difuso como los demás, pero también igual de real en cuanto salió a la luz— de la mañana en que, estando borracho, Pete la había subido a su regazo y le había metido la mano por dentro del pantalón del pijama. Volvía de hacer el peor turno posible, de diez a seis, y al salir había pasado por el bar con un par de compañeros, y empezar el día bebiendo siempre sacaba lo peor de sí mismo. Madge había salido a por huevos, estuvo fuera tal vez cinco minutos, y la cosa no pasó de ahí, pero el simple hecho de que la manoseara era inadmisible. Caitlin no recordaba haber llorado, aunque tampoco estaba segura, y se preguntó si había pasado miedo. Sin duda sabría, aunque su madre no se lo advirtiera constantemente, que nadie podía tocarla ahí, pero tenía seis años y a esa edad, sobre todo entonces, las reglas eran sagradas. A los seis años, sólo abrías la boca si alguien te dirigía la palabra, jamás replicabas, ibas en cuanto te llamaban y confiabas ciegamente en tus padres.

Repantingado en el centro del sofá, él le dijo que se acercara y la sentó de lado sobre el regazo, donde la retuvo con delicadeza posándole una mano sobre el hombro, con los ojos cerrados, la serenidad del sueño y el rostro tranquilo por una vez, aspirando lentas y profundas bocanadas de aire que soltaba por la nariz con un silbidito que se agudizaba justo al final, antes del vacío previo a la inhalación. Y entretanto ella permanecía inmóvil, al principio sin saber qué hacer, luego nerviosa, mientras la mano de Pete presionaba su vientre con indiferencia, sin explicación alguna, y luego se deslizaba por dentro de la cinturilla elástica del pantalón y seguía bajando hasta colarse entre sus piernas. Tal vez porque necesitaba concentrarse en otra cosa, Caitlin escrutó su rostro, fascinada por la pequeña red de arrugas que se abrían en abanico desde

las comisuras de los ojos y los poros dilatados de las mejillas, como cráteres ensanchados y llenos de suciedad, del hollín que llevaba consigo desde las entrañas de la ciudad. Es posible que Caitlin gritara cuando Peter empezó a presionar con más fuerza, pero entonces aún tendría aquella vocecilla de ruiseñor, y además esa parte terminó enseguida, seguramente porque él temía que lo pillaran si ella gritaba o si la hacía sangrar. Se quedó allí sentado, quieto como una estatua, con los dedos metidos entre los muslos de la niña y un gesto de disimulada satisfacción en la cara, y sólo sacó la mano cuando Madge anunció su llegada desde el vestíbulo, hablando en voz alta sin dirigirse a nadie en particular, que cómo es que había tanto tráfico a esa hora, que cómo demonios podía hacer tanto calor a esas alturas del año. Pete lo dejó como si simplemente se hubiese cansado o aburrido del juego. Seguía con los ojos cerrados y en su rostro no había ni rastro de emoción, ni alegría, ni miedo, nada.

En cuanto la puerta se abrió, Caitlin se escabulló de su regazo y se fue corriendo al cuarto de baño, y eso también era algo sobre lo que valía la pena escribir, algo que explorar: la sensación de que, incluso a una edad tan temprana, había sentido la necesidad de ocultar lo que acababa de pasar, como si fuera responsabilidad suya. ¿Demostraba eso que la culpa era una reacción instintiva y no una imposición social, o lo que pasaba era que, pese a tener sólo cinco o seis años, Caitlin ya comprendía el precario equilibrio interno de su familia, comprendía que destapar algo así los obligaría a tomar partido y nadie podía prever cómo acabarían las cosas? Pasó mucho tiempo en el cuarto de baño, con la espalda pegada a la puerta cerrada pero sin echar el pestillo, de cara a la ventana y enjaulada en ese cubículo blanco, intentando decidir si llorar serviría de algo. Por tener algo que hacer, y porque el silencio la incomodaba, abrió el grifo del lavamanos y dejó correr el

agua fría. El corazón le latía con fuerza. Todo parecía fuera de lugar, por más que el espejo le devolviera la misma imagen de siempre. La costra seca de una herida del tamaño de una moneda que se había hecho al tropezar en la calle una o dos semanas atrás, mientras perseguía una pelota o jugaba a la rayuela, rompía la simetría de sus facciones. Entonces sí que había llorado, aunque en realidad no le había dolido mucho, no una vez que remitió el escozor inicial, y ese día también se había sentado en el regazo de Pete. Pero esa noche él no había bebido, y la abrazó y acunó con dulzura, como haría cualquier padre, susurrándole palabras de consuelo hasta que Caitlin dejó de llorar y los sollozos dieron paso a una respiración normal. Cuando se calmó, Pete la dejó en el suelo, acercó el rostro al suyo y, con suma delicadeza, movido tan sólo por un amor paternal, le plantó un beso en la mejilla herida. No era un corte profundo, no fue necesario darle puntos. «Para cuando te cases ya estará bien», le dijo, y ella frunció el ceño y preguntó, fingiendo un puchero, si se lo prometía, porque ¿qué pasaba si ella decidía casarse al día siguiente? Un par de semanas después la costra seguía allí, deformando su imagen en el espejo, y la marca que dejó al caer —un pequeño círculo de piel áspera y sonrosada— aún era visible al año siguiente, en las fotografías que le tomaron el día que hizo la primera comunión, la única mácula en un rostro de belleza angelical. Un puñado de aquellas fotos han sobrevivido al paso del tiempo, y en la mejor de todas Caitlin aparece de pie en el umbral de la iglesia. Tiene siete años y sólo se la ve de hombros para arriba: el pelo peinado en ondas oscuras bajo el vaporoso fruncido de un velo que se había echado hacia atrás, las manos diminutas y unidas bajo la barbilla en un gesto de oración. El resultado es una imagen tierna, si bien no del todo inocente por algún motivo que se nos escapa. La marca rosada llama la atención, pero también es imposible pasar por alto el

hecho de que no sonríe a la cámara.

Cuando empezó a poner su vida entera bajo la lupa, una nueva intimidad se infiltró en su escritura. Su ficción cobró un realismo que no había tenido hasta entonces, que bebía de todas las aristas de su existencia, todas las escenas desagradables, el aburrimiento, las pataletas y dramas domésticos, así como los momentos hermosos. En resumen, la clase de palabras que, en cuanto se decían, era imposible desdecir. Y lo cierto es que su proceso creativo se benefició del hecho de aceptar a otra persona en su espacio vital, de compartir cosas, comida, risas, cama, cuerpo. Era una nueva clase de desnudez, que le producía pavor y euforia a partes iguales, y una frescura que electrizaba el mundo, que lo hacía crepitar. La energía brotaba de todas las superficies y cada instante de sus días y noches era una fuente de inspiración.

La situación económica de la pareja tardó algún tiempo en estabilizarse, pero Thomas tenía talento para los negocios y se le daba bien administrar el dinero. Al principio tuvieron que apretarse el cinturón para no acabar devorados por las facturas o el alquiler que, sin apenas darse cuenta, debían desde hacía una semana o un mes, pero gracias a las meticulosas y a menudo creativas técnicas contables de Thomas, sumadas a las ocasionales horas extra, se las arreglaban para no pasar demasiadas penurias. Trabajaba como una bestia para asegurarse de que seguían a flote, y a los veintidós años hacía sin esfuerzo alguno todo aquello que a los cuarenta le costaría Dios y ayuda. En lo tocante a los negocios era frío como un témpano y endilgaba sus mercancías a los amigos de sus amigos y a empresas con el agua al cuello que necesitaban ahorrar todos los gastos posibles y exprimir hasta el último centavo sin pagar nada que se pareciese siquiera a la tarifa de

mercado, porque a los veintidós años uno conserva el desparpajo y la osadía de la juventud, y a esa edad un talento natural para los números y un poco de picardía era un bagaje más que suficiente, generoso incluso. Entonces había muchas maneras de referirse a ello, y «tenerlos bien puestos» era la mejor de todas, pero el truco era conservar la fe en un golpe de suerte inminente sin caer en la tentación de aventurarse demasiado lejos en su búsqueda.

Incluso cuando parecían a punto de acabar engullidos por las deudas, el aplomo de Thomas y su temple ante la adversidad impidieron que se fueran a pique. Y no tardarían en ver un cambio. Tras asediar durante meses a Kinsey, Morgan and Davenport, una prestigiosa firma contable a la que hizo llegar una pila de currículos inflados como para deforestar un bosque entero, logró al fin vencer su resistencia y que lo pusieran en nómina como chico para todo y machaca de los números, a condición de que terminara la formación a tiempo parcial que había empezado y se sacara el título correspondiente. Era la recompensa a toda una vida de empecinada persistencia y lo situaba en el extremo inferior del escalafón profesional, pero suponía subir un peldaño y vislumbrar el brillo embriagador de las lejanas estrellas. Más importante aún, les aseguraba un modesto pero constante flujo de dinero en el banco, el primer día de cada mes sin falta. Para una pareja tan acostumbrada a vivir a salto de mata, esta nueva estabilidad era un prodigio. Los días adquirieron una levedad inusitada y las noches se tiñeron de un azul aterciopelado. Thomas llegaba a casa poco después de las seis, o pasadas las diez los días que iba a clase, y encontraba a Caitlin esperándolo con besos que se traducían en sonrisas. Se sentaban a cenar y charlaban sobre el trabajo, el tráfico y los mil y un detalles que llenaban un día en la ciudad. Era como jugar a las casitas, y ellos se prestaban al juego como dos niños, cada cual encarnando el rol que le correspondía,

fingiendo ser adultos, aunque en realidad no hacían más que alimentar una fantasía y llenar un vacío compartido. Y cuando por fin abrazaron lo que parecía la evolución natural de su relación y acordaron que había llegado el momento de casarse, también se lo tomaron como una especie de juego. Las formalidades brillaron por su ausencia, pero Thomas fue el primer hombre que le propuso a Caitlin pasar por el altar, el primero que se interesó por ella en ese sentido, o en cualquier otro, y pese a que seguramente su compromiso no era todo lo firme que cabría esperar, ni se le pasó por la cabeza rechazarlo. A sus veinte años, Caitlin no se imaginaba compartiendo el futuro con nadie más, y por increíble que le pareciera más adelante al echar la vista atrás, el miedo había tenido un peso importante en su decisión. El matrimonio, más allá de la pátina alocada y visceral del amor, era un contrato entre dos personas, una relación de toma y daca que implicaba abrirse de piernas tanto si le apetecía como si no, arrimar el hombro para perfeccionar una existencia compartida, y si la perfección resultaba ser una meta demasiado ambiciosa, conformarse al menos con hacerla soportable. Él cuidaría de ella, y ella haría lo mismo por él. Entre medias, Caitlin buscaría la felicidad en las palabras. Sobre el papel todo estaba clarísimo.

Durante la infancia, cuando su madre trabajaba de sol a sol y Pete encadenaba borracheras con aire enfurruñado, Caitlin había pasado incontables horas pensando en cómo sería la vida de casada. Aquello que no se podía nombrar había pasado una sola vez, pero desde entonces, después incluso de que Pete se marchara para no volver, vivía alerta ante la posibilidad de que pudiera ocurrir de nuevo. El matrimonio representaba para ella una especie de evasión mental, una fantasía que consistía en sonreír a todas horas, preparar pasteles y galletas y besarse a oscuras. Era cenar a la luz de las velas, cogerse de la mano a la menor ocasión y la felicidad absoluta de tener a alguien que la

protegiera y cuidara, que llegado el caso diese la vida por ella sin vacilar. El tiempo se encargaría de echar por tierra la mayoría de estas ilusiones, pero a los veinte años, y pese a llevar tres en pareja con sus altibajos, algo quedaba de ese idealismo. Sin embargo, tanto si lo que había entre ambos era amor como si era un sentimiento menos poderoso, la gran baza del matrimonio, a su juicio, era que conjuraba el pavor a una vida solitaria.

La inspiración para escribir nunca le había faltado, ni de soltera, ni de casada. Vio salir el sol muchos días desde la mesa de la cocina, sentada como de costumbre de cara a la ventana y con la página ante sí, enfundada en un viejo camisón de franela mientras dejaba enfriar la segunda o tercera taza de café cargado, y con frecuencia se escabullía de la cama al filo de la medianoche, después de hacer el amor, completamente despierta y sintiéndose más viva que nunca. En esos momentos, escribir consistía en pensar y moldear los pensamientos. Caitlin vagaba a ciegas, luchando contra la frustración, abriéndose paso a tientas y a fuerza de insistir, hasta que los relatos cobraban forma. Aun así, cuando por fin lo conseguía, el resultado la sumía a menudo en un estado de pánico. Lo que estaba haciendo no le parecía equiparable a lo que hacían otros escritores, los de verdad. Para ella, los escritores con mayúsculas, los que se habían ganado esa condición a pulso, seguían siendo en esencia criaturas míticas cuyo nombre bastaba para evocar imágenes y universos enteros. Hemingway, Steinbeck, Mailer, Updike, Nabokov eran para ella ficciones que alumbraban ficción. No eran personas con las que pudiera cruzarse por la calle, no formaban parte de su paisaje. Sus respectivos procesos de creación tal vez tuvieran cosas en común, pero las frases que ellos habían cincelado derrochaban

musicalidad, latían con una vitalidad electrizante. Caitlin no creía que pudiesen imaginar siquiera la titubeante desesperación que ella sufría al hilvanar el primer borrador de un relato, y quien dice el primero dice el quinto. Las palabras de esos escritores bailaban; las suyas yacían comatosas. Se dejaba la piel en cada historia, pero algunas veces pasaban semanas enteras sin que sus esfuerzos por resucitarlas produjeran más que un leve estertor. Por entonces, el hecho de escribir había pasado a formar parte de su identidad hasta tal punto que no podía contemplar siquiera la posibilidad de dejarlo, y lo único que la animaba a seguir adelante era saber que podía fijar sus propias reglas y no tenía por qué enseñarle a nadie la obra terminada si no se sentía cómoda haciéndolo. Pero eso no ayudaba a mitigar la sensación de no estar a la altura.

Llevaba nueve semanas casada cuando «Relaciones exteriores», su primer relato realmente digno de interés, fue rescatado de entre la morralla en la redacción de una revista nacional de tirada media y enviado a imprenta. Para entonces Caitlin ya había sufrido lo suyo con el relato y encajado una docena de rechazos en forma de cartas tipo, de las que arrugan la autoestima y la tiran a la basura como si fuera un gurruño de papel, al punto de arrebatarle la confianza en su propio juicio. La llamada telefónica la sorprendió fregando los platos de la cena con los brazos enjabonados hasta los codos. La voz de un hombre, desapasionada y distraída con otras tareas, a cuál más importante que ella, se presentó y anunció, en un tono que nadie hubiese tomado por una propuesta, el interés del diario en publicar su relato, siempre y cuando diera su consentimiento a una corrección mínima en el segundo párrafo de la página tres y a un par de puntualizaciones aquí y allá. Caitlin le dio las gracias con un hilo de voz, balbuciendo monosílabos, y tras posar el auricular en la horquilla del

teléfono se dejó caer al suelo y lloró sin saber muy bien por qué. Creyendo que había pasado algo, Thomas se levantó de la silla en la que estaba viendo el béisbol, la ayudó a incorporarse y la abrazó. Entre sollozos, ella le explicó lo que acababa de pasar y él la felicitó, sonriente, mientras le metía la mano bajo la blusa y empezaba a acariciarle el pezón izquierdo.

Fue un éxito minúsculo que se tradujo en una retribución irrisoria y unos pocos ejemplares de obsequio, pero ella lo vivió como un premio a muchos años de disciplina y duro esfuerzo, y en ese sentido su valor era incalculable. Esa noche Thomas y ella lo celebraron con una botella de vino tinto que les costó cinco dólares y luego hicieron el amor hasta quedarse dormidos. Allí tumbada, en la sudorosa penumbra poscoital, mientras su marido dormía boca abajo entre las sábanas revueltas y la radio de la mesilla de noche, apenas audible, retransmitía un partido de béisbol de la Costa Oeste, se atrevió por fin a plantearse una carrera como escritora. Las cosas que se le ocurrieron eran descabelladas, pero en su mente febril todo parecía encajar a la perfección. A lo largo de las semanas y meses siguientes se propuso hacer realidad esas fantasías, aplicándose a la tarea con gran disciplina, tomándoselo como un trabajo de verdad, marcándose objetivos, proponiéndose escribir un mínimo de palabras diarias que rara vez alcanzaba pero que la obligaban a concentrarse y avanzar en la buena dirección. Cuando «Relaciones exteriores» llegó en formato impreso, Caitlin sostuvo la revista como si fuera un objeto precioso, se sentó a la mesa de la cocina y la leyó con fruición de principio a fin, excepto su propio relato, que se limitó a ojear por encima, temerosa de que los posibles defectos empañaran un momento tan gozoso. El mero hecho de ver su nombre impreso le había provocado una inesperada mezcla de angustia y euforia. Euforia porque descubrió que compartía página con varios nombres reconocibles, incluido un poeta que

había ganado el premio Pulitzer, y angustia porque el relato exponía, si bien de un modo velado, una parte importante de su propia vida. Había cambiado los nombres para proteger la identidad del culpable, y ni siquiera quienes mejor la conocían hubiesen atado cabos fácilmente, pero ella sí lo sabía. Mientras escribía el relato no había pensado ni por un segundo en cómo se lo tomarían los demás, sobre todo porque se trataba de una experiencia personal, una parte de su pasado, y se consoló diciéndose que eso era lo que hacían los escritores de verdad, como Faulkner, Flannery O'Connor, Hemingway y todos los demás. Escribían de lo que sabían y de lo que les importaba. Caitlin cerró los ojos y decidió no avergonzarse por seguir su ejemplo.

El trabajo avanzaba a paso de caracol. Cada día reservaba una hora o dos, a veces más, para escribir. No se proponía metas imposibles y sólo aceptaba los desafíos que le imponía la propia escritura, pero al cumplir veinticinco años ese futuro soñado parecía al alcance de la mano. Por el camino habría decepciones, relatos tan intrínsecamente rotos que no acababan de sostenerse por más tiempo y esfuerzo que invirtiera en ellos, e incluso las pocas historias que sí funcionaban tenían que sobrevivir a varias oleadas de rechazo hasta que por fin llegaban a buen puerto, pero cada pequeño éxito le daba fuerzas para seguir adelante. Su sexto relato publicado hasta le valió un pequeño premio —una pieza de cristal y un modesto cheque—, así como su inclusión en una antología de los mejores relatos del año, lo que a su vez hizo que tres conocidas agencias literarias se interesaran por su obra a través de sendas cartas. Se sentía cómoda con la escala de los relatos cortos y disfrutaba de la ilusión de control que le brindaban, pero una parte de sí misma había empezado a anhelar un lienzo más amplio. Desde hacía meses tenía entre manos tal vez cincuenta páginas salvables de una novela breve, pero seguía fingiendo

para sus adentros que aquello no era sino un relato largo. No osaba contárselo a nadie, mucho menos enseñarlo, aunque el simple hecho de poner las palabras sobre el papel le produjera una alegría rayana en la euforia.

Para entonces Michael había pasado a formar parte de su vida. Se habían conocido en un bar cerca de tres años antes, un capricho del destino. Dos miradas que se engarzan, un intercambio de sonrisas, la respiración entrecortada; nada nuevo bajo el sol. Caitlin ni siquiera era consciente de albergar un vacío en su interior hasta que él se propuso llenarlo. Michael había ido al bar con su primo, y llevaba encima unas cuantas copas de más para cuando empezaron a hablar, y si bien fue él quien la abordó, ella se encargó de animarlo. Desde el principio, ambos sabían muy bien a qué jugaban. Ninguno de los dos estaba libre de ataduras, ninguno había salido en busca de una aventura. Pero entre ambos se produjo una conexión poderosa. Caitlin notó cómo los engranajes se movían y los mecanismos encajaban en su sitio. Fue una experiencia profundamente física. Y a partir de ese instante todo vino poco menos que rodado. La resistencia por parte de ambos fue mínima, además de inútil, porque no hay peor ciego que el que no quiere ver. Salir corriendo habría sido lo más fácil del mundo. Un breve meneo de cabeza y todo habría quedado en un flirteo, una copa y un punto y aparte para rematar la frase. Pero cuando él le preguntó si le apetecía bailar, ella le dio la mano, tal como hacen los personajes de las películas. Vacilante, aunque sólo de cara a la galería, contando los segundos necesarios para crear expectación y luego levantándose para ir a su encuentro, tendiéndole la mano con la muñeca flexionada. Pese a estar borracho o poco menos, Michael supo a un nivel instintivo, pero no por ello menos certero, lo que tenía que

hacer, y en cuanto encontraron un hueco libre en la pista de baile le tomó la mano delicadamente pero la cadera con firmeza. Cuando sus cuerpos se unieron, se produjo la clase de explosión que nadie sino ellos podía oír o percibir, y empezaron a moverse con torpeza, sorteando las mesas más que flotando entre ellas, bailando juntos pero sin pizca de ritmo, ajenos a la cadencia de la música pero acompasados entre sí. Las palabras parecían fuera de lugar, pero había algo absorbente en sus interacciones. Siguieron bailando, si es que aquello podía considerarse bailar, y cuando Caitlin sintió que podía hacerlo, apoyó la mejilla en el hombro de Michael y aspiró el olor de la jornada que él acababa de dejar atrás, las largas horas metido bajo el capó de algún coche destartalado. Grasiento y aceitoso, cansado hasta el agotamiento y empapado de un sudor que no se distinguía de la sangre sino por el color y el olor. La incipiente barba de Michael le raspaba los pómulos y la sien, pero Caitlin volvía una y otra vez en busca de esa sensación, presionando para notarla y amoldándose a él de modo que la boca de Michael quedara cerca de su oreja, y a veces, cuando se inclinaban para girar sobre sí mismos, directamente sobre ésta, y en esos instantes su aliento abrasador la encendía de tal manera que tenía que contenerse para no restregarse contra su muslo.

Esa noche todo cambió. Una constelación de estrellas raras e irresistibles, predestinadas a alinearse, apareció en el cielo. El alcohol servía de excusa para ciertas cosas, pero no podía explicar lo que Caitlin sentía estando con él. No es que no quisiera a su marido, se dijo a sí misma y al propio Michael, la primera vez que se acostaron. Thomas practicaba una especie de desapego bondadoso. Trabajaba duro por el bien de ambos, por su hogar, por las cosas que necesitaban. Era constante, fiel y no demasiado exigente. Sólo hablaba de amor muy de tarde en tarde, siempre con la respiración entrecortada, los ojos

cerrados con fuerza y puede que el corazón también, como si hacerlo le resultara doloroso. En la calle o en el metro, enfundado en un traje chaqueta medianamente bueno y asiendo un maletín negro de piel sintética con herrajes cromados, parecía seguro y competente, puede incluso que osado. En realidad era un hombre de ambiciones modestas, manejables. Hablaba mucho sobre la realidad, pero vivía un peldaño por debajo de ésta, sin atreverse jamás a pisar terreno minado. Hay muchos hombres así, y muchas mujeres que necesitan justamente eso. A veces Caitlin se sentía como una de ellas. Aun así, necesitar y desear son cosas distintas. Ella lo amaba y no le cabía duda de que ese sentimiento era correspondido, en la medida en que Thomas era capaz de amar a alguien, aunque había muchas cosas que no haría por ese amor, y lo mismo podría decirse de ella. Caitlin lo quería, pero nunca lo deseó con desesperación. Y a esa edad, veintidós años, cuando eran tantas las cosas que empezaban a encajar en su sitio y el mundo parecía desplegarse ante ella, descubrió que quería más de la vida. Por primera vez, el amor se revelaba con todo su abanico de matices.

Caitlin no se sentía orgullosa de su egoísmo. Y si bien lo suyo con Michael era algo más que un simple capricho egoísta, no podía dejar de verlo como tal. Entonces y ahora. Pese a los demás factores en juego, y tras haber dedicado años de su vida a buscar nuevas maneras de justificarse.

El primer día completo que Michael y ella pasaron juntos, Caitlin se había desnudado sumida en un profundo trance. Las copas y el baile eran cosa de la noche anterior y, acaso presintiendo la magnitud de su fragilidad, Michael la trató con dulzura. La abrazó junto a la cama y se besaron de pie, profundamente concentrados, venciendo poco a poco el pánico inicial. Las cortinas estaban corridas para que se sintieran cómodos en su desnudez, pero eran casi las doce del mediodía

y estaban a finales del verano, hacía un sol de justicia y el poliéster plisado color hueso era demasiado fino para empañar el resplandor del día. Michael la besó en la boca y luego en el cuello, sin prisa, estudiando su rostro de perfil desde el centro de la barbilla hasta el pequeño y firme lóbulo de la oreja, porque todo era nuevo, cada sabor y textura. Entre beso y beso, Caitlin notaba el soplo caliente de su aliento en la piel que antes habían humedecido sus labios, y Michael volvía una y otra vez a su oreja derecha, que trataba con suma delicadeza, siguiendo las espirales de cartílago con la punta de la lengua, tomando el borde y luego el lóbulo entre los dientes, mordisqueando suavemente el tejido carnoso. Caitlin se dio cuenta de que en su fascinación había algo parecido al asombro, una especie de sobrecogimiento que la hizo sonreír. Y mientras la boca de Michael se empleaba con pasión, sus manos se mostraban mucho más consideradas, acariciando y recorriendo sus pequeños senos, dibujando una senda desde las costillas hasta las caderas. Descubriendo hasta el último detalle de un cuerpo que a esa edad no conocía el cansancio. Cuando él la guió hasta la cama y permaneció un instante de pie, con el rostro encendido de deseo, mientras ella se tendía, un escalofrío de miedo y excitación la recorrió al verse súbitamente expuesta. Se quedó sin aliento y sintió el aire atrapado en la garganta, como una carcajada reprimida.

Ambos vivieron esa primera vez como algo sagrado. Sus cuerpos eran paisajes recién descubiertos, ricos en cimas y ondulaciones, rebosantes de secretos. Caitlin se aferró a Michael en una especie de medio abrazo mientras él la embestía, y cuando ella deslizó la mano por la parte baja de su espalda, descubrió que tenía la piel suave y resbaladiza como el cristal mojado. Ella verbalizó su amor entonces, pero él se contuvo hasta que se apartó con esfuerzo y se dejó caer exhausto a su lado. Para que así su revelación tuviera más

valor, para que no hubiese sino campo abierto entre ambos. Nunca había sentido nada igual, y así se lo dijo, susurrando palabras que sonaron como largos y dulces suspiros en el silencio estremecido. La escrutaba con asombro, desacompasado respecto al mundo, que había seguido girando durante esos segundos en los que todo se había detenido para él. Ella también lo escrutaba y sonreía, porque lo creyó, porque reconoció la cualidad absoluta de esa verdad. En la habitación hacía un calor sofocante y bajo aquella luz tamizada la piel de Caitlin relucía, bañada en el sudor de ambos, y sus ojos centelleaban con destellos plateados.

No obstante, por preciosas que fueran, estas colisiones no lo eran todo. Cuando estaban separados, se deseaban con una intensidad visceral, anhelaban conocer todos los detalles de la existencia del otro, y cuando por fin estaban juntos saboreaban con fruición hasta la más insignificante de las revelaciones. Michael le habló del trabajo, de los altibajos en las ventas, y ella le habló de su carrera literaria y de los objetivos que esperaba alcanzar algún día. No se refería a premios, galardones o una gran fortuna, sino al oficio propiamente dicho. A diferencia de él, Caitlin tenía aspiraciones y ambición. El trabajo de Michael se iba convirtiendo cada vez más en un suplicio, pero le permitía pagar las facturas y le aseguraba la supervivencia. Y de donde él provenía eso era lo más importante. Hasta que conoció a Caitlin, estaba muerto en vida, y las únicas veces que quería ser él mismo y no otro hombre, cualquier otro, era cuando la veía. Lo que ocurría entonces era pura magia. Como si volvieran a tener dieciséis años, compartían sus preferencias de música, literatura, cine, comida, y enumeraban sus cosas favoritas: color, olor, lugares que querían visitar, hora del día, estación del año. Puesto que acordaron desde el primer momento no pensar en el futuro ni hacer planes que no podrían llevar a cabo, el pasado de ambos

cobró un especial protagonismo. Mientras recorrían el muelle, sobre todo durante los meses cálidos de finales de primavera y verano, Caitlin evocaría a menudo la Coney Island de su niñez y adolescencia, cuando conseguía convencer a Madge, y a veces también a Pete, para que la sacaran de paseo, o cuando más adelante iba hasta allí por su cuenta con los amigos de clase. Recordaría en voz alta el calor, el sabor dulzón a mostaza y pepinillos en vinagre de los perritos calientes, el ruido, los gritos y risas de la muchedumbre. La felicidad. Michael le asía la mano y sonreía, intentando imaginar cómo sería entonces Coney Island, y cómo sería la propia Caitlin, tan pequeña bajo el sol, chapoteando en el agua fría y resplandeciente, haciendo castillos de arena y corriendo por el puro placer de hacerlo. Su propio pasado se le antojaba mucho más lejano, y el hecho de compartirlo con ella daba pie a una mayor intimidad entre ambos, por lo que esperaba a que estuvieran a salvo encerrados en una habitación, a que el mundo se hubiese reducido a ellos dos, para dejar aflorar los recuerdos. Caitlin se acurrucaba entre sus brazos o pegaba la mejilla a su pecho mientras él hablaba sobre Irlanda y su isla natal, Inishbofin, un mundo tan distinto al presente que tal vez nunca hubiese existido sino en sueños, aunque en realidad seguía allí, con todo lujo de detalles, cada vez que él alargaba la mano en su dirección. Inishbofin, un pedazo de tierra tercamente incrustado entre los pliegues del mar abierto y el inmenso e implacable cielo, el lugar que Michael seguía conociendo mejor que ningún otro pese a los años transcurridos desde su partida y las circunstancias que la habían rodeado. Un lugar de color incierto debido a la luz cambiante, rico no sólo en las consabidas tonalidades de la hierba y el agua, sino también en rojos, amarillos y la amplia gama de colores intermedios, pinceladas que se fundían con otras como algo salido de un lienzo, convirtiendo el paisaje en una especie de asilvestrado

tartán. Cada vez que él hablaba sobre la isla, salía a relucir un nuevo matiz, un detalle largamente olvidado, insignificante salvo por el hecho de que había sucedido, de que le pertenecía.

Cuando hablaban así, sus silencios cobraban un peso asombroso, porque ninguno de los dos se había prestado jamás a abrir su corazón de ese modo. Se miraban el uno al otro con una mezcla de vergüenza y gratitud, por lo dicho y lo escuchado, por anhelar con tanta fuerza esos fragmentos de una vida ajena.

Cuando estaban juntos sentían que estaban hechos el uno para el otro, pero los espacios vacíos entre sus encuentros eran campo abonado para la duda. Caitlin se regodeaba alimentando los peores augurios, había algo irresistible en ese sufrimiento, como si el hecho de contarse mentiras a sí misma sirviera de algún modo para realzar la verdad, y disfrutaba del aguijón de la culpa cuando, quizá en su siguiente cita, Michael hacía algún comentario o pequeño gesto que no dejaba lugar a dudas respecto a sus sentimientos. Como el día que sacó un ejemplar de la revista en la que acababa de salir su último relato, «Reservas», el cuarto que publicaba, y le pidió que se lo dedicara tendiéndole un bolígrafo barato. Ella ya había recibido su ejemplar por correo, pero sintió una emoción inmensa al verlo ante sí de un modo tan inesperado, y en ese entorno ajeno. Que él se hubiese tomado la molestia de seguir su obra la conmovió hasta las lágrimas. Rodó desnuda hasta quedar boca abajo, hojeó la revista y volvió a admirar la calidad del papel, la elegante tipografía y el diseño de la portada. Había pasado quizá tres cuartas partes de las páginas cuando se topó con su propio relato y leyó unas frases al azar, buscando su cadencia interna.

> Vestía un traje de chaqueta a rayas blanquinegras, de corte holgado y hombreras prominentes, lucía un sombrero de copa granate incluso en sus días libres, sonreía en todo momento enseñando una dentadura mellada y hablaba por los codos sobre lo que importaba y lo que no. Aseguraba haber nacido en Canadá mientras se atusaba las largas guías enceradas del bigote de morsa al compás imaginario de su propio discurso. Se había criado en una pequeña e inhóspita aldea de las montañas y por sus venas corría una enjundiosa mezcla de sangre irlandesa, francesa y escocesa, aderezada con delicadas influencias ojibwa y cree.

Sacadas de contexto, eran las palabras de una desconocida. Caitlin recordaba haberlas escrito y reescrito, buscando la cadencia y el ritmo precisos, pero despojadas del argumento no las sentía como propias. Sin embargo, disfrutaba sabiendo que las había escrito y que a Michael le importaban lo bastante para buscarlas. Tendido a su lado, él acariciaba su cuerpo, demorándose en la cara posterior e interna de los muslos antes de volver a recorrer la curva de las nalgas. Parecía hipnotizado, lo que hizo que una sonrisa aflorara a los labios de Caitlin y se quebrara en una carcajada. Acabó de hojear la revista con parsimonia y luego, con impostada solemnidad, cogió el bolígrafo y garabateó su firma en el espacio en blanco que quedaba por encima del título. Las dedicatorias eran una novedad para ella. De niña había llenado las guardas de los libros de texto ensayando su firma, debatiéndose, a menudo en un mismo intento, entre una letra menuda y delicada y otra grandilocuente y rica en florituras, esforzándose siempre por resultar ilegible, pues al parecer ése era el rasgo definitorio de una rúbrica digna de admiración. Pero eso había sido mucho tiempo atrás, antes de que la cobardía anidara en su interior. Lo que ahora escribió en la página era mucho más comedido: «Para Michael, lo mejor siempre, Caitlin.» Era una dedicatoria sencilla y formal, pero insinuaba algo más para quien supiese

entenderlo. Michael cogió la revista y leyó complacido lo que ella había escrito, comprendiéndolo sin necesidad de explicación, y luego se lo agradeció con un beso de los que no engañan.

Casi desde el primer momento, Caitlin supo ver su relación como lo que era. Michael le permitía sentir; con él, existía de un modo más intenso. Se lo debía en parte al sexo, pero también a esa forma que él tenía de mirarla fijamente con sus ojos azul pizarra mientras se mordisqueaba el labio, y a lo que sentían estando juntos, paseando por el muelle, sobre todo en verano, intercambiando menudencias, turnándose para darle bocados a un perrito caliente o una porción de pizza, seguros aun sin haber llegado a verbalizarlo de que lo suyo duraría eternamente y de que siempre serían así de felices. En cierta ocasión iban por el paseo marítimo cuando Caitlin tropezó con los cordones desanudados de uno de sus zapatos y se abalanzó sin querer sobre Michael. Él la cogió al vuelo y luego se agachó para anudarle los cordones. Caitlin le alborotó el pelo y, estando de rodillas, él tomó su mano y le suplicó que se casara con él. Los transeúntes se detuvieron a aplaudir el apasionado sí de Caitlin y acogieron con vivas el abrazo que selló el momento, dando por hecho que lo que estaban presenciando era real. Michael se echó a reír y la besó, y durante esos breves segundos ella también se lo creyó, porque las promesas sólo se convierten en mentiras cuando se quedan cortas respecto a sus propias ambiciones, y ninguno de los dos se había sentido nunca tan joven, tan feliz ni tan lleno de vida como ese día. Durante esos segundos de una tarde de verano, en brazos uno del otro como si no hubiera nada más natural, eran tan sólo quienes querían y necesitaban ser.

Hay momentos en los que a Caitlin le cuesta discernir cuál de

sus dos vidas es más real. En cuanto vuelve a ponerse en la piel de la mujer casada y hogareña, las tardes pasadas con Michael, intensificadas por su escasez, se le antojan un sueño. Frente a ese recuerdo, el mundo parece anodino y vacío.

Pasa los días como en trance, incapaz de concentrarse en nada. Ver a Thomas despierta en ella un sentimiento de culpa que resulta incluso placentero, y a menudo se permite fantasear con la confesión, recreando la escena tal como podría suceder algún día, aun sabiendo que nunca sucederá. Soltaría la noticia bomba durante la cena, quizá, intentando reducir su impacto a un nivel meramente atómico empleando el tono de contrición adecuado y, en un esfuerzo por evitar posibles tragedias, absteniéndose de servir nada que tuviera huesos, apostando en cambio por el contundente consuelo de un estofado de cordero o unos espaguetis a la boloñesa, platos de textura densa y tierna que exigen respirar hondo y tragar sin reservas. O, si la mesa de la cocina se le antojaba un lugar demasiado indiscreto para semejante revelación, se lo diría en la cama, aprovechando los escasos minutos de calma que vienen justo después de que suene el despertador, trayéndolos de vuelta a la vida, para informarlo de que ya no tenían nada en común. Para decirle lo que él seguramente ya sabe, pero traduciéndolo a palabras concretas para que no puedan seguir negándolo. Un carraspeo, un susurro, «He conocido a alguien», llenando los vacíos dejados por los sueños. Añadiría que lo siente mientras el silencio se llena de melancolía, sin poder evitar decirlo aun sabiendo que cada palabra suya es como un hachazo. Porque lo lamenta de veras, y siempre lo lamentará, pero sólo por hacerle daño. No puede lamentar todo lo demás, porque eso tiene que ver con sus propias necesidades. El corazón de Caitlin se ha ganado a pulso su propia indiferencia. Y en su fantasía se ve acostada junto a Thomas, no ajena a su dolor pero inmune al mismo por pura voluntad, concentrándose en el vaivén de su

propia respiración a la espera del instante en que se verá obligada a levantar los ojos, aunque sólo sea para cerciorarse de que sus palabras han dado en el blanco y, si así ha sido, calibrar en toda su intensidad la zozobra de Thomas.

Durante mucho tiempo se planteó en serio abandonarlo, pero, tal como llegaban, las oportunidades se desvanecían. Caitlin sabía qué decir, pero se resistía a pronunciar las palabras. Y sufría. Los hechos eran menos seguros que la fantasía, porque la suya no era sino la mitad de la historia. Desde el primer minuto Michael y ella habían evitado deliberadamente abordar la cuestión. Y tenía que haber cierto grado de acuerdo entre ambos para que uno de los dos decidiera poner en peligro un ápice de la existencia que había construido junto a otra persona. Caitlin vivía a la espera de encajar una bala, un golpe, pero aguantaba porque confiaba en un final feliz y porque no le costaba convencerse de que la situación actual no se alargaría eternamente. Sin embargo, los meses se convirtieron en un año, en dos, en cinco. Hasta que perdió la cuenta. En algún momento su escritura se ablandó y se quedó estancada. Por el camino, se perdieron otras cosas. El tiempo desdibujó los contornos, los fuegos se fueron consumiendo.

Para Thomas, la vida avanzaba al compás de sus expectativas. Desde que se casaron, se había esforzado mucho por asegurarles a ambos una existencia cómoda. Pagaba las facturas y trabajaba largas horas sin rechistar. A veces Caitlin encontraba una pista delatora, una mancha o rastro de perfume en el cuello de su camisa, pero no decía nada. Porque no había nada que decir. Siempre que eso pasaba —no era algo frecuente, pero sí lo bastante asiduo para considerarlo relativamente habitual—, se le encogía el corazón. Las primeras veces hasta había llorado, pero luego la invadía un sentimiento de vergüenza, metía la camisa en el cesto de la ropa sucia y

hacía como que no lo había visto, diciéndose que por lo menos Thomas era discreto y lo bastante considerado para vivir sus adulterios en horas de trabajo.

El paso de los años había asentado su relación de pareja a fuerza de anquilosarla. Los silencios duraban más, había una nueva distancia entre ambos y no era raro que pasaran días enteros sin mirarse a los ojos. Él trabajaba y llevaba dinero a casa, mientras que ella cocinaba y se encargaba del orden y la limpieza, y si una noche decidía acostarse pronto porque estaba cansada o simplemente quería estar a solas, dejaba una botella de vino decente en la cocina y el congelador siempre estaba lleno. Thomas nunca se quejaba y lo cierto era que, sobre todo después de los primeros años de casados, apenas se fijaba en nada. Aunque se negaban a reconocerlo, vivían de espaldas el uno al otro.

Unas Navidades, el octavo o noveno año de casados, él le regaló una preciosa libreta Moleskine con páginas de una ligera tonalidad sepia. Para entonces habían alcanzado cierta estabilidad económica, pero ninguno de los dos concedía demasiada importancia a los regalos. Ella tenía todo cuanto necesitaba y no esperaba que él la agasajara con collares y pulseras. La libreta era un recuerdo, algo que poner debajo del árbol junto con el monedero o la corbata que ella había envuelto para él.

—Úsala para uno de tus relatos —había sugerido Thomas al ver su gesto ausente.

Caitlin se quedó un rato junto al árbol de Navidad iluminado, mirando distraídamente por la ventana y sujetando la libreta contra el pecho. La nieve caía sin prisa sobre la calle helada, la luz matinal tenía la densidad crepuscular del humo de chimenea y nada se movía en el mundo salvo el aire. Caitlin no había escrito una sola frase desde hacía dos años. Esa parte de sí misma se había secado. Durante un tiempo había luchado

contra lo inevitable, pero era como remar contra corriente. Con la mirada perdida en la nieve que caía, se preguntó si esa libreta era una forma cariñosa de animarla a retomar la escritura, si Thomas se habría dado cuenta de lo que le pasaba, de que no caminaba con el aplomo de otros tiempos, de que había perdido la tensión elástica que siempre la había sostenido y apuntalado en plena vorágine creativa. Pero no bien se planteó esa posibilidad, supo que era falsa. Dudaba que Thomas recordase siquiera la última vez que ella le había dado a leer algún texto suyo, publicado o inédito. Para él, escribir era una especie de pasatiempo, como lo era el arte en cualquiera de sus formas, el deporte y todo aquello que no tuviese el menor impacto en su vida material, y aceptaba ese capricho tal como hubiese aceptado que ella se aficionara al origami, a tocar el violín o a dominar el urdu.

Los valores de Thomas se organizan en casillas claramente definidas. El orden, o la sensación de orden, así como la imagen que uno proyecta ante los demás, son cuestiones importantes para él. Es un hombre tozudo y resuelto, sensato, pragmático y realista, generoso dentro de lo razonable pero ciego y sordo a todo lo que se aparte, aunque sea unos milímetros, de lo estrictamente necesario.

—Puede que nos tengamos que mudar —anunció una mañana, hará unos diez días. Acababa de apurar una taza de café y alisó los dobleces de las páginas del diario hasta dejarlo otra vez como nuevo. Era un gesto que formaba parte de su rutina, del ritual de prepararse para ir a trabajar—. A Illinois.

Ella se había limitado a mirarlo. Hacía tiempo que circulaba el rumor, aunque hasta entonces siempre había sido demasiado vago para tomárselo en serio.

—A Peoria. Aún está todo en el aire, por supuesto, pero podría ser muy bueno para nosotros. Supondría un gran ascenso, acompañado de un buen aumento de sueldo. El dinero

cunde mucho más allí que en Nueva York. Peoria es una ciudad pequeña, a unas tres horas de Chicago. Compraremos una buena casa. No nos faltará de nada. Dicen que tengo bastantes números para que me toque, pero aún no hay nada decidido. Espero saber algo, en un sentido o en otro, durante las próximas dos semanas. Si al final sale, todo serán prisas.

Llegados a este punto Thomas se levantó de la mesa mirando hacia la ventana que había a espaldas de Caitlin, donde se adivinaban las primeras luces del alba. Con su traje chaqueta, la barbilla ligeramente erguida y bañado por la cruda luz eléctrica de la cocina, parecía apuesto, joven incluso, un trasunto del hombre —del muchacho— con el que Caitlin se había casado. Puesto que, por suerte, ella no podía vislumbrar su propio reflejo, se imaginó igual de joven, con toda la vida por delante, como un lienzo en blanco, antes de cometer todos los errores que llegaron después. A su alrededor, la estancia parecía inmóvil como una obra de arte, como si los detalles fueran inmunes al paso del tiempo, y se le antojó imposible que el mundo bajo sus pies siguiera dando vueltas sobre sí mismo, y no sólo eso, sino que hubiese empezado a girar a una velocidad vertiginosa. Thomas permaneció en la misma postura durante un buen rato, como una foto fija de su propio pasado, y luego asintió con la cabeza una sola vez, como para sus adentros, y se fue. Sólo se despidió de Caitlin cuando ya había abierto la puerta de la calle, sin apenas volverse, lanzando las palabras al aire como si se le hubiesen ocurrido en el último momento. La puerta se cerró a su espalda antes de que ella pudiera contestar.

Si durante todo el tiempo que llevan juntos Michael hubiese abierto alguna vez los brazos por completo para recibirla, Caitlin se habría arrojado al abismo por él, feliz o llorosa pero sin echar la vista atrás. Dejar a Thomas parece tan consustancial a los deseos de ambos que empaña de algún modo lo que han vivido juntos, lo que siguen viviendo. Y sin

embargo, plantearlo de ese modo simplifica la situación hasta el punto de volverla insignificante. Porque esa decisión nunca le ha correspondido sólo a ella. Cuando accedió a bailar con Michael aquella primera noche, cuando volvió a quedar con él apenas doce horas más tarde para retomar y llevar hasta sus últimas consecuencias lo que habían empezado, cuando decidió compartir su vida y aceptó que él compartiera la suya, entonces y en las décadas siguientes, Caitlin ya se había asomado al precipicio. Pero ahora se abre ante sí un inmenso vacío.

En cuanto sueño, la idea de vivir juntos resplandece como el mar bañado por el sol, pero la realidad —eso Caitlin lo sabe, y quizá él también— tendría muchas más sombras. Es cierto que siempre han aspirado a algo más, pero no a costa de sacrificar lo que han construido. Ambos entienden el matrimonio como un concepto y una práctica que requiere cierto grado de disimulo, así como espacios en blanco que separan cada mentira. Hasta ahora han disfrutado de lo mejor de ambos mundos, lo mejor en términos de estabilidad y comodidad. Un buen hogar, una vida dotada de cierto sentido, una existencia que se basa en la renuncia y sólo resulta soportable gracias a esas citas mensuales en las que se deleitan encendiendo el deseo del otro, en un juego que han perfeccionado a fuerza de practicar hasta que las cuatro semanas de interludio se han convertido en una abstinencia capaz de transformar el apetito en ansia, de prestar a la excitación una intensidad vertiginosa. Incluso ahora, tantos años después y pese a la amenaza de ruptura, ahora que el ascenso de Thomas y el traslado a Illinois son sólo rumores pero parecen más probables cada día que pasa, el sexo entre ambos sigue marcado por la pasión y, en ocasiones, como un eco de las explosiones de antaño, por una especie de incandescencia, y cuando hablan lo hacen con ternura, con el tono confesional que permiten las prevenciones de ambos y la empecinada franqueza de un abrazo impulsivo.

Lo que hay entre ellos es amor. Caitlin se ha jurado eso mismo a menudo y lo cree a pie juntillas, lo que no justifica del todo su relación con Michael, pero por lo menos hace que valga la pena. Es amor, de eso no hay duda, pero amor en una situación enrarecida, y por tanto templado y afinado.

Si tuvieran valor suficiente, se tomarían de la mano y saltarían al abismo sin detenerse a pensar en las consecuencias. Ese inmenso vacío sigue esperándolos, rebosante de esperanza y posibilidades. Pero el momento de la fe ciega ha quedado atrás. El mundo gira tan deprisa que se ha desanclado de sus amarres. Ahora Caitlin y Michael se aferran a lo que hay mientras se preparan para otra clase de caída.

5

La despedida

Tras la visita de los sueños, Michael tiene la sensación de que las mañanas están hechas de cristal. Todo a su alrededor parece demasiado reluciente, inmune al paso del tiempo. Su forma de sobrellevarlo es sentarse en silencio a la mesa de la cocina y esperar que se le pase. Los detalles de Inishbofin parecen recubrir la realidad de las primeras horas del día, como una segunda piel sobrenatural, y se resiste a cerrar los ojos para no tener que reconocer la presencia de los rostros que acechan, agazapados entre las sombras, rostros que lo harán sonreír al verlos de nuevo, pero también traerán consigo una profunda pena por el tiempo que hace que no están, que nadie los espera. En esos momentos la casa siempre está en reposo, silenciosa salvo por los sonidos aceptables: el traqueteo de las cañerías en las paredes, el rumor del agua, el leve murmullo de su propia respiración y la de Barbara, que se afana en tareas menores, tal vez el repiqueteo de la lluvia contra el cristal o el crujir de la nieve acumulada sobre el tejado. Mientras se hace el café, Michael toma asiento y trata de no moverse ni pensar siquiera, a sabiendas de las trampas y peligros que lo aguardan en ambas direcciones.

Le gusta ver cómo Barbara unta las tostadas con mantequilla. Es una nadería, pero mitiga la soledad. Restriega la mantequilla sobre las rebanadas de pan con un cuchillo y luego las corta en triángulos. Siempre ha tenido manos delicadas, tiernas, y sin embargo maneja el cuchillo con destreza. Con conocimiento,

también, porque el ángulo del corte parece influir en el sabor del pan. Es algo que sobrepasa la lógica pura y dura. Llegados a este punto de su vida en común, instalados de lleno en la madurez, hay rutinas que no cambian. Visto desde fuera, tampoco está tan mal. En una cocina iluminada, Queens podría pasar por casi cualquier lugar, y aquello que se echa en falta no parece tan importante. La mantequilla posee un tono amarillo químicamente correcto y se extiende bien, pero en realidad es una especie de sucedáneo bajo en sal elaborado con aceite de girasol. El envase miente de manera profusa y descarada sobre las virtudes de su sabor, equiparándolo con la mantequilla, pero lo único que tienen en común es el aspecto y ya se sabe que, por lo general, las apariencias engañan. Además, en consonancia con esta moda, el pan tampoco es pan, o por lo menos no lo que Michael entiende por pan, sino rebanadas de un dedo de grosor que tienen el color y el sabor del polvo, además de una consistencia gomosa que aumenta a cada bocado, dejando restos adheridos a la lengua y los dientes incluso después de haber tragado. Últimamente Barb se muestra partidaria de pasarse a una de esas nuevas cremas untables probióticas. El cambio no supondrá una gran diferencia, puesto que todo entra en el mismo saco de la pseudomagia y las promesas huecas, y él acabará dando su brazo a torcer, pero todavía no, porque es tozudo. Las dietas sanas son la gran moda del momento, incluso entre los moribundos, pero él sigue resistiéndose a aceptar ciertas cosas.

Con la atención centrada en estas nimiedades, pueden pasar semanas enteras, meses incluso, sin que recuerde el tiempo en el que no había más sonido en el mundo que el murmullo sordo de los barcos al volver de faenar y el chillido infatigable de las gaviotas sobre el fragor del oleaje frente a la costa de Inishbofin. O la sensación que le producía asomarse con su padre a los acantilados de Fawnmore una tarde de agosto,

hundidos hasta las rodillas en la hierba crecida, entre los matorrales de aulaga batidos por el viento, viendo cómo el sol se derramaba hacia el oeste convertido en una mancha roja, tiñendo el mar primero de dorado y luego de un tono violáceo tan intenso que, más que el ocaso, parecía anunciar el fin del mundo. Los colores de esa otra vida siguen guardados a buen recaudo en su memoria, pero también existen como una segunda realidad, una realidad que parece acomodarse mejor a los sueños.

La culpa la tiene Nueva York. Las vigas metálicas y la piedra de la ciudad otorgan carta de naturaleza al aquí y ahora, a las calles abarrotadas, al claustrofóbico bullir de su energía, a la suave persuasión de sus superficies, que desmienten la implacable dureza subyacente. Es como si, al aceptar un mundo, Michael no pudiera conocer el otro de manera cabal, porque ambos parecen separados por galaxias y nada acaba de alinearse. Sencillamente hay demasiadas contradicciones para que pueda darse una coexistencia pacífica. Y, por supuesto, no hay que olvidar la erosión del tiempo.

Cuando se despierta de estos sueños del pasado, lo hace por lo general con la abrumadora sensación de estar desubicado. El aire mismo parece impregnarse de una cruel lucidez y nada le resulta familiar, ni la forma de su mujer, que duerme junto a él pero a la vez apartada de Michael, ni la música que brota embrollada del reloj despertador, como un lamento hecho de graves, ni el escozor del agua caliente de la ducha en la cara y el cuerpo, ni la cocina en la que lleva décadas viendo amanecer. Cuando eso ocurre, Michael se mueve con cuidado, atento a esa discordancia física, pero sólo cuando intenta hablar se vuelve realmente consciente de ello, lo entiende de veras. Las palabras que acuden a sus labios, siquiera para desear los buenos días, se le antojan torpes e inadecuadas, al tiempo que otras palabras más antiguas amenazan con aflorar

en ese gaélico rasposo, erizado de gruñidos y suspiros, que lleva más de media vida sin hablar salvo por diversión o cuando sucumbe a un esporádico acceso de nostalgia, pero que sigue saliéndole de un modo tan natural como rascarse donde pica, una lengua hecha para cortar y sortear las ráfagas de viento que, sin embargo, es toda delicadeza a la hora de narrar, hecha para traducir lo que dice el corazón. Es una lengua quebrada y ruinosa, sensual y hasta amorosa en sus mejores momentos, en otros áspera como los arrecifes y afloramientos de coral marino que salpican el Atlántico a lo largo de la costa oeste de su isla natal, pero siempre una lengua de trabajo nacida del sentido práctico que poco o nada tiene que ver con la variante literaria que enseñan en las escuelas hoy en día. Y por supuesto, pese a las complejidades y esplendores de su vida neoyorquina, sigue siendo una parte integral de su identidad.

El problema, uno de tantos, es que la isla que él atesora en su interior parece haberse perdido para siempre. Hace incluso más de una década, cuando recibió un telegrama con la noticia de la muerte de Áine, su hermana, a causa de alguna afección en los bronquios —una escueta nota de tres líneas que certificaba en términos oficiales la pérdida de su último lazo de sangre con ese trozo de roca—, buena parte del antiguo modo de vida que él conocía ya había quedado obsoleto, engullido por la súbita riqueza desechable que llegó a raudales desde Dublín y demás ciudades y pueblos florecientes de Irlanda continental a lomos del Tigre Celta entre mediados de los noventa y principios del nuevo siglo.

El tiempo y el acicate del dinero acortaron la distancia entre el continente y la isla hasta volverla insignificante, sobre todo durante los meses cálidos, y se produjo un cambio radical. Empezaron a llegar turistas atraídos por las satinadas escenas de postal que mostraban toda la irrealidad de los amaneceres brumosos, las pintorescas aldeas bañadas por la luz tornasolada

de julio y el bermellón de las puestas de sol que bruñían las plácidas aguas atlánticas hacia el oeste. Todo comenzó con un goteo de visitantes, luego llegaron las hordas de mochileros encantados con las penalidades a las que se sometían con afectada naturalidad, regodeándose en la miseria del fango y la austeridad de la gastronomía local, los pucheros y las chimeneas alimentadas con turba. Siempre muy abrigados y ansiosos por respirar el olvidado olor a salitre de la libertad, por presumir de haber pasado unos minutos en un camino de cabras, o acodados en la barra de un pub con una pinta de cerveza negra en la mano, charlando mientras alguien tocaba el violín o con el rumor de fondo del oleaje con quienes siempre habían vivido así y no conocían otra cosa. Bajan en tromba de los ferris en grupos y familias, llegados de todas partes pero sobre todo de Gran Bretaña y Estados Unidos, gente que este año ha decidido cambiar las playas masificadas y los centros de la cultura oficial —París, Roma, Barcelona, Viena, incluso Dublín— por la búsqueda de lo auténtico, ese algo especial que lleva demasiado tiempo ausente de su particular forma de ver el mundo.

Así que Inishbofin prospera a costa de perder parte de su identidad. Progreso lo llaman quienes hacen horario de oficina en las grandes ciudades y necesitan una palabra para justificar los pequeños estragos que infligen al tiempo. Los turistas traen dinero, y todo el mundo lo necesita, porque el trueque cayó en desuso hace mucho y la pesca da menos de sí con cada año que pasa.

Pero ése no es el lugar que Michael conoce, y que lo conoce a él. Cerrar los ojos es volver a un mundo más antiguo donde todo sigue intacto, capa sobre capa de tiernos recuerdos envueltos en caparazones duros, instantes dolorosos que ni siquiera hoy, tanto tiempo después, han perdido un ápice de amargura.

Es natural, qué duda cabe, recordar el tiempo pasado, sobre todo a medida que el corazón se instala en la madurez, y el pesar es un sabor familiar para cualquiera que haya abandonado una vida para partir en busca de otra. Michael tenía dieciséis años cuando se marchó, apenas un muchacho varado entre la infancia y el mundo de los adultos. Las más de las veces se aferra a eso como excusa. Y, las más de las veces, le basta. Pero lo cierto es que ya entonces presentía la cercanía de un final.

Unas semanas antes de partir, Michael salió con su padre al terreno de abajo para recoger turba, y en un momento dado el anciano enderezó la espalda, arrojó al suelo un montón de terrones que sostenía y fue a apoyarse contra el muro. Tenía la boca desencajada, y en los ojos una mirada fija y sombría que resplandecía sobre la piel cérea de su rostro enjuto. Había fatiga en ese gesto —el agotamiento más o menos acentuado era una parte intrínseca de sus vidas—, pero también algo más siniestro, algo vampírico.

—Vamos a parar un rato, muchacho —dijo en cuanto recuperó el aliento—. Queda mucho día por delante.

Michael se lo quedó mirando de hito en hito, pero no tardó en apartar los ojos, posándolos sobre el jirón de nube que velaba, sin acabar de eclipsar, la mancha desvaída del sol, y al ver que con eso no tenía bastante, dirigió la mirada hacia los trozos de turba mal cortados que habían quedado esparcidos a sus pies. También él sintió el deseo de sentarse, y el amparo del muro de piedra resultaba tentador, pero no se permitió más que un minuto de descanso antes de reanudar la tarea, a sabiendas de que la jornada no se acabaría hasta que se terminara el trabajo. Reunió los adobes de turba, los apiló como había visto hacer incontables veces, encajándolos con la cara más compacta hacia abajo y la parte recubierta de hierba hacia arriba, para que la turbera quedara impermeabilizada

durante los meses de secado. Trabajaba a un ritmo constante y sin pensar en nada que no fuera el orden de la pila, y menos aún en el dolor que se le había instalado como un escalofrío en la parte baja de la espalda. El barro frío y gris se le metía en los pliegues del cuello, le recubría las manos como una segunda piel leprosa y se le colaba en la boca y en la nariz, de modo que, cada vez que apretaba las mandíbulas y masticaba sin querer aquella arenilla fangosa, notaba su regusto ácido. No había manera de borrar lo que había vislumbrado ese día, pero los muchachos y los hombres de la isla saben de sobra cuándo guardar silencio y cuándo romperlo, y la sombra que entonces se abatió sobre Seán, privándolo de color y embotándole los sentidos, sólo podía ser un mal presagio. Su padre no murió ese día en el campo, y tampoco ese año, pero fue como si hubiese traspasado una suerte de umbral, porque lo que vino después fue un lento y paulatino declive.

Ese día, mientras apilaba la turba, Michael observó el rostro pálido del viejo, el resignado horror que anidaba en su mirada cabizbaja, la boca que succionaba y burbujeaba como una herida abierta, ávida del aire frío y refrescante, y la imagen que irrumpió en su mente fue la de su madre yaciendo en una habitación alumbrada por una lámpara de aceite, muerta con tan sólo treinta años y, a juzgar por su aspecto, sin haber vivido o apenas. Una especie de aneurisma, el súbito restallar de un relámpago que la arrancó del mundo y la redujo a ese maniquí amarilleado por el humo, muda como la galaxia y más rígida que ningún hueso, con el pelo negro azabache colgando inerte a ambos lados del rostro ahora que el viento no podía alborotarlo y la ancha frente enmarcada por los delicados rizos del flequillo. Como Michael era tan joven, los detalles de ese tiempo pasado parecen desgajados unos de otros y debe coserlos entre sí mediante puntadas de lógica. Pero recuerda que, cuando el sol se puso, la casa se llenó rápidamente y la

gente siguió llegando durante buena parte de la noche, mujeres llegadas de todos los rincones de la isla que llevaban consigo pasteles o bandejas con fiambre cortado en lonchas, hombres cargados con oscuras botellas sin rótulo y jarras de cerveza, o bien sacos repletos de manitas de cerdo que se ponían a hervir durante horas para que se ablandaran hasta quedar tiernísimas.

Al principio Michael pudo sentarse cómodamente en el sofá pese a tener que compartir cojín con Áine, pero cuando el espacio empezó a escasear, lo trasladaron a las losas de piedra de la chimenea vacía y no tuvo más remedio que quedarse de pie. Su hermana no se apartaba de su lado ni le soltaba la mano, entrelazando sus dedos con los de Michael. Lo hacía para disuadir toda idea de fuga, pero era una precaución innecesaria. El miedo lo mantenía inmóvil, un miedo distinto a la angustia que le producían los sonidos extraños durante la noche o las cosas que la oscuridad enmascaraba. Porque esta vez lo peor ya había pasado, y las consecuencias se presentaban ante él como un agujero en el mundo, abismal e inmutable.

La noche del velatorio de su madre, los pensamientos bullían en su mente, pero el que más pesaba en su ánimo era un recuerdo de algo que ella había dicho en cierta ocasión, meses o incluso un año atrás, con tono exasperado pero aun así lleno de compasión, mientras se arrodillaba ante él por enésima vez para envolver con una gasa de algodón su rodilla desollada: «¿Sabes, Michael?, si no corrieras tanto, no andarías siempre cayéndote.» En esa salita abarrotada, de la mano de Áine, Michael dejó que estas palabras resonaran en su mente, y la dulce cadencia recordada de la voz materna sirvió para calmarlo. Sin embargo, por lo poco que había podido vislumbrar a través de la puerta de la habitación la víspera y de nuevo esa mañana, la inmovilidad se le antojaba un castigo mucho peor que caerse. Había momentos en que sentir toda la energía de la carrera compensaba con creces el golpe de la

caída y la rodilla desollada. Michael no acababa de comprender lo que había pasado, pero intuía lo suficiente para hacerse una idea de lo que significaba la muerte, y lo que más miedo le daba era el respeto reverencial que evocaba esa palabra. A su lado, aparentando una serenidad que era fruto de la estupefacción, Áine respiraba de un modo casi imperceptible, y Michael notó sus dedos fríos y secos al tacto, como si una parte de su esencia se hubiese retraído, llevándose consigo todo el calor. Pero aun así agradecía el contacto de su piel, por cuanto encerraba una promesa de consuelo. Se quedaron allí, respirando el delicioso aroma invernal de las manitas de cerdo que seguían hirviendo, espesando el aire e impregnando cada poro, temerosos de hablar pero observando la sucesión de rostros que conocían bien, vecinos arracimados en grupos, con las mejillas encendidas por el whisky y el ánimo sombrío, sobre todo a medida que la luz fue menguando hasta consumirse del todo y llegó el momento de encender las lámparas. Todos expresaron un pesar que sentían de veras, si bien para ellos era distinto, algo pasajero. Les apenaba haber perdido a uno de los suyos, pero nadie había trastocado el equilibrio de su mundo.

Al otro lado de la estancia, ante la indiferencia general, Seán se había sentado al borde de una silla de madera y lloraba cabizbajo. Un hombre duro, vencido. A veces, cuando los cuerpos hacinados se apartaban lo justo, Michael alcanzaba a ver sus poderosos hombros sacudidos por el llanto, y cada vez que el murmullo de las conversaciones decaía por unos segundos, el sonido de su pena llenaba la casa, desamparado como el mugido de una bestia al resonar en los valles y llanuras. El llanto se prolongó durante horas, y a lo largo de los días terribles que vinieron después. Todos se contagiaron de su desolación ante la tumba excavada en una ladera del cementerio, apostados junto al costado izquierdo de la difunta, mientras la lluvia les azotaba el rostro. Esa desolación los

acompañaría de vuelta a casa, donde se vieron engullidos de nuevo por la densa melancolía que la impregnaba, pero en algún momento la pesadumbre empezó a remitir hasta que al final desapareció por completo, reemplazada por la clase de mutismo que encierra su propia historia.

Vislumbrada a través de una puerta entreabierta, la muerte para Michael es y siempre será una habitación con las cortinas corridas, amarilleada y distorsionada por la vacilante llama de una lámpara de aceite, y sobre la cama un rostro demasiado inmóvil, conocido pero ya no reconocible del todo: los músculos demasiado relajados, el óvalo desdibujado por la flacidez de la piel. Sereno pero inerte. Una vez vista, la muerte parecía algo imposible de olvidar o negar, y sin embargo él se las apañó durante mucho tiempo para hacer ambas cosas. Pero ahí estaba de nuevo, el día que salió con su padre al campo, cerca de un mes antes de su partida. No era lo mismo, pero sí lo bastante similar como para despertar el recuerdo. Michael siguió apilando la turba mientras miraba de refilón al anciano, preguntándose cómo estaría todo al cabo de un año. Y empezó a pensar en poner tierra de por medio.

La gente muere a diario; el mundo está lleno de pequeños vacíos. Su madre había pasado de estar viva, de respirar y reír, a convertirse en un cascarón amarillento e inanimado, a formar parte de una ladera invadida por la maleza, barrida por el viento y erizada de pedruscos. Y además no estaba sola sino en compañía de los suyos, los que habían nacido y fallecido antes de que Michael naciera, así como aquella hermana suya sin nombre que había vivido apenas unos minutos y que él sólo había vislumbrado como un espejismo azul a través de la raída sábana gris que la envolvía y que sigue viendo a veces en su mente, cuando todo está a oscuras. Esa ladera de la colina se veía abultada por las tumbas de su madre y todos los demás, pero aun así la sombra rondaba, insaciable, buscando y

señalando, separando a los débiles de los fuertes de la camada.

En una ciudad como Nueva York, o incluso Dublín, nadie piensa de ese modo, no como suelen pensar quienes viven en entornos rurales y los isleños. En las urbes, el acero y la piedra son los elementos tangibles, y la muerte no es más que muerte, ley de vida, un punto final. Sin encapuchados, sin guadañas, sin sombras, sin mayúsculas. En las ciudades, las leyendas son para las páginas de los libros. A veces se cuentan para entretener, otras para asustar, pero nadie cree en ellas, o por lo menos no al punto de convertir esa creencia en dogma. En Nueva York, Londres, París o Dublín no valen los augurios ni los presagios, sólo los hechos. Allí prevalece un conjunto de libertades distinto.

En mañanas como ésa, tras la visita de los sueños, Barbara se sirve café y se sienta dando la espalda a los ventanales, de cara a la puerta abierta de la cocina para poder ver el vestíbulo. Siempre a la espera de algo, alguna noticia llegada de lejos, aunque sólo sea el periódico matutino. A veces tararea fragmentos de la canción con la que se ha despertado y no consigue quitarse de la cabeza. Y cuando ya no aguanta tanto silencio, se levanta y enciende la radio. Siempre es lo mismo, el chisporroteo de las interferencias, melodías que suenan fugazmente según recorre el dial, y luego una cadena de noticias, o bien algo ligero e inocuo, grandes éxitos de los sesenta y setenta, pero siempre a media voz. Mientras escuchan la radio, apuran el café y las tostadas y luego sacan los cuencos y los cereales. De un tiempo a esta parte, desayunan muesli. Los huevos tienen demasiado colesterol y el beicon se ha convertido en poco menos que un anatema, pero se supone que el muesli es bueno para el corazón o el tránsito intestinal o algo por el estilo.

Es una farsa de principio a fin, un teatro de sombras. Tras la visita de los sueños, que rompen los límites del tiempo, lo que

quedó atrás parece mucho más inmediato, más vivo, que lo que pretende hacerse pasar por aquí y ahora. En mañanas como ésa, Michael tiene la sensación de que alguien ha cortado las amarras y lo ha dejado vagando a la deriva. Bebe el café a sorbos y digiere el desayuno en silencio, consciente de no tener un lugar en el mundo. Por bien que le hayan ido las cosas en Nueva York, nunca verá la ciudad con una mirada cómplice porque no ha nacido para estas calles. Barbara, que está absorta en sus propios pensamientos, no parece tener inconveniente en respetar su mutismo, pero Michael sabe que, si ella insistiera en hablar con él, sólo podría contestarle en su gaélico materno, algo que en un primer instante seguramente la divertiría y luego la aterraría, y nada más pensarlo él también se asusta, porque intuye que no habría manera de detenerlo una vez que empezara, que sería como cortar una arteria. Mastica el muesli sin atreverse a cerrar los ojos, inhalando con cuidado porque de pronto parece que sólo un suspiro lo separa de los muros de piedra desnuda de la casa de su padre, el ventanuco de la cocina carcomido por el salitre de la brisa marina, las ráfagas de viento que se cuelan con un silbido por la masilla agrietada y reducida a polvo. Sin apenas esfuerzo, nota sobre la espalda y los hombros la pesada lana de un viejo jersey que ha pasado de mano en mano y cuelga de su cuerpo, amorfo, porque le va demasiado grande, pero que lo arropa en los días gélidos y cuyo olor impregna su paladar con un regusto dulzón y ahumado, ligeramente animal, un sabor familiar que le pica en la lengua y enciende un fuego en el fondo de su garganta. Y cuando el viento sopla con la fuerza justa en el alero de la casa, casi podría pasar por la voz aguda de Áine cuando entona uno de esos viejos cánticos fúnebres que tanto le gustaban, y no le cuesta lo más mínimo imaginarla atareada recogiendo huevos del modesto gallinero familiar para el desayuno, o cargando a duras penas un cubo de agua lleno a

rebosar desde la bomba comunitaria situada al pie de la colina.

Inishbofin es su hogar, aún hoy, pero hace demasiado tiempo que perdió todos los lazos con él, y el daño es irreparable. Seán murió pocos años después de que Michael se marchara, y Áine tampoco vive ya. Están los hijos de su hermana, sus sobrinos, tres varones nacidos uno tras otro, como los peldaños de una escalera, pero ya son hombres hechos y derechos y también hace mucho que abandonaron la isla. Tienen su dirección pero, como suele suceder en estos casos, ninguno de ellos ha mantenido el contacto con él. No es de extrañar; no lo conocen. Para ellos no es más que un nombre, alguien que no alcanzan a situar, un extraño en toda regla. Alguien que habrán oído mencionar a su madre, que buscarán si algún día están de paso por Nueva York, que acaso podrá contestarles en su lengua y les ofrecerá un plato de comida y una cama, algo de dinero si lo necesitan. No hay rastro de la presencia de Michael en sus vidas, pero a pesar de que sólo los conoce por los rasgos aplanados de las fotos que Áine le enviaba todos los años sin falta por Navidad, en cierto sentido lo son todo para él. Porque son los últimos lazos que le quedan con su propio pasado, con la persona que era antes de que se empeñara en ser otro.

Caitlin disfruta oyéndolo hablar de la isla. De entrada siempre se muestra reacio a hacerlo, por más que esos recuerdos sigan formando parte de él. Pero ella sabe qué decir, cómo conseguir que se abra. Caitlin se ha formado una imagen de Irlanda a partir de las fotos que ha visto y de alguna que otra anécdota que le contó su madre, pero Michael le hace sentir la piedra y la tierra, una percepción de ese mundo al margen de la poesía, y se pregunta si a él le gustaría regresar algún día, sólo para volver a verla. Para reconectar con todo lo que ha perdido y dejado atrás. Su anhelo de volver se ve empañado por la

certeza de que ya no hay nada esperándolo en Inishbofin, salvo la nostalgia, pero el mero hecho de desearlo le brinda cierto consuelo. Y compartir sus recuerdos con alguien que quiere realmente escucharlos, que quiere saborear y sentir lo que él ya sabe, lo cambia todo. Hasta cierto punto, ambos comprenden que esto no es más que cháchara, la clase de confidencias que los amantes intercambian para compensar todo lo que se pierden el uno del otro y por mantener la ilusión de que su relación es más sólida de lo que cabría suponer a la vista de los hechos. Pero por lo general a Caitlin le basta con eso, porque la voz de Michael se tiñe de una melancolía que da pie a otra clase de intimidad, una profunda revelación de quién es o quién fue ese hombre en el pasado. Es una forma de compartir sueños, y cuando el tema aflora, ella se acurruca junto a él en la cama, ladea la cabeza hasta notar en la frente el roce de su incipiente barba y lo anima a seguir con ruiditos guturales.

Michael recuerda que un día hablaron incluso de visitar la isla juntos. Una fantasía, claro está, algo de todo punto imposible, pero una idea agradable con la que jugar durante un rato. Ese día también parece cercano, como buena parte del pasado, otra cruda tarde invernal en el verano de sus vidas que permanece inmune al paso del tiempo, exquisita en sus detalles. Han vivido muchas tardes similares y ésa, aunque no sepa fecharla con exactitud, es una de las que han quedado enredadas en una especie de engranaje universal y se proyecta sin cesar bajo la superficie de la vida cotidiana. Basta con alargar la mano en la dirección adecuada y ahí está, una tarde de tantas, a un suspiro o un pálpito de distancia.

Sin el menor esfuerzo, Michael alcanza a sentir de nuevo ese mediodía y el tacto áspero de las sábanas de lino almidonadas de otra cama ajena sobre la que sus cuerpos se unieron, fundiéndose en un abrazo instantes después de haber hecho lo que en el fondo los había llevado hasta allí, pero esa vez él

estrechaba el cuerpo de Caitlin con fuerza contra el suyo para que los pies de ambos quedaran entrelazados, para que sus respectivas caderas y hombros se tocaran mientras describía en un murmullo soñoliento los inviernos que moldearon su niñez. Todo lo demás cambia, pero las estaciones se limitan a alternarse y los inviernos de ahora sólo pueden aspirar a igualar los colores y el peso de cuantos los han precedido. Los días en los que soplaba un viento huracanado y las olas embestían la costa occidental con tanta saña que su fragor se oía claramente al otro lado de la isla y lo único que cabía hacer era quedarse en casa y acercarse a la ventana para ver las ráfagas de lluvia emborronando el paisaje, o bien arrimar una silla al fuego y buscar consuelo en los tímidos colores de las llamas que luchaban heroicamente contra las tinieblas de la chimenea. El invierno obligaba a dejar los barcos anclados en el muelle a quienes podían permitírselo y el mal tiempo aquilataba las horas, haciéndolas propicias a los relatos y evocaciones.

El turismo, qué duda cabe, había trastocado el equilibrio interno de Inishbofin, pero gracias a su deserción temprana, la isla de la infancia de Michael permanece intacta en la memoria y los inviernos allí son sus más vívidos recuerdos, lo que más echa en falta. Por grato que resultara el verano para un chico rebosante de energía, por hermoso, salvaje y tormentoso que fuera, Inishbofin siempre parecía menos interesante en esa época del año, como si no hubiese tantas cosas que la distinguieran del resto del mundo, por lo menos a cierta escala. El verano era un tiempo glorioso en el que Michael pasaba la mañana en la playa, chapoteando metido hasta las rodillas en el agua fría, azul y espumosa de la orilla, nadando con la ropa puesta o completamente desnudo para sentir la caricia del sol en todo el cuerpo, y en la piel el roce áspero de la sal y la arena mojada. O bien arrojaba al mar viejas granadas de mano, como

si defendiera la isla de invasores imaginarios, o jugaba a los piratas escondiéndose en las grutas poco profundas de las ensenadas. Cuando se había desfogado a gusto, cogía caracoles de mar y berberechos entre los escollos para que Áine los hirviera en leche con una pizca de pimienta y los sirviera para almorzar con pan casero horneado esa misma mañana, todavía tibio. Y cuando el calor se adueñaba del día, haciendo crepitar el aire salado, pasaba las horas que quedaban hasta el anochecer cazando ranas o asaltando nidos, contentándose por lo general con los huevos moteados de los andarríos, dispuestos como guijarros en un cuenco en los senderos herbosos del promontorio de Knock Head, aunque sobre todo vivía para esos días afortunados que brillaban con una luz especial, cuando todo salía a pedir de boca y se aventuraba a buscar los huevos de un gris verdoso, como la pirita, del guión de codornices, internándose hasta la cintura en los campos de heno crecido, listo para la siega. Éstos eran los puntos álgidos de la temporada estival, que se sucedían al ritmo de un corazón desbocado pero, si bien persisten en el recuerdo como días perfectos, son demasiado puros, como si hubiesen sido destilados en exceso. Y así como el sufrimiento persiste en la memoria tanto o más que la risa, son los recuerdos más viscerales del invierno, con sus aristas cortantes, los que siguen cautivando los sentidos de Michael. El granizo acribillándole la cara, la magia del frío humeante, el zarpazo del viento y la implacable crueldad del suelo bajo sus pies. Los veranos eran para sonreír, pero los inviernos dirigían la atención hacia cuestiones de mayor calado. Con sus tempestuosas mareas y su débil luz crepuscular siempre blanqueando y asfixiando las horas del día, los inviernos encogían los límites del mundo y hacían de nuevo posible la existencia de los viejos dioses.

Michael entiende que, si volviera en este momento, o incluso dentro de cinco o diez años, es probable que los inviernos

conservaran algunos de esos aspectos físicos gloriosamente crueles —los temporales seguirían azotando con fuerza la línea costera y los campos, las carreteras desiertas seguirían envueltas en una bruma gélida y un silencio sepulcral y los pescadores seguirían escrutando los nubarrones que acecharan sobre el horizonte, aunque saldrían a faenar de todos modos porque apenas si conocerían otra cosa—, pero, pese a los detalles que se mantendrían intactos, algo habría cambiado a nivel físico o psicológico, porque la isla se ha abierto al exterior y ha sufrido los traumas benéficos de la afluencia de visitantes y de dinero, la llegada de gente nueva, nuevas ideas, nuevas formas de vida. Inishbofin se habrá acomodado a una nueva realidad en la que él no tendrá cabida.

La idea de que Caitlin y él se vayan de viaje juntos es algo que siempre ha estado ahí, que forma parte del juego.

—Entonces no hay más que hablar, ¿no? —había dicho ella, esa tarde de invierno de..., ¿cuándo, principios de los noventa? Como si fuera coser y cantar.

Michael recuerda haberse reído.

—¿Qué opinará Thomas? ¿Y Barbara?

Pero ella se había limitado a sonreír.

—No te preocupes por ellos. Ya se me ocurrirá alguna excusa, me inventaré una tía abuela o algo por el estilo. Soy escritora, me pagan por contar mentiras.

—Por supuesto. Perdona.

—O por lo menos lo fui, durante unos cinco minutos, hace mucho mucho tiempo. Pero creo que aún me las apañaría, llegado el caso. Y lo tuyo es fácil. Viajar forma parte de tu trabajo, así que yo que tú me inventaría un viaje de negocios. A Chicago, pongamos. O a Seattle. Una especie de viaje organizado: cinco, seis ciudades en otros tantos días. ¿Te lo imaginas?, tendríamos toda una semana para nosotros. Como las personas de verdad. Como una pareja de verdad. Y podrías

hacerme una visita guiada a la isla, aunque tengo la sensación de que ya la conozco porque llevo años oyéndote hablar de ella. Y porque te conozco a ti.

—Lo tienes todo calculado.

—Sólo dime que lo pensarás. Por favor, Mike.

—Lo estoy pensando ahora mismo —repuso él con una sonrisa maliciosa que daba un nuevo sentido a sus palabras, y ella no pudo evitar que se le escapara la risa pese a la presión de los labios de Michael, que había decidido rematar la frase con un beso.

Sólo en la intimidad de una cama adúltera podría existir alguna posibilidad, por remota que fuese, de que hicieran ese viaje conjunto. En una cama alquilada por horas, un espacio y un tiempo en los que cuanto se hacía, decía y pensaba era una mentira descarada, o cuando menos una fantasía. Caitlin exploró con la punta de la lengua el borde del labio superior de Michael mientras éste constataba una vez más que nunca había compartido tanto y de un modo tan absoluto, ya fuera en el plano físico o espiritual, con nadie.

Un pensamiento antiguo le provocó un nudo en la garganta, pero un profundo suspiro se lo llevó por delante y lo dejó hecho trizas. *Tá grá agam duit*. Palabras que nunca hasta entonces había pronunciado en presencia de nadie, ni siquiera de quienes más hubiesen necesitado escucharlas. «Te quiero.» Esa tarde, sin embargo, cerró los ojos y las dijo en susurros, y el sentimiento intraducido se quedó flotando entre ambos, apenas insinuado, desdibujados sus contornos por el roce del aire, y tanto mejor por ello. Caitlin alargó el cuerpo en su dirección y esbozó una sonrisa que iba dirigida a Michael pero también a algo que guardaba en lo más profundo de su ser, y tomando sus palabras por simples sonidos inarticulados, las dejó escapar.

Esa última noche, la víspera de su partida, ya había un inmenso abismo entre padre e hijo, un silencio insondable que los mantenía inmóviles mientras la turba ardía en la chimenea con los colores de la piel de zorro y el escaramujo. El viejo tendría entonces cincuenta y tantos años, en todo caso no más de sesenta. No era una edad avanzada, pero el paso del tiempo había hecho mella en el cuerpo y el rostro. A la luz de las llamas todas las superficies resplandecían y las arrugas que le surcaban la frente y las mejillas parecían cinceladas con tal precisión que anunciaban cada nueva bocanada de aire o pensamiento barruntado. Seán miraba al infinito con ojos que, sumidos en una especie de trance, parecían grandes y pesados, mientras que su pelo, por lo general del color de la nieve embarrada, había tomado de nuevo el tono terroso, rojo como un atardecer estival, de tiempos mejores.

Cincuenta años bastaban para ser viejo en la isla, donde los días y las noches se encabalgaban sin respiro. Donde durante los meses más duros, en el campo o en el mar, el viento atlántico soplaba del oeste cargando espaldas y hombros, donde los cielos plomizos y furibundos llevaban nubarrones de lluvia que descargaban unos tras otros sin piedad, al punto de que, salvo por la roca, el mundo era una gran extensión de verde y hasta los más valientes acababan sometiéndose. Como la mayoría de los isleños, Seán vivía por y para la tierra oscura y arcillosa salvo en sus días libres, cuando se entregaba al mar. A bordo de una pequeña embarcación que su hermano Tadhg y él habían heredado de su padre, controlaba el ir y venir de los bancos de peces, limitándose a las aguas en las que se orientaba sin necesidad de cartas de navegación, pescando caballa cuando aparecía y el arenque que tanto abundaba antes de que los barcos pesqueros españoles y escandinavos empezaran a faenar en aguas internacionales. Tadhg, seis años mayor que él, se había caído por la borda en dos ocasiones por

culpa de las tormentas y a veces lloraba cuando se ponía a llover. La segunda vez estuvo nueve horas en el mar, lo dieron por muerto y la sal le abrasó las cuerdas vocales, de modo que durante años le resultó doloroso hablar. Cuando estaba a bordo tenía siempre a mano un viejo tablón de madera de un metro de longitud, que prefería al chaleco salvavidas por confiar más en la capacidad de la madera para mantenerse a flote que en cualquier artefacto hecho por el hombre. Para Seán, Tadhg y los de su cuerda, la supervivencia se ganaba a pulso con los días pasados en el mar y las jornadas más largas todavía que los ataban de sol a sol a un trozo de tierra, un puñado de hectáreas pedregosas que ofrecían una seguridad frugal pero exigían a cambio devoción absoluta. Seán dio los años de su vida a uno y otra, y al llegar la noche, sobre todo tras la muerte de su mujer, comía con avidez un plato de lo que quiera que le sirviese Áine, pescado o estofado de cordero, y después apuraba uno o dos vasos de algo que le permitiera entregarse a sus pensamientos junto al fuego, whisky en las ocasiones especiales, pero las más de las veces cerveza negra o *poitín*, el aguardiente ilegal de altísima graduación que llegaba desde los rincones más secretos de la isla, destilado de la patata y la cebada y oculto en viejas botellas de leche sin rótulo. «Un sorbito», decía para disimular el bochorno cuando rompía a cantar sin darse cuenta, «para ahuyentar los malos pensamientos». Y entonces sonreía a Áine o a Michael con toda la melancolía de su corazón y les explicaba que no había nada como el *poitín* para prevenir resfriados, y a veces les decía que se acercaran y les dejaba mojarse los labios con el aguardiente, sólo para deleitarse con sus reacciones exageradas. Pero siempre ponía cuidado en no exceder su propio límite, el segundo vaso, a no ser que tuvieran visita o que hubiese descorchado una botella de algo mejor, como solía ocurrir en Navidad, Nochevieja o alguna otra ocasión digna de celebrar.

Junto a la chimenea, Michael apuró su segundo vaso y notó el aliento vital del whisky en la lengua, y luego una sensación de pérdida según se iba desvaneciendo el calor. Su padre alargó la mano hacia la botella.

—Yo no quiero más, papá. Mañana tengo que madrugar.

—Puedes tomarte otro trago, muchacho. A saber cuándo volveré a verte. Trae el vaso.

Tras unos instantes de vacilación, Michael acercó el vaso a la botella que sostenía su padre. El whisky le había hecho efecto, le había aflojado todos los músculos, y ahora la silla parecía reclamar todo su peso. El cansancio tiraba de su cuerpo como un abrigo empapado. Esperó mientras su padre llenaba el vaso, se recostó y cerró los ojos unos segundos.

Cuando volvió a abrirlos, el fuego se había avivado y largas llamas amarillas ardían como un corazón refulgente en lo más profundo de la noche. Veinte años después, tumbado desnudo en esa cama de hotel anónima, al evocar por primera vez en compañía de alguien ese momento de la despedida, Michael abrirá los ojos y experimentará la sensación exactamente inversa: la de una habitación donde la luz se desangra poco a poco, donde la blancura da paso al gris y al silencio. Aunque los días se desvanezcan como huellas en la arena, los recuerdos permanecen congelados. Y mientras la luz se va extinguiendo, se volverá hacia Caitlin, ansioso por captar los detalles antes de que se esfumen. Entonces reparará en todo: la estela brillante que su lengua ha dejado sobre el labio inferior; los delgados antebrazos cubiertos de vello fino y resplandeciente como la escarcha; la cara interna del muslo derecho, extrañamente fresca cuando él la recorre con la boca partiendo de la rodilla, y en la que resuena el latido de su corazón cuando él pega el oído a su carne y osa quedarse a la escucha. Pegada a él, ella se estremecerá con un culebreo indolente, como la voluta de humo de una vela recién apagada, y luego sonreirán, hablarán

en susurros y se dejarán caer el uno sobre el otro, y en el mundo no habrá más sonido que los suyos, que sus voces entrelazadas en una promesa muda, la carga eléctrica de su respiración conjunta y el gemido intenso, incesante, del armazón de la cama que los sostiene. Cuántos mundos, cada uno con su propia realidad, existen entre aliento y aliento, y para pasar de uno a otro basta con cerrar el primero y abrir el siguiente. Hay briznas de vida que quedan atrapadas en ese soplo, cosas percibidas de un modo que es imposible olvidar, dos pupilas que se dilatan, una cabellera que se derrama como una sombra sobre la piel o el blanco inmaculado de la almohada, una luz que se endurece o se extingue de pronto. Y ese instante queda grabado, como en una fotografía pero más vívido, con todos los sentidos intactos.

Michael contemplaba el fuego. Cuando era un niño, le fascinaban las llamas que lamían la turba y parecían bailar perfectamente alineadas sobre la delgada corteza de las gavillas. Esa imagen se había convertido en su representación del infierno, una noción alentada por lo que decían los curas misioneros cuando desembarcaban en la isla y tomaban las riendas de la iglesia. Imaginaba el infierno como una rojez incandescente, sin comprender aún lo lejos que quedaba esa imagen de la verdad.

—Me voy —farfulló—. Lo tengo decidido. No me harás cambiar de idea.

En un primer momento sus palabras se toparon con el silencio y cayeron en saco roto, y Michael sintió alivio pero también una punzada de dolor ante la sospecha de que quizá había malinterpretado la situación. Quería que su partida resultara fácil para todos. Pero no demasiado fácil. Y el agotamiento que sentía no hacía sino agravar su confusión.

—Si no puedo, no puedo —replicó su padre al cabo de unos segundos—. Nada de esto me viene de nuevas. Es propio de la

juventud querer ver mundo.

Seán contempló el vaso, que sostenía entre las maltrechas yemas de los dedos como si fuera algo precioso, y movió los labios en busca de algo más que decir, de las palabras adecuadas. En vez de hablar, le dio un buen tiento al whisky, alzando el mentón tembloroso en el que ya despuntaba la barba. En ese instante, envuelto en sombras, parecía no sólo viejo, sino decrépito. Y casi derrotado.

Bebieron juntos. Pese a que apenas había probado el whisky hasta entonces, Michael no se quedó atrás, pues intuía que aquello era el preludio del fin. El fuego seguía ardiendo pero iba perdiendo vigor, y tres vasos tenían que ser el límite. Y entonces el viejo se aclaró la garganta.

—Nunca os lo he contado, ni a ti ni a Áine, pero cuando era un muchacho más o menos de tu edad quería marcharme a Londres. Se decía que allí había trabajo de sobra, que pagaban bien, y en aquellos tiempos nos costaba Dios y ayuda poner un puñado de patatas o un mendrugo de pan sobre la mesa. Yo era uña y carne con uno de los chicos de los Shine de Cloonamore. Dan Joe, que en paz descanse.

—Debía de ser el tío de Sonny Shine.

—El mismo. Ned, su hermano, es el padre de Sonny. Ned era un poco más joven que nosotros, pero Dan Joe y yo éramos de la misma quinta. Podría decirse que nos criamos juntos. Y hablaba de Londres a todas horas. No había manera de hacerlo callar. Aunque, ahora que lo pienso, la verdad es que seguramente yo estaba tan obsesionado como él.

Seán le dio otro sorbo al vaso, esta vez más comedido, a sabiendas de que ya había superado el cupo de la noche, consciente de que eso no debería importarle pero, por alguna razón que se le escapaba, seguía importándole.

—Mentecatos... —murmuró en un tono tan quedo que Michael se inclinó hacia delante, convencido de que lo había

oído mal.

—¿Qué pasó?

—Nada. Llegué a la conclusión de que éste era mi lugar. Y puede que no lo sepas, pero a ti te pasa lo mismo, muchacho. —En ese instante se volvió y, al sostener la mirada de Michael, una vaga sonrisa afloró a sus labios—. No te preocupes, no intento disuadirte. Bastante saliva he malgastado ya. Es tu vida, y tú verás cómo la vives. Diantres, no sé a qué viene toda esta cháchara. Será el whisky, que le suelta la lengua al más pintado. Y no quieras saber lo que les hace a las mujeres. En fin, ya te darás cuenta, supongo, cuando llegue la hora. Todo el mundo acaba dándose cuenta de las cosas antes o después, creo yo. O al menos de las cosas que importan. Pero lo que yo quería era contarte algo sobre mí, algo que ignoras y que puede serte útil cuando te marches. Porque tal vez no vuelva a tener ocasión de contártelo.

Dichas así, como si tal cosa, sus palabras hacían que el momento pareciera cotidiano, trillado, nada que ver con el punto de inflexión que en realidad era. Un padre y su único hijo varón, obligados por las circunstancias a convivir tan estrechamente que se habían acostumbrado a las manías el uno del otro y aprendido a tolerarse. Sin embargo, pese a vivir bajo el mismo techo y comer juntos a diario, pese a pasar buena parte de la jornada trabajando hombro con hombro en el campo o en el mar, rara vez hablaban de nada mínimamente profundo.

De pequeño, Michael era un niño muy curioso, aunque nunca preguntaba nada sólo por preguntar. A los diez o doce años había desarrollado una naturaleza reflexiva, meditabunda incluso, la clase de personalidad que, pese a seguir anhelando la libertad de la infancia, necesitaba unos límites definidos que le permitieran fijar los contornos del mundo. Quería llegar al meollo de las cosas, vislumbrar sus mecanismos ocultos. Cómo

sabían los campos cuándo florecer, por qué los peces acudían en ciertas épocas del año, y por qué siempre a las mismas aguas cuando tenían los siete mares para nadar a su antojo. Cómo había sido la vida en los tiempos de su abuelo, o de su bisabuelo, durante la época de la hambruna y la ocupación británica. Por qué unos tenían más que otros, por qué iba nadie a querer vivir en una isla teniéndolo todo tan a mano en las grandes ciudades, todo salvo el cielo abierto. Las respuestas, mejores o peores, se alzaban inciertas frente a los muros de lo cotidiano, cuando Seán hablaba sin enderezarse siquiera, sin apartar la vista de la tarea que tuviese entre manos, su voz gruesa como el agua de la lluvia que corría por las acequias invadidas por la maleza, arrastrando las palabras como si estuviera borracho, casi cantando, entonando un lamento que brotaba de su propia pena. Desgranando nombres, lugares y anécdotas ninguneados por los libros de historia pero demasiado importantes para caer en el olvido. A su lado Michael no perdía comba, y ya con ocho, diez, doce años imitaba con las manos sus gestos para remendar las redes allí donde los arrecifes las habían rasgado, o avanzaba a su lado blandiendo una guadaña prestada de izquierda a derecha para cortar la mies, abriéndose paso al sesgo por los campos de heno o cebada. Y si bien en el plano físico se entregaba a la tarea con ahínco, su mente no perdía un ápice de lo que decía su padre, al que escuchaba con suma atención, asimilando sus palabras, su voz, sus enseñanzas. Sabía que el mundo existía desde siempre, sobre todo allí, donde las leyendas flotaban en el aire como una densa niebla: el mito de la vaca blanca que daba nombre a la isla, las sagas de Gráinne Ní Mháille, Granuaile, la reina pirata. Pero pese a la prueba irrefutable de las piedras de Dún Mór, el antiguo fuerte en ruinas del promontorio de Westquarter que se alzaba imponente ante sus ojos, pese a las cicatrices dejadas por Cromwell en la isla, todavía palpables en

el aire y en las ruinas de las casas abandonadas durante la hambruna que sembraban el paisaje a lo largo de los senderos, ese pasado seguía pareciéndole más teórico que real, tal como las inconcebibles distancias entre las estrellas o la noción de que el fuego, la tierra y el agua viven y respiran. Todas estas cosas tenían su importancia, pero para Michael, a esa edad, los silencios encerraban secretos más oscuros e íntimos, secretos que tenían que ver con su propia estirpe. Su madre era una Flaherty, descendiente de una familia que llevaba siglos afincada en la isla, un clan renombrado en Bofin y también, desde tiempos inmemoriales, en la vecina isla de Shark. Pese a desearlo con todas sus fuerzas, el chico apenas osaba sacar su nombre a colación, pues quería saber más sobre ella, pero temía la amargura que podía despertar y recordaba de sobra los negros meses de duelo que habían seguido a su muerte. Cuando osaba preguntar por ella, tras asegurarse de que el viejo estaba de buenas, o por lo menos no de un humor de perros, se ceñía a las minucias que les permitían recordarla pero al mismo tiempo mantenerla a una distancia prudencial. Cómo era realmente, más allá de las imágenes congeladas de las pocas fotos suyas que se conservaban y los recuerdos borrosos que parecían menos reales con cada año que pasaba. Y es que, ya entonces, los detalles de su madre se le escapaban entre los dedos. Había noches en las que todavía soñaba con ella y reconocía su rostro pese a no verlo con nitidez, pero apenas si conservaba recuerdo alguno de su tacto. Tampoco de su voz. No podría asegurar de qué color eran sus ojos, ni describir el timbre de su risa. Hasta su sonrisa se desvanecía, convertida en un recuerdo medio imaginado, imposible de retener. Y la voz de su padre al responderle siempre sonaba cautelosa, como si hablara de un extraño o de alguien que sólo conociera de pasada. Tu madre venía de una familia de isleños de pura cepa, decía Seán, hechos por y para esta tierra y para el mar. Los hombres de la

familia, su padre, sus tíos, conocían estas aguas como nadie, podrían pasar un mes circunnavegando la isla con los ojos cerrados, en un sentido y en otro, nombrando cada corriente. Eran gente curtida, de buen corazón, honrada en los negocios, pero ella, Bríd, era como de otro mundo, mil veces mejor que todos ellos. «Mi mujer», añadía, como si necesitara reafirmarse en esa convicción, y como si el hecho de hacerlo la volviera más real. «Tu madre. Vuestra madre.» Una mujer de naturaleza dulce y templada, delicada como el rocío, sin atisbo de ira o desazón física o espiritual. Preciosa, para quien supiese mirar. No conocía más sentimiento que el amor, sabía amar como nadie y se la habían arrebatado demasiado pronto, como suele pasar con los mejores. La ira lo había consumido durante mucho tiempo, hasta que aceptó que la vida se rige por sus propias reglas y aprendió a buscar consuelo en los recuerdos de los años que ella había podido darle. Las palabras encontraban su cadencia y rodaban, pesadas, en estrecha sucesión, como el zumbido de las abejas dentro de la colmena: un eco sordo, demasiado estrepitoso para su tamaño, pero arrullador pese todo. Seán seguía trabajando sin levantar la mirada, trillando la mies, arrancando piedras del huerto o cobrando las redes de pesca, con la espalda doblada por la gravedad en la pendiente del terreno o afianzando las piernas a bordo de la embarcación para cabalgar el oleaje, mientras su voz fluía sin prisa, como la miel que se derrama por la cuchara, lentamente torrencial, desovillando recuerdos de las incontables noches que ella lo recibía con los brazos abiertos, la oscura melena alborotada por el viento que barría los campos, el rostro curtido por los elementos bañado en la densa luz amarillenta, como el suero de mantequilla, que inundaba la cocina al caer la tarde. Fueron momentos felices, instantes para enmarcar, diría Seán, como si le hablara a la tierra, como si pensara en voz alta, pero pese al tono confesional se notaba que callaba algo. Y Michael,

haciendo de la necesidad virtud, atrapaba esos fragmentos al vuelo y leía entre líneas, agradecido por tener algo a lo que aferrarse. Padre e hijo estaban acostumbrados a las medias palabras, a rellenar las conversaciones con un asentimiento o un encogimiento de hombros, imbuidos de ese estoicismo a lo largo de varias generaciones. El silencio era la fortaleza de hombres y muchachos. Para los problemas de naturaleza más íntima acudía a Áine, que nunca se reía de nada, nunca se burlaba ni juzgaba a los demás, sino que escuchaba con gesto grave y ayudaba en lo que podía. Así eran las cosas.

Al calor del fuego, esa última noche, mientras acunaba el vaso entre ambas manos, Michael se sintió tentado de oponer cierta resistencia, por su propio bien y el de su padre, de asegurarle que volverían a verse, que les quedaban muchos años por delante, tiempo más que suficiente para todo lo que había que decir y hacer. Pero cada sorbo de whisky ahogaba un poco más sus palabras y, buscando algo que hacer, cogió el atizador de hierro y removió las ascuas. El fuego, que se había ido extinguiendo hasta que sólo quedó el cálido y reconfortante fulgor de los rescoldos, revivió con una sucesión de pequeñas explosiones y un terrón de turba rodó hacia un lado y se resquebrajó, llenándose de cráteres que parecían succionar el aire con avidez para luego consumirse entre lenguas de fuego y una lluvia de cenizas. Seán también se inclinó hacia delante, como si supervisara la operación, aferrando el vaso entre los dedos pero sin beber, y Michael supo que el viejo no lo apuraba todavía porque le gustaba acostarse paladeando el sabor del whisky.

—En casa, todos me aconsejaron que no me fuera. Mi madre me dijo que los ingleses se bastaban y sobraban, que no verían con buenos ojos la llegada de un forastero. Yo no lo veía así, por supuesto. A esa edad, creía saberlo todo.

Michael tardó unos instantes en asimilar estas palabras. Algo

distraído, se imaginó a su padre no como un hombre entrado en años, sino como un adolescente con toda la vida por delante. Dejó el atizador en su sitio.

—¿Estás diciendo que te marchaste?

—Así es.

—Coño.

—Michael.

—Perdona, papá, pero ¿por qué no me lo habías dicho hasta ahora?

—No lo sé. Supongo que porque no me parecía importante. Lo hecho, hecho está, y además ha llovido mucho desde entonces. Apenas me había detenido a pensar en eso hasta hace poco.

Esta vez fue Michael el que alargó la mano hacia la botella, que descansaba en el suelo junto a la silla de su padre. La notó fría al tacto. Se echó un dedo de whisky en el vaso y esperó con la botella inclinada a que su padre apurara lo poco que había estado reservando.

—¿Y bien? ¿Cómo te fue?

Seán se lo pensó unos instantes, se encogió de hombros.

—Se estaba mejor en casa.

Entonces, tras haber accedido a revelar algo valioso sobre sí mismo, pareció replegarse de nuevo y le dio un trago al whisky, retomando su natural reservado. Michael aguardó sin presionarlo, sintiendo una inesperada satisfacción. El agotamiento no era ajeno a esa sensación, ni el alcohol, pero un destello de luz había brillado en medio de la oscuridad. Su padre y él llevaban dieciséis años trabajando mano a mano, durmiendo acurrucados bajo un tejado de paja, hacinados en unas pocas habitaciones abarrotadas, comiendo alimentos recocidos y refritos, bebiendo té ardiente, tan reconcentrado que rascaba en la garganta, de la tetera que colgaba ladeada sobre el fuego, hablando entre ellos pero siempre de cosas

intrascendentes, conociendo bien las manías el uno del otro, conociendo por encima de todo la cadencia de su respectiva respiración. Pero esa noche compartieron whisky, y también la sensación de que nunca habían estado tan unidos.

Se estaba mejor en casa. A lo largo de otra hora de torpes divagaciones alentadas por el alcohol, su padre trató de hilvanar una explicación describiendo las deplorables condiciones laborales y vitales que había sufrido, las noches derrochadas en un sopor etílico, los hombres —a veces incluso compañeros de trabajo, en cierto modo amigos— a los que encontraban molidos a palos e inconscientes en los callejones traseros de bares nocturnos y clubes de striptease, uno de ellos muerto de una puñalada, asesinado por haber ofendido a alguien con el acento equivocado o por las míseras libras de la paga, de la que sólo había quedado un puñado de monedas envueltas en un billete pequeño y metidas en el bolsillo del abrigo. Pero, por más que Seán se fuera por las ramas, la irrefutable conclusión de su discurso era que en casa se estaba mejor. Y tantos años después, en esa habitación de hotel, oyendo a Michael contar esa anécdota de nuevo, repitiendo las palabras para sus adentros como una especie de cantinela, Caitlin se incorporó, apartándose de la almohada de su pecho, y se quedó un rato, segundos o tal vez minutos, sentada al borde de la cama, mirando por la ventana con la espalda vuelta hacia él. Su piel desnuda, allí donde asomaba entre los rizos negro azabache del pelo suelto, lucía de un blanco distinto al de la tarde, pálida pero ligeramente dorada por el sol.

—¿Y se estaba realmente mejor? —preguntó sin volverse, fiándolo todo al tono de voz de Michael y quizá deseando que ambos notaran esa mínima separación.

—Supongo que sí —repuso él, y alargó la mano para

acariciar la piel de Caitlin, que empezaba a enfriarse, recorriendo la intricada celosía de sus costillas allí donde se hundían bajo la presión del codo y el antebrazo derecho—. Por lo menos para él.

Michael sonrió al contestar, sin saber muy bien por qué pero sin poder evitarlo, y ella volvió el rostro a medias hasta quedarse de perfil, sólo por un segundo, que le bastó para ver todo lo que había que ver, y tampoco pudo reprimir una sonrisa, acaso porque deseaba compartir con él lo que quiera que fuese que estaba pasando de veras, que se estaban diciendo realmente. Luego miró otra vez hacia la ventana, hacia la muestra de cielo de Coney Island que se extendía al otro lado, una anodina masa gris desprovista de detalles, en ese instante un cielo como otro cualquiera.

—Te lo dijo como una advertencia, por supuesto —añadió Caitlin.

—Por supuesto.

Michael, posiblemente presintiendo la inminencia de la despedida y resistiéndose a aceptarla, deslizó la mano casi hasta la nuca de Caitlin y luego la bajó despacio sin apenas rozarla, recordando el sabor de esa piel que menos de una hora antes había recorrido con los labios, cuando la había hecho tumbarse boca abajo y le había besado la espalda de abajo arriba hasta hundir el rostro en la maraña de su pelo y de nuevo hacia abajo, muy despacio, regocijándose cada vez que ella se estremecía y pronunciaba su nombre con tímida expectación, instándolo a seguir.

—La intención era buena. El viejo nunca hacía ni decía las cosas de mala fe. Pero me estaba hablando de una época lejana, cuando el mundo era un lugar distinto.

Caitlin lo escuchó y luego se dio la vuelta y le cogió la mano. Por entonces Michael aún no había empezado a hincharse, y lo observó con calma, reparando en el pecho desnudo, los pezones

orlados de vello oscuro y alguna que otra cana, luego la garganta y el primer atisbo de flacidez bajo el mentón, y por último, casi como si cayera en ello de pronto, los detalles de su rostro. Michael se recostó y esperó, como de costumbre, a que la mirada de Caitlin ascendiera para recibirla con una amplia sonrisa que ella no devolvió, sumida en un profundo trance. Incluso cuando sus miradas se encontraron, él tuvo la sensación de que los ojos de ella no acababan de enfocar lo que tenían delante. Su mano seguía en la de Michael, leve, frágil y notablemente fría, pero su postura no cambió. Con los dedos de la mano libre exploró la cara interna de la muñeca de Michael, que se fijó en sus uñas, cortas pero no demasiado, pintadas para él del intenso terracota de las tejas y la sangre fresca, tal vez el único toque de color en toda la habitación. Era imposible ocultar nada en ese momento de absoluta desnudez, y sin embargo, cuántas cosas se interponían entre ambos, las conocidas y las negadas.

Siempre había algo más que decir, por parte de ambos, pero las palabras hacían que la despedida resultara aún más difícil. Por fin, todavía absorta en sus pensamientos, en sus ensoñaciones, Caitlin se levantó de la cama y empezó a vestirse. Algo en los anodinos contornos de la habitación debería haber cambiado, el mundo entero debería haberse desplazado respecto a su eje, y aun así todo era quietud. Michael vio cómo se subía las bragas de encaje negro deslizándolas sobre los muslos, derrochando en cada gesto la sutil elegancia de quien está acostumbrado al escenario, inclinándose como hacen los cisnes en busca del sol. Y sin emitir sonido alguno una vez que se apartó de él, que se propuso marcharse. Caitlin se abotonó la blusa, se puso el jersey, se arregló el pelo. Mes tras mes se repetía la misma escena, variaciones de una melodía que para entonces sonaba familiar. El día que Michael se fue de casa no había sido tan

plácido, ni mucho menos. Pese a sentir la acuciante necesidad de marcharse, algo que repetía para sus adentros una y otra vez, como queriendo asegurarse de que no vacilaría llegado el momento, eso fue justo lo que hizo, demorarse. Plantado en el umbral, de espaldas a la casa, vio rayar el alba sobre los campos, deshilvanando la oscuridad, el cielo como una sábana gris que, visto a través del cristal, se parecía bastante al de cualquier otro día invernal en Coney Island. A sus dieciséis años, Michael todavía no era un hombre pero tampoco un niño, tenía un físico robusto y cierta tendencia a la introspección por el tiempo que había pasado en el mar o encorvado en el campo. Era consciente del equilibrio que existía entre todas las cosas y lo bastante inocente para seguir creyendo en los sueños, y deseaba con todas sus fuerzas salir al mundo, pero no estaba del todo preparado para semejante desgarro. Ese día soplaba una brisa marina fresca y salada, de una pureza que nunca volvería a experimentar, salvo por sugestión, en días contadísimos de la primavera o de finales de septiembre, cuando el oleaje agitaba otro mar —u otra orilla de ese mismo mar— y el viento soplaba con la intensidad justa. A su espalda, en la casa en penumbra, su padre estaba sentado a la mesa de la cocina, inclinado sobre una taza de té caliente, mientras al otro lado de la estancia, en la silla más cercana al fuego consumido, Áine lloraba, abriendo y cerrando los dedos en torno a un viejo pañuelo que apretaba contra los labios en un esfuerzo por reprimir los diminutos gemidos que acompañaban sus sollozos. Para entonces ya estaba casada y se le empezaba a notar el embarazo. Apenas había cumplido veinte años, pero las fatigas y los kilos de más le daban el aspecto de una mujer de mediana edad. Sus manos tenían el brillo alabastrino de la piel castigada por el agua fría, y su pelo —cobrizo como la teca e indomable como los helechos— le caía pesadamente sobre los hombros. Las lágrimas brotaban de sus ojos en un llanto

contenido, desgarrador, que a todos resultaba familiar, y ella las dejaba manar sin intentar detenerlas. Dividido entre el impulso de volver atrás y el deseo de partir, Michael permaneció en ese umbral mientras la oscuridad se iba desvaneciendo ante sus ojos, palideciendo a lo largo de los minutos siguientes hasta perder todo color, y contempló los campos y el mar que se extendía más allá, tratando de retener en su interior los olores de la isla, de atrapar los pequeños ruidos del amanecer, el trino de los pájaros, los tordos y pinzones en los arbustos, las tarabillas y las bisbitas, la cadencia entrecortada de un cuco a lo lejos, y hacia la línea costera los chillidos penetrantes de los fulmares o las gaviotas que planeaban en círculos, atentos a la partida de los barcos de pesca. Por fin, un sonido más brusco llamó su atención, el del viejo empujando la silla hacia atrás en el suelo de piedra y levantándose para trajinar en la cocina con su habitual torpeza, chocando con los cantos y farfullando algo que no eran exactamente palabras pero se parecían más a éstas que a cualquier otra cosa.

6

Otra taza de café

Más allá de la ventana, el cielo se aferra a los últimos resquicios de esta buena luz vespertina que anuncia el crepúsculo, y cada estrato del pasado parece estar ahí mismo, al alcance de la mano, su antigua vida y también ésta, en sus incontables repeticiones, convertida hoy en una reunión de mil fantasmas. Michael no siente el menor deseo de moverse. Le pesan las extremidades, y las mantas que lo cubren le dan la sensación de estar enterrado en vida. Debajo hay un reducto de calidez que contrasta con el ambiente gélido de la habitación. Aspira una larga y profunda bocanada de aire frío, saboreando su frescor, y lo exhala despacio. A su lado, Caitlin sonríe. Tiene los ojos cerrados y coquetea con la idea de quedarse dormida. La sonrisa podría deberse a cualquier cosa, pero él sabe que es una forma de reaccionar a ese suspiro suyo. Por experiencia, lo interpreta como una señal de satisfacción. Su propia respiración fluye constante y apenas audible, inadvertida salvo por comparación.

Pasa un poco de las tres de la tarde. Aún es pronto, pero el día ya parece haber dado de sí cuanto podía.

Michael se recuesta en la almohada y deja que sus músculos se relajen. Al cabo de un par de minutos Caitlin se sacude la modorra y se pega a él, amoldando el cuerpo al suyo. Él tira de la manta hasta taparle los hombros para protegerlos a ambos del frío.

—Como en los viejos tiempos —susurra Caitlin.

—No tan viejos —replica él, sólo por llevarle la contraria.

Pero hablar es un error. Las palabras no hacen más que estorbar. Los hechizos son cosas frágiles, difíciles de invocar pero fáciles de romper, y ahora que Michael ha recuperado la noción del tiempo, ya no puede conciliar el sueño. Suelta otro suspiro y cierra los ojos, aunque la oscuridad con que se topa tiene un peso asfixiante. Pegada a él, Caitlin piensa algo que le ensancha la sonrisa y él nota el diminuto pellizco de sus dientes en la piel a través de la camiseta de algodón, justo por encima del pezón derecho. No es un mordisco, y lo que provoca tampoco es exactamente dolor, pero sugiere la posibilidad de algo más intenso, y él reacciona deslizando la mano con infinita parsimonia por su cuerpo, recorriendo la curva de la cadera y la tersa piel del muslo antes de volver a subir despacio por la ondulante protuberancia de las costillas. Caitlin ronronea, juguetona.

—¿Más? —pregunta, incitante.

—Ya te gustaría —replica él con voz ronca.

La habitación ganaría bastante con una mano de pintura pero, como ocurre en la mayoría de estos hoteles que viven de encuentros efímeros y furtivos, la decoración se reduce a lo puramente esencial. Sin embargo, el blanco roto de las paredes y el techo, deslucidos y empañados por el paso del tiempo, no desentona con el día. Ahí es la luz la que dicta las reglas; la oscuridad se las arregla de un modo más sugerente e insinuante. Resulta cómodo para la mente tener algo en lo que entretener la mirada y el pensamiento sin necesidad de hacer nada al respecto. En el techo se ven claramente las marcas de los brochazos, sobre todo cuando la luz del sol incide en él. Nada de esto tiene demasiada importancia, pero los detalles llenan las escenas, y Michael reflexiona sobre lo que implica ese detalle en concreto, relacionando la mezquindad del entorno con otras cosas: lo que hay entre Caitlin y él, la vida

que tiene junto a Barbara, él mismo, en todas sus facetas. Deja que la mente divague hasta que la tristeza se instala, y entonces aparta esos pensamientos.

Con la cabeza pegada a su pecho, Caitlin vuelve a notar el latido sordo del corazón de Michael. Al principio esa sensación la tranquiliza, pero de pronto empieza a agobiarla. Imagina a un pájaro atrapado golpeándose una y otra vez contra los barrotes de la jaula. Cuando ya no puede más, se aparta y va hacia el otro lado de la cama, donde el aire frío le corta la respiración cada vez que inhala, pero aguanta hasta entrar en calor. Se le tensan los tendones de la espalda y las extremidades, y cuando separa las piernas bajo la sábana nota el vacío que Michael ha dejado en ella. Un hilo cálido mana de su interior y Caitlin mueve la pelvis en una especie de impulso retrospectivo, pero en vez de devolverle la plenitud que recuerda haber sentido, ese gesto sólo sirve para acentuar su sensación de soledad. Cierra los ojos, los mantiene cerrados durante un rato y se esfuerza por regular el aire que entra y sale de sus pulmones. Está cansada y el sueño sería una manera magnífica de poner fin al día, pero no llegará porque ella no puede dejar que llegue.

Las sábanas se le pegan a los pies, muslos y vientre. Su piel aún está sudorosa y los pezones, arrugados y encogidos, se han vuelto duros como piedras. Hace veinte años, o incluso diez, con casi una hora por delante, estarían recuperándose con vistas al segundo asalto y calculando para sus adentros las posibilidades de llegar a la tercera ronda. Pero el tiempo todo lo cambia. Ahora Caitlin se conforma con estirar las extremidades al máximo, deleitándose con el canto de resistencia que su cuerpo entona. Le duelen hasta las plantas de los pies. Lenta, muy lentamente, se está convirtiendo en piedra.

—¿Estás bien?

Por un instante la voz de Michael no parece pertenecerle.

Luego vuelve a su sitio, o por lo menos da la sensación de hacerlo. Se ha tapado con las mantas, que ha remetido bajo las axilas. Caitlin conoce cada milímetro de su cuerpo, lo ha recorrido con besos y compasión, pero a pesar de todo lo que han compartido, él se avergüenza de que lo vea desnudo. Ella sonríe, esforzándose por no dejar traslucir lo que siente, pero Michael no se da cuenta y ella permite que la sonrisa se desvanezca.

—Es que estaba pensando... —dice.

—Pensando.

—En nosotros.

—¿Qué pasa con nosotros?

—Me gusta cómo suena. La palabra, quiero decir. Nosotros. Tú y yo igual a nosotros.

Él se ríe. Es un sonido pequeño e íntimo, del todo inofensivo, que traquetea como un puñado de piedras en una lata.

—A mí también me gusta —dice—. Después de todos estos años, por fin me veo elevado a una ecuación matemática. ¿A quién no le gustaría?

—Listillo. Sólo intento sopesar lo nuestro.

—Ya empezamos con las bromitas sobre mi peso.

Caitlin no puede evitar que se le escape la risa.

—Vale, ya lo pillo. Es la hora del vodevil. ¿Has acabado ya?

—Sí, señora. Usted perdone.

—No iba a sacar el tema todavía, con lo bien que está yendo el día, pero hay algo de lo que tenemos que hablar antes o después.

—Suena importante.

—Bueno, podría serlo. Sigo diciéndome que tenemos tiempo, pero eso es algo que nadie sabe nunca a ciencia cierta. A lo mejor sales de aquí y te atropella un coche, o me atropella a mí. Así es la vida, ya sabes. Un accidente, un infarto, un mal rayo. El mundo gira sobre sí mismo a mil kilómetros por hora,

y antes o después todos salimos disparados. Nadie puede evitarlo para siempre, y nadie lo ve venir. Una vez que pasa, lo único que queda son las cosas que no se han dicho y las promesas incumplidas.

Las ráfagas de viento azotan el cristal, que de momento las mantiene a raya, y en la cama, resguardados del frío, a salvo de todo mal y a punto de dejarse vencer por el sueño, persiste la quietud. La idea del amor sigue siendo un punto lejano pero dominante en el que convergen todas las miradas, flotando como Júpiter por encima de Coney Island, un centelleo de luz dorada que parpadea a millones de kilómetros de oscura inmensidad. Saberlo, creer en ello, es lo que sostiene a Caitlin durante el tiempo que pasan separados, sobre todo en las noches interminables en que las paredes del piso parecen contraerse y el tedio se vuelve aplastante. Un fugaz parpadeo, lo justo para atrapar su imaginación, guiarla y, a ser posible, sostenerla hasta el alba.

Para ella las noches siempre son lo peor, quedarse allí tumbada mientras Thomas duerme a pierna suelta, varada por su propia voluntad en el extremo opuesto de la cama, no sólo para alejarse de él, sino también para regodearse en la sensación de culpa, contemplando —primero con una especie de ira muda y, según van pasando las horas, cada vez más sumida en un profundo e hipnótico estupor— las familiares siluetas de los muebles convertidas en amenazadoras moles y la rendija negra como la pez de la puerta entornada del armario, que parece el umbral de algún inframundo.

En esos momentos el recuerdo de Michael siempre acude presto y Caitlin evoca su rostro familiar con todo lujo de detalles: la pequeña hendidura del mentón, las arrugas que le surcan la frente y se arraciman en torno a los ojos de mirada atenta y a ratos penetrante. Le gusta imaginar que está casada con él y se pregunta a menudo por la clase de existencia que

llevarían si estuvieran unidos de por vida. ¿Seguiría siendo amor, se vendría todo abajo en cuanto se desvaneciera la emocionante sombra del peligro que difumina los detalles? ¿O acaso la intimidad compartida se transformaría en algo más poderoso aún? El amor tal vez sea una fusión de lo indescifrable y lo familiar, pero ¿puede mantenerse ese delicado equilibrio si uno de los elementos crece en detrimento del otro? Estas preguntas son un tormento, sobre todo en las horas desesperadas de la madrugada, pero a veces, aislada bajo las sábanas y con la almohada empapada en sudor, Caitlin se regodea en ese sufrimiento y hasta se esfuerza por acentuarlo, acariciándose con mano experta y urgiéndose a entrar en un campo de batalla puramente sensorial, frotando hasta hacer saltar la chispa que tensa todo su cuerpo, y poco después, o no mucho después, desata el dulce fuego carnal. Cuando eso pasa, se odia a sí misma, sobre todo cuando llega el refrescante alivio, un odio que no tiene sentido y aun así es sincero, lo lleva en los genes, el azote del viejo sentimiento de culpa católico, aparentemente extirpado hace al menos un par de generaciones y condenado al olvido por el cuestionamiento y la lógica, pero que ahí sigue pese a todo, como el aire viciado que envuelve las aristas de la vida, concebido para señalar la línea que separa los absolutos del bien y el mal y, en cualquier caso, para inhibir. Y, sin embargo, Caitlin no puede dejarlo. El pecado —si de eso se trata— la mantiene a flote, la ayuda a resistir. Mientras, al otro lado de la cama, dichoso en su sopor, Thomas se entrega al sueño maldito, pesado como una losa, de quien se instaló hace mucho en el conformismo, y a ella le gusta mirarlo en la oscuridad mientras su propio cuerpo se debate por alcanzar la descarga que la transporta a un estado superior, porque verlo allí, tan cerca y tan a punto de descubrir su engaño, intensifica el sentimiento de desesperación y la soledad. Los dedos de Caitlin se aceleran, y a veces tiene que

morder el borde del edredón para que no se le escape un grito, y en todo momento, incluso mientras sus ojos abarcan la forma y el carácter de su marido —que sigue ajeno al mundo, con la musculatura relajada, resollando ligeramente por la nariz—, su mente bulle con los recuerdos de Michael y evoca con todos los sentidos el tacto de sus manos, sus dedos, su peso sobre ella, el sordo embate de su cuerpo y su respiración, que se vuelve sibilante cuando se acerca al clímax y luego estalla.

Esta evasión mental y carnal representa una intensa forma de infidelidad que trasciende con mucho la simple explosión pirotécnica de una aventura extraconyugal, puesto que la ha introducido sin pudor alguno en su mitad —la mitad infiel— de la cama de matrimonio. Y, pese a todo, esa traición es preferible con mucho a las noches —por suerte esporádicas desde hace años— en las que Thomas no logra conciliar el sueño y, tras pasar veinte minutos intentando en vano concentrarse en la última novela de Louis L'Amour que ha llegado con la suscripción al Club del Libro —*Colinas de fuego, Estación Cherokee, Forastero de paso* o algo por el estilo—, se remueve en la cama y la busca con un tono y unas palabras a caballo entre la súplica y la insistencia.

Caitlin tolera sus avances dándole la espalda. Eso no lo detiene ni lo inhibe, pero por lo menos le ahorra el suplicio de tener que participar y la libera para entregarse a sus juegos mentales. Entonces deja que él le quite la ropa interior y le dice que la bese sólo en el cuello y la clavícula, si es que tiene que besarla, y que no hable o lo haga en susurros. A partir de ese momento es cuestión de unos minutos que todo termine, y el tiempo se hace carne mientras él forcejea y la embiste desde atrás, restregando la piel rasposa de la boca y la cara sin afeitar en la curva del cuello de Caitlin, susurrando sonidos embarrados a su oído. La realidad es ineludible, por lo menos en el plano físico, pero en la oscuridad todo se diluye, y en esa

posición, tumbada de lado, vuelta hacia la pared y el umbral de la puerta, Caitlin puede cerrar los ojos y desconectar, de modo que Thomas pierde una identidad y toma otra como si tal cosa. Siempre hay música que suena de fondo, un suave country de aires veraniegos, Merle Haggard, Willie Nelson o Tom T. Hall, e incluso cuando su marido se pone a hablar de amor en susurros húmedos que le abrasan la piel, la noche ya ha empezado a relajarse y se abandona a la calma, por lo que sus palabras no tienen peso alguno. Atrapada en el abrazo de Thomas, que le rodea el torso pasando el brazo por debajo de su axila y ahuecando la mano sobre uno de sus senos, sujetándola contra su propio cuerpo, Caitlin experimenta una inmensa soledad. E incluso en las contadas ocasiones en que su cuerpo se desahoga de forma audible —y también cuando no lo hace—, comprende de un modo inequívoco que, sin Michael, está completamente sola. No perdida, o no del todo, porque sabe dónde está y quién es, pero sí sola. Como media humanidad, tal vez, toda esa gente que ha dado un paso en falso y nunca tendrá un compañero del alma, o aquellos cuyos matrimonios florecieron en su día y ahora se enfrentan al lento y doloroso proceso de declive. Como podría sentirse un dios, si es que de veras existe uno solo y no toda una plétora de deidades griegas o celtas, y si es verdad que en el cielo hay algo que no sea el más absoluto vacío. Cuando Thomas termina y sucumbe al sueño de los saciados y los ignorantes, ella se queda sola dando vueltas en la cama, y por más que lo intente no puede evitar pensar. Su corazón formula infinitas preguntas y sugiere múltiples consecuencias. Caitlin ha pasado miles de horas entre sudores y escalofríos, persiguiendo sus promesas e intentando comprender qué significan y qué implican, las ha retenido en la boca, saboreando su forma y textura, y ha dejado que la arrastren en cuerpo y alma a las alturas y a los abismos. Y ahora, a falta de algo definitivo, se ha instalado en la negación.

—El amor —dice ahora, abarcando con la mirada la blanca habitación de hotel a su alrededor y el blanco mortecino del cielo de Coney Island— es el cuento que nos sacamos de la manga para justificar todas las cosas horribles que hacemos.

—Qué cinismo. Y más viniendo de una escritora.

—Lo de escritora fue hace mucho. Y ni siquiera estoy segura de haberlo sido.

Caitlin observa el perfil de Michael y luego aparta la mirada. Su voz, cuando vuelve a hablar, ha bajado una octava.

—Thomas está a la espera de un ascenso. Subdirector regional para la zona del Medio Oeste.

Michael abre los ojos pero no se mueve.

—La repanocha.

—Él así lo cree. De un tiempo a esta parte, le ha dado por hablar en mayúsculas.

—¿Cuándo lo sabrás seguro?

—Dentro de un par de semanas. Un mes, quizá. No lo sé. Pero de aquí a entonces tendrá que coger un avión para ir a hacer entrevistas, así que tendré unos días libres, con sus respectivas noches. Si te apetece el plan, claro está.

—¿Hay alguna posibilidad de que no le den el ascenso?

—Alguna hay, pero la verdad es que ya le toca. Y no me gusta ir en contra de sus deseos, porque esto es lo que él quiere, lleva muchos años esforzándose para llegar hasta aquí. Lo que pasa es que todo está yendo demasiado deprisa. Yo ya me había conformado, la verdad. En mi cabeza. Había empezado a creer de veras que nada cambiaría, que seguiría estando para siempre donde estoy ahora. Y no me refiero sólo a Nueva York, sino a mi vida en general. Me he convertido a mí misma en la persona que soy. No todo lo he elegido libremente, y he renunciado a unas cuantas cosas por el camino, pero es lo que hay. Me había dado por satisfecha. Y ahora resulta que nos vamos a Peoria. ¡Santo cielo, ni siquiera puedo imaginar qué

aspecto tiene! Lo he visto en fotos, por supuesto. Cuando él lo mencionó por primera vez lo busqué, pero una foto no hará que se vuelva real para mí.

Durante un rato Caitlin se empeña en no abrir los ojos. Es un truco, pero su mente equipara la oscuridad con una percepción alterada de la realidad. En los difusos contornos de los sueños, el tiempo no conoce límites. Una vida entera puede pasar en un suspiro, y un momento perfecto, alargarse para siempre.

La quietud de la habitación la sostiene y tranquiliza. Las sábanas la arropan allí donde las ha caldeado con su cuerpo, pero basta que se desplace unos milímetros para notar un frío glacial. La tela, áspera a causa del almidonado, resulta ahora sorprendentemente agradable al tacto, y Caitlin piensa en la cantidad de amantes, tanto legítimos como adúlteros, así como las múltiples combinaciones de edad y género, que habrán compartido este mismo espacio, estas mismas sábanas, sudando, respirando y derramándose en un esfuerzo por saciar sus apetitos vitales. Los imagina, un tanto asqueada y a la vez excitada por la idea de esos cuerpos desconocidos, pero se abstiene de pensar en ellos como personas con vidas tan reales como la suya, con sentimientos y necesidades comparables de algún modo a los propios.

Cuando vuelve a abrirse al mundo, todo ha cambiado. El resplandor de la tarde ha dado paso a una hosca penumbra crepuscular. Lo que más desea en el mundo es quedarse allí para siempre, pero se incorpora y se pasa los dedos de ambas manos por el pelo enmarañado. Da la impresión de que es medianoche; la oscuridad no es tan densa, pero hay la misma sensación de hora tardía, así como la cautela que prohíbe o desaconseja hablar en voz alta. Caitlin descubre que está cansada y, pese a todo, feliz. Estos atardeceres son como reservas de alegría, a mundos y vidas de distancia de su existencia normal. En parte para demostrárselo, en parte como

muestra de gratitud, se vuelve y se inclina sobre Michael, apoyándose con ambas manos en su torso, y lo besa en la boca. Él está casi dormido, se sorprende y por unos instantes parece contener el aliento, pero no tarda en aceptar el reto. Caitlin nota cómo separa los dientes y siente el delicado aleteo de su lengua en la parte central de la suya. Sonríe y él no puede evitar hacer lo mismo.

—Un bocado —le advierte ella apartándose y desplazándose a gatas por el colchón hacia los pies de la cama—. No una comida.

La voz de Michael resuena a su espalda, farfullando protestas soñolientas no del todo convincentes, que a Caitlin se le antojan infantiles porque no alcanza a ver la expresión que las acompaña.

Por fin el termostato empieza a funcionar. Caitlin se ve capaz de soportar la temperatura ambiente, aunque apenas, por lo que decide no vestirse todavía, consciente de que Michael no le quita ojo pero fingiendo no darse cuenta. Él ya no piensa en el hambre. Estos días, cualquier pequeño logro cuenta como una victoria aplastante. Sea como fuere, a Caitlin le gusta que él siga deseando mirarla. Se aparta el pelo de los hombros y lo deja caer sobre la espalda, y el simple gesto de levantar los brazos moldea su cuerpo como lo haría un escultor, colocándolo todo en su sitio, remetiendo de aquí y estirando de allá, acentuando las curvas y sinuosidades. Caitlin alza la cabeza con el orgullo de quien se sabe deseada, adelanta el mentón y se va hacia la ventana.

El crepúsculo se ha llevado consigo la magia de antes, el esplendor herrumbroso, decadente, de las atracciones de feria reducidas a esqueletos, y apenas si queda nada que ver aparte de unas cuantas formas insinuadas. Caitlin identifica ciertos detalles sólo porque sabe que están ahí. El mundo se ve alterado por la agonía del día, aunque nada haya cambiado

desde el punto de vista físico. Aun así escruta el paisaje, traspasando con la mirada su propio fantasma, cada vez más nítido en el cristal, mientras el viento borra de un plumazo el último resquicio de luz y los minutos pasan, y cae la noche. Cuando no alcanza a ver nada aparte de su propio reflejo, corre las cortinas, da media vuelta y enciende la luz de la habitación.

Al instante Michael protesta a gritos, tapándose los ojos con el antebrazo. Esto también forma parte del juego, y la luz, bien lo saben ambos, es un gesto más que una necesidad. Pero hoy, precisamente hoy, parece un gesto importante. Caitlin quiere darle la oportunidad de estudiarla con detalle, de deleitarse con la vista y conservar ese recuerdo para los años venideros.

—Estate atento a la hora.

—No quiero irme —repone él bajando el brazo y reaccionando con una mueca al resplandor de la bombilla desnuda.

Observa a Caitlin, que se ha quedado de perfil a los pies de la cama, alisando la ropa interior tendida sobre el respaldo de una silla hasta que no puede seguir haciendo caso omiso de la mirada de Michael y se vuelve hacia él, sutil y fugazmente, para hacérselo saber.

—Habrá que ir pensando en irse —apunta Caitlin, y se odia por lo vieja que suena.

Pero él no está dispuesto a rendirse todavía.

—Vuelve a la cama, ¿quieres? Aún es pronto.

El tiempo es una esquirla de cristal clavada en la yugular del día. La tarde ha sido tan hermosa como cualquiera de las que han compartido a lo largo de los años. La edad trae consigo ciertas alegrías, aunque arrebate otras. No obstante, como siempre al caer la tarde, las sombras han empezado a hacerse fuertes.

De vez en cuando, en determinadas circunstancias, las palabras pueden permitirse el lujo de ser sólo palabras y

entonces valen su peso en sonido: se miden por su cadencia, inflexión y musicalidad, dejando al margen toda aspiración de significado y veracidad. A lo largo de los años, cuando eso ha sucedido, Michael y Caitlin han debatido sobre la posibilidad de romper de una vez por todas las falsas ataduras del trabajo, el hogar, la vida y todos sus apéndices para huir sin más, coger un avión rumbo al norte e instalarse en algún pequeño pueblo perdido donde el espacio no sea un lujo y nadie los conozca ni sepa lo que han hecho en nombre del amor. Buscar un nidito ideal para una pareja de aves migratorias y comenzar de cero. Caitlin no necesita joyas. Con un billete de autobús se conforma, o un listado de pisos de alquiler en Boston o de cabañas junto al pantano en Luisiana. Se las apañarían, mientras se tuvieran el uno al otro.

Pero, si hay que echarle la culpa a alguien, ninguno de los dos se libra. Porque hablar es fácil cuando las palabras se disocian de las expectativas. Desde el principio de su relación se han contentado con la promesa de felicidad, permitiendo que su mundo existiera casi exclusivamente en el plano abstracto. Ahora sólo esas tardes mensuales, racionadas, se les antojan reales; el resto son colores y formas entrevistos desde ángulos sesgados y distancias insólitas, despojados o apartados de toda sensibilidad, o casi. Lo que les queda, lo que siempre han tenido, son palabras, vanas promesas en las que, no obstante, resuena un poso de verdad. Su amor es bienintencionado y sincero, y la inacción no lo menoscaba en absoluto. El tiempo ha profundizado el conocimiento que tienen el uno del otro, un conocimiento libre de todo juicio que cuenta la voluntad, la necesidad y el deseo entre sus virtudes, así como la certeza de lo que guarda el corazón del otro. Los fuegos pueden arder entre llamaradas o consumirse lentamente.

Ahora, sin embargo, la voluntad por sí misma ya no basta. Algo está a punto de romperse.

—Venga, diez minutos. No te pido más.

Caitlin está de pie, desnuda y en escorzo junto a su lado de la cama. Por unos instantes su mirada se aferra a un punto lejano, pero luego busca a Michael y sonríe. Él alarga la mano en su dirección y ella hace amago de dársela, pero se refrena.

—Creo que me tomaré otro café. Antes de salir.

—Yo no quiero café.

—Te hará entrar en calor.

—Eso lo haces tú mejor que el café.

Caitlin vuelve a sonreír.

—Hace diez años, quizá.

—Quedémonos. —Michael intenta incorporarse, pero se conforma con una incómoda postura intermedia, apoyando el torso sobre el brazo flexionado.

—¿Qué?

—Poder, podríamos —prosigue él, dejándose llevar por un súbito entusiasmo—. La habitación está pagada hasta mañana. ¿Qué nos lo impide?

—Pues, veamos... ¿Qué tal mi marido y tu mujer? Tu mujer enferma, por más señas. ¿Qué tal esos detalles, sólo para empezar?

Michael se esfuerza de nuevo por incorporarse. Las mantas forman un rebujo en torno a su cintura. Es curioso cómo funciona la mente, piensa Caitlin mientras sus ojos se apartan de él como si tuvieran voluntad propia para buscar la silla y el estampado a cuadros blanquiazules de sus calzoncillos, colocados en lo alto de una pila de ropa doblada con esmero.

—Querer es poder.

Caitlin sabe, sin necesidad de mirarlo, que Michael está sonriendo.

—Ardo en deseos de oírlo.

—Tengo una idea mejor: ven a la cama y te lo enseño.

Por un instante Caitlin se plantea tomarle la palabra. Lo que

él propone es, al fin y al cabo, ni más ni menos que lo que ella quiere: pasar toda la noche juntos, aislados del mundo y sus cuitas, libres de los dictados del reloj. Entregarse el uno al otro sin prisas y tal vez, al cabo de tres o cuatro horas, cuando un cambio de ánimo o el hambre se impongan, vestirse y salir en busca de un pequeño y acogedor restaurante español o italiano. Disfrutar de una paella o unos espaguetis, compartir una botella de vino tinto sin grandes pretensiones, buscándose todo el rato, frotándose las rodillas por debajo de la mesa y hablando en susurros, sacando el máximo partido a la luz de las velas. Si todo lo que comparten acabará desvaneciéndose, ya sea en un día, un año o incluso siglos, ¿no sería maravilloso saber que por lo menos pasaron juntos una noche perfecta y que la pasaron comiendo, paseando, besándose y durmiendo, lo que se dice durmiendo, en brazos el uno del otro?

Ésta es su gran oportunidad. Al día siguiente se enfrentarían al horror en estado puro, al infierno elevado a la enésima potencia, a una terrible vorágine de gritos, lágrimas y quizá incluso —por primera vez en todos los años que Caitlin lleva casada— una mano en la cara, abierta o cerrada pero más que merecida. Tendrían que enfrentarse a la humillación y el miedo, a una biografía y un futuro fracturados y reescritos. Lo malo de los corazones es que, cuando se rompen, nunca se recuperan del todo. Sin embargo, de momento esas consecuencias quedan en un segundo plano porque mañana será otro día.

Caitlin se deja caer en la cama doblando una pierna bajo el cuerpo, abriéndolo para él de un modo que resulta tentador hasta que recoge también la otra pierna. El problema, al menos en parte, es que ella conoce los límites de su propio egoísmo, y también de su coraje. Michael deja la mano en la parte alta de su muslo pero no intenta ir más allá, y ella se acerca a él, sólo porque lo tiene ahí mismo, para besarlo en el rostro y, con

infinita delicadeza, en los labios.

—¿De veras quieres quedarte? —pregunta ella.

Y entonces, sin esperar la respuesta, retrocede y vuelve a sentarse. Michael cierra la mano en torno a su muslo, haciendo que la sangre lata más aprisa, y su silencio habla por sí solo. Caitlin percibe cualquier cambio entre ambos, por ínfimo que sea. Un tono de voz que se aplana, un hilo de tensión que arruga la frente, una rigidez que impregna los gestos. La perfección del día se debate en precario equilibrio, casi se palpa la tirantez. En cualquier momento estallará una discusión, y es mejor no insistir, porque pasados veinte o treinta minutos, una vez que la realidad se haya impuesto, Caitlin no tendrá más remedio que escuchar callada mientras él los aleja del precipicio con sus palabras, con ojos desesperados que vuelven a buscar refugio en los rincones de la habitación o en el cielo que hay más allá del cristal.

Lo que él más desea en el mundo es estar con ella, en esa habitación, en Coney Island. Allí, en compañía el uno del otro, han descubierto el mundo. El aire tiene vida propia, el mar reluce y nada parece capaz de perturbar el parpadeo de las estrellas y la luna. Pero si bien Barbara y él se desenamoraron décadas atrás, el cáncer está devorándola y se siente frágil. Seguramente Michael se escudará en una llamada de trabajo que no puede esperar, un negocio que pende de un hilo o alguna cuenta importante con la que está a punto de hacerse tras seis meses de gestiones, y Caitlin no se molestará en desenmascarar la mentira porque lo entiende. Deben tener en cuenta el sufrimiento que causarán sus acciones. Es una cuestión de responsabilidad. Los amantes, los que sobreviven, aprenden a alimentarse de las sobras, a sacar el máximo partido a lo que tienen, a todo. Mienten, engañan y traicionan, dispuestos a hacer lo que sea con tal de impedir que el atroz desgarro de la ausencia los desmiembre y los abra en canal.

Aquí lo que hay, en el fondo y por ambos lados, es cobardía. Las excusas podrán variar ligeramente, pero la esencia es la misma. Michael se disculpará con una intensidad que va más allá de la insulsa franqueza, con palabras que no se limitará a articular sino que sentirá de veras, con besos que harán las veces de flores, de joyas. Caitlin, por su parte, se esforzará por corresponderle con la mejor y más irresistible de sus sonrisas y lo liberará del anzuelo con un indolente quiebro de muñeca mientras le asegura que no pasa nada, que en el fondo da igual. Han pasado por esto unas cuantas veces, y el guión no cambia. Si Caitlin no lo ataja antes, el desenlace será el de costumbre y una vez que eso ocurra ella se quedará bajo las mantas, viendo en silencio cómo él se viste, o bien se levantará y le dará la espalda para vestirse a su vez. No es gran cosa, pero es lo que hay. Pase lo que pase, ella intentará quitarle hierro a la situación parloteando sin cesar sobre cualquier otro tema: el tiempo, la habitación, un cambio de peinado que lleva una temporada queriendo hacerse. Palabras que parecen querer decir algo más de lo que sugiere su sonoridad —algo que subyace a su tono alegre y dicharachero— pero que no pasan de susurros, o quizá lo que ocurre es que se amoldan a una respiración entrecortada, palabras que Caitlin envuelve en una gran sonrisa con la que enseña toda o casi toda la dentadura y que no se desvanece ni siquiera cuando da la espalda a Michael. Una sonrisa tan amplia que no deja sitio para las lágrimas.

Lo mejor es no hacer nada, dejarlo a su aire. Éste es un juego que los años han pulido y refinado, y cualquier desliz ahora mismo podría espolear justo la clase de ofrecimiento que conviene evitar, un ofrecimiento que Michael no tiene manera ni intención de cumplir. Pero si funcionan tan bien como pareja es, al menos en parte, porque él es como un libro abierto para ella. Los secretos no tienen cabida entre ambos porque se

conocen demasiado bien. Los sueños son estupendos, mientras se ciñan a un tiempo y un espacio específicos, pero el pragmatismo es la clave de la supervivencia. Eso y contentarse con lo que se tiene. Hay personas que ven el vaso medio lleno, otras lo ven medio vacío, pero existe un tercer grupo, un porcentaje reducido y casi imperceptible de la población, que sólo busca aplacar una sed abrasadora. Los gemidos y deseos farfullados a media voz son parte inseparable de Michael, seguramente siempre lo serán, y una vez que Caitlin aprendió a reconocer esa faceta suya le resultó mucho más fácil aceptarla. Ahora percibe el tacto cálido de esa mano sobre su muslo, y de pronto algo se estremece en su interior y tiene que reprimir el impulso de pegarse a él. Mientras tanto, Michael contempla su cuerpo, la caída lateral de sus senos menudos en esa postura recostada, los tiernos botones rosados de los pezones que la engañosa luz de la lámpara tiñe de morado.

—Mi amor —dice Michael, y por fin su mano cobra vida, abriéndose paso como la marea hacia delante, hundiéndose entre los muslos de Caitlin, haciendo que se le corte la respiración y se le escape un gemido.

Por un segundo sus miradas se encuentran. Él sonríe, pero apenas. Ella no sonríe, pero nota cómo su cuerpo se rinde a la suave presión de las yemas de los dedos de Michael.

Antes de que la situación se descontrole, Caitlin se obliga a retroceder. Y una vez que se apartan le da la espalda, se sienta al borde de la cama y, por unos instantes, apoya el rostro entre las manos.

—Mira la hora que es. Será mejor que me vaya.

Luego vuelve a pasarse los dedos por el pelo y se levanta. Michael no protesta, de lo que se deduce que sus insinuaciones no eran más que otra promesa hueca. Y cuando piensa en todo lo que se avecina, en la cuenta atrás que ahora lleva aparejada cada día como ése, transformando cada caricia, cada susurro,

en algo precioso, Caitlin nota que se le forma un nudo en la garganta, como cuando las lágrimas le arrasan los ojos e intenta reprimirlas.

Se pone a hacer café y, aunque repite con precisión los mismos gestos de antes, algo no acaba de cuadrar. Lo achaca a la luz eléctrica, que cambia por completo el ambiente de cualquier estancia, y sólo cuando el agua empieza a borbotear en el hervidor comprende que la diferencia estriba en su propia desnudez.

Cuando siente que es seguro hacerlo, mira a Michael y sonríe. Él la está mirando pero parece ausente. Las mantas se fruncen en torno a su cintura, dejando a la vista el torso robusto que la camiseta interior apenas alcanza a contener. Caitlin siente lástima al verlo, no como un pensamiento, sino como algo casi físico que le retuerce las entrañas. Lástima y, una vez más, la pavorosa intuición de que todo esto, lo que hay entre ellos, se precipita hacia su propio final.

—¿Te he dicho lo preciosa que estás hoy?

Lo dice de corazón, sin embargo Caitlin baja los ojos y se ríe.

—Qué vas a decir, tumbado en la cama sin calzoncillos y yo en pelotas delante de ti.

Michael niega con la cabeza, pero no hace falta que lo verbalice.

El agua rompe a hervir, dando a Caitlin una excusa para volverse. Intuye lo que él se disponía a decir y agradece que haya decidido callárselo, porque apenas le quedan fuerzas para seguir resistiendo. Se atarea con el café, reutilizando las tazas de antes porque no hay otras. Vierte un poco de agua caliente en ambas, la remueve para limpiar los posos y arroja el aguachirle resultante al lavamanos de porcelana blanca que hay sobre el extremo derecho del tocador. Incluso después de haberlas secado por dentro con un puñado de pañuelos de papel, las tazas se ven deslucidas, tiznadas de gris como los

diarios viejos. Son ligeras como plumas y la luz las traspasa sin apenas esfuerzo. En su casa, donde reina una limpieza rayana en la asepsia hospitalaria, nunca se rebajaría a servir el café en una vajilla tan vulgar y deprimente, pero allí puede permitirse otra actitud. Allí, la suciedad y todo lo que conlleva no desentona.

Caitlin vierte el contenido de un sobrecito de café en cada taza, añade el agua hirviendo y remueve. El ritual hace las veces de punto y aparte, de recapitulación. Un café para saludarse, un café para despedirse o desearse buenas noches. Añade el azúcar y cruza la habitación sosteniendo las tazas que, como antes, traquetean en los platillos.

—Michael.

En el ínterin, él ha cerrado los ojos. Caitlin pronuncia su nombre con una inflexión tan acentuada que lo despierta con un sobresalto. De hecho, ella también se sobresalta. Rara vez lo llama por su nombre de pila, no tiene necesidad de hacerlo. En una conversación no hace falta, si bien es cierto que él disfruta llamándola Caitie y a ella le gusta que la llame así, sobre todo en los momentos de intimidad. Hay algo sublime en su forma de decirlo, de susurrarlo, como si fuera un hecho fundamental que ella debería conocer pero por algún motivo ignora, como si la sinuosa musicalidad de ese diminutivo guardara las únicas respuestas que necesita en la vida.

—¿Qué? Ah, sí.

Michael se incorpora y coge ambas tazas de café al tiempo que farfulla un agradecimiento. Ella vuelve a meterse en la cama, recoloca las almohadas a su espalda y se cubre con las mantas hasta el estómago, dejando los senos expuestos. Son pequeños pero conservan su lozanía, si bien en la postura actual parecen caídos. Cuando ella acaba de instalarse, Michael le tiende una de las tazas, y por unos instantes beben en silencio.

Pese al azúcar, el café sigue siendo espantoso. Tendrían que haber aprendido la lección a la primera, pero al parecer ninguno de los dos estaba lo bastante atento. En vez de fundirse, el sabor dulce del azúcar forma un extraño tándem con el regusto amargo del café. Caitlin mira de reojo a Michael y comprueba que él también bebe a sorbitos, con gesto remilgado, sosteniendo el platillo debajo del mentón, acercando la taza a los labios y apartándola acompasadamente. Un gesto reconcentrado hace palidecer su rostro.

Sus encuentros permanecen casi inalterables mes tras mes, y sin embargo son muchas las cosas que han cambiado durante el tiempo que llevan juntos. Los años no pasan en balde, y no sólo en el plano físico. Ya no son las personas que eran cuando sus vidas colisionaron por primera vez. Han ido evolucionando poco a poco hasta llegar al punto actual, hasta convertirse en quienes son ahora, un crecimiento personal en el que han ejercido una poderosa influencia mutua. El amor nos impulsa a mirarnos desde perspectivas privilegiadas y nos anima a ser mejores. Se trata de una meta inalcanzable en la mayoría de los casos, pero el mero hecho de intentarlo ya cuenta. Y aunque en el fondo nada cambie, el amor despierta una nueva clase de conciencia que sobrevuela cada acción, cada decisión que tomamos o nos abstenemos de tomar. Las personas enamoradas o que experimentan lo que, en su propio delirio, toman por amor tienden a vivir pensando más en otros que en sí mismas. Y eso sí que lo cambia todo.

En no pocos sentidos, Michael y Caitlin son más compatibles ahora que cuando se conocieron, tal como un viejo jersey siempre saldrá ganando frente a cualquier otra prenda nueva en lo que a comodidad se refiere. En buena medida, ése es el regalo que les ha hecho el tiempo: la ilusión de comodidad. Poder sincerarse con alguien, decir en voz alta la clase de cosas —sueños, temores, anhelos— que nunca se han podido

compartir o debatir con nadie es algo que no tiene precio. En la mayor parte de las relaciones subyace una especie de miedo al otro. El amor consiste en dejar atrás ese miedo y abrazar el vacío que se extiende más allá. Una vez que eso ocurre, el fracaso pierde toda importancia. Pero llegar hasta ese punto no es tarea fácil.

El de hoy ha sido un buen día, mejor que muchos de los que han compartido. A veces el estado de ánimo no acompaña, o bien uno de los dos está demasiado cansado, o demasiado crispado por el estrés, o sencillamente tiene la cabeza en otra parte. Por lo menos en media docena de ocasiones durante los últimos dos años, y de forma más esporádica a lo largo de la última década, han intentado en vano hacer el amor. La edad también influye, aunque no es la única responsable. Las primeras veces que pasó, Michael reaccionó cerrándose en banda. No podía sostener la mirada de Caitlin y apenas si lograba articular palabra. Ella lo entendió y así se lo dijo, acariciándole el cuello y diciéndole que no se preocupara, asegurándole que estas cosas pasan de vez en cuando, pero él no la escuchaba. La tensión circula entre las personas, igual que la electricidad. Hay mucho más en el mundo que lo que captan los cinco sentidos; están también las vibraciones.

El verdadero regalo del tiempo es haberles enseñado a atemperar los remordimientos, a compartir el peso de la culpa y, por encima de todo, a comprender de un modo más profundo quiénes son como individuos y como pareja. La aceptación se ha convertido en su mantra. Ser conscientes de estas cosas les permite respirar en compañía el uno del otro sin temor a equivocar las palabras o el momento y reaccionar cuando la máquina se atasca o deja de funcionar. Con el paso de los años han llegado a la conclusión de que hay muchas formas de hacer el amor, y muchas formas de amor que vale la pena hacer. Ninguno de los dos ha pensado jamás, ni siquiera

en los días más flojos, que las horas compartidas han sido una pérdida de tiempo. Han aprendido a valorar las pequeñas cosas, las rarezas y debilidades del otro, porque los defectos —las peculiaridades que por lo general permanecen ocultas y que hacen de la intimidad algo tan placentero— son lo que permite distinguir de veras a una persona de otra. Como la diminuta peca que Caitlin tiene en el lóbulo de la oreja izquierda, justo donde iría un piercing, una especie de equis en el mapa del tesoro. Es un detalle ínfimo que a duras penas alteraría el canon de belleza femenina, y sin embargo se vuelve hermoso porque es suyo y forma parte de su ser, una insignificante y entrañable motita que llama la atención de Michael una y otra vez mientras charlan o hacen el amor. Lo mismo ocurre con los resoplidos nasales que suelta cuando alguna ocurrencia la pilla desprevenida y se le escapa una carcajada, un sonido efímero y adorable provocado por un acto reflejo del tracto respiratorio cuando la lengua descansa contra el paladar, obstruyendo sin querer el paso del aire. Éstas son las singularidades que nadie puede fingir, como la peculiar fascinación de Michael por el orden y las líneas y ángulos rectos, o el problema que tiene con los números impares, que le impide dejar un libro en una página impar y lo obliga, impulsado por un pánico irracional al desequilibrio, a vaciar los bolsillos de calderilla y contar hasta el último centavo dos veces por día, a mediodía y por la noche, justo antes de acostarse. En un cajón de su escritorio en la oficina, y también en casa, en la mesilla de noche, guarda sendos tarros de mermelada repletos de monedas de uno y cinco centavos, un alijo secreto del que sólo le ha hablado a Caitlin y al que se refiere en broma como su cámara acorazada. Estas debilidades y rarezas valen su peso en oro, no sólo porque ahuyentan la temible idea de perfección, sino también porque contribuyen a volverlos un poco más reales a ojos el uno del otro. El tiempo les ha regalado esto y, gracias a las revelaciones

que ha traído consigo, algo tan trivial como una taza de café, por malo que sea, tiene ahora un valor para ambos que no podría haber tenido cuando eran más jóvenes y buscaban estímulos más intensos.

Caitlin se toma el café recostada sobre las almohadas y con el hombro apoyado en el brazo de Michael. Todo parece magnificarse, incluidas las emociones, y ahora mismo cualquier tontería podría desatar su llanto. Una sola palabra sobre la pérdida, un poso de tristeza en la mirada de Michael, que bebe el café a grandes tragos a pesar de que está ardiendo. Ha abandonado el platillo sobre el regazo, lo que le permite usar la mano derecha. Durante un minuto o más la deja apoyada sobre el canto, luego la alarga y planta la palma torpemente en el estómago de Caitlin, justo por encima del ombligo. Segundos después desliza la mano por debajo de la manta y la encaja entre sus muslos. No mira a Caitlin, sino al frente, y ella tampoco lo mira, sino que se concentra en seguir respirando con normalidad y en apurar su taza de café. Se mueve una sola vez, desplazando las caderas de un modo casi imperceptible para acomodarse mejor a la mano de Michael. Él le separa las piernas muy levemente y sigue moviendo la mano, centímetro arriba, centímetro abajo, una y otra vez, despacio, en una especie de trance. Esto, esta clase de conocimiento, es algo que también llega con el paso de los años.

Caitlin lo besa en el hombro y la clavícula, hunde la cara en su cuello. Michael retira la mano sólo para apartar las tazas de café, luego cierra los ojos y toma la boca de Caitlin entre sus labios. «Soy tuya», se limita a decirle ella, como si no fuera más que la pura verdad. Él le dice que la quiere, a lo que ella asiente y contesta que lo sabe, y así es. Michael se vuelve hacia ella y esta vez la busca con la mano izquierda, ya liberada. La mueve despacio y vuelve a acomodarla en la entrepierna de Caitlin, esta vez en el punto justo y con una intensidad

perfectamente medida. Pero esto no es sino una coda, una manera de zanjar las cosas, por ahora, de un modo agradable y placentero. Y, sin ninguna otra ambición, disfrutan del momento como lo que es, ni más ni menos. Mientras nota el regusto amargo del café en la lengua de Michael, Caitlin deja que su propia mano deambule y explore. Por más que las formas cambien, por más que ciertos volúmenes se expandan o cuelguen, se engrosen o se conviertan en barro, la familiaridad que comparten les brinda cierto consuelo.

—Te quiero, Caitie —dice él una vez más, como si fuera algo que necesita repetir sin cesar, y ella sonríe sin apartar los labios y asiente a modo de agradecimiento.

—Yo también te quiero —dice al cabo y, ladeando el cuerpo para recibirlo, encaja la pierna izquierda entre las de Michael, la eleva hasta que no puede más y se entrega por completo, sin la menor reserva, para que él la arrastre en su abrazo.

7

Icebergs

Cuando volvieron a casa con la mala noticia, Barbara se pasó la primera hora entrando y saliendo de las habitaciones, moviéndose como la hierba alta mecida por el viento, con la muda elegancia de una danza. Al principio Michael siguió sus pasos, a una distancia suficiente para no estorbarla pero llenando tercamente los espacios que ella iba dejando vacíos, listo para cogerla si se caía. Barbara apoyaba las manos en las superficies o cogía pequeños objetos que sujetaba un instante y volvía a dejar en su sitio sin apenas reparar en ellos.

La lluvia amenazaba con asfixiar el mediodía. Un velo de densa niebla fría amortiguaba todos los sonidos, un tiempo hecho para los susurros. En cada ventana, la débil luminosidad parecía traspasar el cuerpo de Barbara. Michael comprendió que se le habían escapado muchas señales de alerta, y bajo esa luz todo parecía borroso, como ocurre cuando asoman las lágrimas a los ojos. Pero él aún no estaba listo para llorar.

Después de recorrer todas las estancias de la planta baja, Barbara salió sigilosamente al distribuidor y cerró la puerta tras de sí para que él no la siguiera. No había despegado los labios desde que habían llegado a casa, aunque el hecho de cerrar la puerta era toda una declaración de intenciones. En la sala de estar, Michael contuvo la respiración y siguió el sonido de sus pasos, que subieron despacio por la escalera. Sintió que empezaba a venirse abajo. Era mucho lo que necesitaba decir, pero las palabras se le resistían. Ni siquiera en su mente era

capaz de imponerles algo parecido al orden.

Un minuto después la tenía justo encima, y sus tacones resonaron como chasquidos de dedos en el suelo laminado del dormitorio, moviéndose al compás de un vals imposiblemente lento. Entonces empezó a sonar la radio, Sinatra cantaba en susurros un tema que a él siempre le había encantado: *The Way You Look Tonight*. El baile se detuvo y Michael supo que Barbara se había sentado al borde de la cama. Se quedó mirando la puerta cerrada de la sala de estar y le pareció verla, apenas apoyada en el colchón, encorvada hacia delante con los codos clavados en las rodillas. Toda ella ángulos, petrificada de terror.

El especialista había dicho que la pérdida de peso debería haberles hecho sospechar que algo no iba bien. Un hombre de facciones toscas y aspecto un tanto porcino, con la palidez carnosa y moteada de grasa de una salchicha fresca y las cejas como carretes de hilo de cobre. Se había afeitado de cualquier manera y se había hecho un corte justo por encima de la comisura izquierda de los labios. Cuando Michael se aclaró la garganta y farfulló que Barbara siempre había sido delgada, por lo que tampoco podía perder mucho peso, el hombre lo miró sin parpadear y con dureza hasta hacerlo sentir incómodo. Él podía haberle explicado que, en el caso de su mujer, los cambios nunca habían sido obvios, que aparte de una ligera tirantez de la piel en torno a los ojos y la boca, su cuerpo apenas había cambiado desde la primera vez que se había abierto para él, muchos años atrás. No obstante, el médico le sostuvo la mirada hasta que se hizo evidente para todos que la cuestión era poder echarle la culpa a alguien.

Ambos esperaban que ocurriera algo así. Los médicos los habían ido preparando de una manera indirecta, con comentarios que dejaban caer como de pasada a lo largo de incontables pruebas y exploraciones. Pero incluso cuando lo

peor era ya una posibilidad asumida, el carácter irrevocable de la confirmación los arrojó a los dos de cabeza a un estado de shock. Un puñetazo en la boca duele tanto si lo ves venir como si no.

Cuando Barbara reapareció, ya se había hecho de noche. Se quedó en el umbral de la cocina, con el pasillo a su espalda, reducida a una silueta por el rancio fulgor ambarino de la farola de la calle. Michael, apoyado en la encimera de pizarra roja y sumido en sus propios pensamientos, ni siquiera advirtió su presencia hasta que el aire se estremeció levemente, alterando el equilibrio de la estancia. Levantó la mirada, estupefacto al comprobar que había perdido buena parte del día. Era noche cerrada y fuera seguía lloviendo con fuerza.

—Hola.

Barbara asintió con gesto abismado.

—Sí.

Olvidando que la tenía delante desde hacía horas, Michael cogió la taza sobre la que se había ido encorvando y bebió un sorbo de café. Notó su regusto frío y agrio en la lengua y los dientes, pero en vez de escupirlo lo retuvo en la boca unos instantes y luego se lo tragó.

—¿Has dormido?

Barbara se encogió de hombros.

—No estoy segura. He soñado, pero no sabría decir si he llegado a dormir. Por Dios, Michael, ¿cómo voy a enfrentarme a esto?

—Podrás. Podremos.

Barbara alargó la mano hacia el interruptor. Un violento destello de luz inundó fugazmente la estancia y se apagó con un chasquido, y durante varios segundos una luminiscencia hiriente llenó sus retinas, prestando a la oscuridad una

presencia más sólida. Sin embargo, ese resplandor momentáneo dejó grabada en la mente de Michael una imagen terrible del rostro de Barbara, pálido, alargado, con el pelo revuelto y la boca entreabierta en un gesto de estupor.

Ahora ni siquiera el peso de la oscuridad podía evitar que todas las heridas quedaran al descubierto. Michael tomó aire con un estremecimiento.

—¿Podemos hablar de esto?

—¿Te refieres a si podemos o si vamos a hacerlo?

—Lo digo en serio, Barb. De verdad creo que...

—¿De qué sirve hablar, como no sea para llenar el silencio de ruido?

Barbara cruzó el umbral para entrar en la cocina y la oscuridad la engulló, y por un instante el mundo se detuvo, amansado, hasta quedar del todo inmóvil. La lluvia, que hasta entonces repiqueteaba débilmente en la ventana, se derramó sobre el cristal y enmudeció. Todas las cosas parecían haber quedado atrapadas entre dos latidos, y Michael se preguntó si la muerte sería algo así, una especie de profunda inercia. Entonces un sollozo rasgó el aire, un sonido dislocado pero vital, suficiente para devolver algún atisbo de equilibrio a la noche.

—A veces, las cosas que nos desgarran parecen menos graves si las guardamos para nuestros adentros. Si ahora nos ponemos a hablar, ¿qué podemos decir que sirva de algo? —En la oscuridad, la voz incorpórea de Barbara sonaba desconocida y extraña.

—Es normal tener miedo. El cáncer da miedo.

—Hay cosas peores que el miedo, Michael. Como la soledad.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Porque no estás sola.

—Y una mierda. Hace años que estoy sola. Ambos lo

estamos. Así somos. A esto hemos llegado.

Michael quería llevarle la contraria, pero le faltaban fuerzas.

—Habrá que comer —murmuró. La oscuridad invitaba al susurro—. ¿Preparo algo o prefieres cenar fuera?

—Fuera, por supuesto. Siempre fuera.

Porque el silencio era mucho más fácil de disimular en un lugar público.

Se decantaron por el chino sin discusión. La abundancia y el calor de la comida china resultaban apetecibles, sobre todo esa noche, así como el aspecto físico de los alimentos, la proporcionada variedad de los boles, las texturas, los colores. Para ellos, «chino» era sinónimo de Wong's, un acogedor restaurante de tan sólo ocho mesas con sus lámparas, el secreto mejor guardado del East Side. Rara vez estaba más que medio lleno y valoraba el sabor y la calidad del producto por encima de todo. Michael y Barbara lo habían descubierto por pura casualidad diez o doce años atrás. Pretendían cenar en un restaurante libanés recién inaugurado que alguien había recomendado a Michael, pero la noche que se presentaron allí sin reserva se celebraba una fiesta de cumpleaños o un aniversario de bodas, y había tal jaleo que volvieron a la calle sin probar bocado, hambrientos y frustrados. Dar con el restaurante chino fue un golpe de suerte, uno de los pocos de su vida en común, y se convirtió en su lugar preferido siempre que les apetecía salir a cenar.

Esa noche, aunque no habían llamado para reservar mesa, la señora Wong salió a recibirlos en cuanto llegaron. Era una mujer menuda y rolliza de unos setenta años que saludó a Michael sin sostenerle la mirada, se inclinó ante él y dejó que le estrechara la mano, y luego se volvió hacia Barbara sin disimular el afecto y la inquietud que sentía y la abrazó como

si fueran grandes amigas. Mientras les daba la bienvenida una y otra vez, los guió hasta una mesa del fondo que era la suya por deferencia y costumbre, dejó que se acomodaran y los obsequió con dos vasitos colmados de un pálido licor de ciruelas. Diez minutos después la señora Wong salió de la cocina con una bandeja de rollitos de pato confitado, langostinos salteados, una ración de dumplings y un cuenco con salsa de soja y jengibre.

Como para desmentir la exuberancia de los platos, la decoración del restaurante era sobria, con paredes pintadas de un discreto blanco violáceo que reflejaba el sutil fulgor de las lámparas y cedía todo el protagonismo a las escasas láminas tradicionales que había colgadas, todas de dos o tres colores, estampas de trazo delicado y sobrio que representaban difusas cimas montañosas, islas envueltas por las nubes y ramas que irrumpían en primer plano, desnudas salvo por algún que otro capullo rosado y retorcidas en aras de la simetría.

Comieron un tanto distraídos, más atentos a sus escasos vecinos de mesa que a la comida, pendientes de los retazos de conversaciones que atrapaban al vuelo. En la mesa más cercana a la pared de la chimenea, dos hombres de mediana edad trajeados bebían más que comían, y junto al gran ventanal con la persiana bajada había una joven familia interracial que rompió a reír al unísono mientras Barbara la observaba. Él era un estadounidense que rondaría los veinticinco años y parecía muy serio salvo cuando reía, mientras que ella era un poco más joven, de origen chino y atractiva, con ojos oscuros y una reluciente melena negra hasta la cintura que llevaba recogida en una gran trenza sobre el hombro; los acompañaban un niño y una niña de edades cercanas. El conjunto parecía desigual y, sin embargo, perfecto. El hombre dejaba los palillos en el plato entre bocado y bocado para coger la mano de su mujer, o incluso besarla, con suma ternura y devoción. Y con cada beso,

los niños, que no podían tener más de cuatro o cinco años —él con el pelo cortado a lo paje y un flequillo que le caía sobre los ojos; ella con una melena larga como la madre pero recogida en dos trenzas—, soltaban gritos y remedaban suspiros de felicidad. La mujer parecía avergonzada y encantada a un tiempo de recibir esas muestras de afecto en público, y cada vez que él apartaba el rostro del suyo agachaba la cabeza tímidamente, esforzándose por reprimir una sonrisa.

Michael los contempló con gesto distraído antes de centrarse en los langostinos. Barb, en cambio, siguió observándolos. Por alguna razón, ser testigo de ese beso la había hecho entornar los ojos, que de pronto parecían más pequeños.

—Siempre había dado por sentado que llegaría a vieja —murmuró—. Hay que ver cómo nos engañamos.

—Así que te has rendido, ¿es eso?

El rostro de Barbara parecía hecho de piedra, imbuido de la clase de dureza que se manifiesta en forma de grietas. Se encogió de hombros y los dejó caer.

—Llámalo así, si necesitas ponerle nombre. De todos modos, tal vez sea lo mejor.

—¿El qué?

—Bueno, no me negarás que esto simplifica las cosas.

Michael se la quedó mirando de hito en hito. Ella notó el peso de su mirada, pero no se molestó en sostenerla. Lo tenía muy visto, y aquella otra familia parecía mucho más interesante.

Al otro lado de la estancia, la niña se bajó de la silla, se plantó junto al padre y empezó a recitar *Puff, el dragón mágico* con su adorable vocecilla en una tierna y frágil cantinela. Sintiéndose interpelados, los dos hombres de negocios posaron las copas para prestar toda su atención al espectáculo, y la señora Wong salió otra vez de la cocina. Con su forma de pasar de puntillas sobre las erres, la niña hacía que la canción

resultara aún más conmovedora. Cuando terminó de cantar, alargando las notas finales, todos rompieron a aplaudir y uno de los hombres trajeados se llevó el índice y el pulgar a la boca y emitió un largo y agudo silbido. Roja como un tomate, la niña volvió a sentarse a la mesa, pero los aplausos no cesaron y, a instancias de la madre, se levantó de nuevo y se inclinó en una breve y tímida reverencia.

—Qué ricura de niña —afirmó Barbara—. ¿A que es para comérsela?

Michael cogió el último dumpling y lo mojó en la salsa de soja y jengibre. Se lo comió en tres bocados, tomándoselo con calma. Barb picoteó lo que quedaba de un rollito de primavera que había abierto en canal, extrayendo con precisión quirúrgica trocitos de carne y verduras picadas, y el castañeteo de sus palillos sonaba como un eco de los aplausos que acababan de extinguirse.

—¿A qué te refieres con eso de que «simplifica las cosas»?

Barbara levantó la mirada. Tenía la boca cerrada pero mascaba un trozo de pato con los incisivos.

—No importa. Olvídalo.

—Sí que importa. Venga, Barb. Si tienes algo que decir, dilo de una vez.

—¿Para qué? ¿Para sacar a la luz todos los trapos sucios? No, gracias. Bastante mal me siento ya. Tengamos la fiesta en paz, ¿vale?

Pidieron los segundos. Michael se decantó por las brochetas de ternera marinadas en salsa satay picante con arroz jazmín. Tras manifestar un vago interés por el pescado, Barbara se dejó aconsejar por la señora Wong y acabó pidiendo langostinos con una salsa de chile dulce maravillosamente ligera. Sin que nadie lo pidiera, cortesía de la casa, llegó a la mesa un cestillo con una selección de dumplings al vapor rellenos de ostras, pollo y verduras. Michael pidió una cerveza, aunque no le apetecía

demasiado beber. Barb se tomó otro chupito de licor de ciruelas. La comida estaba deliciosa, pero las raciones eran demasiado abundantes.

—Nadie ha dicho que esto vaya a ser el fin, Barb. Tienes que tomártelo de otra manera. Entiendo que estés asustada, pero no ganas nada poniéndote en lo peor. Es grave, por supuesto que sí. Todas las formas de cáncer lo son. Pero nadie ha mencionado la palabra «terminal», ¿verdad que no? Si el pronóstico fuera ése, ni siquiera se molestarían en darte tratamiento. Hay que mirarlo por el lado bueno.

Barb masticaba despacio, con un velo de resignación en la mirada. Cuando por fin contestó, lo hizo en tono quedo, casi compungido.

—Suena bien —dijo—, pero tú no te lo crees, así que ¿por qué esperas que yo lo haga? Sé cómo van estas cosas. Ambos lo sabemos. No es la primera vez que pasamos por algo así, y conozco el percal. Los médicos siempre te lo pintan todo lo mejor posible.

Michael negó con la cabeza.

—De eso hace mucho tiempo, y era una situación distinta.

—Ya has oído lo que han dicho.

—¿El qué? ¿Que el tratamiento será un poco intensivo?

—Invasivo. Lo que han dicho es que será invasivo. Y nada de «un poco».

—Intensivo, invasivo. Por lo menos te tratarán. También les he oído decir que confían en obtener un resultado positivo.

—O empezarán a cortar de aquí y de allá.

—Han dicho que quizá haya que recurrir a la cirugía. Quizá, y no es algo que vaya a pasar hoy ni mañana. Primero probarán con la quimio, que seguramente reducirá el tumor a un tamaño manejable. Sé que suena fatal, y cualquiera en tu lugar estaría aterrado, pero el pronóstico podría ser mucho peor, así que ten un poco de fe.

—¿Qué quiere decir que «confían» en obtener un resultado positivo? Si lo piensas, es una de esas palabras que no significan nada. Confiar en que pase algo es prácticamente lo mismo que desearlo. Y nadie decide si sus deseos se hacen realidad o no.

Barb se llevó otro bocado a la boca y sonrió.

—Cuarenta y ocho años tampoco son muchos, la verdad. O han dejado de serlo. En ciertas zonas de África tal vez lo sean, pero aquí no. Hoy en día es poco más que la mitad de la esperanza de vida. Y hay mucha gente que lo ha pasado peor que yo, mucho peor. Sin embargo, me siento mayor, llevo mucho tiempo sintiéndome mayor. ¿Recuerdas cuando empezamos a salir juntos? No soportábamos estar separados. A ti te pasaba tanto como a mí, o puede que más. Cuando compramos el coche, solías venir derecho desde Maine, o New Hampshire, o allá adonde te llevara el trabajo, y a veces te pasabas la noche al volante para que pudiéramos desayunar juntos en la cama. Eso era amor. O así lo creía yo entonces. ¿Por qué dejamos de hacer esas cosas?

Pese a todo, pese incluso a la amenaza del cáncer, Barb tenía buen aspecto. Tal vez se sintiera mayor, como había dicho, pero por lo menos hasta entonces los años apenas si habían hecho mella en sus facciones. Según cómo le diera la luz, podría seguir pasando por una mujer de treinta años o menos aún. No obstante, en algo llevaba razón: fuera lo que fuese que había entre ambos, se había desvanecido hacía mucho.

Michael pidió otra cerveza. Barb pensó en tomar un tercer chupito de licor, pero cambió de idea. La señora Wong acudió a la mesa, sirvió la cerveza hasta colmar el vaso y vertió el resto en una copa de vino limpia. A problemas sencillos, soluciones sencillas, dijo enseñando una hilera de dientecillos amarillentos y posando la mano delicadamente en el hombro de Barb. Tomando partido como siempre, como era de esperar. Cuando

ellos la conocieron ya se había quedado viuda, y era una mujer sencilla, anticuada y estoica a su manera, acostumbrada a aguantar carros y carretas. Aunque Barb siempre se dirigía a ella por el apellido, entre ambas había surgido una buena amistad, sobre todo a lo largo de los últimos dos o tres años, y había invitado a la anciana a su casa en bastantes ocasiones, a cenar o a almorzar los domingos, y a veces acudía en compañía del hijo y la nuera, pero por lo general iba sola. Sosteniendo la botella de cerveza vacía por el cuello, la señora Wong fulminó a Michael con la mirada justo antes de retirarse.

Él le dio un sorbo a la cerveza mientras Barb parecía observar con gesto ausente algún punto situado más allá de su hombro, hasta que de pronto cogió la copa de cerveza y le dio un sorbo. Lamió la estela de espuma que le había dejado sobre el labio superior y se lo secó con el pulpejo de la mano.

—Si te sirve de consuelo —añadió Michael—, esta noche yo también me siento bastante mayor.

La familia de la otra punta casi había terminado de cenar y los niños empezaban a impacientarse, sobre todo el crío. Se dejaba caer al suelo y volvía a encaramarse a la silla una y otra vez. Lejos de intentar reprimirlo, el padre se volvió hacia la mujer con gesto serio y tranquilo, tomó su diminuto mentón de cáscara de huevo entre los dedos para que ladeara el rostro en su dirección y la besó de nuevo. Ella musitó algo en respuesta, unas palabras que nadie más alcanzaba a oír hasta que la música enmudeció de pronto.

—Jimmy, por favor. Nos están mirando.

—¿Y qué? —repuso el marido—. Que miren. Que vean qué es el amor.

Ella lo apartó con gesto coqueto. Él se recostó en la silla, sonriente, y alzó las manos como dándose por vencido. Entonces la música empezó a sonar otra vez, notas ligeras de piano, acordes de violín, la misma melodía que había sonado

antes u otra similar.

—Qué monada de niños —dijo Barb, casi en un susurro—. Con niños así, cómo vas a envejecer.

Michael apuró la cerveza y dejó sobre la mesa unos pocos billetes que sacó de un pequeño fajo de cinco y diez dólares, más que suficiente para cubrir la cena, las bebidas y la propina. De pronto, no podía más.

—Pongamos que me muero.

—No.

Barb salió del baño de la habitación sin más atuendo que un sostén de tono mantecoso y el pantalón de un pijama de seda rojo cereza. Michael se quitó los pantalones y los dobló con esmero siguiendo las líneas de los pliegues.

—Sólo hipotéticamente, pero supongamos que pasa.

—Sé lo que quieres decir, y la respuesta es no. No quiero ni imaginarlo.

Barbara lo observaba de pie desde su lado de la cama. La ropa de Michael iba formando una pila perfectamente ordenada en el sillón estilo Canterbury que llevaba con ellos casi desde el inicio de su vida de casados, una buena pieza con la que se habían topado por casualidad en un anticuario de Dobbs Ferry mientras pasaban un fin de semana en Westchester y que compraron como proyecto de restauración para Barbara, que por entonces andaba buscando una nueva afición. Más tarde, al comprobar que no podría llegar muy lejos sin la ayuda de un verdadero experto en la materia, el Canterbury acabó costándoles un dineral, seguramente el doble de su tasación más generosa, pero la calidad y antigüedad de la pieza bien valían la inversión, y nunca habían tenido motivos para lamentar el desembolso.

—Vale, pero ¿se te ha ocurrido que a lo mejor yo sí quiero?

¿Que a lo mejor lo necesito? Esto te toca de cerca, lo sé. Pero piensa en mí, para variar. ¿Acaso es pedir demasiado?

—Estoy pensando en ti. Tienes cáncer, Barb, pero no te vas a morir, así que deja de torturarte.

Barbara se desabrochó el sujetador, liberando los senos de las copas de algodón. De tamaño mediano y ligeramente alargados, se veían algo caídos pero todavía firmes, todavía hermosos para una mujer de su edad. A la luz de la lámpara, los pezones parecían dos huellas embarradas sobre la piel pálida. Michael se los quedó mirando, aunque no reaccionó.

—¿Sabes?, hubo un tiempo en que hubieses volcado esta cama con tal de llegar hasta mí. Entonces éramos insaciables. Volvías a casa y había noches en que ni siquiera podíamos acabar de cenar.

—Me acuerdo —dijo Michael sonriendo para complacerla—. Sería el ardor de la juventud. Antes de que los años se me echaran encima, los muy cabrones.

La lluvia no había cesado ni por un instante. A lo largo de la última hora había empezado a soplar viento, en ráfagas que ahora azotaban el costado de la casa. Era una climatología acorde con el estado de ánimo de ambos, y sin embargo la habitación resultaba cálida y acogedora, y la tenue luz mantenía a raya la noche inclemente. Michael se desabotonó la camisa, la dobló con el mismo cuidado que antes había dedicado a los pantalones y se metió en la cama. Puesto que el agotamiento y el sueño no son mutuamente excluyentes, puso la radio de fondo. El murmullo de la música servía para disuadir la conversación, o al menos para que no se sintieran mal por no decir nada.

Al otro lado de la cama Barbara se puso la chaqueta del pijama, pero algún pensamiento o recuerdo la distrajo y se olvidó de abrocharse los botones. Su rostro no delataba emoción alguna cuando fue a coger el cepillo. Michael la

observaba, reparando en la cadencia precisa de sus gestos al cepillarse el pelo. Se trataba de algo ritual y del todo innecesario. Incluso despeinada, su media melena, que le enmarcaba el rostro hasta el arranque del cuello, conservaba su elegancia natural. Cuando ella se inclinó a la izquierda, una de las solapas del pijama se abrió bajo la presión de los senos desnudos, descubriendo una vez más su cuerpo a los ojos de Michael. Sí que había adelgazado. Se distinguía a la perfección el contorno de las costillas y, en la base de la garganta, la piel se hundía bajo la prominente clavícula. Antes incluso de que ella acabara de cepillarse el pelo, Michael se incorporó, puso el despertador, volvió a acostarse y cerró los ojos. La cuestión no era dormir, sino escapar.

Barbara se aclaró la garganta discretamente.

—Me parece que voy a leer un poco. No creo que pueda concentrarme, pero tal vez me ayude a pensar en otra cosa.

Michael abrió los ojos y volvió a cerrarlos sin mirarla.

—Vale.

—Estás cansado. ¿No te molestaré?

—Tranquila. De todos modos, no creo que pueda dormir.

Los huesos le pesaban como si fueran de plomo, pero su mente era un hervidero. Conocía las señales. El insomnio había lastrado las últimas semanas y meses de su existencia. Respiró hondo y esperó.

Al cabo de un par de minutos, notó cómo Barbara se metía en la cama a su lado. Sus cuerpos no se tocaron, pero ese gesto bastó para desbaratar algún delicado equilibrio. Se esforzó por mantener la calma.

Barbara guardaba en la mesilla de noche una pequeña pila de revistas que iba renovando con frecuencia. Cogió una y se puso a hojearla con parsimonia. Michael la escuchaba tal como hacía con la lluvia y la música, intentando dejarse arrullar por el bisbiseo del papel. Se conformaba con dormir siquiera una

hora. Poco a poco, sin embargo, le pudo la curiosidad y empezó a preguntarse si sería capaz de reconocer esa revista en particular guiándose tan sólo por el sonido que, según su gramaje, hacían las páginas al pasarlas. Se descubrió comparando distintas publicaciones: el diseño compacto, ribeteado de amarillo, del *National Geographic*; la airosa y descarada chulería de *Rolling Stone*; el grosor y la elegancia de *Esquire*, que por algún motivo ajeno a la propia revista no acababa de gustarle; la afilada indulgencia y sofisticación del *New Yorker*, que irónicamente a ella le gustaba bastante más. Michael aguzó el oído en busca de pistas, pero lo único que le llegaba era el murmullo indistinto del papel satinado mientras ella pasaba las páginas sin apenas detenerse, lo que sugería que se contentaba con mirar las fotos y tal vez leer los pies, pero poco más.

Al cabo de un rato se dio por vencida y devolvió las revistas a la mesilla de noche.

Tratando en vano de respirar pausadamente, Michael esperó a oír el chasquidito de la lámpara que descansaba sobre la mesilla de Barbara para entregarse a una oscuridad más profunda, pero nada cambió. Durante unos segundos que se hicieron eternos no hubo más sonido que el estrépito de la lluvia y el viento en el exterior y, dentro de la habitación, el susurro de Springsteen en la radio, cantando en un tono apenas audible un viejo tema, *Stolen Car*.

—¿Crees que estamos acabados? —preguntó Barbara al fin, pillándolo desprevenido.

—¿Qué?

—Como personas, quiero decir. ¿Crees que nuestra vida ha dado de sí todo lo que podía?

La respuesta era no, por supuesto que no, aunque de pronto se le antojaba algo sumamente difícil de decir con la convicción necesaria, así que no dijo nada.

—Aún sueño con él.

Michael abrió los ojos, pero resistió el impulso de moverse. Su cuerpo era un peso muerto que lo tenía atrapado.

—Es normal. No te preocupes por eso.

Se aclaró la garganta, lo que le brindó un mínimo alivio. Notaba los huesos de los hombros y las caderas de Barbara a través de la tela del pijama. Conocía los ángulos de su cuerpo sin necesidad de tocarlo, aunque una parte de sí mismo se moría de ganas de hacerlo, sólo para reconectar con ella de algún modo, por insignificante que fuera.

Barbara volvió la cabeza en su dirección.

—Yo no lo vivo como algo normal.

—Por supuesto que lo es. Forma parte de tu vida. Eso no cambiará.

—¿Tú piensas en él?

—No tengo que hacerlo. Siempre está ahí.

—Cuéntamelo.

—Barb.

—Por favor, Mike. Necesito escucharlo. Necesito saber que no estoy sola en esto.

Michael soltó un suspiro.

—Al principio no me lo podía sacar de la cabeza. No pensaba en otra cosa. Pero el mundo tiene una tolerancia limitada al sufrimiento. Durante el primer año, o los dos primeros, lo veía por todas partes, así que hice lo mismo que hace mucha gente, me volqué en el trabajo. Lloraba dos veces al día. En serio. Se convirtió en una rutina. Cuando notaba que estaba al borde de las lágrimas, me encerraba en un cubículo del baño. Aprendí a llorar en silencio. No siempre me salía, pero al final lo conseguí. A veces me daba cuenta de que la gente se me quedaba mirando cuando volvía al escritorio, pero nunca me dijeron nada. Y poco a poco las lágrimas se fueron secando, hasta que un buen día desaparecieron del todo. Pero no lo he

olvidado, nunca lo he olvidado. Sigue conmigo, y no pasa un solo día sin que lo eche de menos.

Entre ambos mediaba un abismo erizado de insinuaciones. Michael se preguntó si ella también lo notaba, o si en su caso lo único que el tiempo había traído consigo era resignación. No estaba preparado para todo el dolor que sintió al caer en la cuenta de que, si quisiera abrazarla en ese instante, tan probable era que Barbara se apartara de él como que se acurrucara entre sus brazos. O peor aún, que simplemente se dejara hacer con actitud pasiva. Porque, llegados a ese punto, ¿cuál de los dos había desistido del otro? Lo que siempre había parecido tan evidente no lo era ahora, ni por asomo.

Vista de perfil, la sonrisa de Barbara parecía un rictus de amargura que le daba un aire demacrado.

—Cuando sueño con él —susurró ella—, no es para nada como lo recuerdo. A veces es un niño, otras veces un adolescente. He llegado incluso a verlo como un hombre hecho y derecho. Sólo me pasa un puñado de veces al año, y el sueño no sigue ningún orden o patrón, aunque eso no importa porque yo siempre sé que es él. Puede que parezca distinto, pero no ha cambiado en absoluto. No son más que sueños, pero yo qué sé, parecen tan reales que es como si vislumbrara una realidad alternativa. Noto el olor salado y ligeramente ácido de su piel, alcanzo a oír su risa y su respiración, que siempre lo hace jadear un poco al hablar, como si hubiese estado corriendo. Él habla, pero yo nunca me acuerdo de hacerle las preguntas para las que quisiera respuestas. Creo que me contento con escucharlo. A veces tiene una mata de pelo un poco rebelde, y cuando le toco el brazo o el hombro noto su cuerpo robusto y firme como un árbol. En mis sueños es casi como si fuera yo el fantasma, la que se ha muerto o desvanecido. Ya sé que suena absurdo, pero a veces me pregunto si lo que veo podría ser algo más que un sueño.

Michael contaba respiraciones, sin atreverse a hablar todavía. Pensaba en las piezas invisibles que componen el mundo: los insectos en los bosques, los elementos químicos del aire, las montañas de roca que se desplazan y bullen a decenas o cientos de kilómetros de profundidad. Y, enterrado en el fondo de su pecho, su propio corazón, bombeando vida a todo el cuerpo. Todas esas cosas eran eslabones necesarios de una cadena y existían de veras, pero a un nivel que escapaba a la observación.

—¿Y se lo ve bien?

—¿Cómo?

—En tus sueños, ¿se lo ve bien? ¿Parece feliz?

Barbara se mordió el labio inferior. Ni se le había pasado por la cabeza que pudiese no ser feliz.

—Creo que sí. Sí, diría que sí.

De pronto, cada inhalación le parecía algo frágil y precioso. Michael había pensado en ello muchas veces y había llegado a la conclusión de que era una cuestión de conciencia. Cada detalle tenía una importancia única, y sin embargo también ayudaba a sostener todo lo demás. Los científicos habían situado la tasa de muerte mundial en dos personas por segundo al día. En ese mismo lapso de tiempo empezaban cuatro nuevas vidas. La interconexión universal era una idea reconfortante, pero la verdad suprema, por lo visto, es que cada alma vive sus días y noches en soledad. Ver las víctimas de las hambrunas o la guerra en la televisión, ser testigo de sus gritos y mutilaciones, sus rostros de mirada ausente sembrados de moscas, sus vientres abultados como calabazas a punto de estallar, lo dejaba al borde del llanto, y aun así en cuestión de minutos o de una hora se descubría riendo por algo sin la menor importancia. Aunque la empatía formaba parte de la naturaleza humana, la gente sólo reparaba de veras en los demás en momentos de colisión. El amor era real, pero también

una flor delicada que exigía cuidados constantes. Florecía de forma efímera y espectacular, pero se marchitaba a las primeras de cambio.

Si ésta fuera su última inhalación, ¿se daría cuenta? ¿Anunciaría el fin su propia llegada o preferiría trabajar en secreto para evitar sembrar el pánico hasta el último segundo? Mientras pensaba en esto, Michael intentó concentrarse en el aire que tenía en la boca, pero la idea llegó demasiado tarde y se descubrió sin aliento. Al cabo de un instante una nueva inhalación se abrió paso hasta sus pulmones, pero el alivio que sintió se vio empañado por la certeza de que así acabaría todo algún día, lo viera venir o no. Decidió que, pudiendo escoger, preferiría un ataque fulminante antes que un aviso previo.

—¿Y estás segura de que es él?

—Por supuesto que sí. Reconozco a mi propio hijo, Michael. Es él.

—Bien —repuso Michael con un suspiro, rehuyendo la confrontación—. Algo es algo.

La radio funcionaba como relleno. Ya no sonaba Springsteen, sino algo de la misma época. Un piano lánguido que desgranaba arpegios como gotas de lluvia y un bajo agradable que punteaba la melodía triste pero serena, perfecta para esa hora de la noche, que cantaba a la pena, o cuando menos a la pérdida. Y entonces se le sumó una voz rasposa, la de Bob Seger, contenida, curtida en mil batallas.

—¿Crees que puede haber un fondo de verdad en todo esto? —preguntó Barbara. Había empezado a llorar.

Michael se encogió de hombros, impotente.

—¿Quién sabe? Hay cosas que entendemos y cosas que no.

—Me estoy volviendo loca. Algunas veces tengo ideas descabelladas, pero comentarlas en voz alta ya es el colmo.

Las lágrimas trazaron una estela húmeda hasta su oreja. Michael vio cómo volvían a agolparse entre sus pestañas y se

derramaban de nuevo. Sin tener ni idea de lo que iba a hacer hasta que lo estuvo haciendo, se volvió hacia ella y la rodeó con los brazos. Lejos de resistirse, Barbara se dejó abrazar, aferrándose a él con desesperación y algo parecido al pavor.

—No, no lo es —le dijo, en un tono que podría haber empleado para hablar a un niño, pero pegando los labios primero a la mejilla de Barbara y luego a la comisura de sus labios—. Habla hasta quedarte sin voz, si eso te ayuda. Todos hacemos lo que buenamente podemos, Barb.

Lo mejor de su pasado común afloró a la superficie, y durante esos escasos minutos ambos volvieron a ser jóvenes, otras personas, u otras versiones de sí mismos, necesitados el uno del otro como antaño. Un aleteo de pestañas rozó la mejilla de Michael justo por debajo del ojo, y las lágrimas de Barbara le empaparon los labios, ablandándolos. Él reconoció ese instante como algo efímero, barcos que se cruzan en la noche, pero había momentos en que bastaba con eso. Y más tarde, cuando por fin ella se quedó dormida, con la chaqueta del pijama todavía desabrochada y abierta por completo, el pantalón arrebujado a los pies de la cama, él le alisó el pelo enmarañado durante el forcejeo y volvió a besarla, en las mejillas primero, luego en la boca y el mentón, y cuando le besó los ojos el movimiento rápido de los sueños se detuvo por un segundo y cambió de ritmo bajo los párpados, como si reaccionara al estímulo. Pero ella estaba dormida, y él no podía estar más despierto. Estiró el nórdico para taparle el pecho y los hombros. Barbara respiraba levemente por la nariz sin apenas hacer ruido. Michael la observó y escuchó durante un rato, y luego se apartó de ella con cuidado, se levantó de la cama y, sin echar la vista atrás, cerró la puerta de la habitación y se fue al piso de abajo con la intención de hacerse un café y sentarse a ver algún partido de béisbol en diferido o alguna película antigua con el volumen al mínimo. Y mientras estaba

en la cocina, esperando que el café se hiciera, la imagen que le vino a la mente fue la del cuerpo inconsciente de Barbara y pensó en lo joven y hermosa que parecía, tendida sobre la cama con los ojos cerrados, bañada por el fulgor de la lámpara. El sueño se las había arreglado para engatusar al tiempo, pero sólo por unos instantes. De alguna manera, mientras hacían el amor, y como si la cercanía de su propia mortalidad sacara a relucir lo mejor de sí misma, Barbara había regresado a la época de su máximo esplendor, a los primeros días de su matrimonio. Y, al mismo tiempo, él se había visto arrastrado en la dirección opuesta, sumido en un estado de vejez y decrepitud. Los corazones jóvenes duermen, los viejos permanecen despiertos escrutando la oscuridad y esperando. Mucho después de la medianoche, solo ante la encimera de la cocina, Michael sintió que la verdad sobre sus vidas palidecía y luego se difuminaba, al punto de que resultaba difícil saber a ciencia cierta cuál de los dos se estaba muriendo y cuál estaba condenado a seguir viviendo.

8

Adiós, mi amante de Coney Island

Michael se vuelve hacia la puerta para vestirse, Caitlin prefiere la ventana. La iluminación eléctrica subraya el declive del día. Sin ella, la habitación de hotel quedaría sumida en una oscuridad casi total. Caitlin acaba primero y empieza a arreglar la cama. Michael se hace a un lado para dejarla pasar y la observa sin articular palabra mientras ella alisa los pliegues de la manta. Se atarea como si estuviera sola y luego se endereza y se aparta el flequillo de los ojos. Parece que quiera sonreír pero no puede. Estos instantes siempre se cuentan entre los más solitarios del mes para ambos. Michael siente la necesidad de sonreír y lo hace por los dos. La sonrisa le arruga la frente y el puente de la nariz. Alarga la mano hacia Caitlin, sólo porque la tiene muy cerca, y le toma el brazo con delicadeza justo por encima del codo. Ella da un paso en su dirección y cede brevemente a la presión de sus labios. Acto seguido apoya la palma de la mano abierta en el centro mismo de su pecho, no para apartarlo, pero sí como tratando de establecer algo parecido a una línea divisoria. Porque eso ya lo han dejado atrás.

Se separan, y entonces Michael se abrocha el abrigo, abre la puerta y la sujeta. Caitlin sale al pasillo y espera, apartando la mirada mientras él inspecciona la habitación por última vez para cerciorarse de que no dejan atrás ni rastro de sí mismos. Es algo que siempre hace, en parte por costumbre, por el miedo a cometer un error. Pero también hay en ese gesto un deseo de

atesorar el momento, de grabar en su mente hasta el último detalle de esa estancia vacía en la que sigue latiendo su presencia, el escenario de su último delito. Luego Michael apaga la luz y se van.

En la estación, el tren los espera en el andén. En Coney Island todo se ve distinto a oscuras, sobre todo entre ráfagas de aguanieve arrastradas por el viento del norte. Hay una amenaza latente que durante las horas del día no existe o se mantiene a raya. Los callejones parecen bostezar, una melodía estridente, toda viento y metal, rezuma a través de las paredes y puertas cerradas y sale a la noche recién estrenada, rebosante de acordes disminuidos y novenas abiertas de los que nada bueno cabe esperar.

Llegan con tiempo suficiente y la respiración un poco entrecortada. El frío se ha intensificado durante la noche y el aire se ha vuelto irrespirable, abrasa los pulmones y se infiltra en todo lo que no esté cerrado a cal y canto. A unos cien pasos del hotel, Michael ha sentido una punzada de dolor en la cadera, y en los diez o quince minutos que tardan en llegar a la estación, una pronunciada cojera lo obliga a escorarse hacia la izquierda, alejándose de Caitlin con cada paso que da. Para compensarlo, ella le coge la mano.

Ahora la amenaza de nevada es innegable. Según la previsión, se acerca una gran tormenta. Michael ha visto la isla cubierta de nieve y fustigada por el inclemente viento del norte, el paseo marítimo convertido en un barrizal, las aceras traicioneras incluso para quien avanza con paso cauteloso. Pero, buscando el pequeño consuelo de una escena opuesta, evoca una mañana que permanece luminosa e idílicamente inmutable: el sol desfallecido se aferra a un cielo por lo demás desierto y todas las cosas se hallan sumidas en un profundo

sopor, toda la escena —el muelle y la gran noria del parque de atracciones, las calles y el mar— envuelta en un resplandor blanco que nivela las superficies. Es un sueño, un cuento de hadas, pero esta noche, en medio de esta fría oscuridad, lo que Michael necesita es soñar.

El viejo de la recepción, un hombre entrado en años, ni siquiera se dignó mirarlos cuando se marcharon. Calvo, de rostro alargado y macilento, mandíbula cuadrada y gruesas gafas de montura negra colgadas en lo alto de una afilada nariz aguileña, estaba inclinado sobre el mostrador y apoyado en un codo, de modo que todo su cuerpo se escoraba hacia un lado, y no apartó los ojos del diario cuando la pareja se plantó ante él. Michael, molesto por su indiferencia e incluso un poco indignado, quiso detenerse y reclamar la atención del recepcionista, obligarlo a reconocer de algún modo lo que acababa de tolerar bajo su techo o el de su jefe, pero Caitlin siguió de largo con paso decidido, y una vez que dejaron atrás el mostrador ya no parecía tan importante. Cruzaron el pequeño vestíbulo a grandes zancadas, perfectamente acompasados si bien manteniendo una pudorosa distancia entre ambos, con el brusco taconeo de sus zapatos resonando en el suelo de mosaicos desvaídos a un ritmo constante, tal vez incluso demasiado confiado. Justo a la izquierda de la puerta, adosada a la pared, había una consola con un tablerito de mármol rosado, la mitad bisecada de una mesa originalmente octogonal pero que ahora tenía forma de trapecio y se sostenía sobre dos patas en un equilibrio imposible de no ser por algún elemento de apoyo oculto. En el centro de la consola descansaba un estrecho jarrón de cerámica azul de cuyo cuello aflautado asomaban dos narcisos artificiales que se daban la espalda y, desparramados sobre el mármol como manos de cartas abiertas, había dos juegos de llaves tirados de cualquier manera. El hecho de que sigan existiendo hoteles como ése, de

los que se dedican sobre todo a estancias efímeras, es achacable a la situación económica y a la demanda, y los establecimientos adaptan su oferta en consonancia, poniendo en marcha prácticos sistemas de devolución automática de las llaves y aceptando, cuando no alentando, los pagos en efectivo. Mientras bordeaban la consola, Michael sacó la llave de la habitación del bolsillo del abrigo y la dejó discretamente con las demás. No era la primera vez que lo hacía, por lo que había naturalidad en sus gestos, pese a lo cual no se atrevió a mirar atrás.

A esa hora, poco antes de las seis, la estación debería estar concurrida. En los meses de verano los andenes estarían abarrotados de cuerpos, con niños riendo y música de diez géneros distintos sonando a la vez, elevando en varios decibelios el estruendo reinante. Pantalones cortos y camisas, bolsos de playa y radiocasetes, olor a sudor, salitre y fritura. Pero ahora es invierno y se ha hecho de noche. Hay unas cuantas personas en la estación, tal vez dos docenas desperdigadas por todo el edificio, pero cada cual se protege del frío replegándose sobre sí mismo y concentrándose en lo suyo, con la mente ya en otra parte: el hogar, el trabajo, los brazos o la cama de un ser querido.

Michael precede a Caitlin a lo largo del andén. Pese a la inminente despedida, y a todo lo dicho y aireado, se percibe cierta satisfacción en los ademanes de ambos. Parecen una pareja de verdad, como si estuvieran hechos el uno para el otro, como si vivieran pendientes de las necesidades el otro. Cuando llegan a la puerta del vagón central, Michael se hace a un lado, invitándola a subir con un gesto.

—¿Dónde quieres sentarte? —pregunta Caitlin.

A su espalda, él se encoge de hombros.

—Decide tú. Donde sea.

Caitlin se adentra en el pasillo, alejándose de la puerta para

no quedar a merced de las corrientes de aire, y se acomoda junto a la ventanilla del lado izquierdo del vagón, en un asiento de dos plazas. El trayecto a pie les ha alborotado el pelo. Aunque han ido buscando el abrigo de los edificios, el viento, que a ratos descargaba ráfagas de granizo, cortaba como un cuchillo. Ahora tratan de relajarse mientras van entrando en calor. Michael se lleva la mano izquierda al muslo y lo masajea para aliviar el dolor muscular. Cuando su mirada se encuentra con la de Caitlin, sonríe con aire fatigado.

—Me hago mayor.

—Desde luego. Y te salen canas, y te duermes por los rincones. Pero el que tuvo retuvo.

Michael asiente.

—A veces. Cuando suena la flauta.

Es el principio del fin. Les queda un poco de tiempo, pero ya han empezado a alejarse el uno del otro. Hay cierto trauma en este distanciamiento, que se alimenta del sentimiento de culpa y el desprecio hacia sí mismos, aunque hay también un atisbo de alivio. Son amantes desde hace años, pero el tiempo ha hecho mella en ambos y han aprendido a confiar en sus mecanismos de defensa. Es un proceso, este repliegue íntimo que los prepara para soportar el mes que los espera, otro mes de exilio. El problema es que se avecina un cataclismo. Deberían quedarles más días como el de hoy, pero es bastante probable que, cuando Caitlin se apee del tren, no les quede otra que despedirse para siempre. Se niegan a reconocerlo, pero el pánico a que eso suceda impregna y tiñe la noche.

Dentro de una hora Caitlin estará en casa, absorta en sus ensoñaciones hasta que se vaya a la cama, llenando lo que quede del día con la cena, tal vez un bistec y algo de verdura, según lo que haya en la nevera. Y patatas, si Thomas se empeña, aunque seguramente no lo hará. Según los expertos, a partir de cierta edad hay que tener cuidado con lo que se come.

Y el mantra es la clave del éxito. Si repites algo bastantes veces, acabarás creyendo en ello, y si crees en ello durante bastante tiempo, hasta puede que empieces a tomártelo en serio. Lo cierto es que hoy en día las patatas son poco menos que el demonio, igual que el pan blanco. Thomas lleva algún tiempo tratando de evitar los carbohidratos. Insiste en que ya no es un chaval, lo proclama a los cuatro vientos como esperando que alguien lo contradiga. De momento no le hace ascos a la carne, pero en los restaurantes ha empezado a pedir pescado, algo que nunca había hecho, y a cantar las virtudes de cosas como el rodaballo o la platija, blandiendo el tenedor en el aire con entusiasmo, insistiendo en darle un trozo a Caitlin, sólo para probarlo, porque a partir de cierta edad el cuerpo no procesa bien la carne. Puede que le pregunte dónde ha estado todo el día, pero no en un tono inquisitivo, y aceptará la respuesta que ella le dé porque es lo que más le conviene. Caitlin se afanará en poner agua a hervir para el café o en untar una rebanada de pan con mantequilla, cualquier tarea menor que la obligue a moverse por la cocina y le impida mirarlo a los ojos. Ha aprendido que ese aire ligeramente distraído es sinónimo de inocencia. La clave está en el tono de voz. Pues mira, dirá, hoy he quedado para comer con las chicas. Nada demasiado emocionante. El cumpleaños de una de sus amigas inventadas, Harriet o tal vez Lucia. El nombre que elija será nuevo para Thomas, hecho que él intentará disimular en silencio. No vaya a ser que se trate de alguien que ella espera que recuerde. Caitlin le dirá que han escogido un local agradable para la ocasión, tal vez un pequeño restaurante del Village, pero sólo han pedido una ensaladita, no vayas a creer, y una porción de tarta de queso. Al fin y al cabo, estaban de celebración, y el alma también necesita alimento. Luego han alargado la sobremesa, charlando y bebiendo café casi hasta las tres, y cuando por fin se han ido el local estaba desierto, pero nadie

les ha dicho nada, por supuesto. Y han pasado el resto de la tarde deambulando entre libros. Siempre ocurre lo mismo. Entras en la librería con una cosa en mente y cuando te quieres dar cuenta han pasado varias horas. Hoy, en la Strand, ha sido la estantería dedicada a Anne Tyler y una nueva traducción de los poemas de juventud de Neruda. Con eso será suficiente, porque no hay nada como hablar de libros para que Thomas desconecte en el acto. Sin embargo, en caso de necesidad, podría adornar la coartada sin apenas esfuerzo con un periplo por varias zapaterías, detallando la vana búsqueda de un par de zapatos de salón que no desentonaran del todo con el último vestido que se ha comprado, ese de color perla con hojas verdes y doradas. En el fondo, todo se reduce a contarle lo que él espera escuchar y le resulte más fácil creer.

Un fantasma la observa. Una gruesa capa de polvo cubre el cristal de la ventanilla en la que apoya el hombro izquierdo. Como en una transparencia, la blancura soluble de las luces del vagón proyecta la imagen de Caitlin sobre la negrura exterior, y su reflejo —a escasos centímetros de distancia pero como si estuviera mucho más allá, atrapado en un pliegue entre dos dimensiones— posee una extraña e inquietante oquedad, está presente pero algo en su textura sugiere ausencia, como el recuerdo de alguien que ha fallecido. Todo se reduce a luz y sombras, como en el mundo entero, y cada imagen se compone de lo uno y lo otro. El rostro de ojos negros que le devuelve una mirada absorta se parece a ella tal como es y siempre ha sido, pero también como tal vez sea dentro de veinte o treinta años. Algunos elementos se alinean con los que Caitlin conoce de memoria, pero hay por lo menos otros tantos que no acaban de encajar en el retrato. El viento se ha ensañado con su pelo. Con gesto enérgico pero inútil, intenta alisar los rizos rebeldes y los mechones enmarañados hasta que, agotada, apoya la cabeza en el respaldo del asiento y cierra los ojos. Cuando

vuelve a abrirlos un par de segundos después, el fantasma sigue mirándola, impasible y acusador. Caitlin mira al frente, tratando de escabullirse, y luego baja los ojos hasta sus propios dedos, que parecen juguetear o buscar algo a tientas sobre la depresión en forma de cuña de su regazo.

La puerta del tren se cierra entre sacudidas, alterando el equilibrio reinante. Michael la mira y asiente en silencio, casi como si ella le hubiese preguntado algo. Como una autómata, Caitlin asiente también a modo de respuesta y deposita la mano sobre el dorso de la de Michael. Se quedan inmóviles, se diría que a la espera de que pase alguna calamidad, pero el motor vuelve a la vida desde algún lugar recóndito, como si un monstruo marino se removiera en las profundidades. Ella nota la vibración del tren estremeciéndola por dentro antes de que suene. Y entonces arrancan despacio. Es tanto lo que no alcanzamos a ver, tanto lo que existe al margen de lo que el cerebro percibe de un modo inequívoco. Movimiento, atmósfera, amor.

—¿Mañana trabajas?

Michael aprieta los dientes, transformando un suspiro en algo cargado de amargura.

—Ay, joder, el trabajo.

Caitlin lo mira.

—¿Qué pasa?

—Nada. No te preocupes. La misma mierda de siempre.

—Creía que las cosas te iban bien.

—Y así es, en líneas generales. Por lo menos en lo que respecta a los negocios de poca monta. Pero todo ha cambiado mucho. Últimamente casi tengo que ponerme de rodillas e implorar para que me den lo que me corresponde por derecho. Hubo un tiempo, no hace tanto, en que un apretón de manos significaba algo, ¿sabes a qué me refiero? Cuando la palabra de un hombre era sagrada. Ahora cierras un trato y diez minutos

después te enteras de que el mocoso de la mesa de al lado ha escuchado la conversación y mientras tú has ido al baño o a echar una carta al correo ha tenido los santos huevos de darle al botón de rellamada de tu teléfono (no del suyo, cuidado, sino del tuyo) y ha rebajado la comisión sólo para desautorizarte y dejarte con el culo al aire. ¿Y sabes qué nombre le dan a eso cuando se lo cuentas a los de arriba? Iniciativa. Dicen que es bueno para la empresa. Les da igual la ética, la honradez y el honor. Les importa un carajo. Si pueden ahorrarse medio centavo, dan botes de alegría. El dinero lo es todo ahora mismo. Lo único que importa.

—Podrías dejarlo.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—¿Y empezar de cero?

—¿Por qué no?

—A mi edad.

—A nuestra edad.

Alguien ha decorado el techo del vagón, desde donde están sentados hasta la puerta del fondo, con grandes explosiones de grafiti. Un amasijo de formas y líneas que parece un espagueti de colores luminosos, chillón como una representación daliniana del infierno e igualmente imposible de ignorar. Los colores de los sueños, acaso los colores de los gritos. Michael ni siquiera intenta descifrar lo que ve. El grafiti es una de las tendencias artísticas emergentes, y tiene menos de acto de vandalismo que de forma de expresión. Decide que podría aceptarlo de mejor gana que, pongamos por caso, el «arte encontrado», en buena medida porque el grafiti tiene que ver con la creación, más que con el creador. Y sea o no descifrable, lo que se ha hecho aquí posee cierta belleza rudimentaria desde un punto de vista puramente estético.

Caitlin le gira la mano y los dedos de ambos se entrelazan.

Michael tiene la palma fría y seca al tacto, áspera en contraste con la suya. A ella le encanta darle la mano, sobre todo en lugares públicos, algo que a él por lo general le genera angustia, pero esta noche está tan cansado o tan satisfecho que ni siquiera repara en ello.

—El cáncer de Barb lo complica todo. —Michael mira más allá de Caitlin y contempla su propio reflejo en el cristal. La distancia añadida difumina su imagen, frágil y sin embargo, justo por eso, más inquietante aún si cabe. Los huesos en pálido relieve, los pozos sin fondo de los ojos. Quiere apartar la mirada pero no puede, se queda como en trance—. Pero a lo mejor también lo simplifica todo.

—No lo hagas, Michael. No hables así. Y, por favor, no me hagas cargar con eso.

—No, lo siento. Estaba pensando en voz alta, nada más.

Fuera, no hay nada que ver. La oscuridad ha engullido el mundo. Ráfagas de aguanieve golpean el cristal dejando pequeñas cicatrices a su paso, cuchilladas que van diseccionando poco a poco la noche. El reflejo de Caitlin, que forma parte de toda esa oscuridad y al mismo tiempo se desmarca de ella, como si existiera en otro plano, mira con expresión ausente.

Rehuyendo los pensamientos que no quiere afrontar, Caitlin dirige su atención hacia los escasos pasajeros que los acompañan, cinco en total, desperdigados por el vagón: una joven pareja latinoamericana que se ha sentado al otro lado del pasillo, dos asientos más adelante, y dos mujeres y un hombre que viajan cada cual por su cuenta.

Es un juego antiguo, hecho para artistas y espías. Todos ellos son personajes a la espera de ser escritos, si Caitlin se las arregla algún día para retomar la página en blanco; todos ellos son protagonistas en potencia. Unas filas más allá, en el asiento que da al pasillo, viaja una mujer negra y alta, envuelta en un

abrigo de ante negro, con las rastas recogidas en una tensa cola de caballo que pone de relieve su delgadez y belleza. Grandes argollas de plata y el cuello de una blusa rojo escarlata, labios sensuales, oscuros, que se perfilan a contraluz cada vez que ella vuelve la cabeza hacia la ventana, revelando un atisbo de carne rosada justo donde se unen, y unos inmensos ojos negros que amenazan con abarcar la gama de emociones que va de lo feroz a lo tierno. Al otro lado del pasillo hay una mujer blanca de mediana edad, probablemente irlandesa pero sin duda de ascendencia céltica, algo sobrada de peso, con el cuerpo grueso y rechoncho que se les queda a algunas mujeres tras haber encadenado varios embarazos sin dificultad y a otras simplemente por herencia genética, envuelta en varias capas de rebecas y abrigos, luciendo grandes gafas redondas de montura rosada y, por absurdo que parezca, un gorrito amarillo canario de aire infantil con lo que, visto de lejos, parece un estampado de florecillas verdes y azules. Las cintas blancas del gorrito cuelgan desanudadas a ambos lados del rostro, enmarcando sus mofletes como lágrimas que se hubiesen convertido en carámbanos de hielo o se hubiesen fosilizado. Y por último, más allá de la mujer y en el mismo lado del vagón, casi en el extremo frontal, viaja un joven esmirriado de aire báltico y rasgos afilados. Luce el pelo oscuro muy corto a los lados y largo por arriba, con la raya a la izquierda primorosamente peinada y largas patillas recortadas con esmero que bajan al sesgo casi hasta las comisuras de la boca. Va sentado de lado, con una pierna estirada que asoma al pasillo, el pie enfundado en una bota que se mece en el aire mientras da caladas a un delgado cigarrillo liado a mano aunque esté prohibido fumar en el tren, tanto por el letrero rojiblanco de la pared como por la ley del sentido común. Una y otra vez, se vuelve para mirar por encima de su propio brazo, que descansa sobre el respaldo del asiento, como si esperara que la escena a su espalda

cambiara de pronto, y sus ojos rebotan de rostro en rostro, aterrado ante la posibilidad de toparse con algún conocido.

Un elenco estupendo, lleno de potencial, dispar en todos los aspectos superficiales y sin embargo unido por un mismo aislamiento.

La pareja es harina de otro costal. Están enamorados. Puede que no tengan más de dieciséis años, seguro que no han cumplido los veinte, y se comunican mediante susurros y suspiros, pegados el uno al otro e intranquilos porque con eso no tienen bastante, ni por asomo. Caitlin sólo alcanza a ver la nuca del muchacho, con el pelo negro azabache cortado casi al rape y los hombros estrechos enfundados en una camisa de cuello blanco y una chaqueta vaquera deshilachada. La vestimenta no podría ser menos adecuada para el tiempo que hace, pero a esa edad y estando así de enamorados los chicos ni siquiera notan el frío. La joven que lo acompaña ocupa el asiento de la ventanilla, por lo que Caitlin observa su rostro sin obstáculos, y es un rostro muy hermoso, con la piel color canela bajo el hiriente resplandor blanco de los fluorescentes, quizá un poco más oscura a la luz del día. Sus grandes ojos negros sonríen lánguidamente, entornados con aire soñador, y sus labios carnosos esbozan un mohín que, entre chasquiditos, va de la coquetería a un gesto serio, casi hosco. En reposo aparenta la edad que tiene —está apurando la adolescencia—, pero cuando habla, aunque Caitlin no alcanza a oír lo que dice, los gestos hacen que parezca aterradoramente joven. Tiene los incisivos grandes y muy separados entre sí, lo que le da un aire aniñado. Debe de ser uno de sus rasgos más cautivadores en opinión del chico, un pequeño detalle en el que concentrarse, de los que acuden sin esfuerzo a la memoria de madrugada en las noches solitarias. Si formaran parte de otro rostro, esos dientes podrían romper el delicado equilibrio del conjunto, pero en su caso encajan a la perfección. La abundante melena

negra y sedosa, que delata su ascendencia india, reluce al atrapar la mágica luz crepuscular, cae suelta sobre la espalda con aire despreocupadamente juvenil, y una sencilla goma de color rojo la mantiene apartada del rostro. Entre palabra y palabra, su rostro se ensancha y se contrae, pues habla como quien respira, como si se tratara de algo urgente y vital para su existencia. Se alarga, se crece, se tensa, se relaja. Y aun así, su hermosura permanece inmutable, un valor absoluto que no depende de nada puramente físico.

La pareja irradia felicidad. La edad no tiene nada que ver. El amor es el amor, y hay que aceptarlo tal como viene. Caitlin los observa hasta que se besan, hasta que la chica ladea la cabeza en un ángulo preciso que lo incita, y él, interpretando el gesto de un modo inequívoco, o quizá incluso anticipándolo, acaso propiciándolo con una promesa o juramento, acerca el rostro al suyo. Ha llegado el momento de apartar los ojos, de dejar que disfruten de lo que han encontrado el uno en el otro. El resto puede imaginarse sin esfuerzo.

—¿A qué te refieres cuando hablas de empezar de cero?

—No creo que pueda expresarme con mucha más claridad, Mike. ¿Qué es lo que no entiendes?

—Pero ¿lo dices en serio? Quiero decir, ¿es eso lo que quieres de veras? ¿O es solamente lo que crees que debes decir, dando por sentado que seré yo el que se eche atrás?

La mano de Michael sigue presionando la musculatura de su muslo izquierdo y Caitlin se sobresalta al comprobar que ha dejado de usar la alianza de casado, le asombra no haber reparado antes en ello. Sin el anillo, la mano y los dedos de Michael se ven limpios, tuberías de hueso unidas por membranas de piel grisácea. Ni siquiera hay una marca allí donde debería estar la alianza.

—Dejémoslo —dice ella inclinando la cabeza.

Hay un punto de dureza en la voz de Michael cuando replica:

—No podemos. La marea está subiendo. En Peoria te ahogarás. Ambos lo sabemos.

—Y tú eres mi salvavidas, ¿es eso lo que estás diciendo? Bueno, pues supongo que no me va a quedar más remedio que jugármela, puesto que estás muy ocupado salvando a otra persona.

Michael empieza a decir algo, pero se lo piensa dos veces, coge una gran bocanada de aire y la suelta en un largo suspiro antes de cerrar los ojos.

—Barb se está muriendo.

—Para. Te lo he dicho, no quiero que lo hagas, y no quiero hablar de eso. No es culpa mía.

—No digo que sea culpa tuya. No es culpa de nadie. Pero es un hecho.

—La están tratando.

—El tratamiento es sobre todo paliativo. El médico no me lo dijo con esas palabras, pero casi.

—No eres Dios, Mike. No puedes saberlo. Todos los días ocurren milagros. No hablo de transformar el agua en vino o andar sobre las aguas, sino milagros de verdad. De los que importan. He leído que, en tiempos de Jesús, la población mundial apenas si sobrepasaba los doscientos millones de personas. Sólo en este país ya vamos camino de duplicar esa cifra. Y en el mundo entero estamos hablando de más de siete mil millones de personas. Hace un par de milenios los milagros no pasaban desapercibidos, pero, hoy en día, ¿cómo vamos a llevar la cuenta, siquiera? Suceden tan a menudo que hasta hemos dejado de llamarlos milagros, y sin embargo eso es lo que son. La gente se baja de la cruz a todas horas. Seguramente la probabilidad de que te toque sigue siendo de una entre un millón, pero si lo piensas tampoco está tan mal. Así que déjalo ya, ¿vale? Y no vuelvas a sacarme el tema.

Caitlin vuelve a estar al borde de las lágrimas. Mira a

Michael de soslayo y descubre en su rostro que está preocupado por ella, que sólo le desea lo mejor y quisiera dárselo de alguna manera. Es un hombre casi mayor, tal vez no por edad pero sí por sus circunstancias; con todo, en ese preciso instante y a pesar de la pena que lo embarga, tiene también un aire infantil. En otros tiempos, al percibir la necesidad del otro, se habrían turnado para jurar la profundidad de su amor. Ahora eso se ha vuelto innecesario.

Allá delante, la mujer rolliza ha decidido anudarse las cintas del gorro. Tiene manos regordetas, con dedos cortos pero hábiles de yemas ahusadas, y tira de las cintas con remilgada destreza para hacer un lazo perfecto que ajusta a tientas bajo el mentón hasta darse por satisfecha con la simetría de las lazadas y las puntas que cuelgan. Un pequeño anillo de oro con una piedra transparente adorna su meñique izquierdo. Entre tanta carne, su delicadeza resulta absurda, pese a lo cual, incluso visto de lejos, el anillo es llamativo e indudablemente hermoso.

Cuando Caitlin aún escribía, esos detalles parecían sobresalir del mundo, como si le suplicaran que los explorase, que les permitiera desarrollarse e incluso descomponerse hasta convertirse, con algo de paciencia y suerte, en un relato. Sigue reparando en ellos pero, puesto que ha dado por concluida esa etapa de su vida, no les hace el mismo caso. Aun así, este detalle, este instante, le llama la atención y, sólo por esta vez, deja volar los pensamientos.

Anillo y mano desentonan de un modo evidente. ¿Lo habrá puesto ella allí? Caitlin la imagina, a la señora del gorrito, ahorrando para comprárselo, decidida por una vez en la vida a darse un capricho, reuniendo monedas de diez y veinticinco centavos a lo largo de meses, años incluso, levantando pilas de monedas y contándolas sobre la mesa de la cocina en esas madrugadas en las que el sueño no puede o no quiere dejarla soñar. Y cuando al fin alcanza la cifra mágica, se pone sus

mejores galas y visita una tienda —puede que varias— para elegir este anillo en concreto de entre una amplia selección acorde con su presupuesto. Intuye exactamente lo que quiere y busca sin comprometerse con nadie hasta darse por satisfecha. Quizá. O quizá sea un regalo, el obsequio de un familiar, un padre o madre de avanzada edad que se lo dio como muestra de afecto, sacándolo de un pequeño estuche forrado con terciopelo granate la mañana de un cumpleaños especial o el día de Navidad. Ambas alternativas parecen plausibles, pero en un relato entraría en juego una tercera opción: la emocionante posibilidad de que el anillo pudiera ser el recuerdo de un amante, un hombre que hubiese sabido ver más allá de los pliegues de grasa hasta dar con el verdadero atractivo de esa mujer. Es una idea que la intriga, asombrosa de puro esperanzadora: la noción de que nadie está tan solo como parece, de que siempre hay alguien que te conoce y, más importante aún, que quiere conocerte. Alguien para quien el resto del mundo no es sino un añadido.

En algún momento la señora del gorrito se ha pintado las uñas mordisqueadas de un verde hiedra, pero ahora no queda más que un tenue rastro de color. Caitlin la imagina en plena manicura, inclinándose hacia la luz lechosa de la mesilla de noche, manejando el pincelito muy concentrada, la lengua enrollada como un caracol de mar aprisionado entre los dientes, la laca de uñas verde reluciendo, iridiscente, aunque perderá toda la gracia en cuanto se seque. Es un acto que despierta un sentimiento a caballo entre el bochorno y la ternura, ese ínfimo y torpe ritual de belleza. Y pese a todo hay algo heroico en juego, algo que despierta una dolorosa inocencia.

Visto así, el anillo bien podría haber sido regalo de un amante. Desde luego hay algún sentimiento profundo que lo une a su dueña, tal vez el mero hecho de que se empeñe en

lucirlo. El amor, y seguramente sólo el amor, podría motivarla para seguir adelante desde la cima que representan esos instantes álgidos, rebosantes de ilusión, a la ruina sin paliativos de este día gélido. El amor o la promesa de amor, apenas vislumbrada, la empuja a buscar la belleza, justifica todo el tiempo derrochado intentando complacer a los demás, o al menos intentando alcanzar algún ideal estético íntimo e ilusorio.

—No quiero que te vayas. No puedo perderte. Lo aguanto todo menos eso.

—Lo siento, Mike.

—No tienes por qué sentirlo. Nada se ha acabado todavía.

—Yo creo que sí. El tiempo nos ha ganado la partida. Cuando éramos jóvenes, aún teníamos el impulso de huir, pero todo nos daba miedo. Así es la vida. Cuando haces malabarismos para mantenerlo todo en pie, el cielo se empeña en mandarte lluvia y te pasas la vida con la cabeza agachada, a la espera del siguiente chaparrón. La perspectiva y la conciencia de lo que verdaderamente importa sólo llegan con la edad. Y para entonces es demasiado tarde.

—No, no lo es. No tiene por qué serlo. Mírate. No tienes ni cincuenta años, por el amor de Dios. Al menos déjanos morir antes de enterrarnos.

Caitlin sonríe, pero su rostro es el vivo retrato de la tristeza.

—Necesitaba lo nuestro, ¿sabes? En mi vida, quiero decir. No sabría decirte lo importante que ha sido. Lo que me has dado, lo que nos hemos dado el uno al otro, ha impedido que me convierta en piedra. Sentir que he sido querida, que valgo algo a ojos de otra persona, ése ha sido mi milagro. Yo tampoco quiero perderte, Mike. Te necesito. Pero Barbara te necesita más. Sobre todo ahora.

—¿Qué estás diciendo?

—No lo sé. Creo que estoy diciendo adiós.

—Por favor, Caitie. Todavía no. No hasta que sea inevitable. Habrá otro día para nosotros. Nos aseguraremos de que así sea. Llámame mañana. Olvídate del trabajo, olvídate de todo. Si lo nuestro tiene que acabar, hagámoslo bien. Pero te lo ruego, si alguna vez has sentido algo por mí, llámame. Prométeme que lo harás.

Más adelante y al otro lado del pasillo, la joven pareja ha pasado a mayores. La chica tiene la mirada clavada en algo mucho más profundo que el techo del vagón. Sus grandes ojos negros están medio entornados y la punta de la lengua asoma por la comisura de la boca abierta, desencajada. A lo mejor es el cielo lo que ve. Pegado a ella, el chico le besa y lame el cuello y el lóbulo de la oreja, y suena como un perro bebiendo agua a lengüetazos. Tiene una mano enterrada en la blusa de la chica. Al cabo de unos minutos, ya sea como reacción a su boca, a su mano o a una combinación de ambas, ella emite un gemido extrañamente táctil que parece provenir de algún punto indeterminado entre la nariz y la parte posterior de la garganta, un sonido casi tribal o primitivo. No es manera de comportarse en un tren, pero Caitlin no se siente ofendida, ni mucho menos. Sólo se salen con la suya por su juventud. Así sea, mientras no se quiten la ropa.

—La culpa es mía. Debería haber hecho lo que tocaba hace mucho tiempo.

—Saber lo que toca no siempre es fácil.

—Ya. Pero no es demasiado tarde. Barb vivirá o morirá al margen de lo que yo haga.

—¿Qué quieres decir?

—Vete a casa y no pienses en eso. No pienses en nada. Pero llámame mañana.

En la siguiente parada, la señora del gorrito se apea del tren y suben nuevos pasajeros. Tres, aquí. Cinco en la siguiente estación. Y luego más. El vagón se va llenando. Caitlin los

observa uno a uno, mientras entran y toman asiento, pero algo se ha apagado en su interior y ya no les presta la misma atención. Estas personas son tan reales como la que más, pero por algún motivo parecen desprovistas de esencia. Pese a ello, la intrusión de los nuevos viajeros rompe el equilibrio de la intimidad en el vagón. Hasta los jóvenes amantes parecen haberlo notado, porque dejan de acariciarse y vuelven a sentarse con la espalda recta, esperando con una paciencia que se aviene mal con su juventud la llegada a ese lugar, sea cual sea, al que deben ir.

Michael cierra los ojos y los mantiene cerrados. De pronto es como si le cayera encima el peso de todos los años vividos. Inmóvil, arrugado, cada vez más gris por dentro y por fuera. Convirtiéndose lenta, muy lentamente, en polvo.

Caitlin enlaza el brazo de él con el suyo. La muerte ocupa sus pensamientos. Se acerca un final, y la idea de despedirse la asusta. Al notar su brazo, Michael abre los ojos pero no se mueve, y visto así, de perfil, parece rígido y dolido, y ella sabe que está pensando en muchas cosas a la vez: en ellos dos como pareja, hacia dónde van, de dónde vienen, en los variables puntos cardinales del cáncer de Barbara, en el trabajo, en las cosas que no ha llegado a hacer y que se alzan como muros a su alrededor. Ella pega los labios a su hombro y susurra su nombre, notando el regusto dulzón de la tela al tragar saliva, las fibras ásperas de la lana virgen, la jugosa humedad allí donde los goterones de aguanieve se han deshecho, empapándola. *Michael*. Necesita decirlo, aferrarse todavía a la forma de su nombre.

Separarse ahora es el mayor de los errores. Michael está a punto de tomar una decisión, pero las horas de la noche, el silencio y las cosas que tendrá que ver volverán a dejarlo exhausto y permitirán que sus viejos temores se impongan. No tiene por qué ser así, claro está. Van en un tren y tienen

alternativas. Pueden apearse en la siguiente parada, tomar cualquier dirección y no mirar atrás. O pueden seguir en el vagón y dejarse llevar hasta que el tren llegue al final de su trayecto. El secreto es no parar de moverse. Apañárselas con el dinero que llevan encima hasta que puedan ir a un banco, clavar una chincheta en el mapa y largarse sin más, sin pensar en las consecuencias, hasta encontrar un nuevo cielo bajo el que vivir. Tal como seguramente hizo Pete, su padrastro, tantos años atrás. De pronto, todo parece tan factible que Caitlin está a punto de decirlo en voz alta, y el regusto de la ropa de Michael es quizá lo único que se lo impide.

Ahora que el momento de la separación es inminente, que les quedan tal vez cinco minutos, no hay más remedio que aceptar lo ganado y lo perdido y conformarse con el resultado. Con toda la delicadeza de la que es capaz, Caitlin retira la mano, liberando así el brazo de Michael. De nuevo, él se vuelve a medias y ella cree vislumbrar en su mirada la intención de un beso, pero o bien vacila o es ella quien lo hace, y esa posibilidad, si es que existió alguna vez, se desvanece rápidamente. Puede que sea mejor así, decide Caitlin, aunque sabe que lamentará habérselo perdido. Cualquier beso que se den ahora, si no quieren ahondar más en la sensación de caos, sólo puede ser un beso de despedida.

Michael ha dejado de masajearse el muslo, sobre el que ahora descansa su mano arrugada. Algo en ella recuerda un pájaro: los huesos que asoman bajo la piel apergaminada, moviéndose con diminutos espasmos, como siguiendo el compás de un latido. El corazón de Caitlin se llena de pena, porque nadie lo entiende como ella, y nadie se molestará jamás en observarlo tan de cerca. Un cambio casi imperceptible en el rostro de Michael lo transforma por completo, un residuo del pasado que flota hasta la superficie evocando alguna inseguridad profundamente arraigada. Ella ha presenciado este

fenómeno antes, en muchas ocasiones, y aunque su efecto es casi siempre efímero, nunca deja de conmoverla por lo que tiene de lastimero. Los ojos de Michael se convierten en un cúmulo de pequeños pesares. Que él viva del todo ajeno a esto es algo que siempre la ha fascinado, una de las cosas que la harán añorarlo hasta las lágrimas si es que de verdad está a punto de perderlo.

—Te llamaré —dice dando su brazo a torcer—. No te preocupes. No me olvidaré.

—Gracias. Intenta hacerlo por la mañana, si puedes. Por la tarde tengo que ir al hospital.

—¿Por qué?

—Le van a poner una vía. No me apetece nada ir, pero no puedo escaquearme. Nadie lo dice a las claras, pero creo que es algo gordo. Con los médicos aprendes a leer entre líneas. Dicen que le van a poner una vía, pero la anestesian para hacerlo, así que en realidad es una operación. No estoy al tanto de los detalles exactos, pero sé que usarán la vía para inyectarle analgésicos. Morfina. Estará inconsciente durante un par de horas, por lo menos. También tengo que acabar de arreglar unas cosas en el despacho, así que me tocará madrugar. Estaré allí desde las siete hasta la hora de comer.

—De acuerdo. Haré lo que pueda.

Le molesta sentirse dolida, y confía en que no se le note. Porque en el fondo no es culpa de Michael. Lo que la desespera no es tanto que él tenga una vida propia al margen de ella sino el hecho de que se las apañe tan bien para llegar a todo. Sin embargo, también sabe que Michael paga un alto precio por esa aparente eficiencia, pues se basa en su buena disposición a la renuncia. Estos últimos años, lejos de llevar una vida ideal, se ha conformado con una felicidad limitada, una existencia que tiene su principal razón de ser en los encuentros de Coney Island, esas canas al aire que le renuevan las ganas de vivir y le

permiten seguir al pie del cañón. Cada beso llega tan intensificado por un mes de espera que las semanas de separación son como el ruido blanco que media entre frecuencias radiofónicas. Los detalles que abarrotan su existencia —convencer, vender, el constante trasiego de un trabajo ingrato, la anodina sencillez del hogar y las largas horas nocturnas compartidas con una mujer a la que ve más como una extraña con cada día que pasa— son al cabo escollos que debe sortear. El propio cáncer parece haberse convertido en uno de esos detalles. La enfermedad de Barb es algo terrible se mire como se mire, pero Caitlin sabe que otros hombres en el lugar de Michael habrían escurrido el bulto, hecho la maleta y puesto tierra de por medio sin mirar atrás. La definición de «coraje» no siempre es evidente.

Cuando todavía falta un minuto o más para que lleguen a la estación, Michael se remueve en el asiento a su lado, se coge a un asidero y se levanta con esfuerzo. Pese a su cercanía, ella no puede evitar sentir que ahora media un abismo entre ambos. Desde su asiento de la ventanilla, inclina la cabeza hacia atrás para mirarlo. Él le devuelve una mirada vacilante y luego asiente en silencio.

—Hablamos mañana —dice, en un tono que pretende resultar tranquilizador. Acto seguido, casi como si hubiese estado a punto de olvidarlo, se aclara la garganta y le dice, en voz baja, que la quiere.

Estas palabras son el sustento de Caitlin. Ansía volver a escucharlas antes incluso de que él acabe de decirlas. Se las ha oído cientos de veces, intercaladas en alguna conversación banal en un muelle o una esquina de la calle, envueltas en susurros sinceros a la luz de las velas, masculladas entre dientes mientras se aferran sudorosos el uno al otro en una cama ajena. Cada vez que oye esas palabras, siente que la abren en canal, y aun así nunca tiene bastante.

«Te quiero», casi un susurro pero sin llegar a serlo, y la verdad anida en el sonido ronco y seco de su voz. Timidez, franqueza, miedo, un afán tranquilizador. Y, hasta ahora, compromiso, todo el compromiso que él podía ofrecer y ella podía permitirse aceptar. Incluso con el corazón martilleándole en el pecho y amenazando con salírsele por la boca, anhelando creerlo, percibe en Michael el impulso desesperado de apartar la mirada sólo para comprobar quién puede haberlo oído en el vagón, quién puede estar mirando. Temeroso, como siempre. Le cuesta pronunciar esas palabras. Aunque las haya repetido cinco o diez mil veces en el pasado, tiene que arrancarlas a la fuerza de su interior. Michael siente el impulso de apartar la mirada, pero no lo hace, porque hacerlo lo devaluaría todo y no pueden permitírselo, no en ese instante, el de la despedida.

Al final es ella quien lo libera. Sonríe sin apenas mover los labios. Y con eso basta. Se reprime cuando va a devolverle el te quiero. Dicho en una dirección, resuena. Repetido, suele desvanecerse convertido en humo.

Michael deja que la sonrisa de Caitlin alcance para ambos, y cuando ella se vuelve de nuevo hacia la ventanilla para buscar su parada, él también mira hacia allí. En el túnel reina una oscuridad balsámica, rota tan sólo por las ocasionales ráfagas ambarinas de los focos adosados a los muros, pero el reflejo de Caitlin en el cristal, todavía espectral pero definido de un modo más nítido por el contraste entre la oscuridad externa y el resplandor del vagón, los sigue como algo que llevaran a la zaga, como una doble que los acompañara. Esta Caitlin algo distante parece incitarlo como si se le apareciera en sueños, perfectamente reconocible, con una expresión fascinante de puro familiar, llena de pequeños detalles que dan vida al retrato. Desde su embelesamiento, Michael no acierta a comprender que algún hombre pueda posar los ojos sobre Caitlin sin caer rendido a sus pies.

Y entonces, como el alba tamizando el horizonte, el túnel se ilumina mientras el tren aminora la marcha y se adentra en la estación donde Michael deberá apearse. La imagen de esa otra Caitlin se desvanece o es arrebatada, engullida, por el mundo al otro lado del cristal. Fuera no hay sino el andén, fríos y pálidos destellos de hormigón y azulejos, refregados e innatamente sórdidos.

Michael se queda allí plantado, mustio como una flor después de un chaparrón, ora aprisionando entre los dedos, ora soltando el respaldo del asiento que acaba de dejar libre. Caitlin sabe que una parte de él siente pavor ante la posibilidad de saltarse la parada, la misma parte que no puede evitar angustiarse por todo. No hay nadie en el pasillo que le estorbe la salida, aunque si por cualquier motivo no pudiera apearse del vagón tampoco sería demasiado complicado seguir hasta la siguiente parada y coger un tren en sentido opuesto. Pero así es él. Los días que comparte con Caitlin son en verdad una forma de salir de sí mismo. Toda una vida sometido a los números ha llevado a la asfixia de sus instintos. Ahora su motor es el miedo, que le impone limitaciones fácilmente cuantificables.

—Vete —dice ella, pero él sigue dudando.

Comparten una misma desolación. Caitlin abre la boca para añadir algo, pero no lo hace. Él parece entenderlo y se inclina para besarla. Es lo que ella quiere, aunque de pronto se le antoja mucho menos, algo irrisorio. Los labios de Michael se posan sobre los suyos sin apenas rozarlos, con un beso que no delata pecado ni delito alguno, que no se compromete a nada. La despedida no es más profunda que el saludo inicial.

—Mira que te lo he dicho, te vas a saltar la parada. Vete ya.

Michael se incorpora, asiente con gesto rígido y se apea del vagón.

Menos de un minuto después Caitlin vuelve a verlo en el andén, a dos o tres metros de distancia. En los segundos que les

quedan se limita a escrutar el rostro de Caitlin a través de la ventanilla. Un grupo de pasajeros se ve obligado a sortearlo, pero Michael ni siquiera repara en ellos. Su desamparo es tal que alguien podría tomarlo por un hombre que acaba de quedarse sin techo. El abrigo le cuelga de los hombros, desabotonado, y toda su energía se ha visto succionada por el imparable avance de la noche. Un mechón de pelo se le rebela en el lado derecho de la cabeza, ya sea por el roce con la almohada mullida, la furia del viento en Coney Island o el rastrillar de los dedos de Caitlin. En sus ojos entornados hay una mirada dura, empecinada, y sus facciones parecen ceder bajo el peso de todo lo perdido.

Al otro lado del cristal, él ha pasado a ser ahora el espectro. Caitlin dice adiós con la mano, pero él sólo la mira, como si hubiese perdido la capacidad de moverse, como si todo su ser hubiese quedado petrificado. Sin embargo, justo cuando las puertas del tren empiezan a cerrarse con un suspiro, el hechizo se rompe y Michael se lleva los dedos a los labios. Cuando baja la mano intenta sonreír, tal vez para que ella guarde un buen recuerdo de él, o para que le reconozca ese pequeño gesto de valentía, pero el aire viciado del metro le deja un mal sabor de boca y el resultado es un rictus de dolor.

Y entonces, de golpe, el tren se estremece y empieza a reptar hacia delante. Caitlin se levanta del asiento y apoya las palmas de las manos en el cristal, intentando alargar ese instante. Mientras el tren la arrastra, alejándola cada vez más, se da cuenta de que Michael le está diciendo algo. No grita, pero habla en voz alta. Caitlin observa el movimiento de sus labios, tratando de descifrar las palabras que articulan en silencio, pero es demasiado tarde. Indiferente a las lágrimas que han empezado a rodar por sus mejillas y a quien pueda estar mirando desde el tren o el andén, agita la mano en un difícil y desgarrador adiós.

Agradecimientos

Esta novela ha tenido una gestación larga, lenta, y sería imperdonable por mi parte no dar las gracias a todas las personas que me ayudaron a darle vida.

En primer lugar, mi editor, Robin Robertson, por haber visto en esta novela lo que yo deseaba con todas mis fuerzas que latiera entre sus páginas, y por haber apostado por mí cuando nadie más quería hacerlo. Robin, así como Monique Corless, Jane Kirby, Sam Coates y el maravilloso equipo de Jonathan Cape y Vintage al completo, me ayudaron a darle forma de libro a esta historia y la lanzaron al ancho mundo con un entusiasmo y un amor por los detalles que aún hoy me tienen abrumado.

Es de justicia que recuerde aquí a mi buen amigo y prometedor poeta Andy Godsell, que por desgracia hace mucho que nos dejó. Muchos años atrás enfilamos juntos el largo y tortuoso sendero de la escritura, y todavía lo siento muy presente en todo lo que escribo.

Durante los años que he dedicado a este libro, tantos que prefiero no contarlos, he contraído una deuda de gratitud con mis amigos Pete Duffy, Martin McCarthy, Brian Whelan, los Julianos, Pawel Huelle, Antonia Lloyd-Jones, Shoko Kanenari, Emilio Bonome, Emma Turnbull, Luo Xue Wei, Julia y la encantadora familia Schwaninger, por su apoyo, sus mensajes, su *feedback* y su conversación, y por decirme lo que necesitaba oír, incluso cuando sabía que no era del todo cierto.

También estoy agradecido a las familias O'Halloran, Murphy y O'Callaghan por su apoyo constante y su interés por lo que

escribo.

Doy las gracias de todo corazón a John y Janet Banville. Una noche de agosto, durante una lectura en Kinsale, un rayo de sol disipó mi desaliento, y cuando los grandes alaban tus relatos, sus palabras no caen en saco roto. Su generosidad es un regalo que siempre atesoraré.

Ying Tai Chang asoma una y otra vez a lo largo de estas páginas. Ella es la mitad del alma de esta historia, seguramente su mejor mitad.

Y por último deseo dar las gracias a mi familia, que vive mi escritura conmigo. A Martin, Kate y lo mejor que nos ha pasado nunca: Liam y Ellen; a Jazz, Yann y mi mejor amiga, Irene: ellos son mis pilares, mis confidentes, aquellos cuya opinión más valoro; y, cómo no, a mis padres, Liam y Regina. Nadie podría aspirar a conocer a dos personas más entregadas, generosas y de buen corazón.

Una conmovedora reflexión sobre el paso del tiempo a partir de la historia de dos amantes que desde hace 25 años se encuentran en un hotel de Coney Island.

Michael y Caitlin se encuentran secretamente desde hace veinticinco años en su paraíso particular: Coney Island. Unas preciadas horas juntos que programan una vez al mes y que son un bálsamo para la insatisfacción y el tedio de sus fríos matrimonios, del rutinario trabajo, de una familia distante e, incluso, de un país que los vio crecer y que ahora sienten lejos. Sin embargo, fuera de las cuatro paredes de esta modesta habitación de hotel hay un mundo que amenaza con separar sus caminos para siempre.

Una lectura compulsiva, un fresco de dos vidas y una decisión que ya no se puede retrasar se despliegan en el transcurso de unas horas, y una reflexión sobre la crisis de la madurez: qué

pasa cuando desaparece la ilusión de la juventud y se cae en el conformismo.

«Atrapa desde la primera página. Su prosa es penetrante y potente; su visión, descarnada. El abanico de intensidades, desde la pena al amor de las relaciones clandestinas, es de una honestidad casi increíble.»
Bernard MacLaverty

«Una excelente novela. [...] Los buenos libros nos hacen pensar en otros buenos libros y su tratamiento del adulterio recuerda a grandes clásicos como Madame Bovary, Anna Karenina y La letra escarlata.»
Bert Whright, *The Sunday Times*

«Una conmovedora y penetrante reflexión sobre la madurez y el paso del tiempo, [...] cuyos personajes permanecerán en la mente del lector mucho después de cerrar el libro.»
Claire Kilroy, *The Guardian*

«Sutil y profundamente conmovedora. [...] Una novela magnífica, cuya elegancia y sabiduría yace bajo una superficie nada pretenciosa. O'Callaghan, un escritor muy inteligente, ha conseguido lo más difícil: tomar historia sencilla, cotidiana, y transformarla en un libro de gran belleza.»
John Boyne, *The Irish Times*

«La historia de dos personas corrientes atrapadas en su vida cotidiana, cuya relación, en manos de O'Callaghan, se magnifica hasta convertirse en verdaderamente extraordinaria.»
Anne Cunningham, *Sunday Independent*

«Una historia de amor romántica y realista a un tiempo. [...]

Una novela que pide ser leída a pequeñas dosis y ser saboreada.»
Kate Saunders, *The Times*

«Un libro sutil y directo, emocionante y lúcido, y maravillosamente escrito. O'Callaghan tiene una conmovedora habilidad para expresar las esperanzas y miedos de la gente corriente, y para saber cómo piensa. Merece ser reconocido internacionalmente. Es un escritor excepcional.»
John Banville

«Una voz bienvenida en el panteón de los escritores irlandeses.»
Edna O'Brien

«Un autor que posee una inquebrantable fe en la fortaleza y vitalidad del lenguaje para expresar los sentimientos y el mundo físico. Recuerda a la hace mucho tiempo olvidada manera de escribir de D. H. Lawrence.»

«Con lirismo y acusada sensibilidad, O'Callaghan desgrana los minutos de esas hambrientas almas adúlteras. [...] Sus intensas imágenes nos acompañarán mucho tiempo.»
Irish Independent

Billy O'Callaghan (Cork, 1974) es autor de los libros de cuentos *In Exile* (2008), *In Too Deep* (2009) y *The Wings We Lose*, *The Wings We Leave Behind* (2013), que obtuvo el premio Bord Gáis Energy Irish Book Award y fue seleccionado en el programa «One City One Book» de Cork en 2017. Su primera novela, *The Dead House* (2017), recibió el elogio unánime de la crítica, igual que Los amantes de Coney Island, cuyos derechos de traducción se han vendido a una decena de idiomas, y *Life Sentences* (2021).

Título original: *My Coney Island Baby*

Primera edición: febrero de 2023

© 2019, Billy O'Callaghan
Publicado originalmente con el título My Coney Island Baby
por Jonathan Cape, un sello editorial de Vintage (Penguin Random House).
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
© 2023, Rita da Costa, por la traducción

Este libro ha sido publicado con el apoyo de Literature Ireland

Imagen de portada: © Martin Barraud / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18968-80-8

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Los amantes de Coney Island

1. El paseo marítimo
2. En el limbo
3. En la habitación blanca
4. Familias felices
5. La despedida
6. Otra taza de café
7. Icebergs
8. Adiós, mi amante de Coney Island

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Billy O'Callaghan

Créditos